

Delfina Farias

la *Serie Cástate Conmigo 4*
SOMBRA de una
VENGANZA

La vuelta de los Falcao

la Serie *Cásate conmigo 4*
SOMBRA de
VENGANZA una

La vuelta de los Falcao

Delfina Farias

Título: La sombra de una venganza-libro 4
TRILOGÍA CÁDATE CONMIGO

©Delfina Farias.

1ª Edición: noviembre 2018

©Todos los derechos reservados.

Diseño de Portada: Kramer

Maquetación: China Yanly

Info: chinayanlydesign@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

¡Esta novela fue hecha exclusivamente para las ATREVIDAS! En la misma sabrán más sobre ese clan loco de los Falcao. Descubrirán quién es el ingeniero, este personaje llega con una historia muy triste y volverá loco a Manu.

Todos juntos tendrán que pasar por situaciones difíciles y alguien a quien todos quieren los traicionará de la peor manera. Los hijos también traerán muchos problemas que los padres tendrán que resolver. ¿Están preparadas?

Les presento de nuevo a esos tres locos de andar, y a toda su numerosa familia. ¡Los Falcao las harán suspirar por última vez!

¡Cuando la familia se encuentra felizmente unida, nada ni nadie podrá vencerlos jamás!

Delfina Farias



El amor no necesita ser entendido, solo necesita ser demostrado.

Paulo Coelho

No se nos otorgará la libertad externa más que en la medida exacta en que hallamos sabido, en un momento determinado, desarrollar nuestra libertad interna.

Mahatma Gandhi

CAPÍTULO 1



—Acá estamos, ¿estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó con su voz grave, extendiendo sus largos brazos para mostrar la casa, sin dejar de contemplarla ...

Ella lo observó, como quien mira a una estrella inalcanzable, su metro noventa parado frente a ella siempre la cohibían, su estampa de gran señor, sus finos modales, su sonrisa y sus ojos tan grises la elevaban al cielo, tan solo con un segundo posándose en los suyos. ¿Quién iba a decir que llevara en su vientre el hijo de su jefe? Él era todo lo que ella deseaba, lo que amaba más allá de todo y de todos, él sonrió y su sonrisa iluminó esa gran casa que había comprado para ella y su hijo, todo seguía pareciendo un sueño. No importaba que él fuera casado ni que tuviera cuatro hijos y una esposa esperándolo, nada importó y ella se dejó arrastrar por una pasión incontrolable que la quemaba por dentro, aun sabiendo que él solo podría verla una vez al mes y nada más por unos días, tampoco que su hijo nunca llevaría ese gran apellido, ¡nada importaba! Solo ser amada por el dueño de su corazón, solo eso, pues desde el primer momento se había entregado a ese amor prohibido en cuerpo y alma. El gran y sensual cuerpo de él se arrimó al

suyo sonriendo, tomando con sus dos grandes manos su rostro, mirándola con esos ojos que la hipnotizaban, para a continuación besarla apasionadamente, quedando durante unos minutos que parecieron eternos, saboreando esos labios que siempre deseaba. Luego de un furioso y húmedo beso, ella apoyó las manos en su enorme pecho, observándolo anonadada.

—Esto quiero, te lo juro, prométeme que nunca dejaras de visitarnos. ¡Promételo! —le pidió con urgencia en la voz ella al hombre de su vida, el padre de su hijo.

—¡Lo prometo! Siempre te vendré a ver, nunca os faltara nada ni a ti ni al niño, ¡lo prometo! —afirmó él, depositando su mano en el vientre de ella—. Además no estarás sola, al lado vive tu hermana —comentó, pues ella le había pedido comprar la casa en esa ciudad, al lado de su hermana, que era viuda y tenía un niño de tres años—, cuando llegue mi hijo al mundo ella te ayudará y yo vendré a conocerlo, quiero que se llame Lucio, como se llamaba mi padre, ¿sí? —le preguntó, aunque sonó más a una orden, que ella aceptaría igual que siempre. Él era un gran hombre de negocios, que jamás toleraba un no como respuesta, siempre se hacía lo que ordenaba y ella lo sabía muy bien, en el mundo de los negocios era querido, temido y odiado.

—Será como tú quieras, así se llamará y será un gran hombre igual que su padre —repitió la mujer acariciándole el pelo. Se sentaron en unos hermosos y nuevos sillones mientras él pasaba sus dedos por la mejilla de la mujer y le susurraba:

—Mira, esto no estaba en mis planes —comenzó y ella lo miró—. Lo del niño digo, lo nuestro es algo prohibido y siempre lo supiste, sin embargo, me haré cargo de mi hijo hasta que Dios diga basta —aseguró. Ella levantó su dedo índice tapándole los labios con lágrimas en los ojos, y él se lo retiró con suavidad—. Seamos realistas, yo soy mayor que tú y no sé cuánto más viviré, pero te prometo que jamás les faltará nada a ninguno de los dos. Ya deposité

dinero en tu cuenta bancaria, no quiero que te prohíbas nada, ¿me entiendes? —le comentó. Ella asintió y él continuó— La casa está a nombre tuyo, mi hijo irá a la mejor escuela, quiero que estudie y sea un hombre de bien no como yo, que hice varias cagadas en mi vida, para él quiero algo diferente, y cuando cumpla veintiún años, también tendrá su cuenta bancaria. Te vuelvo a repetir, que nada les faltará nunca, lo único que no haré es darle mi apellido, ya lo hablamos, ¿no? —Ella iba a responderle, cuando él la besó en los labios con pasión para prohibirle contestar.

El padre de su futuro hijo cumplió su promesa, nada les faltaba excepto su compañía, cuando el niño estaba pronto a llegar, pues nacería por cesárea, ella se lo hizo saber una noche de verano llamándolo. En ese momento, él se encontraba en casa de unos de sus hijos, y para responder el llamado, ya que sabía de quien era, se alejó de ellos con sigilo.

—Tu hijo llega mañana, ¿vendrás? Quiero que estés a mi lado —le pidió. Ella sintió la sonrisa de él a través del teléfono, seguida de un largo suspiro.

—Por supuesto hermosa, esta misma noche salgo para allá, espérame quiero ver a mi hijo, que seguramente será tan precioso como la madre —acotó con ese acento brasilero, que la excitaba tanto.

—Y como el padre —apuntó ella—. ¡Te amo, te espero, te deseo tanto! —dijo ella. Su hombre sintió una gran impotencia, sabía que seguía haciendo las cosas mal, pero no era tiempo de arrepentimiento, ya era tarde. «¡Otro hijo más, Dios mío!» meditó en silencio, mientras observaba a sus hijos legítimos todos juntos jugando a las cartas. Uno de sus preferidos, a quien nunca se le escapaba nada y aunque él no lo sabía, sería el elegido para llevar adelante los negocios de la familia, levantó la vista observándolo, y los dos sonrieron, sospechando que el padre en algo andaba. Se conocían tanto que a veces sentían que entre ellos las palabras sobraban.

Mientras viajaba en su avión privado, hacía mentalmente un repaso de su larga vida llegando a la conclusión, que de todo lo que había hecho de nada se arrepentía, aunque su conciencia muchas veces se empeñaba en reprocharle ciertos actos. Se sonrió bebiendo un trago de su copa y pensando en esa criatura pronta a llegar, la misma a la que había decidido no darle el apellido, aunque sus hijos se habían enterado del embarazo de esa mujer, nunca supieron que él la seguía viendo. «¿Como decirles? Nunca se lo diría, antes muerto», pensó. «Si siempre les aconsejo que cuiden a su familia, ¿con qué cara les diré que criaré a este hijo que llegó sin buscarlo? Jamás se enterarán...», meditó sorbiendo de un trago, el líquido que quedaba en su copa.

Al llegar, se dirigió a la casa, abrió con su llave y llamó por el celular a su mujer, mientras entraba en el dormitorio. Sonrió al ver la pieza lista para su hijo, juguetes por doquier, un placar lleno de ropita, y una pequeña cuna. Se acercó, pasó las yemas de sus dedos por la misma, y en ese instante la hermana de su amada respondió a su llamado.

—Hola, ¿llegaste? Ya entró a sala de parto —afirmó la cuñada.

Salió lo más rápido que pudo, para subirse a un auto que había alquilado. A los quince minutos entraba en el hospital. Su porte de gran señor y el color de sus ojos siempre impresionaban, las mujeres se daban vuelta al verlo pasar, y él muy arrogante, siempre aprovechaba de lo que despertaba en ellas. Al llegar donde las enfermeras afirmó ser el padre de la criatura, por lo que rápidamente lo hicieron pasar para presenciar el parto de su hijo.

Después de tres días, la madre y el niño ya estaban en casa. Se quedó con ella y su hijo, más de un mes, fue la única vez que estuvo con ellos tanto tiempo, pues era consciente que tenía un hogar, mil negocios que atender y otra familia que lo esperaban.

—¿Qué pasó? ¿Porque esa carita? ¡Vamos cuéntame! —preguntaba él

abrazándola, sentados en el sillón viendo una película.

—Es que te extrañaremos. ¡No quiero que te vayas! —comentó ella. Él se mordió el labio inferior sin mirarla, luego besándola en la cabeza respondió.

—Sabíamos que esto siempre sería así, ahora tienes un pedacito de mí, debes conformarte pues nada se puede hacer, elegimos esto, ¿no? —aseguró sin dejar de observarla, mientras con sus brazos la apretaba contra su pecho— Mira nena, esto es así y no hay vuelta atrás, tengo una familia y mil negocios que atender —dijo—. Gracias por el hijo que me diste es hermoso, salió con el color de ojos de uno mis hijos —añadió con dulzura.

—Como los tuyos —respondió ella.

—Va a ser muy apuesto te lo aseguro, y será mejor que yo, espero que no se meta en líos porque ya estoy grande y cansado —expresó—. Vamos a acostarnos, quiero que me des lo que más me gusta —le pidió, y entre risas cómplices entraron a la habitación para amarse como siempre, hasta quedar agotados y rendidos en esa gran cama.

A las seis de la mañana se levantó sin hacer ruido, fue a la habitación de su hijo, lo agarró de su cuna, observándolo con atención pues era muy parecido a él. Sus ojitos eran tan grises como los suyos propios, lo besó en la frente pidiéndole perdón casi en un susurro, sabiendo que no solo le negaba el apellido, sino que jamás le podría dar el tiempo y el amor, que una criatura necesita, y que había brindado toda su vida a sus otros hijos. Lo acostó nuevamente y entró en el baño a ducharse. Cuando salió, la madre de su hijo se encontraba preparando el desayuno, solo entrar en la cocina y verla en esa posición de espaldas a él, con ese camisón transparente dejando ver todo su hermoso cuerpo, como siempre hizo que su cuerpo se prendiera fuego.

—¿Qué me hará de desayuno mi niña española? —susurró, cubriéndola con sus largos brazos y comenzando a lamer el lóbulo de su oreja haciéndola

así estremecer.

—La tortilla que te gusta, ¿me extrañarás? —preguntó enseguida ella, aferrándose a sus brazos, sabiendo que ya no lo vería hasta dentro de un mes.

—Quiero tomarte así, en esta posición —anunció él con voz ronca, al tiempo que se bajaba los pantalones—. ¡Me calientas tanto! No imaginas cuanto, claro que te extrañare, ¡claro que lo hare! Te lo aseguro. Ahora, ábrete de piernas y ofrécame lo que me gusta —ordenó con un gruñido, mientras su lengua paseaba por su cuello, dejando rastros de su saliva, encontrándose excitadísimo, como siempre.

Solo tardó un segundo en sentarla sobre la mesa de la cocina, se arrodilló a sus pies para con sus benditos labios recorrer su entrepierna hasta llegar al clítoris. Una vez lo alcanzó sintió como el cuerpo de ella temblaba con su contacto; su lengua traviesa comenzó a entrar en el sexo de ella con lentitud, y ante un agudo grito la hizo terminar. Se paró sonriéndose y ella enroscó sus piernas a su cuerpo para devorarle la boca, aunque le perteneciera a otra mujer. Y así la poseyó, con una furia desenfrenada que los devoraba por dentro, eran dos almas que se amaban más allá todo. Eran dos almas atormentadas por un amor prohibido.

—Si me quedo me van a matar —comentó él sonriente, acariciándole la mejilla con sus dedos—. No lo hagas más difícil y no llores. Sabes que me tengo que marchar, nos hablaremos por celular de seguido, vamos regálame una sonrisa —le pidió observándola, y secándole las lágrimas suavemente con sus labios.

—Ya se me pasará, ¿cuando llegues llamarás para saber cómo estamos?

—Sí, mujer. Te llamaré, sabes que soy un hombre ocupado, solo en caso de urgencia debes contactarme, ¿lo sabes no? —respondió mirándola, y ella asintió con su cabeza sirviéndole el desayuno, que él devoró en solo segundos.

Parados en la puerta de la casa, el padre de su hijo la observaba con un bolso, su mano acarició su pelo y con un dedo levantó su mentón, y agachándose a su altura le mordió suavemente el labio inferior regalándole una sonrisa.

—A fin de mes vengo, cuida a mi hijo, te quiero. ¡Te llamaré no lo dudes!

—¡Te espero, siempre te esperaré! —contestó ella. De repente él se dio vuelta volviendo sobre sus pasos, y dejando el bolso en el piso sus brazos la apretaron contra su cuerpo, confesando sin palabras que él también la extrañaría.

—Lo sé nena, sé que acá estarás. ¡Cuídate! —demandó besándola en la frente. Después se dirigió al auto, y abriendo la puerta montó y se marchó, su avión lo estaba esperando pues debía volver a su hogar con su familia, al lado de su verdadera mujer y con sus otros hijos, también a sus negocios que no podían seguir parados por más tiempo.

Al llegar al hangar un amigo español lo esperaba ya que volverían juntos. Era el único que sabía de esa familia que escondía. Ya sentados en el avión, ese fue precisamente el tema de conversación.

—Bonito el barrio que elegiste para ellos —comentó el amigo.

La casa estaba ubicada en unas de las ciudades más bonitas de España, en Albarracín. Su estampa, vista desde la lejanía era casi de cuento. Sus casas pintadas de color terroso, de ladrillos de adobe y sus empinadas callejuelas restauradas con mimo evocaban un pasado renacentista y Barroco.

—Ella lo eligió, ahí vive su hermana viuda, que tiene un niño de tres años, así no estará tan sola. Sé que muchas veces se va arrepentir de haber elegido ser la otra, más de una vez querrá volver el tiempo atrás, pero ya es tarde, no podemos lamentarnos pues tenemos un hijo —respondió serio, al tiempo que se pasaba la mano por el pelo.

—¿Le darás el apellido? —preguntó el amigo observándolo.

—No y lo sabe. Ya lo hablamos, demasiados dolores de cabeza le di ya a mi mujer. ¡No señor! —concluyó tocándose la barba incipiente.

—Cuéntame ¿cómo es el niño?

—¡Bello! Este es muy parecido a mi hijo menor, aunque espero que salga más tranquilo, sino la volverá loca a la madre, ¿sabes? —dijo al tiempo que se le dibujaba una sonrisa en los labios— Tiene el color de mis ojos, al igual que mi madre y el menor, será un muchacho muy guapo, ¡sí señor! No llevará mi apellido, pero lleva mi sangre —afirmó con la arrogancia tan característica que poseía.

—No te enojés amigo, pero ¿cómo puedes estar en todos lados a la vez? ¿Los negocios? ¿Tu doble vida? Yo estaría loco —alegó el amigo, dejando unos papeles que tenía en sus manos sobre la pequeña mesa del avión esperando su respuesta.

—¿Y quién te digo que yo no lo estoy? A veces creo estar viviendo en un infierno —exclamó recostando su espalda sobre el asiento—. Cuando falleció la madre de mi hijo mediano me prometí que nunca más haría sufrir a mi mujer, porque sé que ella lo pasó mal, y acá me ves. Soy un hijo de puta, otra vez hice lo mismo. Te diré que quiero a mi española, pero a mi mujer la amo, es la que me dio cuatro hijos bellos. ¡Jamás la dejaré! Con la española la cosa se fue de las manos pues salimos por unos meses, y aun sin desearlo se quedó embarazada —le explicó y arrugó la frente—, y lo quiso tener. Es tan joven, ¿qué podía hacer? ¡Mi vida siempre fue complicada, tú sabes los negocios, mi familia y las mujeres siempre fueron una tentación, pero amigo mío es lo que hay, y estoy seguro de que será así hasta que muera! —murmuró con un halo de tristeza, que el amigo no conocía.

Como prometió, una vez al mes iba a visitarlos, el niño cada vez estaba

más grande y se parecía más a él. Era pendenciero, rebelde, arrogante y ganador con las mujeres, «la misma imagen de los hermanos» meditaba él. Siempre lo miraba estudiándolo, pero había algo en él que no le agradaba, quizás su mirada, que decía mil palabras sin hablar. Sabía que sin decirlo ese hijo reclamaba el tiempo que nunca le daba, y cuando su española cenando, preguntaba por sus otros hijos, este se levantaba retirándose. La envidia por los hermanos era más que evidente siendo un puñal clavado en su alma.

Un día se fueron los dos solos a caminar por las hermosas calles de esa bella ciudad, el padre no dudó en preguntar.

—¿Quieres decirme algo? Dilo hijo, no te quedes con las ganas —le instó. Al notar que no respondía y que solo caminaba con la mirada baja, siguió hablando—. ¿Cómo va la escuela Lucio? —inquirió el padre, levantando la voz.

—Bien, estudiaré Ingeniero en Informática —respondió. El padre lo miró sorprendido.

—Muy bien, ¿te gusta la tecnología?

—¡Sí, me encanta! A veces me llaman de algunas empresas chicas por trabajos —contestó. y al padre se le infló el pecho de felicidad.

—Si te falta algo, solo quiero que me lo pidas, lo que sea —dijo sin dejar de observarlo.

—Nada me falta, tengo todo lo necesario —alegó sin mirarlo. El padre que tenía años vividos y mucha calle recorrida, comprendió que ese niño no lo quería, que nunca lo haría, por más dinero que le diera. Él jamás pudo estar en una fiesta, en un acto de la escuela, como tampoco pudo tomar su mano de niño, cuando la fiebre cubría su cuerpo, meditó con tristeza, maldiciéndose a sí mismo.

Nadie sabía lo que Lucio pensaba y sentía en su interior. Era un muchacho resentido con un padre ausente. Escuchar a su madre lloriquear por

las noches sola en su habitación, fue llenando su alma de odio y rencor. Después de mucho meditarlo, su mente atormentada fue ideando un macabro plan. Solo Damián, su primo, tres años mayor que él sabía del odio anidado en su corazón, y siempre trataba de explicarle que el padre hacía lo que podía, él nunca respondía ante esas palabras, hasta que un día conversando con él, saco afuera todo su resentimiento gritando a los cuatros viento lo que realmente sentía, dejando a su primo con la boca abierta con su respuesta.

—¿Sabes lo que es ser un bastardo? ¡Pues ese soy yo! —gritó. Su primo no sabía qué decir, y cuando reaccionó, él levantó un dedo para hacerlo callar, aunque parecía una persona sumisa, no lo era y verlo enojado daba miedo— ¿Sabes lo que es escuchar a tu madre por años llorar en silencio? Sé que ella se lo busco, pero ¿y yo qué? ¡Mierda! ¡Yo solo quería una familia normal, eso es lo que quería! Él me cagó la vida, lo odio con todo mi corazón, por mí se puede morir mañana mismo, ¡porque no derramaré ni una puta lagrima! Solo habla de sus hijos, esos hijos de puta como él. ¡Los odio a todos! Principalmente al mediano, que por sus palabras quedará a cargo de todos los negocios que tiene la familia.

—No debes odiarlo es tu padre, mal te pese siempre lo será —trató de hacerle razonar Damián, con temor a su reacción. Después de esa declaración abrupta, por años no se habló más del tema.

La madre de Lucio trataba de ser padre y madre al mismo tiempo, cosa que él no aceptaba. Cada vez que la madre quería entrar a su habitación, él se lo prohibía cerrando la puerta con llave, hasta que un día la madre se cansó y lo enfrentó.

—Dime qué tienes ahí dentro, que no me permites entrar. ¿No será una niña no? —preguntó seria. Él largó una carcajada abrazándola, haciéndole mimo. Amaba a su madre, aun sabiendo que ella también era culpable de su pesar.

—¿Cómo vas a pensar eso? ¡Por Dios mamá! No, yo me encargo de limpiarla así vos no tienes más trabajo —respondió. La madre lo miró de reojo, y sabiendo lo que sufría por la ausencia del padre dejó que esa habitación fuera su refugio, sin sospechar lo que escondía.

Los años fueron pasando y Lucio se volvió un genio en informática, sus servicios eran requeridos por grandes empresas, y empresarios que le pagaban una fortuna por sus servicios lo que fue incrementando la cuenta bancaria que su padre le había abierto.

—¿Otra vez viajarás, hijo? —preguntó la madre. Una o dos veces al mes iba a distintas ciudades.

—Es por trabajo mamá —aseguró. Ella le observó, y por instinto de madre presintió que algo más había.

—Mañana llega tu padre, ¡quédate quiere hablar contigo, ya hace dos meses que no se ven! —le exigió cansada de observar cómo lo rechazaba. Lucio la miró empacando su bolso.

—Dile que yo lo llamo, ya estoy grande y tengo que ganarme la vida, no viviré siempre de sus limosnas —replicó, ante una madre dolida por su respuesta.

—¡No digas eso! Él nunca dejó que te faltara nada, has estudiado gracias a él, no dejes que tu odio te prohíba pensar hijo. ¡Tu padre, te ama! —le conminó la madre.

—¡Nada me dices! Tú no has estado en la escuela cuando los niños me gritaban bastardo. Cuando necesité su presencia él jamás estuvo, es una persona que todo lo arregla con dinero, para él solo cuentan sus otros hijos, si me amara como tú dices, ¿por qué mierda no me dio el apellido? ¡Solo piensa en eso! —gritó. La madre se asustó, y supo al segundo lo que nunca había querido reconocer, el corazón de su hijo estaba lleno de odio y rencor, y se sintió responsable, sabiendo fue suya la decisión de tenerlo. Los pies de la

madre quedaron pegados al piso, solo observando cómo su hijo se dirigía hacia la puerta. Al llegar tomó el picaporte, y dándose vuelta la miró—. Perdóname, tú no tienes culpa de nada, solo te enamoraste. Te amo mamá — afirmó—. Cuando llegue a Madrid te llamo —añadió. Volvió sobre sus pasos besándola en la frente, luego la alejó de su cuerpo mirándola, la madre aún era una hermosa mujer—. Cuida mi refugio, ¿sí? —le pidió. Ella asintió con gran tristeza.

—Te quiero hijo, siempre lo haré. ¡No anides odio innecesario en tu corazón! —susurró, mientras observaba cómo se marchaba. Él se detuvo un minuto de espaldas a ella, y luego salió sin responder.

En la puerta lo esperaba su primo o su hermano como se decían, abrió el baúl del auto, guardó su bolso, y arrancando se dirigieron a seguir su trabajo de inteligencia que hacía meses, habían iniciado.

—¿Todo bien? Tienes una cara hermano... —preguntó Damián, tomando unos papeles de un portafolio y mirándolos.

—Todo bien, mi madre quería que me quedara a ver a ese hijo de puta —exclamó. El primo movió su cabeza en señal de reprobación.

—¿Aún quieres hacer esto? Estamos a tiempo de dejarlo, ¿qué quieres ganar? Dinero tienes, ¿por qué sigues adelante? —inquirió. Lucio no respondió, solo apretó el volante entre sus dedos mordiéndose el labio inferior, creía que Damián había entendido lo que él había pasado desde niño, pero era evidente que no.

El padre adelantó su viaje y esa misma noche llegó, como siempre la madre de Lucio lo esperaba con una sonrisa y una rica comida.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó, mientras se ponía a su altura besándole el cuello. La madre tragó saliva sabiendo que se disgustaría al saber que se había ido— Habla mujer, ¿dónde está? —insistió. Ella se alejó de su cuerpo acariciándole la mejilla.

—No está, tuvo que marcharse por trabajo al centro de Madrid —respondió. El padre dejó el bolso sobre el sillón y se sacó el saco, que ella enseguida tomó entre sus manos.

—Bueno creo que mi hijo no quiere verme, ¡está bien me lo merezco! —exclamó. La madre se acercó abrazándolo, sin saber qué responder.

—¡No digas eso! Él te quiere, solo que todavía no maduró.

—No hay que ser muy inteligente para saber cuándo una persona no te ama. He venido especialmente para hablar con él, la conciencia no me deja dormir tranquilo, quería decirle que voy a darle mi apellido —le explicó. A la madre se llenó el rostro de lágrimas de alegría, que él se encargó de limpiar con las yemas de sus dedos—. No me llores, lo siento por ti que tendrás que seguir viviendo en las sombras.

—Se va a poner feliz, sabes que eso creo que lo tiene mal, te lo agradezco por él —replicó ella. Él la miró dejando caer su metro noventa en el sillón, sonriéndose.

—Con él fui un hijo de puta. Tendría que haberlo hecho antes, sufrí todos estos años por mi culpa, pero eso se acabó, antes de morir tendrá los mismos derechos de mis otros hijos, ¡te lo aseguro! —afirmó el padre, luego de cenar y hacer el amor con la misma pasión de siempre se durmieron extenuados. Solo se quedaría dos días pues sus negocios lo reclamaban, la madre no pudo contenerse y levantándose sin hacer ruido, se dirigió a la cocina donde tomó su celular y llamó a su hijo para contarle lo que suponía le alegraría la vida, pero este nunca respondió.

Los dos días pasaron rapidísimos, cuando se marchó, la madre de Lucio se quedó deprimida como siempre, nada la conformaba, recostada en la cama solo pensaba que su hijo tendría el apellido del padre, al fin tendría los mismos derechos que sus hermanos. «Gracias Dios mío, mi niño será feliz, por fin el padre recapacito» meditaba, cuando un ruido la hizo sentarse en la

cama. Se levantó y recorrió toda la casa, no había nadie, al pasar por la puerta de la habitación de su hijo se detuvo y sin saber el porqué, necesitó saber qué era lo que él ocultaba. Tomó una llave que ella guardaba y abrió, lo que sus ojos vieron, hizo que se tapara la boca con las dos manos, conteniendo un grito ahogado que escapaba de su garganta.

CAPÍTULO 2



Entró lentamente, y sobre una pared había fotografías de toda la familia del padre de su hijo. El padre en el medio, sus hermanos, las mujeres y los amigos. Lo que más le llamó la atención fue el orden de las mismas, la primera era la del padre que se encontraba tachada con una cruz con un fibrón rojo, pasó las yemas de los dedos por la foto del hombre que amaba. Al lado estaba la de un hermano de su hijo, ella supo inmediatamente quién era pues lo conocía “él es el elegido, el más inteligente de todos”, le había confesado una noche el padre de su hijo. ¿Qué pensaba hacer su hijo, matarlos? ¿Arruinarlos? «Mi hijo se volvió loco, jamás podrá contra ellos, a mi niño la ira y envidia no lo deja pensar» meditó en silencio. Revisó unos cajones encontrando pruebas, que todos los meses había viajado a Barcelona, ya enojada revisó su placar, y lo que descubrió ahí la desconcertó y enojo más, en un bolso había fagos de miles de billetes de cien dólares. ¿A qué se dedicaba exactamente su hijo? Angustiada, cerró la puerta de la habitación, no sin antes dejar todo en su lugar.

Volvió despacio a la suya y se acostó. Trató de dormirse, mientras le

rogaba a Dios que su hijo se arrepintiera de lo que estaba por hacer, su mente y su cuerpo fueron entrando en un sueño profundo del cual nunca más despertaría, su corazón cansado y enfermo se detuvo para siempre.

La madre de Damián esperaba a su hermana esa mañana, al no verla se preocupó y abrió con su llave su casa encontrándola muerta en la cama. La desesperación se apoderó de ella y salió gritando a la calle, varios vecinos la asistieron, llamaron a una ambulancia, pero ya no había nada que hacer, su hermana llevaba horas sin vida. Cuando logró comunicarse con Damián que viajaba con su primo, se enteró que estaban volviendo del viaje. Lucio estacionó el auto en la puerta del hospital, y bajó corriendo para saber el estado de salud de su madre, su tía no se había animado a decirle la gravedad de la situación.

Al divisarla en el pasillo con unos vecinos, adivinó lo que su rostro decía sin mediar palabras, se tomó la cabeza y arrodillándose en el piso un grito desgarrador salió de su garganta, expresando su dolor y tristeza, su primo y tía cayeron de rodillas a su lado abrazados, llorando por esa mujer que se había ido, sola en su cama y sin despedirse.

Solos los tres con unos pocos vecinos enterraron a su madre. Lucio estaba ido, no hablaba con nadie, el día del entierro quedó parado al lado de su ataúd una hora, donde una lluvia torrencial bañó todo su cuerpo, su pensamiento y su corazón solo admitían una palabra “Venganza”. Lloró hasta quedar sin lagrimas responsabilizando a su padre de la muerte de su madre. «Ahora sí, ahora sabrá lo que es sufrir. Todos y cada uno de ellos pagaran su muerte» repetía una y otra vez sobre su tumba. Su primo abrazado a su madre lo observaba debajo de un árbol. Sabiendo que el pensamiento de Lucio era vengarse de ese hombre y aun ayudándolo en lo planeado por años, no estaba convencido, aunque jamás se lo diría, Lucio era su hermano y lo seguiría hasta las últimas consecuencias. Damián se acercó tocándole el hombro, y se

abrazaron llorando nuevamente.

—Vamos hermano estás empapado, vamos por favor, no puedo verte así —le pidió Damián. Lucio miró por última vez el ataúd y se dirigió dónde estaba su tía y abrazándose los tres se marcharon a su casa.

Al otro día, la hermana de la madre y el primo fueron a despertarlo, y al encontrar la puerta del dormitorio con llave se dirigieron al de la madre, encontrándolo durmiendo abrazado a la almohada de ella. La tía se refugió en la cocina, y tapándose la cara con las manos y lloró sin consuelo. Damián luego de calmarla se sentó con ella esperando a que el primo despertará, recién a la hora lo vieron entrar con los ojos hinchados de tanto llorar, solo se sentó y tomó el café que la tía ponía entre sus manos.

—Debes llamar a tu padre —comentó la tía observándolo.

—Ese hijo de puta es el culpable de su muerte —exclamó Lucio.

—¡Tendrías que haberlo hecho ayer, se va a enojar! Lucio querido, es tu padre —repetía su tía con la misma dulzura de siempre, este la miró con una sonrisa irónica.

—Tía esta es mi casa y no quiero verlo nunca más se lo diré por celular, quizás tenga suerte y le agarre un ataque al corazón —soltó. La hermana de la madre sabía que estaba dolido y prefirió cerrar su boca, solo se acercó para abrazarlo y él la dejó hacer, amaba a esa mujer.

Luego de estar casi toda la noche despierto pensando en su madre, se durmió y a la hora se levantó sobresaltado, creyendo haber sentido la voz de su madre llamándolo, solo con el bóxer saltó de la cama y entró en la habitación de ella, pero ella ya no estaba aún permanecía el aroma de su perfume en el espacio y tirándose sobre la cama volvió a llorar como un niño, llamándola a gritos. Su cuerpo temblaba de bronca y dolor, jamás se había sentido de esa manera. Su mente clamaba venganza, pero su corazón solo exigía paz. Al otro día tomando valor, y con dedos temblorosos marco el

número de su padre que al reconocer su voz esbozó una amplia sonrisa, estaba en reunión de negocios con sus otros hijos, pero rápidamente se marchó afuera para responder, su llamado.

—¡Qué alegría hijo me llamaste! —exclamó. La mandíbula de Lucio se tensó y apretó los dientes— ¿Te contó tu madre lo que haré? Perdóname pronto te daré mi apellido y te presentaré a tus hermanos, quiero que vengas a Barcelona y haremos todo lo necesario... —siguió hablando. El hijo lo interrumpió sin dejarlo terminar.

—¿De qué mierda hablas? —gritó, y en esas palabras su padre se reconoció, hasta tenía el mismo tono de su voz.

—¿Por qué me hablas así? ¡No seas maleducado con tu padre! ¿Dónde está tu madre? ¿Por qué me llamas? —replicó el padre poniéndose furioso.

—¿Mi madre? ¿Tu amante? —inquirió socarrón. Intuyendo la respuesta, el padre comenzó a transpirar y con una mano se tomaba la cabeza — Está muerta, la enterramos hace dos días y no te avisé, porque no quiero verte más, ¡nunca más! ¿Entiendes?

—¿Te volviste loco? ¡Pásame con ella, Lucio! —bramó, y sus tres hijos salieron corriendo de la sala de reuniones al escuchar sus gritos, justo en el momento en el que él se secaba unas lágrimas con el dorso de la mano, el padre los observó haciéndoles seña para que se retiraran, y así lo hicieron— ¡Lucio hijo, por favor háblame! —pidió. El padre comenzó a caminar por el pasillo en un estado de consternación total.

—¡Se murió! ¡Se murió! —Alcanzó a pronunciar en medio de un ataque de llanto que no pudo contener.

—Por Dios hijo, tendrías que haberme llamado, ¿cómo te quedaste solo con semejante dolor? ¡Háblame hijo! Te quiero Lucio. ¡Te quiero hijo! —exclamó con un dolor tan fuerte que se agarró el pecho, recostándose sobre la pared. Lucio ya había cortado la comunicación, ya no lo escuchaba. ¡No

quería escucharlo!

Lucio extrañaba a su madre cada día de su vida, siempre habían sido muy unidos y tenía la sensación de que se encontraba solo en el universo, que nada ni nadie, llenaba el vacío que su ausencia había dejado. Su conciencia le recriminaba sus últimas palabras antes de marcharse, rezaba para que terminase rápido el día y encerrarse en su casa ahogando en alcohol su recuerdo, y costándole horrores conciliar el sueño por las noches. Muchas veces Damián al no encontrarlo puteaba por lo bajo sabiendo que lo encontraría arrodillado en la tumba de su madre hablándole. Así pasaba sus días, el hijo ilegítimo de un poderoso hombre de negocios.

—¿Aún piensas en vengarte? —pregunto una tarde Damián, mientras tomaban café en su casa.

—Ya no sé lo que quiero —respondió dejando la taza sobre la mesa—, aún el recuerdo de mi madre me persigue, puedo sentir su aroma en toda la casa, y pienso en lo que mi padre me dijo por teléfono, ¿tú crees que será verdad? —comentó y Damián lo observó.

—¡Tu madre te dejó un mensaje en el celular que lo confirma! ¿Por qué iría a mentirte? Habla con él, es tu padre Lucio, no sabes cuánto tiempo irá a vivir. Tu madre hubiera querido que estén juntos.

Aunque el pensamiento de vengarse seguía instalado en un rincón de su mente, no tenía la certeza si era lo que deseaba. Por la noche y en el silencio de su casa “su refugio” como decía, abría la puerta y repasaba con la vista cada una de las fotos que estaban colgadas en la pared. «¿Por qué yo no puedo estar con ellos?» Se preguntaba.

Con su primo, habían instalado en el centro un negocio de informática, en pocos meses se hicieron muy conocidos y eran requeridos por clientes importantes. Eso solo era una fachada para ocultar lo que realmente le dejaba varios dividendos extras que engrosaban su cuenta bancaria. Ese dinero era el

resultado de sus trabajos en negro, que abonaban importantes y grandes empresarios para obtener información sobre sus competidores.

En un boliche, un amigo le presentó a una mujer que lo deslumbró, era unos años mayor que él, bellísima, sofisticada y muy arrogante. Desde el primer momento le gustó, enamorándose como nunca antes lo había hecho, dejándose arrastrar por un sentimiento que, sin saberlo, solo él sentía.

Una mañana en su oficina el primo lo observaba sabiendo que esa mujer lo había embrujado, mientras pensaba cómo explicarle que esa mujer lo había embrujado.

—¿Qué pasa con Sandra? —averiguó Damián, tratando de preparar el terreno.

—Nada, me cansé de jugar. Quiero formar una familia y creo que ella también —afirmó Lucio sonriéndose. Al observar que su primo que lo miraba serio preguntó—: ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Si no te lo digo, sería un hijo de puta. Lucio un hombre como vos que tiene a las mujeres que quiere, sos un ganador con tu metro ochenta, rubio y esos ojos... Con solo mirarlas las mujeres caen a tus pies, ¿y justo con ella piensas formar una familia? ¡Hermano he de decirte que has elegido mal, muy mal!

—¿Que sabes? ¡Habla!

—Lo que sé es que se acostó con todos tus amigos, que es una vividora y jamás serás feliz con alguien así —soltó Damián. Después se relajó un poco temiendo la reacción de Lucio.

—Por favor, ¿qué sos moralista ahora? ¿Con todo lo que hacemos, te crees con derecho de decir quién es bueno y malo? ¡Déjate de joder! Si se acostó con todos mejor, así no tendré que enseñarle nada —dijo, largando una larga carcajada mirándolo—. Si me acepta me casaré y tú serás el padrino de mi primer hijo —afirmó. Damián entendió que todo lo que dijera no le

haría mella, por lo que decidió cerrar la boca sabiendo positivamente, que esa mujer jamás lo haría feliz.

—¿Cuándo te casarás? —indagó. Lucio se sentó en su sillón y tomó un trago de agua.

—Primero quiero arreglar unos temas pendientes con mi padre, viajaré a Brasil, me encontraré con él y veremos qué tiene que decirme —concluyó con la mirada perdida.

—Yo te acompaño, no vas a ir solo. Por favor, dime que no iras a ma...
—Lucio negó con su cabeza sin dejarlo terminar de hablar.

—No, por ahora no, luego veremos —sentenció con una mueca en su rostro.

—Déjate de joder, arréglate con él y punto —replicó Damián. Pero habló contra la pared porque él nunca le respondió, Damián a veces tenía la impresión de que nunca lo terminaba de conocer realmente, jamás sabía cómo iba a actuar.

El padre llamaba a Lucio todos los días dejándole mensajes que él nunca respondía. Damián veía como los escuchaba una y otra vez, pensativo. La cabeza de Lucio era un jeroglífico que ni él mismo lograba descifrar, poseía sentimientos encontrados que se apoderaban de su mente y de su corazón. Dudaba si debía perdonar a su padre, pensando en la vida que llevó su madre, después reflexionaba que ella siempre lo amó aun sabiendo que le tocaría vivir así. Ella quiso que todo fuera así, ¿qué debía hacer? ¿Seguir con una venganza que ya estaba más que planeada u olvidar todo, guardando su odio y rencor en el baúl de los recuerdos, y encontrarse con el hombre que había despreciado por años? Pensaba que toda acción tiene su causa y efecto, en el silencio de su oficina cavilaba que tenía más dinero de lo que nunca imaginó, se iba a casar y quería tener un hijo al que le daría su apellido, ¿qué más deseaba de la vida? Aturdido por sus propios pensamientos se paró para

dirigirse al baño y mojarse la cara, luego mirándose en el espejo, pudo en su subconsciente escuchar la voz de su madre, que le decía que hablara con tu padre. Salió del baño dispuesto a hacerlo, tomó su celular, y cuando iba a marcar su número, recibió su llamada.

—Lucio querido, no me cortes. Hablemos hijo, quiero verte para arreglar todo —le pidió. Su voz sonó cansada y triste, y él se apiado de ese hombre al que por años odio.

—Voy a viajar a Brasil mañana, solo dime donde nos podemos encontrar. No quiero que tengas problemas con tu mujer —respondió Lucio, al que le costó pronunciar esas últimas palabras, porque para él su única mujer siempre fue su madre.

—Te espero en la entrada de la isla, ven hijo te estaré esperando.

—Iré, ahí estaré, yo también quiero hablar con vos.

—Pero ¿sabes dónde vivo? —inquirió el padre extrañado.

—Por supuesto. Sé todo de tu familia —susurro Lucio, dándole a entender muchas cosas con esas simples palabras.

—Eres mi hijo y muy inteligente, yo también te investigué. Sos digno hijo de tu padre —dijo sonriendo su papá.

—Viejo zorro —susurró Lucio, pero no esperaba menos de él. Estaba seguro que sabía de sus negocios en negro con grandes empresarios.

Al día siguiente Lucio inquieto no paraba de dar vueltas a todo lo que tenía acumulado durante años. No había tomado una decisión firme y mientras esperaban en la sala de embarque se quedó parado con la mirada perdida. «Aún no sé qué hacer contigo, mi sed de venganza ronda en mi loca cabeza, quizás apenas te vea te mate con mis propias manos y termine con este calvario que llevo años sobre mis espaldas» meditó, observando los boletos de avión que sostenía en su mano. Mientras, Damián lo observaba en silencio.

Una vez en el avión, Damián logró dormir durante el viaje, mientras Lucio se reclinaba en su asiento estirando sus largas piernas, era incapaz de conciliar el sueño desde hace tiempo. Una azafata pasó tres veces observándolo, pero él apenas sonrió sin ánimos de nada, su mente solo pensaba en su padre. Desde que había fallecido su madre odiaba los días de lluvia, apenas bajaron del avión un aguacero los saludó, por lo que se quedaron en el aeropuerto durante una hora, aunque el agua que caía parecía no tener fin. Decidieron tomar un café para hacer más llevadera la espera.

—Tu padre tiene helipuerto en la isla, podríamos haber bajado allá — comentó Damián.

—No quiero que tenga problemas con la mujer, quizás ni le hablo de mí —adujo Lucio, observando cómo un hombre de casi metro noventa con traje negro se acercaba hacia ellos. Se paró a su lado saludándolo.

—¿Lucio? —preguntó el hombre.

—Sí, ¿quién es usted? —inquirió parándose y Damián hizo lo mismo. El hombre se sonrió.

—Su padre lo espera, me envió para llevarlo.

Los dos tomaron sus bolsos siguiendo al misterioso hombre, y apenas salieron del aeropuerto visualizaron un impresionante auto negro importado, Lucio se quedó parado al lado de la puerta trasera dudando, donde el hombre hacía señas que entrara. La puerta se abrió y su padre le hizo una seña con la mano para que subiera, cuando Damián iba hacer lo mismo, el hombre de traje le señaló otro auto que estaba estacionado atrás de ellos. Damián observó a Lucio, y este con un movimiento de cabeza le indicó que obedeciera. En el auto solo se encontraba el padre que apenas lo vio se inclinó para abrazarlo, y él por primera vez en su vida se abandonó en esos brazos, en ellos encontró el cariño y la seguridad que nunca sintió. Tragó saliva y separándose lo miró directo a los ojos tratando de encontrar la

respuesta que toda siempre busco. ¿Amaba a ese hombre o lo odiaba?

—Si con mi proceder te lastimé te pido perdón, ya estoy viejo y quiero morir en paz —comenzó el padre—. Mira hijo lamento profundamente lo que le pasó a tu madre, quiero que me cuentes como fue y no te culpo por no haberme avisado, sé que me odias —le dijo. Lucio que estaba con la cabeza baja, la levantó enfrentando con la mirada.

—Murió sola durmiendo, su corazón estaba enfermo —le empezó a explicar, mientras su padre lo escuchaba muy atento—, por lo menos no sufrió, al menos eso espero —concluyó con una tristeza que aún llevaba en el centro de su alma—. No te odio —aseguró, y hasta él se sorprendió de sus palabras—. Cuando era chico en el colegio me gritaban bastardo —le informó, y miró hacia arriba tratando de esconder una lágrima que luchaba por salir de sus hermosos ojos, luego observó al padre limpiarse una lágrima y tragar saliva—, después que murió mi madre te odié, y juré matarte a ti y a todos —afirmó bajando la cabeza y apretándose las manos, luego la volvió a levantar observando a su padre moquear—, pero mamá siempre me dijo que no debía odiar y comprendí que ella había elegido esa vida, solo ella —finalizó. Solo cuando terminó de desahogarse, el padre abrió su boca.

—Tu madre solo no tuvo la culpa, yo también soy culpable tendría que haber pensado bien las cosas, pero hijo ahora quiero reparar mi error, y ojalá no sea demasiado tarde para hacerlo, quiero no solo darte mi apellido y que conozcas a tus hermanos, sino darte todo lo que te corresponda por ser mi hijo. En el auto que subió tu primo va mi mujer, ella ya sabe todo —alegó el padre, apoyando su gran mano sobre la de Lucio.

—¿Pero mis hermanos saben de mí? —averiguó Lucio. El padre le sonrió delineando con las yemas de sus dedos ese rostro tan parecido al suyo.

—Mañana mismo hablare con todos, tranquilo. Son buena gente están medios locos, pero son familia hijo, te aceptaran —aseveró, al ver reflejado

en su hijo la preocupación—. Escucha Lucio, todos mis hijos viven en Barcelona, a orillas del mar, pero antes vivían en un barrio privado, ahí en esa casa hay un sótano, en un cajón de madera se encuentran los papeles que acreditan que sos mi hijo y unos papeles importantes que tienen el nombre de la persona que creo nos está robando millones, y el de otra contra la que aún no tengo pruebas, pero sé que algo tiene que ver. Los guardé la última vez que fui, no dije nada porque estaba la familia reunida y no pude, ni quise molestar a mi hijo, nadie sabe de esto —terminó diciendo, ante la mirada atenta del hijo.

—¿Por qué me dices esto? Dime que no estás en peligro —exigió Lucio. El padre bajó la cabeza confirmando su presentimiento—. Yo te ayudaré en todo, pero debes cuidarte, ahora que te encontré, no quiero perderte —dijo, y los dos se perdieron en un fuerte abrazo que hacía años se debían.

—Otra vez puse custodia, tranquilo, tampoco quiero que tú corras peligro. Aún no saben que eres mi hijo, cuídate mucho, vamos a la isla —comentó. Lucio sonrió, y por primera vez se sintió feliz. Al segundo de ponerse el auto en marcha se escuchó un ruido ensordecedor y se estrellaron contra algo. Lucio rápidamente alcanzó a tomar al padre del brazo obligándolo a tirarse al piso, el auto arrancó nuevamente recorriendo una corta distancia, para volver a chocar y comenzar a dar vueltas por los aires, se escucharon tiros, gritos y más gritos. Cuando reaccionó y el auto se detuvo, vio a su padre tirado a un costado, y arrastrándose como pudo tomó su cabeza acariciándole la cara.

—¡Papá, papá por favor! ¡No me dejes papá! —gritó desesperado, y con un dolor enorme. El padre lentamente abrió sus ojos observándolo, y estiró su mano acariciando la suya— No me dejes, por Dios. ¡AYUDA! —chillaba sin consuelo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y observó que su

padre hacia fuerza para hablarle. Se inclinó poniendo su oído sobre sus labios.

—¡Te amo hijo! Nunca lo olvides y descubre al traidor. Ve por las pruebas —exhaló y sus ojos se cerraron para siempre.

Cuando Lucio, despertó lo hizo en un hospital en el centro de Brasil. Se movió sintiendo que no podía respirar y tocándose la cabeza noto que estaba vendada, una enfermera sujetaba sus brazos mientras un médico lo revisaba. En segundos recordó el accidente, y comenzó a gritar, luego de suministrarle un calmante se tranquilizó.

—Tranquilo que se repondrá. Su amigo está firmando unos papeles, ¿cómo se siente? ¿Le duele la cabeza? Tuvo un golpe muy fuerte —oyó que le decían. Ante esas palabras él se desesperó pues no entendía nada, estaba totalmente aturdido.

—¡Quiero ver a mi padre, ¿dónde está? —vociferó. El médico y la enfermera se miraron.

—Usted tuvo un accidente con su amigo, tranquilo ya recordará —le pedían tratando de apaciguarlo.

—Me voy a levantar, déjeme. ¡Quiero ver a mi padre! —Insistía Lucio haciendo fuerzas para levantarse, miró hacia un costado viendo a Damián entrando con un brazo vendado.

—Damián ¿dónde está mi padre? ¡Quiero verlo! —demandó. El primo se arrimó haciéndole señas al médico y enfermera para que se retiraran.

—Escucha, no sé dónde está tu padre, desperté en este hospital a kilómetros del lugar donde estábamos. ¿Quién nos trajo? No lo sé. Miré en el noticiero que tu padre falleció en un accidente junto a su mujer —le explicó despacio. Ninguno de los dos entendía absolutamente nada, Lucio apretó la mandíbula tratando de no llorar, intentó sentarse en la cama, y con la ayuda de Damián lo logró—. Eso no es todo, creo que nos vigilan, hay un hombre

parado en el pasillo hablando con los médicos —informó.

—¡Esto es una locura, mi padre no murió en un accidente! —exclamó Lucio.

—Mañana te darán el alta, desde casa repasaremos los hechos, vámonos hermano si no lo hacemos, temo que nos matarán a los dos, no sé en qué andaba tu padre o qué negocios tenía, sé que fue un asesinato —aseguró Damián. Lucio no tenía consuelo y la ira dominaba todo su ser.

—¡Estás loco! Vete tú, yo me quedo y averiguaré todo, ¡hijos de puta! —gritó.

—Lucio por el amor de Dios, ¿no entiendes? Yo sé que lo mataron, pero borraron toda huella, hazme caso, acá no podrás averiguar nada.

Esa misma noche sin esperar el alta y firmando unos papeles se retiraron del hospital, observando cómo dos hombres los seguían a distancia hasta el aeropuerto. En el viaje ni hablaban, Damián dormitaba mientras Lucio planeaba los pasos a seguir. Cuando llegaron a su casa lo primero que hizo Lucio fue buscar la información sobre el supuesto accidente de su padre. Se quedó hasta la madrugada revisando cada detalle, cada palabra de los periodistas, la noticia estaba en todos los noticieros y al ser un empresario muy conocido, muchos especulaban que había sido un atentado.

—¿Cómo estarán mis hermanos? Dios mío, ¿por qué dejaste que sucediera esto ahora que estaba a mi lado? —exclamó dando un puñetazo al escritorio. Se levantó del sillón dirigiéndose al baño, se sacó la venda de la cabeza con un gesto de dolor, arrojándola a un costado, y se fue a descansar unas horas. A la mañana siguiente cuando Damián fue a despertarlo ya se había duchado y estaba esperándolo.

—¿Qué vamos a hacer? Sabes muy bien que esto no fue un accidente, lo mataron. ¡Nos emboscaron y nos estaban esperando! —acotó Lucio sirviendo unas tazas de café, Damián lo miró sentándose en una silla de la

cocina.

—Los mataron, lo sé. ¿Sabes lo que fue ver morir a esa mujer? Anoche no podía dormir pensando —aseguró Damián que se encontraba angustiado.

—¿Viste a alguien, alcanzaste a ver sus caras? —preguntó Lucio. Damián se pasó la mano por el pelo, pensando.

—Sí vi una cara, pero el cuerpo de la mujer de tu padre estaba encima de mí lleno de sangre. Creo que escuché tiros, aunque estaba muy aturdido. ¿Sabes lo que me heló la sangre? —inquirió Damián— Que ella antes de morir miró hacia fuera del auto, y solo un segundo antes de que me desmayara, la escuche “¿tú?”. Conocía a los atacantes, ¿entiendes? —alegó Damián.

—Ellos nos llevaron al hospital y armaron la escena del accidente, ¿quiénes mierda fueron? —dijo Lucio.

—¿Será alguno de la familia? —aventuró Damián.

—¡No! Ellos pueden ser cualquier cosa, pero sé que a la familia se la respeta y se la cuida, debe ser algún socio, aunque investigué todo y ellos solo tienen empleados. Tengo que saber quién fue el hijo de puta que lo mató, y cuando lo sepa, lo despedazaré con mis propias manos no te quepa duda —aseguró. La furia de Lucio se dejó ver en su mirada y comenzó a dar vueltas por el espacio pensativo.

—Debes hablar con tus hermanos e investigar entre todos, solo no podrás —le indicó Damián. Lucio lo observó moviendo su cabeza en señal de reprobación.

—¿Quieres que me presente ante ellos como si nada y les diga que soy su hermano? ¡Te volviste loco! Mira, te aseguro que me echarían a patadas, no sabes lo que esos hombres pueden llegar a ser.

—Entonces eres muy parecido a ellos, ¿no crees? —afirmó Damián.

—No te equivocas. Si estoy en situación de peligro sí haría cualquier

cosa para defenderme, y bueno no soy un santo, pero no me voy a presentar delante de ellos sin más. Veré cómo hacerles saber que no fue un accidente. Nos mudaremos a Barcelona pues quiero estar más cerca de ellos, trasladaremos la oficina y luego veremos —explicó. Damián abrió los ojos muy grandes.

—No sé si mi madre querrá venir —alegó. Lucio lo miró sabiendo que nunca se había separado de ella.

Como Damián había predicho, la madre no quiso moverse de su casa. Mientras terminaban de embalar varias cajas, observaban imágenes en la televisión del funeral de su padre, Lucio dejó todo, y sentándose tragó saliva, mientras las lágrimas traicioneras resbalaban por su rostro.

CAPÍTULO 3



Barcelona

—¿Qué pasa? No estás comiendo bien. ¿Problemas en el banco? — preguntó Sofía al gallego, sirviéndoles la cena. Davy lo miró dejando de cenar.

—Hay una duda que me está matando —expresó Manu. Los observó, apoyando sus codos sobre la mesa y entrelazando sus dedos.

—¿Qué es? —El brasileño le instó preocupado.

—Vamos Manu, dime amor, ¿qué pasa? —insistió su mujer.

—No creo que fuera un accidente. A mi papá lo mataron estoy convencido de ello, sueño verlo pidiéndome ayuda, y me despierto con lágrimas en los ojos —afirmó tapándose la cara.

—Por favor, sabes que fuimos hasta allá, que trajiste gente especializada en accidentes, y todos dijeron lo mismo. ¡Fue un accidente! ¡No te atormentes más! —Le pedía Davy apoyándole la mano en su hombro. Sofía fue rápido a su lado y lo cubrió con sus brazos. El brasileño se reclinó en los taburetes de la cocina, peleando con las lágrimas que amenazaban inundar su bello rostro.

—Quizás son ideas mías, pero lo extraño tanto, que hay días que creo volverme loco. ¡Mierda! ¡Lo quiero! Lo necesito para que me aconseje, no sé qué hacer, aunque Joaquín es de gran ayuda, es mucho con lo que hay que lidiar. Quisiera tener menos responsabilidades, tenemos que deshacernos de algunos negocios más, sino creo que moriré de estrés —pronunció entre los brazos de Sofía, que no lo soltaba tratando de calmarlo. Él hundió su cara en el vientre de la mujer que tanto amaba cubriendo con sus largos brazos su cintura.

—Pues haremos como tú digas no quiero que te enfermes, por favor, Manu si piensas que es lo mejor hablaremos con Frank y lo haremos —aseguraba el brasileño. Luego de esa conversación los tres se retiraron a dormir, Sofí como siempre se acostó entre ellos y los tres abrazados se fueron entregando a los brazos de Morfeo lentamente.

Al otro día cuando Davy se despertó, estiró su metro noventa retirándose de los brazos de Sofí, que cubrían su cuerpo. Se levantó sin hacer ruido, y cuando se inclinó para taparla, descubrió que Manu no estaba, achinó sus ojos, y dirigiéndose al baño se duchó rápido. Con solo el pantalón del pijama entró a la cocina, en la que el gallego preparaba el desayuno, se miraron y Davy se sentó en uno de los taburetes.

—¿Qué hora es? —preguntó. Manu le sonrió.

—Las seis de la mañana —respondió Manu. Davy bostezó y estiró sus brazos.

—¿Estás loco? ¿Otra vez el insomnio? —indagó tomando la taza de café, que el gallego ponía entre sus manos.

—No es solo eso, no quise decirlo delante de Sofí, pero hay alguien que nos está robando millones —comentó. Al escuchar eso, el brasileño casi escupe el café.

—¿Quien? ¡Si lo agarro, lo mato! —sentenció.

—No sé, pero ya lo descubriré y te aseguro, que se arrepentirá de haber nacido igual que el que mató a nuestro padre.

—¿Otra vez con eso? ¿Qué te hace pensar que no fue un accidente?

—La escena del accidente estaba muy limpia y después recuerda que viajamos otra vez, alguien me dio un dato y a los pocos días, esa persona murió en un accidente de tránsito, hasta que no descubra lo que realmente pasó, no podré vivir en paz.

Sofía se despertó cuando sus hombres ya se habían marchado al banco, se duchó y entró en la cocina a calentar agua para el mate, de repente entró por la puerta Bruno asustándola.

—¡Por Dios, qué susto! ¿Qué haces acá hijo? ¿Por qué no fuiste a la empresa de publicidad? —exclamó observando cómo Bruno peleaba con el nudo de la corbata, entonces se aproximó para arreglárselo.

—Dame un café que me dormí, ¡dale Sofi! —le increpó Bruno.

—No me grites, que yo no soy tu empleada —gritó ella mientras el hijo se sentaba y se comía una galletita—. ¿Vos no tienes casa? ¿Por qué no tomas el café allá? —preguntó. Él sonrió y ella murió de amor, era tan bello como el padre, se dijo.

—Mi mujer dice que hago ruido y despierto a las nenas.

—Muy bien tu mujer te tiene cortito, ¡así hay que tenerlos! —convino ella riendo. Él tomó rápido unos sorbos del café, se levantó abrazándola y besándola en la mejilla antes de irse, se dio vuelta ante la atenta mirada de ella.

—Eso le dejo creer yo... —expresó moviendo su cabeza, ella abrió su boca para responder, pero Bruno salió corriendo riéndose, y atándose el pelo.

—¡Que yo me entere, pendejo! —gritó Sofía a la espalda de Bruno. A la distancia se escuchaban las carcajadas de él, y ella también sonrió. «Mi hijo nunca cambiará o tal vez no maduró», hablaba sola cuando Marisa

entraba a la cocina.

—¿Con quién hablas? —inquirió sonriendo Marisa, mientras observaba a todos lados.

—Con Bruno. Vino a tomar una taza de café, no cambia mi hijo, por Dios pobre Candy —le explicó Sofía. Marisa tomó el mate entre sus manos comenzando a cebarlo.

—Esos dos están locos, ya sabes cómo son, discuten y a la noche están a las risas, ¿eso no te recuerda a alguien? —la interrogó mirándola, mientras le daba el mate.

— Ya sé por quién lo dices —respondió sonriendo.

—¿Qué le pasa al gallego? Ayer lo vi triste —cuestionó Marisa.

—Recuerda a Falcao, aún no puedo creer cómo murieron todos y los extrañamos, parece mentira —afirmó con el mate en las manos, Marisa la miró.

—Mira dirás que estoy loca, pero para mí no fue un accidente, diría que los mataron —aseguró su tía.

—Bueno eso es lo que piensa Manu, eso lo perturba y no lo deja en paz —contestó Sofía.

—Sé que las pruebas demuestran lo contrario, pero no me trago lo del accidente, se lo digo a Frank todos los días, y él me dice que estoy loca —comentó Marisa, y en ese preciso momento sonó el celular de Sofía.

—Hola mi amor, ¿todo bien?

—Sofí me olvidé decirte, que no comentes nada de lo que pienso del accidente de mi padre, ¿escuchaste? —demandó Manu y ella suspiró.

—¡Tarde! Estoy tomando mate con Marisa y ella piensa lo mismo.

—¡La puta madre! Bueno, dile que no comente nada por favor. Hablad de otra cosa nena, ¿sí mi vida? —Le pidió cariñoso.

—Está bien. ¡Te amo, vuelvan temprano! —respondió Sofía.

—Trataremos, yo estoy cansado. ¿Qué vas a hacer hoy? —pregunto con esa voz gruesa y ese acento que la calentaba tanto.

—Iré de compras. Esperaré a que vengan las empleadas a limpiar y luego iré con Marisa —dijo mirando a la tía que sonreía.

—¡Bueno nena, ten cuidado! Te amo, está noche te daré lo que te debo —prometió Manu y Sofía se sonrió. Marisa gritó.

—¡Basta de franelear por teléfono! ¡Deja a mi sobrina en paz, gallego! —chilló Marisa al teléfono, y él largó una carcajada.

—Te amo gallego, a la noche veremos cómo se porta mi marido, espero que sean dos los *rounds* —se despidió. Marisa abrió sus ojos como platos y Sofía se largó a reír.

Joaquín con Alma se llevaban de maravilla. Vivían tranquilos y felices junto a sus hijos a diferencia de su hermano Bruno, cuya familia era como perro y gato, claro está por su culpa, que cada tanto se hacía unas escapaditas. Sofía y el gallego ya estaban afianzados, se habían casado lo mismo que Iván e Ismael, las dos parejas se habían mudado y vivían en Madrid, pero siempre estaban en comunicación con Alma, y cuando llegaba un cumpleaños o una fiesta las pasaban todos juntos, como siempre. Las mellizas habían sentado cabeza y trabajaban todo el día en la empresa de publicidad, vivan en la casa que su padre había construido al lado de la casa de Sofí. Mía con su pareja no escuchó las quejas de sus padres, y se fue a vivir a la isla en Brasil, cerca de su tía Avy y su pareja. Y Zoe seguía con sus academias y con un hombre mayor que ella.

Lucio y Damián ya estaban instalados en el centro de Barcelona, solo a unos kilómetros de la casa de sus hermanos. Lucio había comprado una vivienda, que se encontraba en el primer piso y tenía unos locales en planta baja donde instalaron su negocio. Damián vivía en un departamento que

había adquirido a solo unos metros, por lo que estaban todo el día juntos y solo se separaban para dormir. Con la clientela de antes y la que se agregó, el negocio marchaba mejor, aunque Lucio sabía que los billetes grandes venían de su trabajo en negro. Cada noche, luego de cerrar su negocio subía a su casa y observaba una y otra vez los informes sobre el accidente de su padre. Estaba cada vez más seguro de quien había sido su asesino, aun sabiendo que él solo no podía descubrir la verdad le costaba enfrentarse a los hermanos, por miedo a su rechazo. La venganza que cuidadosamente había planeado por años se desbarató con la muerte de su padre, sin embargo, sabía que tenía que encontrar al culpable, justo cuando su corazón encontraba la paz que necesitaba junto a su progenitor, la muerte se lo arrebató, dejándolo con la inmensa responsabilidad de vengar su muerte y acreditar su apellido. Una noche cenando con el primo hablaban sobre el tema.

—¿Qué pasó con los papeles que tu padre te pidió buscar? ¿Cuándo lo harás? —averiguó Damián.

—Pronto, esperaré que no haya nadie, dos veces por semana mandan gente de confianza a abrir y limpiar la casa, antes de fin de mes iré y los retiraré, luego tratare de hablar con ellos, me temo que no me den bola —susurró Lucio.

—¿Y Sandra? —siguió Damián cortando un trozo de carne, Lucio sonrió.

—Nada, la pasamos bien, tuvimos buen sexo, solo eso. Ella no es para casarse como dijiste, tenías razón lo reconozco y ella también lo dejó claro, no quiere compromisos.

—Bueno menos mal que fue sincera y te lo dijo, pensé que te habías enamorado y no me gustaría verte sufrir —confesó el primo levantando la mirada del plato, y observando el gesto de Lucio—. Boludo, ¿decime que no te enamoraste? —demandó.

—Sí, pero bueno lo superaré, ¡ya estoy acostumbrado a sufrir! — comentó.

Lucio era un hombre muy apuesto, alto, siempre bien vestido, unos ojos que nunca pasaban desapercibidos, y si a eso se le agregaba una sonrisa encantadora y un cabello largo y rubio, todo en él era un combo perfecto para enamorar a cualquier mujer. Él sabía que llamaba la atención, pero hacía oídos sordos a los suspiros que despertaba a su paso, pensó serle fiel a Sandra, sin embargo, cuando ella esa noche lo miró a los ojos diciéndole que no quería nada serio, bajó la mirada comprendiendo, que no era la indicada. Ella era callada, calculadora y completamente infiel, al saberse muy bonita sacaba provecho coqueteando con todos, le gustaba observar cómo despertaba los más bajos instintos al pasar cerca de los hombres. Tenía un amante que le insistía fugarse juntos a otra ciudad, y ella ya lo había decidido. Después de salir con ella un año, un día le confirmó que esperaba un hijo suyo. Lucio quedó embobado con la noticia, en un segundo se la imaginó a su lado toda la vida, pero ella deshizo sus pensamientos de un plumazo diciéndole que no quería a su hijo, que lo daría en adopción, él se lo reclinó y luego de una larga discusión, ella aceptó quedarse a vivir con él hasta que el niño naciera. Damián lo volvía loco, enfadado por no haber tenido prevención al acostarse con ella.

—¡Sabías lo que era, por favor! Ella se irá y te dejará con un crío, ¿en qué mierda estabas pensando? ¿Y si no es tuyo? Sabes que se acostó con todos —gritaba el primo enojado.

Lucio estaba desesperado, acorralado y sin saber cómo actuar, su cabeza parecía estallar en mil pedazos, con el corazón destrozado, pues aún le pesaba la muerte de su madre y de su padre, pensaba en sus hermanos que nunca lo reconocerían como tal, quería buscar al asesino del padre y vengar su muerte, sin embargo, todo le salía mal, sus negocios andaban a las mil

maravillas y su vida sentimental era un verdadero desastre.

Apenas nació él bebe le hicieron la prueba de ADN, y comprobó que ese niño era suyo. Cuando el pequeño Thiago tenía un año, una noche que el subía cansado a su casa encontró a Sandra guardando ropa en un bolso. Desconcertado le preguntó.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas? —Ella ni lo miro apurada por salirse—. ¡Responde! ¿Dónde mierda vas? A mi hijo no lo vas a llevar, ¿escuchaste? —dijo elevando el tono de voz, mientras se sacaba el saco tirándolo sobre la cama.

—No lo voy a llevar, yo quiero divertirme, ¡ahora hazte cargo de él! —replicó. Lucio se quedó mudo, ¿qué mujer deja a un bebé? La miro poniéndose enfrente tomándola del brazo, con la ira acumulada en todo su ser, apretó la mandíbula y solo pensó que ella no valía nada, hasta lástima le dio esa mujer.

—Si te vas no quiero que vuelvas. Desde el principio supe que esto no funcionaría, pero siempre te quise, siempre —aseguró Lucio, con toda la fuerza de su alma y su voz agitada. Tenía la esperanza que se arrepintiera y se quedara con ellos, ella se arrimó poniéndose de puntillas y besándolo en los labios, él se desarmó con solo esa caricia, soltó su brazo abrazándola, rogándole con ese abrazo que no los abandonara.

—Me tengo que ir, entiéndeme, no soy feliz. ¡Por favor déjame ir! —pronunció sobre sus labios observando, que los ojos de Lucio se llenaban de lágrimas.

—¡Te amo, por favor no nos dejes! Quédate con nosotros, ¿qué te falta? ¡Solo dímelo, no nos dejes nena! —suplicaba Lucio hecho un mar de lágrimas y sintiendo que su corazón se hundía en un profundo dolor.

—¿No lo entiendes? ¡No te amo! ¡Quiero irme y vivir mi vida, no quiero estar atada! —soltó Sandra. Esas palabras lo lastimaron nuevamente,

creyéndose morir por dentro.

—¿No te da lástima tu bebe? ¿A él tampoco lo amas? —inquirió secando sus lágrimas con el dorso de la mano.

—Estará mejor con vos, ¡me voy! —afirmó. Lucio se quedó parado al lado de la cama dejando caer sus brazos al costado de su cuerpo, con la mirada perdida en la puerta por donde ella salió, dejándolos a él y a su hijo con el alma hecha pedazos.

Con la mente turbada por el dolor se encerró en el baño llorando hasta cansarse, luego obligando a su cuerpo, se duchó y entró a la habitación de su hijo, quien dormía plácidamente en su cuna y levantándolo en brazos lo apoyó sobre su pecho prometiéndole que jamás nadie lo separaría de su lado. Besó su cabecita pelada y sin querer, una lágrima asomó a su rostro. Con la emoción a flor de piel, esa fatídica noche no pudo conciliar el sueño, sentándose en el sillón y sin dejar de observar a su pequeño hijito, siguió llorando pensando que algo había hecho mal, así lo encontró la madrugada, acostó a su bebe y se preparó un café mientras meditaba cómo haría con su hijo pues él tenía que seguir trabajando. Necesitaba ayuda para atender a su bebé, se encontraba perdido, triste y enojado a la vez. Ya era hora de irse al trabajo y decidió llamar a Damián. Tomó su celular, cuando de pronto llamaron a la puerta, y con Thiago en brazos abrió.

—Lucio justo pase por acá camino al negocio, para que no te olvides de llamar a... —empezó Damián, pero después de observar a su primo al segundo comprendió que algo no andaba bien— ¿Dime qué pasó? —preguntó.

—¡Nos dejó! —respondió con la vista perdida— No le importo el nene, no le importo nada, anoche se fue, dijo que quería vivir su vida —explicó Lucio observando a su pequeño hijo.

—No te puedo creer. ¡Será hija de puta, los dejo! —exclamó Damián

—Te lo dije, ¿y ahora que harás con mi ahijado? —cuestionó y maldijo a esa mujer —Escucha yo te ayudaré, lo criaremos juntos sabes que lo amo. El negocio es tuyo, lo llevaremos todos los días con nosotros y nos turnaremos, ya verás como salimos adelante.

—¿Vos crees que podremos? Es tan chiquito... —comentó Lucio sin dejar de observar a Thiago— No puedo creer lo que fue capaz de hacernos, a mí no importa, ¿pero dejar al nene? ¡Dios yo hice algo mal, el culpable soy yo! —afirmó mientras le pasaba el bebé a Damián.

—¿Vos estás loco? Le diste más de lo que podías, decime que no se llevó el dinero que tenías ahorrado, porque te mato por boludo —reclamó Damián. Lucio lo miró y se dirigió rápido al dormitorio, al lugar donde lo había guardado y ahí estaba, lo volvió a poner en su sitio.

—Bueno por lo menos no se lo llevo, con el que se fue seguramente tiene más que yo —dijo con una tristeza que le desbordaba el alma. Tomó a su hijo en brazos, luego lo acostó en su cama desvestiéndolo para cambiarlo, mientras Damián lo observaba embobado.

—Menos mal que sabes hacerlo, yo estaría muerto —comentó inclinándose, y acariciando las mejillas de su ahijado.

—Siempre lo he hecho, no sabes las veces que he llegado y mi hijo se encontraba todo meado.

—Mira no te enojas, pero que se haya ido fue lo mejor que te pudo haber pasado —aseguró Damián. Lucio se enderezó mirándolo mal.

—No digas eso, ¡mi hijo se ha quedado sin madre! —gritó Lucio.

Damián, aunque hubiera dicho mucho más solo calló. A partir de ese momento la vida de Lucio se repartía entre su hijo y el trabajo. Thiago era mimado por todos en la oficina, el negocio prosperaba tan rápido como aumentaba su tristeza, ya tenían diez empleados, cuando su hijo dio sus primeros pasos en el silencio de su casa encontrándose los dos solos, lloró de

alegría, una que no tenía con quien compartir, lo alzó y abrazó tanto que el nene se quejaba. Como cada mañana se dirigían al trabajo, el nene entraba tomando la mamadera en brazos de su padre, o dormido ante los suspiros de las empleadas, que no solo suspiraban por la ternura que despertaba el niño sino por el padre, que solo sonreía con el hijo y Damián, con los restantes mantenía un carácter seco y tremendamente hostil.

CAPÍTULO 4



—¡Que hija de puta! ¿Te parece dejarlo solo? Semejante bombón y encima con el bebé, tiene que ser una yegua —Mónica comentaba a Lía, mientras tecleaban algo en las computadoras, esta última la miró.

—Dios las mujeres están como locas tras él, pero no mira a nadie, es como si estuviera muerto en vida solo sonrío con el nene, cuando lo hace es aún más bonito, se me parte el alma imaginándolo solo en su casa con su hijito —susurró Lía.

Mayda codeó a Panamá y esta sonrió, pues había escuchado lo que sus compañeras de oficina hablaban.

Lucio sabía que hablaban a sus espaldas, pero no le importaba ya que se negaba a enamorarse otra vez pues su autoestima se encontraba por el piso. Aun portándose como lo hizo seguía enamorado de la madre de su hijo. En dos años solo había salido tres veces, porque Damián había insistido hasta el cansancio. Nadie sabía cómo él se sentía realmente. Era un hombre atormentado, herido, totalmente infeliz, al que la decepción y la tristeza que sentía llenaban por completo su alma y su vida. Su insomnio persistía

volviéndolo loco sintiendo que su mundo se derrumbaba día a día, el recuerdo de Sandra lo perseguía apenas poner un pie en su casa, el tiempo juntos lo envolvía proyectándose como una nube negra sobre su persona. Seguía convencido que había sido el culpable de la separación. Y aunque su mente atormentada negaba seguirla amando, su corazón gritaba lo contrario, él seguía amándola como el primer día. Tenía otra preocupación que no quiso contar a Damián, y era que las pocas veces que tuvo sexo con otras mujeres, no pudo llegar al orgasmo. Una madrugada, ya sin saber qué hacer por conciliar el sueño, se levantó en bóxer fue a ver a su hijo durmiendo plácidamente, y se dirigió al living. Se sentó en un sillón, y encendió su computadora sin saber qué buscar, una página se presentó delante de sus ojos, la observó y entró. Estuvo hasta las cuatro de la mañana investigando aquello, llegando a la conclusión que quizás eso es lo que le haría falta. Tomó nota de una dirección prometiéndose que al otro día iría. Dudando si esa era la solución correcta empezó a asistir a ese lugar. Una tarde estando en su casa, decidió tomar un baño aprovechando que su hijo jugaba con Damián, lo que no calculó fue que este entraría con su hijo en brazos a buscar un juguete. Lucio secaba su pelo de espaldas a ellos, y Damián no pudo dejar de observar las marcas y quemaduras que tenía en la espalda, al notar su presencia se puso una remera con rapidez, pero ya era demasiado tarde pues Damián se encontraba con la boca abierta observándolo.

—¿Dime que lo que estoy viendo es una alucinación, por Dios santo qué te haces? —exclamó sin salir de su asombro. Lucio tomó al nene en brazos, y llevándolo al living lo sentó sobre la alfombra, volvió a la habitación y enfrente a Damián, que aún se encontraba en shock.

—Es la forma que he encontrado para sentirme bien —le dijo. Damián no daba crédito.

—¿Que te lastimen te hace sentirte bien? ¡Vos estás completamente

loco! ¿Qué le dirás a tu hijo, cuando vea esas marcas en tu espalda? Ve a terapia yo te acompañaré, pero a esos lugares no, por favor no te hagas más daño de lo que esa mala mujer te hizo.

—Vos no entiendes, ella se fue por mi culpa, yo hice algo mal por eso se alejó de nuestro lado, eso sin contar la muerte de mi padre —replicó Lucio.

—¡Ella se fue, porque nunca te amo! Se calentó con otro esa fue la única razón. ¡Reacciona Lucio! Vos no sos culpable de nada, le has dado más de que has podido, prométeme que no iras más a esos lugares. Sos un buen tipo, buen padre, sabes que mujeres no te faltan, ¿qué es lo que buscas? Dímelo.

—Mira no quiero hablar más del tema, déjame con mis locuras, te agradezco tu preocupación, pero ahora vete quiero estar solo con mi hijo —comentó Lucio. Damián se despidió del niño, besándole la cabecita, y se retiró.

Lucio hacía meses que se dirigía por unas horas al mismo lugar, donde según él merecía el castigo que recibía por ser culpable de la separación, y de todo lo malo que le pasó siempre en su vida. Solo traspasar la puerta de esa habitación sentía el alivio de los sentimientos de culpa, a través del castigo que iba a recibir. Y tan solo así conseguía esa excitación sexual, que de las formas tradicionales no lograba, ya no concebía un acto sexual sin ser castigado previamente, se había convertido en algo necesario para conseguir placer. Esa práctica consistía en insultos, torturas físicas y flagelación, y como frutilla de la torta, quemaduras con la cera de velas, cayendo lentamente sobre su cuerpo. Así él creía que se redimía.

Esperó a que llegara la niñera, y se dirigió a su habitación guardando en un bolso un pantalón de cuero negro y otros accesorios. Mientras manejaba, pensaba en qué mierda se había convertido su vida, insulsa y triste, luego

pensó en su hijo y esbozó una amplia sonrisa, solo vivía por él, nada más importaba, solo él. Estacionó su auto, tomó el bolso del asiento trasero, y a paso ligero llegó a una casona antigua, tocó al timbre y una mujer sonriente abrió. Sin hablar, y saludando solo con una inclinación de cabeza se encaminó a la habitación de siempre, la que se encontraba semi oscura. Abrió la puerta y solo ver colgados del techo decenas de instrumentos, lo alegró. En una esquina se encontraba el potro, lo que más usaba. Una vez se hubo cambiado, la puerta de la habitación se abrió de golpe, dejando ver una mujer grande, morocha, alta y con un cuerpo espectacular, que traía un látigo en la mano, enfundada en un enterizo de cuero negro y una máscara, que lo miró altanera.

—¡Ahí estás perro inmundo, arrodíllate! —exclamó sacudiendo el látigo en su mano. Lucio obedeció besándole los pies, y en ese momento recibió su primer latigazo haciéndolo estremecer de dolor.

Luego de acostarse en la inmensa cama, atado de manos al dorsal de la misma boca abajo, la boca de esa mujer soltaba una catarata de insultos, mientras encendía una vela levantándola a cierta altura de su espalda y el sebo iba cayendo lentamente, quemándole la piel.

—¿Quieres más? ¡Sos malo, muy malo! ¡Responde mierda! —exigía ella.

—¡Más, más! Por mi culpa ella se fue, más —gritaba Lucio.

La mujer con una risa sarcástica bajaba otra vez la vela más cerca de su espalda y al caer el sebo, el dolor se acrecentaba y él se retorció apretando la mandíbula, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Al cabo de unos minutos, la mujer desató las manos para voltearlo, y atarlo de nuevo. Le abrió la tomando su glande, y con dedos muy hábiles empezó a masturbarlo excitándolo, pero antes de que eyacule, se aleja mientras él la observaba.

—¡Quiero más! ¡Hazme terminar vamos! —gritó. La mujer se rio

mirándolo y sin previo aviso, descargó un latigazo sobre sus piernas.

—¿Te mereces más? ¡Responde! Sos malo, muy malo —replicó seria.

—Lo sé, lo sé, ¡por favor! —suplicaba Lucio ardiendo de excitación.

De pronto entra otra mujer más joven completamente desnuda, y sin dejar de observarlo se sienta sobre su pecho poniéndole su sexo en la boca, mientras la otra absorbe por completo su pene. Excitadísimo, él se bebió los fluidos de la que le ofrecía su clítoris, pero antes que él pudiera terminar otra vez se retiraron, dejándolo más caliente que una brasa ardiente.

—¿Cómo estuvo hoy el castigo? —preguntó la mujer más grande.

Él se incorporó y sonrió.

—Ahora te diré —respondió Lucio que tomó a la segunda muchacha y la apoyó las manos en el respaldar de la cama. Ya con un condón puesto. la penetró con la fuerza de un huracán, mientras la otra estiraba sus dedos y acariciaba sus testículos, duros como una roca, luego de varias estocadas estiró su cabeza hacia atrás, y lanzando un grito desgarrador llegó al clímax tan deseado. Luego le tocó a la otra, pero la acostó en la cama boca abajo y la penetró por el ano, ella se desarmaba de placer mientras la sonrisa y satisfacción de Lucio, no se hacía esperar—. ¿Te gusta? ¿Quieres más? —gritaba. Sus caderas la arremetían con furia desmedida, para saciar sus bajos instintos.

Apenas terminó, se vistió depositando unos cuantos dólares sobre la mesa de luz, marchándose tan rápidamente como siempre. Al llegar a su casa pagó a la niñera y acostó a su hijo, quien ya había cenado. Se duchó y se sintió en paz, pensó en lo que Damián le había dicho y aun sabiendo que tenía razón, no quería dejar de ir a ese lugar donde lo trataban como se merecía. Se sentó solo con un bóxer en su cama, y encendió la computadora para terminar un trabajo que había dejado pendiente, al minuto sin saber por qué entró en Facebook, navegó por varios sitios y de repente leyó algo que

llamó su atención, recordó el nombre de una de sus empleadas, y como era un genio en informática, entró en su privado y mientras sonreía leía la conversación atentamente.

Mayda:

“Está buenísimo nuestro jefe, lástima que no da bola a nadie”

Panamá:

“Es un ahuevado, con semejante cara de culo que tiene, ¿te gusta?”

Mayda:

“No digas así, pobre con lo que le pasó tiene que criar solo a su hijo. Es hermoso Thiago ¿viste?”

Panamá:

“El hijo es bello, pero él no me lo parece. Es un arrogante, si por lo menos sonriera..., pero está todo el día con esa cara de culo, que se la pisa”

Mayda:

“¡Déjate de joder! Es hermoso, todo él, su cuerpo sus ojos... Dios mío cuando me mira me mojo toda”

Panamá:

“No me gustan ninguno de los dos, ni él ni su socio. Te diré que para mí es gay”

Mayda:

“¿Estás loca? Me contaron que una vez lo vieron en un boliche”

Panamá:

“¿Lo vieron con mujeres?”

Mayda:

“¡Ah, no sé! Eso no me dijeron”

Panamá:

“Viste nena es gay. Se la come, te lo aseguro”

Mayda:

“No creo. Es un hombre con todas las letras, todas en la oficina se babean con él”

Panamá:

“Sí, pero él ni las mira. Es gay, quizás por eso lo dejó la mujer”

Mayda:

“No sé, pensándolo creo que tienes razón, no mira a nadie ni a vos con el culo que tienes, jajaja”

Panamá:

“A mí nunca me daría bola, no soy nadie a su lado”

Entre sonrisas y bronca con la conversación que había espiado se durmió a las tres de la mañana, ya vería al otro día quién era Panamá. A la mañana siguiente luego de ducharse, despertar a su hijo y cambiarlo, bajaron al trabajo llevando a Thiago en brazos que siempre iba riéndose. Entró en la oficina sonriendo, por lo que la noche anterior había leído en el interno de sus empleadas, ya quería saber quién era Panamá.

Como si fuera un huracán, alguien paso a su lado empujándolo, se quedó mirando como siempre con su mejor cara de culo, y ella se paró de golpe al darse cuenta de que era su jefe con el nene en brazos, sin embargo, no se dio vuelta.

—¡Detente ahí! —gritó Lucio a su espalda, ella se dio vuelta lentamente y él por primera vez la miró a la cara, con la arrogancia y superioridad de siempre. Ella jamás lo había visto tan cerca, su altura y su bello rostro la impactaron, se le hizo un nudo en la garganta y su boca se secó sin poder articular palabra— ¿No viste que iba con mi hijo en brazos? ¿Y si me caigo? —le recriminó serio, observándola y gustándole lo que veía.

—¡Por favor! Mire su cuerpo y mire el mío, jamás lo movería — exclamó ella. Lucio luchaba con sus labios que deseaban sonreír—. Jamás usted podría caerse, ahora si me sopla, vuelo —comentó con desparpajo. Él se mordió el labio inferior, y ella se desarmó al comprobar que era más bello de lo que sus compañeras decían.

—¿Cómo te llamas? Responde rápido que estoy apurado —ordenó Lucio.

—Me dicen Panamá —respondió rauda. Lucio esbozó una sonrisa de costado. «Así que eres tú la que dice que soy gay», meditó.

—Llegas tarde. Hace diez minutos que tendrías que estar trabajando —comentó hosco. Ella abrió grande su boca.

—Llegue temprano, ¡usted me retuvo! —soltó. Lucio no supo que responderle.

—No me importa le diré a Damián que te lo descuente a fin de mes —afirmó rotundo y puso rumbo a su oficina sin mirarla. Panamá siguió tras él, y tocándolo en el brazo lo hizo detener, mientras Damián llegaba y observaba la situación.

—Usted no puede hacer eso. ¡Es culpa suya! —le espetó. Lucio, la miró de arriba abajo como perdonándole la vida, y agachándose a su altura susurró cerca de su cara.

—Yo hago lo que quiero porque soy el dueño. ¡Ahora muévete, y ponte a trabajar! —arguyó. Panamá bajó la cabeza y pronunció algo que no entendió.

Damián que había observado toda la escena, fue detrás de Lucio al despacho para preguntarle qué pasaba con Panamá. Lucio le contó todo lo ocurrido la noche anterior, y Damián se descostillaba de risa, mientras los dos desde la oficina con vidrios polarizados observaban a todos, sin que ellos los vieran.

—Son muy sueltas las mujeres ahora hermano, no son como antes —comentó Damián. Lucio tenía la vista puesta en las cachas de Panamá, que se agachaba a juntar unos papeles que se le habían caído al suelo, Damián siguió su vista y advirtió lo que miraba—. Muy buen culo, ¿No? —preguntó y Lucio sonrió.

—Como me gustan a mí, pocas tetas y muy buen culo —admitió, y como si se arrepintiera de sus palabras cambio de tema hablando del trabajo

que tenían que entregar.

Damián se retiró apurado con papeles en la mano, y sin querer dejó la puerta de la oficina abierta, el nene dormía plácidamente en el sillón a metros del padre, este lo observó mientras entraba al baño, al minuto cuando salió el nene no estaba y le agarró la desesperación. Salió de su oficina comprobando que todos los empleados le hacían mimos, pues Thiago que era muy andariego al ver la puerta abierta salió, y se arrimó a Panamá que enseguida lo sentó en su falda, y todos a su alrededor le hacían fiesta sonriendo. Cuando los empleados observaron que el padre se acercaba, se ubicaron en sus lugares de trabajo, la única que no se percató de su presencia fue ella que seguía hablándole al nene, Lucio se detuvo a su lado, y con las manos en sus bolsillos, los observaba serio.

—¿Me devuelves a mi hijo? —Fueron sus palabras y ella enmudeció. Alzó la vista y ahí estaba él, un hombre hermoso, sus ojos se encontraron y fue la primera vez que los dos sintieron esa corriente eléctrica, y ella se arrepintió al instante de sus palabras de la noche anterior. Su perfume la saludó, y los ojos de los dos se instalaron en sus labios.

—Vaya con su papá —le pidió al nene Panamá al tiempo que lo ponía en sus brazos. Sus dedos apenas se rozaron, y otra vez las miradas se encontraron, ella se sonrojó, mientras los ojos Lucio la desnudaban. Antes de marcharse, la volvió a mirar.

—¡Ponte a trabajar, no te pago para que cuides a mi hijo! Ya tengo niñera —dijo. Panamá abrió su boca, y aunque las amigas le hacían señas que no respondiera lo hizo.

—Pues entonces cierre la puerta bien de su oficina para que no salga — exclamó. Lucio se detuvo, y en el ambiente se produjo un silencio agudo y penetrante, se dio vuelta lentamente y todas las miradas se depositaron en él, su mirada fiera hizo que ella se achicara en su asiento.

—¿Vos me vas a decir a mí, cómo criar a mi hijo? —bramó. Cuando ella iba abrir otra vez su boca, apareció Damián para calmar la situación.

—Vamos, ven a tu oficina, que hay que firmar unos papeles —afirmó Damián sin mirarlo, y Lucio observó que ella no bajaba la mirada aun sintiendo miedo. Sin saber por qué, eso le agradó.

Después de firmar los papeles miró a Damián, y señalando con la lapicera que tenía entre sus dedos, sentenció:

—No me gusta esa chica, es una maleducada, vamos a terminar mal.

—Es chica déjala, que es un genio con la computadora y eso que no pudo estudiar, la maneja como nadie. No le des bola, yo hablaré con ella pues necesita trabajar, ya que casi todo lo que gana se lo gira a su madre —comentó Damián y Lucio se ablandó, aunque seguía enojado.

—Dile que la próxima vez que me conteste la echo, no me importa nada y no quiero que toque a mi hijo, ¿está claro? —gruñó. Damián puso los ojos en blanco y asintió.

Lucio observaba atreves de los vidrios de su oficina, cómo su amigo hablaba con Panamá, quien movía los brazos en señal de desaprobación. Quiso salir y cantarle las frescas, pero solo sonrió, ella daba la impresión de una niña a la que estaban retando, pero a la vez no se dejaba llevar por delante. ¿Cuántos años tendría? Fue al archivo y lo comprobó, solo tenía veinte años, y él ya estaba por cumplir los treinta. La vio marcharse enojada causándole más risa, su cuerpo delgado, su pelo castaño y largo atado en una colita toda desprolija, esos ojos de un color indefinido y ese culo hermoso, aunque es una maleducada, pensó.

Durante toda la semana se conectó al Facebook, pues quería saber si Panamá y su amiga hablaban de él, sin darse cuenta esa maleducada se estaba metiendo en su mente y en su piel, solo pensar en ella sentía que la sangre le hervía. Hacía días que no concurría a sus castigos y se lo debía a ella, pero su

apetito sexual se lo exigua, observó el reloj y al ver que ya eran las nueve de la noche, llamó a la niñera, guardó su ropa y utensilios en el bolso, y cuando esta llegó, subió a su auto dirigiéndose al lugar de siempre. Estacionó y a zancadas rápidas llegó a la puerta, tocó el timbre y como siempre una mujer abrió saludándolo. Precisamente a unas cuadras de ese lugar, vivían Panamá y Mayda, que en ese mismo momento recorrían kioscos pues se habían quedado sin cigarros, mientras iban charlando lo observaron entrar y las dos se miraron sorprendidas.

—¿Viste lo que yo vi? ¿Era Lucio? —exclamó Mayda y Panamá la miró.

—No tiene pinta de ser una casa de familia, que raro —acotó. En la esquina divisaron un kiosco y se acercaron, mientras compraban seguían hablando y el kiosquero prestó atención a sus palabras.

—No es una casa de familia, es donde van los que practican sadomasoquismo —comentó. Esas palabras las dejaron heladas, sin saber qué decir, se marcharon sin hablar. Mayda fue la primera que rompió el silencio.

—No lo puedo creer, ¿está enfermo? ¿Cómo puede hacer algo semejante? —Panamá andaba perdida en sus pensamientos. «Es tan lindo... Debe tener un problema muy serio» meditó—¿Eh! ¿Qué te pasa? ¡Quedaste muda!

—Sí, no me lo imagino en ese lugar, es tan lindo, tan hombre, no entiendo. Leí sobre esos lugares y no me agradan, reciben golpes y no sé qué más.

—Antes decías que era gay, ¿no me digas que te enamoraste? Mira te lo advierto, él jamás se fijaría en nosotras, él se mueve en otro ambiente —concluyó.

—Lo sé, pero me gusta todo de él, hasta su arrogancia y esa cara de culo me calienta más que una sonrisa. Cría solo a su hijo, eso habla muy bien

de él —afirmó—. También sé que él es inalcanzable, que jamás me miraría de otra forma, pero déjame soñar después de todo lo que pasé —terminó diciendo.

—No pienses más en eso, ya pasó —respondió Mayda.

—Sabes que no es tan fácil, pero trato por todos los medios de borrarlo de mi mente, aunque muchas veces me despierto por las noches con el rostro lleno de lágrimas.

Panamá al igual que Lucio tenía un pasado que le pesaba y no la dejaba ser feliz, y aunque ella se mostraba una chica vivaz, simpática y contenta, no lo era, llevaba el triste recuerdo de lo que tuvo que vivir en su país.

Cuando llegaron a su casa, lo primero que hicieron fue encender la computadora e informarse más sobre la práctica del sadomasoquismo, lo que leyeron era peor que lo que sabían. Esa noche Panamá que ya sentía algo por Lucio, no pudo concebir el sueño dando mil vueltas en la cama antes de lograr dormirse, al otro día llegaron corriendo a la oficina, mientras Lucio las observaba tras los vidrios de su oficina sonriente, miro la hora y por interno llamó a Panamá que atendió el teléfono y poniendo los ojos en blanco se sopló el flequillo, se hizo una colita y golpeó a su puerta. Él sentado en su sillón se enderezó y le dio paso. Panamá estiró la falda de su vestido y con miedo entró.

—¿Señor? —preguntó devorándolo con la mirada e imaginando en lo profundo de su ser que él también la deseaba, aunque su voz interior gritara que él jamás la amaría.

—Tráeme un café —pidió. Ella no lo dejó terminar de hablar, pues sabía perfectamente cómo él lo deseaba.

—¿Cortado y con dos de azúcar? —inquirió. Al segundo se arrepintió de sus palabras pues él se daría cuenta que ella siempre lo observaba, él sonrió sin dejar de mirarla.

—Muy bien vas conociendo mis gustos, apúrate y por ahí no te descuento los minutos por llegar tarde —afirmó. Ella abrió su boca y cuando iba a responderle, él la señaló con su dedo índice —. Sin chistar. ¡Vamos muévete!

Panamá caminó hacia la puerta, pero antes de retirarse se dio vuelta y encontró los ojos del en sus cachas, se sonrió y él bajó la mirada al sentirse descubierto. Ese día la hizo cansar de tanto caminar, le ordenó tres veces ir al kiosco a comprarle cualquier cosa, cada dos horas le pedía café o agua divirtiéndose con las caras que ponía, y antes de irse la llamó a su oficina.

—¿Señor? —dijo ella soplándose el flequillo, y con las manos en su cintura. Él levantó la vista de unos papeles que acomodaba observándola.

—Mañana necesito que vengas una hora antes —comentó. Ella lo observó.

—¿Para qué? —indagó. Lucio dio vuelta a su escritorio, poniendo sus manos en los bolsillos y acercándose peligrosamente a ella, se agachó a su altura y ella sintió su aliento ardiente, su perfume entrar en sus fosas nasales y el corazón galoparle frenéticamente, pensando que se le saldría del pecho. Se dio cuenta que le provocaba algo que jamás había experimentado.

—Porque yo quiero. ¡Porque te lo ordeno! —replicó mordaz. Panamá tuvo ganas de putearlo, pero solo asintió con la cabeza, mientras sus ojos se depositaban sobre sus labios— ¿Alguna otra pregunta? —demandó Lucio dulcemente, con esa sonrisa que rara veces dejaba ver.

—¿Me puedo retirar? —preguntó entre envenenada de rabia y excitada, pues ya no sabía qué era lo que sentía por ese hombre, pero de lo que estaba segura era que a su lado se sentía protegida y cuidada como nadie lo había hecho en su corta vida.

—Hasta mañana, no llegues tarde —susurró él y Panamá bufó antes de retirarse.

Esa noche Lucio y Damián salieron a tomar algo, entraron en un boliche, se arrimaron a la barra y entre copa y copa hablaron de varios temas.

—¿Seguís yendo a ese maldito lugar? —Quiso saber Damián.

—De vez en cuanto, pero no tanto como antes, aunque pienses que estoy loco ahí me siento bien —respondió Lucio. Damián no deseó contrariarlo y solo sonrió.

—¿Que tal Panamá? Está buena, ¿no?

—Es una criatura hoy la tuve loca todo el día, creí que algún momento me iba a putear —comentó, y soltó una gran carcajada, justo en el momento que dos mujeres se acercaban a ellos, parándose a su lado pidiendo unos tragos.

—Mira que criaturas más bonitas, nosotros invitamos —exclamó Damián observándolas. Lucio se acercó a la rubia, y sin decir nada tomó su mano sacándola a bailar.

Al son de la música, sus cuerpos se refregaron, se calentaron y las manos de Lucio se aferraban a sus cachas, arrimándola a su cuerpo y mirándola con lujuria, mientras ella se humedecía, él se movía espléndidamente bien, llevándola a su antojo, luego la tomó por la cintura hablándole al oído.

—¿Tomamos algo y vamos a un lugar más tranquilo? —preguntó, y ella rápidamente levantó sus brazos depositándolos en su cuello y besándolo en los labios, él mordió su labio inferior sintiéndola gemir. La música cambió y sintieron unos gritos, todos giraron sus cabezas observando de dónde provenían y vieron un grupo de chicas más jóvenes empezar a moverse de una manera que todos se quedaron observándolas, al son de la melodía de una bachata, la cual no era muy escuchada, se retiraron de la pista observándolas, recostados en la barra mientras tomaban unos tragos junto a las mujeres, deleitándose del movimiento de sus cuerpos. Damián lo codeo al primo y este

lo miró.

—Mira quien está bailando, Dios mío qué culo tiene esa mujer — susurró, mientras Lucio no podía alejar la mirada de ese cuerpo que lo calentaba, esa maleducada, ese huracán llamado Panamá. Esperaba cada mañana encontrarla en la oficina y observar todos sus movimientos, le gustaba su modo de enojarse y aunque le molestaban sus contestaciones, amaba su forma de ser, fresca y descarada, su dulzura y ternura con Thiago. Esa chica poco a poco estaba hundiéndose en sus pensamientos y en su vida, aun contra su voluntad. Luego de unos minutos sus miradas se encontraron, y fue como si el mundo se detuviera, como si solo los dos habitaran aquel espacio. Lucio le sonrió y ella se mojó, se dio vuelta para comprobar que esa hermosa sonrisa era dirigida a ella, pues él rara vez lo hacía, los dos se volvieron a mirar y sus ojos hablaron sin mover los labios, lo que provocó en él una erección, algo que hacía años no sentía. Su glande despertó lentamente y reclamó a la dueña de ese cuerpo, a ese torbellino llamado Panamá. Ella siguió bailando, moviéndose, provocándolo, enamorándolo y él embobado no podía sacarle los ojos de encima y una sensación envolvente los cubrió por completo. Ella con algunas copas de más se le insinuaba con movimientos sensuales y a la distancia se comían y desnudaban con la mirada. Su cuerpo era un bello paisaje, el mismo que su alma cansada y su corazón roto necesitaban y pedían a gritos, pero su mente atormentada no aceptaba. Antes de volver a enamorarse tenía asuntos pendientes en su vida. «Sos mi torbellino Panamá, ¿y si te hago daño? ¿Y si luego de un tiempo te cansas de mí y tú también me abandonas?», pensaba él deleitándose con sus movimientos e imaginándola bajo su cuerpo desnudo.

—¡Lucio está con vos, vamos acércate! —repitió dos veces Damián mirándolo.

—No, que ella venga por mí —replicó Lucio. Damián lo miró

incrédulo. Las mujeres que estaban con ellos al ver la acción de esa chica ya se habían retirado ofendidas.

—Por favor, ve ¿qué más quieres que haga? —insistía Damián. Lucio recordaba la conversación de Facebook, y se dio vuelta dándole la espalda y sonriendo pidió otro trago. Luego de varios tragos ignorándolas, ella y la amiga se retiraron.

—Me hubiera gustado verle la cara, me encanta verla enojada, me calienta. No sé lo que siento, pero algo me provoca de eso estoy seguro —susurró Lucio—. Me calienta, me divierte es solo eso, no quiero que se enamore, no quiero lastimarla y no quiero salir otra vez lastimado. Tengo que terminar asuntos pendientes —comentó tomando su trago.

—¿Otra vez con eso? Deja de responsabilizarte, solo abre tu corazón y déjalo sentir nuevamente —le instó Damián, y Lucio se perdió en sus pensamientos sin responder.

Cuando salieron, ellas estaban con el capó de su auto levantado observando por qué no arrancaba, Damián se acercó, mientras Lucio se dirigió a buscar su auto.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó.

—No arranca está muy viejo, pero nunca nos dejó —respondió Panamá trabándosele la lengua, Damián sonrió pues las dos habían tomado de más.

—Vamos que las llevamos, ninguna puede manejar en este estado —se ofreció Damián. Panamá se paró frente a él, soplándose el flequillo y con los brazos en la cintura.

—¿Vos te crees que yo voy a dejar a mi carro tirado en la calle? ¡No señor! Si él no camina yo tampoco, ¡me quedo con el! —exclamó. A Damián le agarró un ataque de risa y Lucio que ya había bajado de su auto se acercaba riendo ante su ocurrencia.

—¿Qué pasa acá? —inquirió. Ella al notar sus risas lo miró a los ojos.

—No me voy a ningún lado sin él —afirmó rotunda señalando el auto.

—Estás borrachita por más que arranque no permitiré que manejes — comentó Lucio serio, mientras sacaba las llaves y lo cerraba, ante la mirada de estupor de ella.

—¿Vos estás loco? ¡Dame las llaves o llamaré a la policía! —gritó enojada.

—¡Llámalos verán en el estado que estás y no te dejarán conducir! Vamos súbete a mi auto, yo te llevaré —ordenó mientras abría la puerta del acompañante. Enojada aceptó mientras Mayda subía en el asiento trasero con Damián.

Lucio arrancó y de reojo la observaba, era tan chica, bonita y respondona, cuando volvió a mirarla tenía los ojos cerrados, hubiera querido abrazarla y mimarla, se notaba que necesitaba amor y cariño. Miró por el retrovisor y observó que Damián hablaba animadamente con Mayda. Cuando llegaron, Damián y Mayda bajaron y se alejaron, Lucio se quedó observando cómo Panamá dormía, sus labios entreabiertos, su respiración pausada y su cara de niña, lo conmovieron.

—Nena, nena... Llegamos —susurró tocándole una rodilla tibia. Su piel suave le gustó. Ella abrió los ojos lentamente y al observar la mano en su rodilla, dio un salto.

—¿Me estabas tocando? —preguntó ella, mientras él ponía los ojos en blanco.

—Te estaba despertando, ¡yo no quiero tocarte! —soltó. Esas palabras la enojaron, abrió la puerta del auto bajándose y cerrándola de un portazo, exclamando algo que él no entendió, Lucio bajó de un salto, tomándola del brazo en un segundo, ante la mirada de sus amigos—¿Qué dijiste? —inquirió.

—Ahuevado, sos un ahuevado —exclamó. Lucio entrecerró sus ojos arrugando la nariz.

—Quiere decir que sos un pendejo —afirmó Mayda con recelo.

Panamá hacía tres años que estaba en el país y siempre algunas palabras se mezclaban con el castellano, sobre todo cuando se encontraba nerviosa y enojada o con algunas copas de más. Lucio observaba como ella abría la puerta de su casa enojada, y apoyado en su auto le gritó:

—Maleducada, mañana no quiero que llegues tarde, ¿escuchaste? —
Ella lo miró con odio.

—Lo que usted diga —respondió. En un tono más bajo lo llamó ahuevado, Lucio achinó sus hermosos ojos y leyó sus labios, se mordió el labio inferior sabiendo que ya estaba perdido, esa pequeña lo tenía a sus pies, pero no se lo confesaría, y poniendo en marcha su auto se marchó, sintiendo una alegría que hacía años no sentía.

CAPÍTULO 5



Esa noche el hijito de Lucio tuvo fiebre, luego de bañarlo varias veces y darle un antitérmico que hizo efecto a las cuatro de la mañana, cuando logró dormir ya era hora de levantarse. Cambió a su hijo y después de ducharse se dirigió hacia la oficina, donde los esperaba un día lleno de citas. Llegó con su hijo dormido en brazos, todos observaron su gran cara de culo, entró en su oficina cerrando de un portazo. Damián con miedo pasó observando cómo acomodaba a su hijo en el sillón y con todo el cuidado del mundo lo tapó con su mantita, depositando un beso muy tierno sobre su frente.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Thiago estuvo toda la noche con fiebre, ya le ha bajado, pero no me voy a arriesgar, firmo unos papeles y lo llevo a la pediatra, no sé si volveré, me tomaré todo el día para observarlo.

—Ve tranquilo yo me encargaré de todo, cuida a mi ahijado —dijo arrodillándose y besando al nene en la mejilla, comprobando que la fiebre había regresado, se levantó y mirando Lucio que firmaba apurado unos

documentos, le comentó—: Otra vez tiene fiebre, ve llévalo yo me encargo.

Lucio se puso nervioso, dejó todo se puso el saco que minutos antes se había sacado, lo levantó en brazos y salió rápido, mientras Damián le abría la puerta.

—¡Avísame cualquier cosa! —grito Lucio.

Todos los empleados se dieron vuelta para observar cómo salía con su rostro lleno de preocupación, cuando pasó cerca de Panamá, el nene dormido dejó caer el auto que siempre llevaba, esta lo recogió y corrió a dárselo al padre.

—Se le cayó al nene —pronunció mostrando el cochecito sin dejar de mirarlo.

Lucio como pudo lo tomó, solo agradeciendo con un movimiento de cabeza, se veía triste, asustado y cansado y Panamá supo, que amaba a ese hombre que luchaba cada día por criar solo a su hijo, que la vida como a ella lo había puesto a prueba, los dos tenían un pasado que remontar, un alma que curar y un corazón roto que restaurar.

Lo de Thiago solo fueron anginas, pronto fue el mismo niño que corría por la oficina distrayendo a todos y robándoles una sonrisa, aunque el padre trataba de retenerlo, siempre se las ingeniaba para escaparse y perderse en los brazos de Panamá que lo recibía con cariño y muchos besos. Mientras Lucio observaba cómo el niño se encariñaba con ella y viceversa. Así lo encontró Damián un día al entrar en su despacho observando cómo su primo miraba a través de los vidrios de su oficina a los dos.

—Mi ahijado ama a Panamá y ella a él —murmuró.

—Así parece, ¡esta panameña quiere robarme a mi hijo! —exclamó sonriente.

—Yo diría que esa chica está curando tu corazón —comentó. Ante estas palabras Lucio lo observó serio.

—Es solo una criatura, no quiero nada formal, mi hijo me necesita. Basta de pavadas, al trabajo —sentenció sumergiéndose en una pila de papeles que los dos empezaron a ordenar.

Aunque él seguía yendo a ese lugar donde lograba la paz, Panamá en silencio se había prometido a sí misma conquistarlo, en lo profundo de su ser sabía que él la deseaba, pero no quería sufrir nuevamente. Cuando Thiago cumplió tres años, el padre lo anotó en el jardín maternal que solo quedaba a unas cuerdas de su oficina, lo llevaba temprano antes de ir a la oficina y al salir lo retiraba. Ese día antes de entrar al jardín su hijo le hizo un planteo que lo dejó con la boca abierta.

—Papá ¿por qué yo no tengo mamá? —Lucio tragó saliva.

—Vos tienes mamá, solo que se fue —respondió con la verdad.

—¿Por qué se fue? ¿No nos quería? —El mintió para no lastimarlo.

—Tu madre se fue porque no me quería a mí, a vos te ama y quizás vuelva algún día —dijo observándolo y secándose una lagrima con el dorso de la mano, disimuladamente.

—¿Vos la amas? —El padre volvió a observarlo por el espejo retrovisor.

—Si claro que la amo. Bueno basta de interrogar a tu padre, preparate que ya llegamos —contestó. Thiago al que le gustaba ir al jardín se preparó para bajar, su padre abrió la puerta trasera del auto y tomándolo de la manita entró ante la mirada de algunas madres que se deleitaban con su cuerpo esbelto y esa sonrisa que el padre les regalaba cada mañana.

Cuando llegó a la oficina observó a todos con su habitual cara de culo y comprobó que Panamá no estaba, entró en su oficina y llamó a Mayda, esta enseguida acudió.

—Señor ¿me llamó?

—¿Dónde está Panamá? ¿No vino hoy?

—Estaba descompuesta y tiene fiebre, llamamos al médico le dio antibióticos y le dijo que se quedará tres días en cama. Quería pedirle a usted un adelanto del sueldo para comprar los remedios, si puede ser —comentó con miedo a una negativa, Lucio la miró de esa manera que daba pavor, luego sacó dinero de su billetera y se lo extendió.

—¿Están comiendo bien? —preguntó, pues sabía que vivían solas, que nadie las controlaba y sin pensarlo quiso saber si se alimentaban bien.

—Sí gracias, solo que este mes la madre de ella, le pidió más dinero —contestó Mayda. Él no supo cómo interpretarlo, suspiró y la dejó que siguiera con su trabajo. Miró el calendario y observó que faltaba diez días para cobrar, ¿cómo iba a comer en esos días, si no tenía dinero? Dejó lo que estaba haciendo y sin dudar lo buscó su número de celular.

—Hola —respondió una voz en gripada, su corazón palpitó desbocadamente al escucharla. Se notaba que se sentía mal, él sabía muy bien lo que era estar solo y enfermo, se pasó la mano por la barba dos veces y lentamente le respondió.

—Panamá, soy Lucio ¿necesitas algo? —dijo. Ella se sentó de golpe en la cama.

—¿Qué Lucio? —Él al notar que lo estaba cargando sonrió.

—¿Cuántos Lucios conoces?

—Uno solo, pero ese tiene cara de culo y nunca me llamaría —replicó. Él se puso serio, moviendo su cabeza en señal de desaprobación, aun enferma lo desafiaba.

—Quizás ese Lucio que conoces tenga cara de culo, porque tiene mil problemas más un hijo que criar —respondió pasándose la lengua por los labios, solo escucharla hablar lo calentaba.

—Perdón, solo era un chiste, gracias por llamar, mañana estaré mejor. Mayda me contó que le dio un adelanto tuve que girarle más dinero a mi

madre este mes —comentó.

—¿Por qué le giras todos los meses? Perdón que me meta, ¿tanto lo necesita? ¿Es muy grande tu madre? —preguntó. ¿Cómo contarle la verdad? Eso jamás pues solo recordarlo, la vergüenza se apoderaba de ella.

—Mi madre está enferma y no le alcanza el dinero, ese es el motivo que le giro cuando cobro.

—¿No tienes padre? —averiguó él.

—No, falleció cuando yo era pequeña —respondió, y sintió la respiración de él y se estremeció.

—Bueno si necesitas algo solo llámame, ¿sí? —dijo. «¿Que si necesitaba algo?» Pensó ella, claro que sí, necesitaba estar en sus brazos, que la mirara y sonriera como lo hacía con su hijo, pero sabía que eso era imposible, sabiendo que él era un sueño inalcanzable.

—Gracias por llamar, pronto estaré ahí —respondió desconcertada. Lucio en su oficina y ella en su casa pensaban al unísono. Damián entró en su despacho sacándolo de su ensoñación.

—¿Qué pasa? —demandó entregándole unos documentos que Lucio guardó en un cajón.

—Nada. Llamé a Panamá está gripada, ¿no es raro que le gire tanto dinero a la madre? —comentó mientras Damián se servía un vaso de agua.

—Hay tantas cosas raras amigo... Ella es buena chica, de la familia no sé qué decirte, a veces hablo con Mayda y me cuenta que, aunque no lo parezca ella es muy sufrida, no me dijo por qué, pero la alegría que demuestra es solo una coraza que la protege de su verdadera realidad, de su pasado —pronunció.

—Algo pasó —susurró Lucio—. No me creo lo que cuenta, como una madre la deja estar sola tan chica en otro país. Ya sé la madre de mi hijo hizo lo mismo y él es una criatura —afirmó, bajando la mirada recordando a su

mujer.

—¿Aún la sigues amando? —La pregunta de su amigo le caló en lo más profundo, y sentándose en su sillón lo miró a los ojos, Damián se apoyó en su escritorio.

—No sé, quizás quiero que vuelva por mi hijo, solo eso —dijo. Se pasó las manos por el pelo y luego se las apretó—. Sí la amo, sé que al irse nos destruyó, rompió mi corazón, pero te soy sincero aún la amo, no puedo alejarla de mi mente —aseguró.

—¿Por qué no le das una oportunidad a Panamá? Sé que se gustan, invítala a salir. ¿Que puedes perder? Quizás ella te haga olvidar —comentó y Lucio sonrió.

—¡Por favor es una criatura! Ya tengo a mi hijo, no quiero otra niña. No voy a lastimar a nadie más, y no voy a dejar que nadie me lastime —afirmó.

—¿Otra vez lo mismo? ¿Por qué no vas a terapia? Vos no podrías lastimar a nadie. ¡Vive! —repetía mientras observaba como Lucio miraba al techo peleando con una lágrima que asomaba a sus ojos.

Dos noches después, al llegar a casa bañó a su hijo, y mientras cenaban el nene le contaba lo que habían hecho en el jardín, él lo escuchaba muy atento, y sonreía al observar lo que había crecido, cuando terminaron se sentaron en los sillones a revisar el cuaderno y firmar notas.

—Ya va a ser tu cumpleaños ¿qué quieres que te regale? —preguntó acariciando su cabello, Thiago lo miro.

—Lo que quieras. No, mejor una bici más grande, ¿sí? —pidió. Su hijo chinó sus hermosos ojos haciendo sonreír al padre, que como siempre cumplía con todos sus pedidos.

—Listo compraremos una más grande para mi bebé —acató. El hijo lo miro serio.

—¡No soy un bebé! Soy un nene grande —exclamó. El padre dejó los cuadernos sobre el sillón y colocándolo sobre sus piernas tomó su pequeño rostro entre sus manos, hablándole.

—Siempre, siempre serás mi bebé, recuérdalo. A papá debes contarle todo, entre vos y yo no hay mentiras, ni secretos —le explicó. Thiago asintió y se abrazó a su padre, que moría de amor por esa criatura, luego de leerle un cuento el nene se durmió, cansado.

Lucio se sirvió una copa de vino sentado en el sillón y meditó la pregunta de Damián. Tomó un trago de su copa dejando volar su imaginación. ¿Cómo no amarla si aún siento su perfume? se maldijo. Debería odiarla y en cambio sigo pensando en ella. Se levantó descalzo solo con un bóxer para servirse otra copa de vino, luego se sentó en un taburete de la cocina, mientras seguía pensando en esa mujer que los había abandonado, en su madre y en buscar al asesino de su padre. Apoyó la copa en la mesa tomándose la cabeza era tanto lo que debía hacer, que sus neuronas muchas veces creían que iban a explotar. Justo en ese momento su celular sobre la mesa le avisaba que tenía una llamada, lo miró dejándolo sonar. No quería hablar con nadie, otra vez la angustia y la tristeza se adueñaban de él. Cuando iba acostarse, otra vez comenzó a sonar y tomándolo en su mano observo la pantalla, era Panamá.

—¿Hola, Panamá? —respondió incrédulo.

—Hola Lucio —dijo ella. La voz de esa chiquilla consiguió distraerlo y por una extraña razón los ojos llenos de lágrimas se iluminaron repentinamente.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —inquirió suponiendo que algo pasaba.

—Disculpa que te llame a esta hora ¿estabas durmiendo? —Él sonrió.

—No, dime te escucho.

—¿No quieres que le festejemos el cumpleaños a Thiago? Yo trabajé tiempo atrás animando fiestas para niños, y podríamos a animarle un lindo cumpleaños, podrías invitar a los compañeritos de su salita, aunque si tienes otros planes no hay problema —explicó. Sin proponérselo lo hizo sonreír, pues siempre lo sorprendía, ella y su hijo con sus risas y su carácter lograban alejarlo de esos pensamientos tristes y nefastos.

—En el jardín se lo festejan, pero me gustaría hacerlo acá en mi casa, tengo un parque grande donde podríamos armar las mesas, ¿te parece? — Ella se sintió feliz que le gustará su idea, vivía pensando cómo hacer para acercarse a él, solo quería verlo feliz.

—Me parece bárbaro, ya verás cómo se van a divertir, adornaremos todo el parque y yo me disfrazaré para hacerlos jugar. Hay que lindo, mi nene se va a sentir feliz —enseguida se arrepintió —no quise decir mío, solo que... —Lucio no la dejó terminar.

—Nena, yo sé lo que lo quisiste decir, las explicaciones están de más, mañana arreglamos todo en la oficina y Panamá —ella con el celular entre sus dedos escuchaba atenta—, gracias por todo lo que haces por mi hijo.

—Lo hago porque lo quiero y deseo verlo feliz, ningún niño debe sentirse triste. Es obligación de los padres brindarle una niñez llena de felicidad —terminó diciendo ella.

Lucio cortó imaginando la infancia de ella sin padre. Esa noche se durmió sonriendo pensando en lo feliz que se sentiría su hijo. Al otro día luego de dejar a su hijo en el jardín entró a su oficina con otra cara, ella al verlo entrar con su traje negro y ese porte se desarmó como un flan, al pasar por su lado, la miró y le sonrió, ella no pudo evitar sonrojarse. A los diez minutos la llamó a su despacho, ella golpeó suavemente la puerta y él se acomodó en su sillón para darle paso.

—Bueno siéntate y cuéntame lo que habías pensado para la fiesta de mi

hijo —dijo justo cuando Damián entraba, y se sentaba sonriente escuchando a esa chiquilla entusiasmada con los preparativos, Lucio estaba atento divirtiéndose al verla expresarse con movimientos de manos y articular las palabras con ese acento tan peculiar, estuvo explayándose una hora haciéndolos reír de las cosas que había estado preparando—. ¿Puedes acompañarme a comprar todo? —Lucio le regaló su más bonita sonrisa sin imaginar que ella moría de amor.

—Si tú quieres sí te acompaño —respondió sin dejar de observarlo.

—Bueno a la hora del almuerzo nos vamos, ve a terminar tu trabajo. Te espero a la una en el estacionamiento.

—Esta mujer es la que necesitas abrí los ojos. Quiere a tu hijo, te quiere a vos ¿qué más necesitas? Sin mencionarte que es hermosa —comentó Damián. Lucio se encontraba sumergido en su trabajo sin escucharlo, Damián pegó media vuelta yéndose enojado, Lucio levantó la vista sonriendo.

A la una en punto, Panamá estaba parada al lado de su auto y de pronto vio que se acercaba caminando rápido y serio, como siempre.

—¿Vamos? Acá esta mi auto —comentó Lucio sonriéndole. Abrió la puerta del acompañante invitándola a subir, ella se acomodó y él cerró la puerta, dio la vuelta y mientras se acomodaba en su asiento le señaló el cinturón de seguridad con la mirada y ella obedeció—. Lo primero que debes hacer es ponerte el cinturón, ¿en tu auto no te lo pones?

—Están rotos —respondió despacio, mirándolo de reojo.

—Ahora mismo te los hago arreglar, son muy importantes —afirmó él. Tomó su teléfono y dio la orden.

—No puedo pagarlos ahora, más adelante los arreglaré.

—Y yo te digo que ya los mande a arreglar, cuando llegemos de vuelta los tendrás, y no se habla más del tema —afirmó. Ella se cruzó de brazos en señal de desaprobación y él se mordió el labio por no reírse.

CAPÍTULO 6



Pararon en un cotillón y antes que ella abriera la puerta para bajar, él ya estaba ahí ayudándola tomándole la mano, cada minuto que pasaba ella moría de amor, enamorándose más y más de él. Mientras que los sentimientos de Lucio se enredaban en una telaraña de dudas, de lo que sentía por ella y aunque su mente se resistía, presentía que podía ser la indicada de darle nuevamente vida a su roto corazón y el aire puro que su alma exigía. Luego de comprar todo se dirigieron al estacionamiento guardando las bolsas en el baúl del auto, después Lucio le clavó la mirada, observándola con esos ojazos que la hacían temblar.

—Vamos a almorzar, yo invito —dijo. No fue una pregunta, sino que sonó como siempre a una orden dejando a Panamá sin palabras. Lo siguió a un restaurante muy cerca, él abrió la puerta y al llegar a la mesa corrió la silla para que se sentará, mientras elegían el menú, ella pensaba lo feliz que era en ese momento. El cerró la carta mirándola, ella levantó la vista.

—¿Qué pasó? ¿Qué hice? —Él largó una corta carcajada.

—Nada, no hiciste nada, quiero saber más de tu vida —respondió y ella

sintió morir.

—Ya sabes todo de mi vida —contestó Panamá, que se encontraba roja de vergüenza.

—No, todo no, cuéntame. Yo puedo ayudarte, como amigo, solo como amigo —recalcó esas palabras y ella entendió que jamás se enamoraría.

—No hay mucho más que contar. Soy solo una simple chica que trabaja para subsistir, le envió dinero a mi madre todos los meses, alquilo un departamento que es un pañuelo con mi amiga, nada más —terminó diciendo mirando al mozo que se acercaba con el almuerzo.

Mientras almorzaban, Lucio la observaba pues había algo en ella que lo calentaba y no era solo su cuerpo, era su carácter, su forma de ser. Cuando terminaron se dirigieron a la oficina, durante todo el trayecto la observaba y ella como siempre se ponía nerviosa, él abrió la puerta dándole paso y agachándose a su altura susurró en su oído.

—Gracias por todo, sabes que, si necesitas algo, solo tienes que decirlo —y cerrando sus ojos aspiró su perfume sintiendo que su glande palpitaba—. ¡Que rico olor tienes, nena! —musitó con voz ronca conteniendo la sensación de lamerle la oreja.

—No necesito nada, solo lo hago por el nene —mintió ella mordiéndose el labio inferior, sabiendo que sin permiso ese hombre le había robado el corazón.

—Está bien es solo por el nene, ¡me alegro que solo sea por el! —pronunció Lucio sonriendo. Panamá observó que todos se habían retirado de la oficina pues ese día trabajaban menos horas y sin pensarlo se dio vuelta apoyando las manos sobre su gran torso enfrentándolo, sus ojos se encontraron y sus cuerpos recibieron un breve temblor.

—¡Sabes que también lo hago por ti, te amo! Sí, no me mires así, te amo con todo el corazón —exclamó ante un Lucio, desconcertado —Desde el

primer momento que te vi y yo sé que mi presencia no te es indiferente. ¿Cuándo lo vas a admitir? ¡Dímelo! —le pidió. Lucio pasó su lengua por sus labios secos y estiró sus manos tomándola de la cintura para atraerla y pegarla a él sin dejar de mirarla. Sonrió al verla cerrar los ojos y suspirar.

—Lo sé, no quiero lastimarte, ¿entiendes? —dijo en voz baja, ante una Panamá entregada— No sabes lo que me cuesta controlar esto que siento por ti —declaró y le apretó la cintura y sus dedos traviosos bajaron lentamente hasta sus cachas. Suspiró sobre esos labios que tanto deseaba, el aliento de ambos se mezcló provocándoles una gran excitación—. Panamá sos tan especial para mí y aun así no puedo, perdóname, nena —terminó diciendo al tiempo que se alejaba de ella ardiendo por dentro.

Entraron a la oficina sin decir una palabra más. Aunque él se resistiera esa chiquilla se estaba apoderando de sus pensamientos, la observaba a través de los vidrios de su oficina dudando de sus sentimientos, pero algo en ella doblegaba su espíritu brindándole la paz que su corazón y su alma necesitaban. Cuando ella tomó sus pertenencias, salió de la oficina dirigiéndose al estacionamiento donde Mayda la esperaba con bolsas, como había salido antes había aprovechado para comprar. Abrió su auto llevándose una sorpresa inmensa, las amigas se miraron sin poder creer lo que veían.

—¿Cuándo mandaste arreglar los cintos de seguridad? —preguntaba Mayda, observándola.

—No lo hice fue Lucio. Mira qué bonitos son —afirmaba tocándolos.

—Dios nena, creo que siente algo por ti. No me mires así, ¿por qué lo haría sino?

—En agradecimiento porque lo ayudamos con el cumpleaños del nene, es solo eso, te juro que estuvimos solos y ni se me insinuó.

—Bueno por algo se empieza, llámalo y agradécelo. ¡Dale! —pedía la amiga.

—¿Te parece? Debe estar ocupado con el nene —replicó, aunque luego de pensarlo lo hizo.

—Hola, Panamá —respondió cansado. Estaba sirviéndole la merienda a su hijo.

—¿Llamo en mal momento? —Ella se maldijo por haberlo molestado.

—No, nena todo bien, ¿qué necesitas? —contestó sentándose con una taza de café en la mano, mientras su hijo tomaba la leche mirando los dibujitos.

—Solo quería agradecerte por arreglar los cintos de mi carro, no debiste hacerlo no sé cuándo podré pagarte —dijo. La amiga sonriendo susurro “*Yo sé cómo puedes pagárselos*”. Panamá se puso colorada—. ¡Cállate estás loca! —exclamó en voz alta.

—No quiero que me los pagues es solo un pequeño regalo, no quiero que nada malo te pase, es solo eso, ¿ya llegaste a tu casa? —Pam se encontraba tan nerviosa hablando con él, que no se dio cuenta que estaba llegando, a su casa.

—Sí, no quiero molestarte más —mintió, porque quería seguir escuchando su voz.

—¡No me molestas! De vos nada me molesta... —pensó un instante y sonrió— La verdad que sí hay algo que me molesta —añadió. Ella se puso seria.

—¿Qué te molesta? —Ya estaba estacionando el auto en la entrada de su casa, y su amiga bajó rápido para dejarla hablar mientras le hacía señas para que no cortara la conversación.

—¡Cuando me contestas! Eso no me gusta —respondió el y los se rieron.

—A mí me molesta cuando entras todas las mañanas con esa cara de culo, en la oficina —Lucio abrió grande su boca enderezando su espalda en la

silla.

—¿Ves? De eso hablo, tus contestaciones no me agradan.

—No peleemos. Haya paz por el cumpleaños del nene. ¿Te parece? —
pidió ella.

—Después que pase el cumpleaños de Thiago vos y yo hablaremos —
afirmó Lucio.

—¿De qué hablaremos? Vamos dime, no me dejes con la intriga.

—No, después del cumpleaños, que duermas bien nena —susurró él y
sus palabras le acariciaron el alma.

Luego de cortar Lucio se reprochó haberle dado esperanzas, aun en
contra de su voluntad su corazón lo había traicionado y ya era tarde para
arrepentirse. Recordó la salida juntos, la cara de esa chiquilla y su cuerpo,
todos sus sentidos se pusieron en alerta reconociendo que la deseaba como
hacía tiempo no deseaba a nadie, era un remanso de paz, su alegría era
contagiosa. «Llegaste a mi vida, sin pedir permiso y como un huracán te
adueñaste de todos mis sentidos» meditó sonriendo, al recordar como lo
había enfrentado y declarado su amor.

La fiesta se realizaba el sábado, en solo tres días se organizó todo, hacía
años que Damián no lo veía tan entusiasmado a Lucio. Habían contratado un
servicio de almuerzo para todos los chicos que incluía dos mozas que no
paraban de comerlo con la mirada. Todo estaba listo, Panamá y Mayda
adornaron todo el parque dejándolo muy bello, Lucio bañó a Thiago y le puso
ropa nueva. Estaba hermoso y nervioso esperando a sus compañeritos. Lucio
entró en la cocina para observar cómo las mozas acomodaban toda la comida,
para recibir a los invitados, al verlo entrar las chicas levantaron sus rostros
observándolo.

—Nosotras nos encargamos de servir, usted solo disfrute de la fiesta y
de su hijo —pronunció una de ellas.

—Está bien, cualquier cosa que deseen solo me llaman —pidió él saliendo rápido.

—¿Vos viste lo que es este hombre? Me lo como crudo —comentó una y la risa de la otra no se hizo esperar.

—No te hagas ilusiones, este ni nos mira —respondió la más callada terminando de servir unos canapés.

Apenas salir de la cocina se encontró con Damián que venía a su encuentro, para avisarle que los chicos estaban llegando. Thiago se paró al lado de Lucio en la puerta de entrada, y así fue recibiendo a los amiguitos. Sin dudarlo las madres aprovecharon para besar al bello padre en la mejilla, y Damián reía tras ellos al observar como Lucio como una criatura se sonrojaba.

—Te llaman en la cocina —dijo, sacándolo del medio de las madres que lo acosaban. Cuando todas se retiraron apareció sonriendo.

—Casi te violan —afirmaba Damián riéndose.

—¿Dónde mierda se metieron Panamá y Mayda? Fui al parque y no están —preguntó.

—Se están cambiando, no sabes lo que vas a ver —respondió Damián. Lucio arrugó la frente y sintió que alguien tocaba su gran espalda, se dio vuelta lentamente y no pudo creer lo que sus ojos veían, ella se encontraba frente a él con un disfraz de Mini. La miró de arriba abajo, y observando su carita pintada, la hizo dar vuelta.

—¡Estás hermosa! —exclamó mirándola directamente a los ojos. Ella le mantuvo la mirada diciéndole lo mucho que lo amaba, el amigo lo codeó y recién ahí este se percató de la presencia de la amiga— Vos también estás muy linda —terminó diciendo, aunque sus ojos no dejaban de observar a esa chiquilla que lo llenaba de ternura y deseo. Su hijo entró corriendo, y tomándola de la mano se la llevó al parque donde los amiguitos esperaban

para jugar.

—Déjala de mirarla que la vas a gastar —le soltó Damián.

—¡Es increíble! Esta chica siempre me sorprende es tan fresca, tan...

—Tan bella jaja, ¿por qué no confiesas que te gusta? Ella se muere por vos, más claro échale agua —exclamó Damián. Lucio se quedó serio pensando.

—¿Vos crees que podemos llegar a algo? —Se animó a decir, sus palabras le salieron del fondo de su alma, aun sin pensarlas.

—Arriégate, ella vale la pena. ¡Inténtalo!

Una de las mozas se acercó entregándole un vaso con bebida, y para rozarle con los dedos, la miro mal y movió su cabeza en señal de reprobación, la chica sin decir nada se retiró. Observó que Panamá había visto la insinuaron poniéndose seria, sonrió y le guiñó un ojo, mientras ella hacía reír, saltar y correr a los chicos por todo el parque, sus miradas se cruzaban a cada instante. En un descanso de la fiesta, mientras los chicos pululaban por todos los rincones del gran parque, Panamá se arrimó a la mesa de las bebidas estiró sus dedos para tomar un vaso de gaseosa, al mismo tiempo que unos dedos largos rozaban los suyos haciéndola estremecer, levantó la mirada encontrándose con los ojos del hombre que le quitaban el aliento y que entraba en sus sueños noche tras noche, desvelándola. Él se agachó a su altura susurrándole al oído.

—Qué hermosa que está Mini —dijo, regalándole esa sonrisa que ella tanto amaba.

—Lucio yo... —pronunció, pero él no la dejó terminar.

—Sos la Mini más bonita que he visto en mi vida, gracias por todo lo que haces por mi hijo —agradeció al mismo tiempo que sus dedos acariciaban su mejilla, sin dejar de observarla.

—Lo hago porque lo quiero —respondió bajando la mirada.

—Lo sé y él te quiere a ti, ¿lo sabes no? —Ella asintió con la cabeza, buscando esos ojos que le robaban el alma. En ese momento Thiago llegó corriendo, abrazándose a sus piernas.

—Vamos todos en fila haremos un trencito —gritó ella y todos los chicos obedecieron.

Él se hizo a un lado, pero Panamá lo ubicó tras ella y él mirando a Damián que reía se tomó de su cintura, riendo como un niño más y haciendo el trencito interminable. Después de diez minutos Lucio ya se encontraba cansado y los chicos incansables gritaban y reían.

—¿Falta mucho Mini? —susurró en su oído, ella rio con esa risa que a veces lo sacaba de quicio y otras veces lo enamoraba.

—Ya terminamos papá —pronunció poniendo su cara de costado observándolo. Los dos se miraron deseándose, él apretó su cintura sintiendo que mil chispas los cubrían.

Cuando la fiesta tocó a su fin, las mamás de los nenes pasaron a buscar a sus hijos y Thiago se encontraba muerto de sueño y cansado, el padre con todo el amor del mundo lo alzó, y a los diez minutos estaba dormido en sus brazos, lo llevó a su habitación recostándolo sobre la cama, se arrodilló a su lado y corriéndole el pelo de su carita lo llenó de besos chiquititos.

—Te amo hijo, sos lo más importante en mi vida, duerme mi bebé —susurró casi en silencio, se levantó y dejó la puerta de su habitación entreabierta. Se dirigió a la cocina donde las mozas se encontraban acomodando todo.

—Te dejo mi tarjeta para lo que necesites —expresó descaradamente la que lo había buscado antes. Lucio la miro con una sonrisa irónica, seguro que jamás la llamaría. Cuando se iban retirando entró Damián, que había visto la situación.

—No digas nada —comentó Lucio sonriendo.

—¿Ya se fueron Panamá y Mayda? —preguntó, mientras guardaba unos vasos en el mueble.

—Están en el baño cambiándose, la verdad es que se han portado genial, los nenes estaban felices —concluyó Damián, justo cuando escucharon unos pasos.

—Nos vamos, todo estuvo muy lindo y creo que los chicos se han divertido —dijo Mayda ubicándose la cartera sobre el hombro, y las bolsas de los disfraces en una mano. Lucio sacó unos billetes y se los puso dentro del bolsillo de la campera.

—No, por favor, lo hicimos por Thiago —protestó, pero él la miró mal y aceptó—. Te espero fuera —le dijo a Panamá.

—Yo las llevo que voy cerca de su casa —anunció Damián caminando con Mayda.

—¿Y el auto? —inquirió Lucio observando a Panamá.

—El carro no quiso arrancar —respondió ella.

—¿Y cómo han venido hasta acá con toda la ropa? —demandó Lucio.

—En taxi —contestó Panamá.

—¡Por Dios! Tengo que pagarles el taxi —aseguró y ella lo miró con cara de culo.

—Si me das un peso más me ofendo, ¡Es nuestro regalo! —pronunció ella, mientras el cuerpo de Lucio iba acercándose peligrosamente sin dejar de mirarla. Él sacó dinero de su billetera, tomó la mano de ella y la obligó a tomarlo.

—Panamá por favor, lo necesitas, no lo rechaces —le pidió, pero ella en un segundo depositó el dinero sobre el sillón, bajando la mirada. Lucio con su dedo índice levantó su barbilla.

—Me voy tengo cosas que hacer —dijo ella llena de amor. Sabía que si se quedaba cinco minutos más se derretiría ante el único hombre que la había

tratado bien en toda su vida.

—No quiero hacerte daño, eres tan joven, tan especial... —susurró Lucio en su oído—Dejemos las cosas como están, sé lo que sientes por mí, pero no puede ser. Ya encontraras alguien de tu edad, y yo deseo que seas muy feliz porque te lo mereces, nena —manifestó mirándola a los ojos, ella apoyó con miedo sus manos sobre su gran pecho.

—¿No te gusto? ¿Soy poco para vos? —preguntó bajando nuevamente la mirada con vergüenza. Esas palabras estremecieron a Lucio haciéndolo sentir culpa y congoja.

—¿Qué decís? ¿Panamá estás loca? Mírame, mírame nena, nunca permitas que nadie opine eso de tu persona, vos sos una gran mujercita, claro que me gustas, lo que pasa es que aún no estoy listo, solo es eso ¿entiendes?

—Yo te esperaré —afirmó ella estirando sus dedos para acariciar con timidez la mejilla de Lucio—. A mí también me han herido, curémonos juntos —declaró. Sin quererlo confesó parte del secreto que guardaba y que solo su amiga sabia. Lucio acaricio con dulzura su rostro, y cuando sus labios se iban a juntar sonó su celular, él subió lentamente sus labios besando su frente, ante un suspiro prolongado de ella que se dio vuelta y se marchó mientras observaba como él miraba con atención la pantalla. Se sentó solo en el sillón del living atendiendo el llamado.

—Lucio, quiero ver a mi hijo —escuchó. La voz de la mujer que aún amaba lo sorprendió, su pasado otra vez volvía sacudiéndolo de frente y sin previo aviso, tragó saliva.

—¿Ahora te acuerdas de que tienes hijo? —Su voz sonó dura y cruel.

—¡Por favor necesito verlo, no me lo niegues! Todos los días de mi vida me arrepiento por haberlos dejarlo.

—Lo pensaré, no puedes aparecer de la nada y reclamar algo que abandonaste, él no es una cosa que la tomas cuando a vos se te dé la gana, él

es una persona, él es mi hijo. ¡Mierda! ¿Te crees que te vamos a recibir con los brazos abiertos? —le espetó. Sentimientos cruzados invadieron todo su ser, caminó con el celular por el espacio sin saber qué hacer.

—Perdóname, no volverá a pasar, ¿aún me amas? Porque yo sí, necesito verlos. Hablemos por favor —pidió. Lucio se pasaba la mano por el pelo mientras sus neuronas trabajaban pensando lo mejor que hacer. ¿Como se tomaría su hijo la llegada de su madre? ¿Y si venía a sacárselo? Cortó la comunicación con la promesa que al otro día sería recibida.

En la oficina al otro día, contaba a su amigo lo que había sucedido después del cumpleaños de su hijo, Damián lo observaba serio, irritado ante la situación.

—Dime que vas a hacer. ¡Estás loco si le crees! No puedes perdonarla, te arruino la vida a ti y a tu hijo y ahora vuelve como si nada, exigiendo qué. ¡No tiene ningún derecho, por favor abre los ojos! Ella no cambiará nunca es solo... Solo mala madre —soltó y Lucio lo miro. Él sabía que Thiago necesitaba a su madre y nunca podría negársela, él no era así pensó. Se cruzó de brazos apoyando su cuerpo en el escritorio.

—Es la madre de mi hijo no puedo negársela, el nene la necesita —articuló casi sin hablar.

—Y vos también ¿no es así? ¿Vos todavía la amas? ¡Perdón, pero sos un boludo! ¿Te crees que es la única mujer? ¡Ahí la tienes a Panamá, una chiquilla que se muere para que la ames, una mujer con todas las letras, la que le secó las lágrimas a tu hijo y estuvo siempre a tu lado y vos la rechazas por una cualquiera! —Lucio levantó la mano pidiendo silencio.

—¡Basta, no sabes nada! Claro que me gusta Panamá, ¿pero no te das cuenta? Es solo una niña, ¿cómo puedo entrar en su vida y pedirle que se haga cargo de un niño que no es suyo? Ni loco destruiría su vida, ya encontrará a alguien que la ame y proteja como se merece — gritó a Damián,

que solo deseaba abrirle los ojos.

—Piénsalo bien, ella no es buena, no juega limpio. Te destruirá otra vez y sería muy triste verte sufrir, ahora no solo sufrirás vos ahora está mi ahijado en el medio. ¡Piénsalo! —sentenció. Damián se fue dejándolo en un mar de dudas. ¿Qué debería hacer? Su corazón le pedía verla, escucharla y su razón le decía que huyera, que esa mujer no lo merecía. Se maldijo en silencio dando vuelta como una fiera enjaulada en su despacho, se apoyó en su escritorio con las manos en los bolsillos, y de pronto observó a través de los vidrios a Panamá sonriente manejando la computadora y hablando con la amiga. «Qué bonita sos, tienes derecho a una vida mejor de la que yo pueda ofrecerte», meditaba en silencio.

Esa noche luego de cenar con su hijo, bañarlo y acostarlo, le contó un cuento como todas las noches y cuando terminó se sentó en la cama.

—¿Te gustaría ver a tu mamá? —Thiago lo observó pensativo.

—No sé papá, nunca la vi —respondió el niño. Lucio se recostó pasando un brazo por su delgado cuerpecito abrazándolo, y atrayéndolo hacia el suyo.

—Mira hijo, ayer me llamó y pidió verte, si vos quieres la verás —le explicó.

—¿Se va a quedar o se irá de nuevo? —El padre lo besó en la cabeza, mientras sus dedos acariciaban su pelo.

—No sé mi amor, sabes que yo te amo, vos sos todo para mí. ¿Lo sabes no? —preguntó y Thiago se prendió a su cintura.

—¡Yo también te amo! —El padre apretó la mandíbula luchando para que unas lágrimas traicioneras no se derramaran por sus mejillas, luego de unos minutos su hijo se durmió en sus brazos, lo arropó y salió de la habitación con unas ganas tremendas de llorar o de gritar.

Esa noche casi no pudo pegar los ojos, cuando la alarma del celular

sonó, se duchó y llevó a su hijo al jardín y después de estacionar su auto, entró apurado a la oficina, sin mirar a nadie. Utilizó cada minuto de la mañana en trabajar, sin hablar con nadie, Panamá estaba preocupada al no verlo salir, al mediodía antes de salir a almorzar llamó a su puerta.

—¿Quién es? Pase —respondió. Panamá abrió la puerta asomando apenas su carita. Él la observó y ella vio las facciones de su cara contrariadas y supo que algo andaba mal.

—¿No quieres que te traiga nada para almorzar? —El siguió observándola en silencio.

—Entra y cierra la puerta —pidió. Esto la sorprendió, entró haciéndole caso, acercándose al escritorio y él se reclinó en su sillón mientras los dedos de su mano derecha tocaban su barba.

—Tráeme una ensalada y una gaseosa, ¿puede ser? —Panamá sintió su voz triste y cansada.

—¿Te pasa algo? ¿Puedo ayudarte? ¿El nene está bien? —averiguó.

—Sí, todo bien es solo mucho trabajo, gracias. Ve no pierdas más tiempo —respondió sonriendo, pues sabía que ella se molestaba cuando él la apuraba. Panamá puso los ojos en blanco, soplando ese flequillo que él amaba y se retiró ante su atenta mirada. A los diez minutos regresó con su pedido, él le pagó y antes de irse la detuvo con un gesto de mano.

—Gracias, sabes que te aprecio, ¿no? —preguntó con los ojos fijos en los de ella.

—Lo sé, yo también, ¿no quieres que vaya a buscar el nene y lo lleve a la plaza? —le interrogó, pues varias veces lo había hecho.

—Hoy no Panamá tenemos cosas que hacer —dijo pasándose la mano por el pelo.

—Está bien me avisas, vos sabes que me gusta estar con Thiago —respondió.

Al salir de su oficina recogió al nene del jardín que se abrazó a sus piernas, mientras unas madres babosas apreciaban la belleza del padre con ese traje que le quedaba como pintado, aunque él solo las saludaba con un rápido movimiento de cabeza.

— Te daré la merienda y luego vendrá tu mamá a verte —comentó observando al hijo por el retrovisor—. Ya te queda chica esa sillita, ya está grande mi bebé —afirmó y descubrió que su hijo se tapaba la cara con sus manitas, siempre hacia eso cuando estaba enojado—. ¿Estás enojado? ¿Pasó algo en el jardín? ¡Cuéntale a papá! —le pidió. Su hijo seguía tapando su rostro con sus deditos, el padre estacionó en la puerta de casa, bajó sin dejar de observarlo, abrió la puerta, le sacó el cinto de seguridad y comenzó a hacerle cosquillas, mientras lo alzaba y lo llevaba sobre su hombro como una bolsa de papas, el nene no aguantó más y estalló en una risita contagiosa.

—Bueno a merendar. Siéntate que te sirvo la leche, hay medialunas de la mañana las calentaremos y las comeremos todas, ¿qué te parece? —le explicó empezando a calentarlas, y cuando observó su carita estaba seria, se arrimó apoyando sus antebrazos sobre la mesa para tomar una de sus manitas —. Dile a papá qué te pasa.

—Dile a papá que te pasa.

—¡No quiero verla! —exclamó. El padre le retiró las manitas de la cara con suavidad.

—Pues entonces no la verás, yo no te obligaré es tu decisión solo tú eliges, ¿entiendes nene? ¿Por qué no la quieres ver? Ella es tu mamá —le preguntó. Thiago lo miró.

—Porque se va a ir y no quiero que se vaya —afirmó. Lucio lo tomó en brazos sentándolo en su falda en el sillón del living, abrazándolo con todo el amor del mundo.

—No quiero mentirte. No sé qué irá a pasar, la veremos y

escucharemos lo que tenga que decir, ¿sí? —le dijo y Thiago apoyó la carita en su pecho asintiendo con su cabecita.

El timbre de la casa sonó y Lucio trago saliva, bajó de sus piernas a su hijo acomodándole la ropa y tomando su manita se dirigieron a abrir, el pasado se encontraba atrás de esa puerta, un pasado que aún le pesaba y dolía. Lentamente abrió la puerta y ahí estaba ella más hermosa que nunca erguida y desafiante como la recordaba, su corazón dio un salto y su mente se paralizó, se observaron, sin hablar ella bajó la mirada y contempló a su hijo que se escondía tras las piernas de su padre.

CAPÍTULO 7



Manu entró sigilosamente en la cocina observando cómo su mujer preparaba el mate, recostó su enorme cuerpo sobre el marco de la puerta, sonrió al mirarle las cachas. «Cómo me calientas, mi niña. Creo que será así hasta el día que me muera» pensó, él y Davy se encontraban perdidos por el amor de esa argentina que años atrás los había enamorado, echado más de mil veces y perdonando otras tantas, sonrió cuando ella se dio vuelta y lo observó con una sonrisa. Sofi dejó el mate sobre la mesa y abrió sus brazos invitándolo, Manu se acercó despacio sin perder contacto visual, parándose frente a ella y nublándole los sentidos con solo su mirada, Sofía apoyó los brazos en su cuello, y de un saltito cubrió con sus largas piernas su cintura riendo. Manu en solo un segundo la sentó sobre la mesada, con una mano tomó su nuca y con la otra apretó su cintura, bajó la cabeza lentamente y sus labios se unieron una vez más.

—Te amo. Siempre te amaré. Nunca lo olvides —susurró él pasando su lengua sobre sus labios—. Por ti mi niña sería capaz de cualquier cosa, ¿lo sabes no? Sos lo primero que deseo ver al llegar a nuestro hogar —declaró.

Sofía lo miró seria.

—Decime que estas bien. ¿Tienes fiebre? —expresó tocándole la frente, y el gallego largó una larga carcajada. Ella tenía ese poder sobre él, solo mirarla despertaba todos sus sentidos al segundo, todo en ella lo volvían loco. Sofía siempre expresaba lo que sentía sin pensar.

—Solo estoy enamorado de mi mujer y ahora por burlarte te cojearé acá mismo —afirmó, y ella se bajó rápido de la mesada y corrió a cerrar la puerta de atrás.

—Ahora sí, gallego demuéstreme lo que sabes hacer —lo desafió. Él achinó sus ojos y comenzó a sacarse toda su ropa, que quedó desparramada por el piso, Sofía se tapó la boca con las manos. Ver su metro noventa desnudo siempre provocaba en ella la más excitante lujuria, y dirigiéndose al living, comenzó a correr alrededor de los sillones, sin poder parar de reír. Manu la dejó que se cansará, solo observándola con esa mirada que siempre la perturbaba, como un animal hambriento minutos antes de devorar a su presa.

Cuando se le pasó la risa, ella se soltó el pelo y sin dejar de mirarlo directamente a los ojos se sacó el vestido, tirándolo a un costado, quedando solo con una pequeña bikini, los ojos de él se salían de sus orbitas, su boca se secaba, y levantó su dedo índice indicándole que se acercara. Ella caminó despacio hasta quedar frente al hombre de su vida. Sus ojos la devoraron y en segundos sus brazos cubrieron por completo su delgado cuerpo. Manu la levantó en brazos, y ella lo tomó del cuello apoderándose de sus labios, cuando llegaron al dormitorio, la apoyó con sumo cuidado en la cama, tomó una corbata atando sus manos al dorsal sin dejar de mirarla, Sofía supo que sería un sexo violento como les gustaba, pensó en Davy y como llamándolo con el pensamiento, el brasileño abrió la puerta del dormitorio, el color de sus ojos se volvió gris oscuro, y comenzó a sacarse la ropa, ante una sonrisa de Manu que lo observaba de costado.

—¿Me estaban esperando? —pronunció con voz ronca— Dios mío, ¡cómo estás mi vida! —exclamó Davy subiéndose a la cama, arrodillándose a sus pies buscando su sexo. Manu ya estaba con sus piernas al costado de su cuerpo, con su glande en la boca de ella, que lo deleitaba con unas largas y tiernas lamidas. Davy lamio su entrepierna mientras sus dedos acariciaban suavemente su vientre, luego su lengua ardiente se dedicó a jugar con su clítoris una y otra vez haciéndola estremecer y ella comenzó a agitarse de la excitación—. ¿Te gusta mi vida? —preguntó mientras seguía lamiendo su centro del placer. Ella asentía y estirando los dedos de una mano tocó los testículos de Manu que gruñía de placer al sentir su glande hundirse en la boca de Sofía.

—Dios, mi niña me vas a matar —bramó Manu, ella sonrió y sin poder contenerse mordió su glande de nuevo, él sonrió y en castigo apretó sus pechos—. Esta noche no vamos a dormir te tomaré de todas las maneras posibles —anunció con voz, mientras la lengua del brasileño provocaba que el cuerpo de Sofía se retorciera de placer. El gallego y ella llegaron al éxtasis total, con gritos que inundaron la habitación

Los tres se acomodaron en la cama, Davy detrás de Sofía y Manu al frente, la calentura se había adueñado del cuerpo de Davy que mordió con suavidad la espalda de Sofía, y sin más su glande hinchado, duro y desesperado entró en su ano haciéndola temblar, mientras Manu hundía su lengua hasta el fondo de su garganta, y sus dedos preparaba su pene nuevamente. Ella estiró sus dedos tomándolo e introduciéndolo en su sexo, sus dos hombres comenzaron a embestirla sin compasión. La lujuria se instaló entre ellos, como cada día de sus locas vidas. Manos cruzadas, piernas entrelazadas, todo era válido para elevarlos al cielo y bajarlos al infierno en solo un segundo, se lamieron, se mimaron y sus labios recorrieron todos los rincones de sus cuerpos amándose con furia y desesperación una y otra vez,

hasta caer rendidos, extasiados y cubiertos de olor a sexo.

Sofía se despertó a las diez de la mañana, y salió como pudo del medio de los colosales cuerpos que dormían a pata suelta, cuando logró pararse le dolía todo el cuerpo, estiró sus brazos al cielo y sonrió al recordar que aun después de años, el sexo entre ellos era extraordinario, fuerte y furioso algunas noches, y suave y peligroso otras. Ellos eran así a la hora de amar, sin pensar el morbo y la lujuria se apoderaba de ellos, sin importarles nada más. Solo pensaban en gozar, complacerse y amarse sin miramientos. Se dirigió al baño a ducharse, luego se puso un vestido y unas chatitas, mientras trataba de hacerse esa trenza que nunca le salía, observó cómo ellos se estiraban y se acercó para taparlos. Se dirigió a la cocina y al ver la hora casi se muere, calculó las horas y se dio cuenta que ni habían cenado la noche anterior, ellos habían vuelto tarde y empezaron un juego que había durado horas. «Cuando se despierten se querrán matar, yo no los despertaré que sigan durmiendo» pensó. De pronto un celular sonó, era el de Manu, entró en el dormitorio lo tomó y salió de la habitación entrando nuevamente en la cocina mirando la pantalla. Era su hijo Joaquín.

—¿Sofía todo bien? ¿Papa está enfermo? —Pensó rápido qué mierda decir.

—No hijo solo que anoche nos acostamos tarde y ahora no lo quise despertar, ¿lo necesitas? —comentó y sintió el suspiro del hijo.

—No, déjalo descansar no hay problema, solo estaba preocupado, yo me arreglo. Dile que me llame cuando se despierte, ¿sí?

—Sí hijo, ¿Alma y los chicos bien?

—Sí, antes de ir al banco los llevé al colegio, a las cinco el micro los lleva a casa y Alma con Candy iban a comprar ropa, seguro les tomará toda la mañana —respondió Joaquín. Cuando el hijo cortó la comunicación, Sofía comenzó a preparar el almuerzo. Seguro sus hombres se levantarían muertos

de hambre.

El olor a empanadas despertó a los bellos durmientes, que entraron en la cocina con el pijama puesto observándola, estaba de espaldas poniendo las empanadas en el horno, se sentaron en los taburetes de la cocina y tomaron unas galletitas de la mesa. Cuando estuvieron listas, los tres se las devoraron, conversando y riendo, llamaron a la puerta de la cocina, sabían que era alguno de la familia, el brasileño se levantó y abrió, era Bruno.

—Hijo siéntate y come —lo invitó la madre mirándole la cara. Supieron que algo sucedía, él se acercó a ellos saludándolos con un beso en la mejilla.

—¿Pasa algo? ¿Por qué no estás en la empresa? —preguntó Davy tomando un trago de vino.

—Me voy a separar —espetó. Manu casi se ahoga, y Sofi y Davy se quedaron con una empanada a medio camino de su boca.

—¿Te volviste loco? —Davy comenzó a los gritos, Manu le tocó el brazo apaciguándolo.

—¿Por qué harías una cosa así? —preguntó el gallego dejando de comer observándolo. Bruno se sentó y apoyó los ante brazos sobre la mesa.

—Me canse de pelear todos los días tío y ella también, aunque no lo diga —respondió. Davy lo miró.

—¿Y por qué pelean? —inquirió Davy.

—Papá ya sabes por qué. Sí, yo tengo la culpa, lo aceptó, no nací para estar casado. Bueno ya se lo dije, ahora me voy a trabajar —comentó parándose, el gallego no lo dejó ir.

—Ya dijiste lo que tú quieres ¿y tus hijas? ¿Qué hay con ellas? —Bruno bajó la cabeza.

—Por supuesto que me haré cargo de ellas, nada les faltará te lo aseguro —afirmó. Manu se pasó las manos por el pelo y se reclinó hacia atrás

clavándole la mirada.

—A la tarde quiero hablar con los dos, no es tan fácil. ¿Dónde vivirás? ¿Y tu mujer dónde lo hará con las nenas?

—Está bien a la tarde venimos y arreglamos todo — respondió. Sofía estaba enojada pero sus hombres le hicieron entender que era lo mejor.

—Mira Sofí, quizás yo sea el culpable —manifestó Manu. Davy y Sofí lo observaron—. Sí, no me miren así, cuando nos casamos él no estaba muy convencido y creo que lo hizo porque yo se lo pedí, ¡qué imbécil fui! — pronunció Manu con tristeza.

—No te culpes, él es así. Aún no sabe lo que quiere —concluyó el Davy.

—Tienes que llamar a Joaquín, Manu. Te llamó cuando estabas durmiendo —dijo Sofí mirando a Manu. Este enseguida habló con el hijo que ya había solucionado el problema.

—Ya está, lo solucionó —confirmo—. Joaquín ya es un hombre y muy inteligente, Sofía y Davy sonrieron sabían que Joaquín seguía siendo su debilidad. Mientras los tres acomodaban la mesa, Manu recibió la llamada del gallego que se encontraba en Brasil pronto a regresar.

—¿Gallego todo bien? —Davy parado al lado de Sofía le hacía cosquillas y los dos reían, Manu pegó un grito para poder escuchar, y ellos obedecieron sonriéndose.

—Amargo —gritó Davy, y Manu lo acribilló con la mirada.

—No te entiendo, ¿qué dices de Mía? —Manu levantó la voz, justo en el preciso momento que Frank entraba en la cocina escuchando el nombre de su hija.

—Dios mío, ¿qué pasó con mi hija? —preguntó observando a Davy, y Manu hizo seña que estaba todo bien.

—Ella tiene todo el derecho de revisar lo que quiera. Es mi sobrina —

bramó Manu—. Déjala que observe todo, te entiendo, bueno gallego tengo que cortar luego me llamas, ¿sí? —Manu suspiró observando a todos los presentes.

—¿Qué pasó? —se integró Frank.

—El gallego a veces creo que está loco... Dice que llegó Mía a las oficinas de Brasil con dos contadores para revisar todo y se enojó, algo más pasó. La llamare a Mía, que raro que no me haya llamado —decía, y al instante su celular volvió a sonar. Todos lo miraron expectantes por saber quién era, no era otra que Mía, enojadísima.

—¡Tío, lo voy a matar al gallego! ¡Hay un desfalco de cinco millones, hijo de puta! —Manu se sentó agarrándose la cabeza sin poder creer lo que sus oídos escuchaban, Sofía y Davy se asustaron y se arrimaron a su lado, pero Manu enseguida se puso de pie.

—A ver cuéntame bien. ¿Estás segura?

—Manu este hijo de puta tiene otra familia en Brasil con dos críos incluidos —le explicó. Manu se pasó los dedos por su incipiente barba—. Resulta que hace rato descubrí eso y empecé a investigar. Tiene algunas cuentas en el extranjero a su nombre y cada seis meses cambia de auto y mantiene a otra familia. ¿Tú le pagas tanto? ¡Nos está robando! Lo voy a matar, pobre tía Miriam —terminó diciendo Mía. Manu ya estaba a las puteadas y nadie de los presentes entendía nada.

—Quédate tranquila Mía, por favor no hagas nada, ya salgo para allá ¿escuchaste? ¿Estás segura? ¿Te lo han dicho los contadores? —preguntó Manu desesperado.

—¡Te estoy diciendo que sí! ¿No me escuchas? —gritó y Manu se volvió loco.

—¡No me grites! Que sea la última vez, ¿entendiste? —bramó tan fuerte, que todos saltaron.

—Perdón Manu, pero estoy envenenada. Le di una trompada que le sangró la nariz, lo eché y le dije que cuando tú lo veas lo matarás. El muy cobarde me quiso pegar, pero Avy lo tomó de la mano empujándolo —se excusó Mía.

—Será hijo de puta, lo consideraba mi amigo. Por eso quería siempre atender los negocios de Brasil. ¡Que estúpido fui! ¡Me ha robado en mis propias narices! ¿Y encima quiso pegarte? Pobre de él cuando lo agarre —rugió Manu.

—¿Qué hago ahora? Aún están los contadores revisando todo —dijo Mía.

—Que se queden ahí yo iré con los contadores de acá, y veremos qué hacer, pero que él se prepare porque lo buscaré y pagaré por todo esto. Mañana llego Mía espérame —declaró cargado. Los demás no podían creer lo que escuchaban. Marisa que había llegado para tomar mate con Sofí, escuchaba atónica las noticias sin dar crédito a lo que oía.

—¡Será hijo de puta! Miriam acá esperándolo, ¿y quiso pegarle a mi hija? —Marisa se encontraba muy enojada. Frank pegó un grito y todos lo miraron.

—Lo voy a despellejar vivo, no sabe lo que soy capaz por mi hija. ¡Hijo de puta! ¿Encima que nos robó se enoja?

—¡Tranquilo, ya pagaré por sus errores te lo aseguro! —confirmó Manu— Tu hija solo defendió los derechos de la familia.

—Gracias a Dios que mi hija y mi hermana están allá —acotó Frank.

—Sí hermano. No puedo creer me llamaba hermano y me robaba, ¡mal nacido! —exclamó. La furia que sentía Manu se reflejaba en las facciones de su rostro— Davy llama al hangar, dentro de una hora quiero el avión listo. Que se prepare porque cuando lo agarre, ese no jode a nadie más, se lo aseguro. ¿Quieres venir? —le preguntó a Frank.

—Claro que sí, yo los acompaño.

—Manu por favor tengan cuidado, él no debe estar solo —pidió Sofía arrimándose a su lado y abrazándolo, este tomándola de la cintura la arrimó a su cuerpo besando su cabeza.

—Tranquila nena, volveremos sanos y salvos, nos duchamos y salimos —comentó mirando a los hermanos. Las mujeres se quedaron pensativas y Frank se dirigió a su casa a cambiarse para emprender el viaje a la isla.

Cuando llegaron a Brasil con dos contadores los estaban esperando Mía y su hermana, se abrazaron y rápidamente se dirigieron a las oficinas, los hombres se sacaron los sacos se arremangaron las camisas para sacar cuentas, que por supuesto no daban, la falta de millones era evidente, Manu transpiraba y puteaba, mientras los hermanos servían café, Mía y Avy a un costado movían sus cabezas en señal de desaprobación, sin hablar, cuando terminaron se dirigieron a la casa de Mía. Los contadores se quedarían unos días más en la isla, ayudando a las mujeres con los números. Ahí descansaron unas horas dándole instrucciones a las dos, ellas quedaban a cargo de todos los negocios de la familia en la isla.

—No iba a decírselo, pero... —dijo Mía mirando a sus tíos y padre que le hacían cariño al hijo de la hermana de ambos—. Acá en la isla se murmura a voces, que al abuelo lo mataron.

—Antes que muera descubriré la verdad te lo juro, nena —aseguró Manu, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas al escuchar hablar de su padre, luego mientras las mujeres preparaban algo para picar antes de viajar, Manu abrió su computadora, encontrando un correo de su hijo y se puso las gafas para observar mejor:

“Papá no te asustes, pero creo que alguien entro en nuestro sistema de seguridad del banco, sacando datos”.

Manu se levantó de golpe pegándole un grito a los hermanos que estaban con las mujeres en la cocina riendo, los dos se asustaron y de unas

largas zancadas se encontraron a su lado, justo cuando un apagón los dejó a oscuras.

—Mía prende el grupo electrógeno —siguió gritando él. Todos desconcertados se llevaban por delante, sin saber por dónde caminar. Cuando la sobrina lo estaba por prender, la luz volvió y todos suspiraron, menos Manu que estaba colorado como un tomate, puteando a viva voz, con la computadora entre sus manos.

—¿Qué pasó? ¿Por qué gritaste? —Quisieron saber los hermanos. Davy pasó la palma de su mano por su frente sintiendo que hervía de ira por la noticia que acababa de recibir. Manu encendió la computadora mostrándole el correo que acaba de enviarle su hijo. Davy enseguida llamó a su sobrino, Manu se sentó en un sillón imaginando lo peor, mientras Frank se agarraba la cabeza y las mujeres solo se miraban.

—Decime ya, ¿qué mierda paso? —voceó Davy.

—Tío no sé cómo paso, pero el documento A11 desapareció ante mis ojos después de un corte de luz, solo fue segundos estoy desesperado, no sé qué hacer. ¡Ya toqué todo! —Joaquín se sentía aturdido y muy enojado. Manu se puso de pie y pidió el celular para hablar con él.

—Escucha hijo ya salgo para allá, ¿llamaste al técnico? ¿Qué dice? Quizás este en otro lado, no toques nada más. Estoy furioso pero tranquilo, no es culpa tuya —respondió el padre.

—Los espero, los técnicos siguen acá junto a mí. ¡Ellos dicen que nos jaquearon!

—La madre que me parió, todos terminaran por enloquecerme, vámonos ya —bramó, y los hermanos enseguida lo siguieron pues ya estaba en la puerta de entrada, se dio vuelta y besó en las mejillas a su hermana y la miró a Mía.

—Escúchame, las dejo a las dos al cargo, cuiden todo. Mandaré gente

para buscar al gallego, si lo ven no se acerquen se debe sentir acorralado y un animal herido es peligroso. ¡Promételo Mía! No hagas tonterías.

—Está bien tío, tranquilo avísame cualquier cosa, ¿sí? Besos a mamá y la madrina. Los tres hombres se marcharon como alma que se la llevaba el viento. El viaje se hizo larguísimo, nadie hablaba, Frank contó como siempre un chiste, Davy se rio, pero Manu lo observó y con solo la mirada lo hizo callar.

—¿Sabes lo que es el documento A11? —le preguntó sin entender sus ganas de bromear.

—Es donde figuran los negocios —dijo Frank. Manu no lo dejó terminar de hablar.

—Imbécil, es el futuro de toda la familia si nos roban eso no tenemos nada, ¿entiendes? —gritó Manu. Davy lo tocó en la pierna para que se calmara, pero él le sacó la mano parándose, se encontraba tan nervioso que hubiera querido matar a alguien en ese momento.

—Perdón, hermano solo lo hice para relajarnos —respondió Frank.

—Ya está, vamos a calmarnos, siéntate por favor. ¡Manu! Vamos —pidió Davy. Manu se pasó la mano por la cara tratando de relajarse.

—Perdóname Frank es que estoy muy enojado, solo eso —pronunció, y aún con ira se sentó. Apenas llegar al hangar, la angustia se acrecentó, bajaron rápido, un auto ya los esperaba para llevarlos directamente al banco. Cuando llegaron, la cara de Joaquín estaba desfigurada de la rabia que sentía, se abrazó con su padre y los técnicos explicaron lo sucedido.

—Hay más, este signo se encontraba en una hoja en blanco —explicó uno de los técnicos. Todos se miraron, el gallego se puso las gafas y tratando de leer lo que decía igual que todos atrás de él. “**LF.**”

Manu se sentó en su sillón y cuando iba abrir la boca, un apagón los dejó de nuevo a oscuras.

—¿Esto es una broma? ¿Qué mierda pasa? —chilló furioso, a los segundos la luz volvió y al mirar la computadora todos comprobaron que el documento extraviado se encontraba delante de sus ojos en el lugar de siempre, como si nadie lo hubiera movido. Manu les pidió a los técnicos que se retiraran y lo abrió rápidamente, comprobando que nada faltaba. Todos suspiraron e imaginando que era lo que realmente había ocurrido. Cuando llegaron a su casa, Sofí los esperaba con Marisa más tranquilas, Joaquín había avisado que el problema estaba resuelto.

—Mi vida —pronunció Sofí al abrazar a Davy besándolo en los labios, Manu se había detenido en el garaje hablando con su hijo que aún estaba preocupado.

—Cuando entre Manu, por favor hazlo bañar y que se acueste, un día de estos le agarra un ataque, no sabes cómo estuvo todo el día —le explicó Davy a Sofía.

—Hola mi amor, ¿más tranquilo? —preguntó mirando a Manu, él sin responder la tomó de la cintura y hundió la cara en su cuello. Ella se separó suavemente y con sus dedos levantó su mentón observándolo, lo vio cansado y angustiado— ¿Sabes lo que quiero? —inquirió coqueta. Él la besó en los labios y luego sonrió sin ganas.

—¿Qué mi niña, dime? ¿Qué quieres? —indagó Manu.

—Quiero un largo baño, ¿vamos? —Él lo miró a Davy que ya se había cambiado y estaba buscando no sé qué en la heladera de espaldas a ellos— Ven nene —le pidió, el brasileño se dio vuelta observándolo con esa sonrisa que derretía los hielos.

—Yo prepararé algo para comer. Andá a relajarte, cuando salgas este brasileño les preparara la cena —comentó Davy. Manu los miró dándose cuenta que ya estaba todo arreglado, tomando de la cintura a su mujer entraron a la habitación donde en segundos se desnudaron, Sofía llenó la

bañera con agua bien caliente sentándose detrás del, enroscando sus piernas sobre su vientre, mientras lo acariciaba suavemente. Manu cerró sus hermosos ojos tratando de aflojar todas las tensiones que su cuerpo había soportado.

CAPÍTULO 8



—Quiero quedarme así y ver el mundo pasar —susurró Manu muy cansado.

—¡Pues yo quiero que te quedes así, yo te voy a bañar! —Él sonrió, poniendo su cabeza de costado y buscando sus labios, ella entreabrió los suyos perdiéndose en un beso interminable, donde sus lenguas ardientes se saludaban con urgencia y lentitud una vez más. Lavó su pelo muy lentamente y pasó sus dedos suavemente por sus hombros haciéndolo estremecer.

—Me estas calentando, ¿lo sabes no? —acotó Manu mientras sus dedos seguían el sendero de esas piernas que se le enroscaban alrededor de su cuerpo.

—Relájate gallego, te amo y no quiero que nada te pase —le susurró Sofía. Los labios de Manu sonreían al escuchar las palabras de la mujer que más amaba sobre la tierra, se puso de costado apoyando su cara sobre el pecho de ella—. Te contaré un cuento, ¿quieres? —preguntó ella, mientras sus dedos enjabonados resbalaban lentamente por su gran espalda y él se emocionó, recordando a su querida madre.

—¿Sabes cuantos años hace que nadie me cuenta un cuento? —Y Manu dejó, que sus emociones vieran la luz, se abandonó en esos brazos tan queridos haciéndose un niño otra vez, dejando que lo mimaran y malcriaran. Su mujer que se dio cuenta de su sensibilidad, lo cubrió con sus brazos besándolo en la cabeza con todo el amor del mundo, corrió el pelo mojado de su hermoso rostro, comenzando con el cuento más hermoso que él había escuchado en toda su vida.

“En un país muy lejano había una chica de apenas veinte años que se había quedado sola, su familia había muerto a manos de un loco de mierda, luego con su tía que era su única familia viajó a un país muy lejano y ahí conoció a un hombre que la enamoró, pero como era muy infiel, pero un hijo de puta bellísimo, ella sufrió demasiado, aunque igualmente lo seguía amando. Pero el destino quiso que conociera a un príncipe alto, muy alto, con unos ojos bellísimos, un cuerpo impactante y muy arrogante. ¡Sin contarte que es un animal en la cama! Y está chica sin pensarlo le entregó su corazón roto y lleno de agujeritos y él con mucho, mucho amor y paciencia lo curó haciéndola creer otra vez en el amor. Tiempo después volvió aparecer el primer hombre y ella comprendió que aún lo seguía amando, ¡su cabeza era un lio! Y entendió que ya no podía vivir sin ellos, porque amaba a los dos.”

Sofía besó la cabeza de su príncipe, aferrándose con sus brazos a su cuerpo y depositó su rostro en la cavidad de su cuello, Manu se dio vuelta, sin

sacarle ojo de encima, cubriéndola con sus piernas, quedando frente a ella, estiró sus dedos secando sus lágrimas como años atrás y sus labios lentamente cubrieron su rostro que tanto amaba, mientras sus labios lo llenaban de besos y suspiros.

—¿Qué más mi niña? Quiero el final del cuento —pidió el sonriendo y tragando saliva.

—Tuvieron unos hijos hermosos y vivieron felices por años, por siglos, ¡por toda la eternidad! Porque sé que en otra vida los buscaré hasta encontrarlos y seremos felices nuevamente —terminó. Los dos se abrazaron sin poder detener las lágrimas, luego el gallego se separó unos milímetros, de su cuerpo observándola.

—¡Y yo te juro, por Dios, que si tú no me buscas yo lo haré! ¡Te amo y siempre te amaré! ¡Mi niña, recuérdalo siempre! —Y sus cuerpos se fundieron en un abrazo interminable, comprendiendo que no solo el sexo los unía, el alma de los tres era solo una, apoyaron sus frentes mientras los dedos de los dos recorrían sus rostros acariciándose, amándose, deleitándose con la mirada hasta que la voz del brasileño los hizo reaccionar.

—¿Están locos? Se van a enfermar esa agua esta helada, vamos salgan ya —gritó alcanzándoles las batas de baño, los dos salieron y abrazaron a Davy que no entendía nada.

—¿Qué paso? Sofía debías que relajarlo, no hacerlo llorar —comentó Davy. Manu sonrió y los tres se dirigieron a la cocina donde un aroma de carne al horno invadió sus fosas nasales.

Al otro día, el gallego ya un poco más tranquilo hablo con Bruno y la mujer. Los dos se separaron en buenos términos, Manu le compró a ella y sus hijas una casa a media hora de la de ellos, y Bruno siguió viviendo en la casa de sus abuelos. Bruno se dedicó a enamorar a la que se le ponía adelante, Sofí vivía enojada y un día así se lo hizo saber. Él cómo todas las mañanas pasaba

por la casa de su madre a tomar un café.

—¡Sofía! —gritó entrando, atándose el pelo que cada día lo tenía más largo, sabiendo que su Manu y Davy ya se habían ido a trabajar, la madre salió del baño mirándolo con cara de culo.

—No grites ya te dije mil veces que... —Él sonrió abrazándola.

—Ya sé, no eres mi empleada, dame un café que me voy.

—Mira primero y ante todo te voy a decir que acá —señalo el piso con su dedo índice— no me vas a traer a ninguna de esas mujerzuelas —le espetó. Bruno abrió su boca y otra vez la abrazó haciéndola callar.

—¡Que boca sucia eres! Tu hijo no se va a casar nunca más, ¿entiendes? Seré soltero hasta que me muera —declaró. Sofía le clavó su mejor mirada asesina.

—¡Si me entero de que no vas todos los días a ver a tus hijas, te mato! Y hablo muy en serio —dijo. Bruno como si le hubiera hablado a la pared terminó su café poniéndose enfrente de ella para que arreglara su corbata, Sofí suspiro haciéndolo. Al terminar con la corbata, la miró, la besó en la mejilla y caminó hacia la puerta.

—¡Te quiero Sofía! ¡Siempre serás mi novia! —chilló. Ella movió su cabeza en señal de desaprobación, sabiendo que él nunca cambiaría.

Luego de desayunar y esperar que lleguen las empleadas, Sofía llamo a Marisa y con Miriam, a la que aún no le habían dicho nada de las andanzas de su marido en Brasil, se dirigieron hacer compras, se subieron a la camioneta y como años atrás pusieron la radio bien fuerte mientras escuchando salsa y regatón, sin darse cuenta que unos ojos indiscretos las vigilaban de cerca. Cuando llegaron, estacionaron y entraron, comenzando a mirar vidrieras.

—¿Que vas a comprar Marisa? —Quiso saber Sofí mirando a la tía que miraba un vestido embobada.

—Mira ese vestido para mi hija, está hermoso, ¿se lo compro? —

preguntó.

—A ella le quedará fabuloso, con lo delgada que es, a esa yegua todo le queda bien —declaró. Las tres se largaron a reír, no solo le compraron eso sino también una campera haciendo juego que pagó su madrina.

—¡Miriam cómprate algo! —La amiga las miró.

—Le voy a comprar una campera al gallego —dijo. Sofía iba a escupir todo lo que aún no le habían dicho, pero la tía le hizo seña.

—Cómprate un pantalón, ¿no dijiste que te faltaba uno? —aconsejó Marisa— Cuando él vuelva la compran juntos —añadió, sabiendo que jamás lo volvería a ver.

Ya con todas las bolsas en las manos terminaron en la heladería, Sofía abrió su cartera, tomó su billetera y abrió su boca muy grande pues su tarjeta de crédito no estaba, las miro a la tía y amiga, que la observaban.

—Fíjate en el bolsillo del pantalón, quizás la guardaste ahí —propuso Marisa.

—No, estoy segura que la guardé en la billetera, ¡la madre que me pario! —comenzó a putear, buscándola otra vez, ya a un paso de volver al último negocio a ver si la había dejado ahí y con el celular en mano llamo a Manu.

—Manu perdí la tarjeta, denúnciala —le informó. Su marido que estaba en una reunión suspiró.

—Está bien, ¿tienes las otras? ¿Llevaste dinero? —preguntó y ella sintió que él hablaba con alguien más.

—¿Con quién hablas? —averiguó enojada.

—Estoy en una reunión, Sofí, ¿necesitas algo más?

—¡Tranquilo no te molesto más! —respondió molesta.

—Mi niña, por favor, luego hablamos ¿sí? No te enojas estoy muy ocupado —respondió Manu. Sofía cortó sin responder sabiendo que eso a su

hombre lo volvía loco. Él la llamó dos veces seguidas, pero ella no respondió. Cuando iba a entrar al último negocio que había comprado un hombre mucho más joven que ella, se paró frente a su cuerpo con la tarjeta perdida en la mano mirándola directamente a los ojos. Por solo un segundo le pareció ver al brasileño frente a ella veinte años atrás, solo atinó a tragar saliva, no podía pronunciar palabra alguna, mientras Marisa y la amiga los miraban a la distancia desconcertadas, ese hombre parecía un modelo publicitario, él sonrió y ella se extasió de ver tanta belleza junta. «Por Dios, ¿quién mierda es este hombre?» Pensó, sin ver que él extendía en su mano su tarjeta.

—Creo que es suya —pronunció él con voz varonil y una hermosa sonrisa dibujada.

—Muchas gracias pensé que la había perdido, seguramente se me cayó y no lo advertí —respondió ella, guardándola en la billetera evitando su mirada que no se alejaba de ella.

—Me llamo Lucio, encantado —se presentó él. Ella se encontraba incomoda.

—Muchas gracias por devolverla, estamos apuradas, vamos Sofí —intervino Marisa. Lucio la volvió a mirar sonriéndole.

—Hasta pronto Sofía, eres muy bella —dijo inclinando su cabeza y marchándose.

—¿De dónde salió ese hombre? ¿Por Dios viste lo que era? —comentó Marisa viéndolo alejarse, Sofía y Miriam estaban en estado de shock, sin poder articular palabra.

—Bueno, basta podría ser nuestro hijo —afirmó Sofí riendo ya camino al estacionamiento.

—Claro que podría ser nuestro hijo, ¿pero saben qué? —Las dos la miraron— ¡No lo es! —exclamó. Y las tres se mataron de risa subiendo a la camioneta, sin imaginar que cuatro ojos seguían sus movimientos.

—Ché, qué bueno que estaba. El pendejo es un caramelito y yo estoy grande, pero le puedo enseñar algunos trucos si quiere... —Hablaba Marisa.

—Marisa, estás hecha una degenerada —contestó Miriam.

—Escucha ¿por qué los hombres las prefieren jóvenes? —Sofía y Miriam la miraron— ¡Nosotras también tenemos derecho a probar carne fresca! —A Miriam le agarró un ataque de risa que casi se mea y Sofía tuvo que detener la camioneta porque no podía dejar de reír. Luego de limpiar sus ojos llenos de lágrimas de risa, cuando iba a tomar la ruta nuevamente escucharon una bocina, y el bombón pasó cerca de ellas levantando la mano en señal de saludo y las tres se quedaron con la boca abierta.

—Ese pendejo está conmigo. Síguelo a ver dónde va —demandó. Las amigas no podían creer lo atacada que se encontraba Marisa.

—¿Estás loca? A ver si es un secuestrador o peor aún, un violador —la recriminó Sofía.

—¡Que me haga lo que quiera! No sabe lo que yo lo haría disfrutar a él —exclamó. Apenas terminó de hablar sonó el celular de Sofía, miró la pantalla y era Manu y rezongando atendió.

—Sofí ¿por dónde están? Ya vamos para casa, llevo algo para cebarte mate —comentó Manu con voz dulce y suave, pues sabía que ella se encontraba enojada.

—Pues mira como son las cosas, yo no quiero mate, ¡tómalo vos!

—Vamos nena, sabes que tengo que atender reuniones... Te esperamos no tardes —le pidió. Antes que ella alcanzara a cortar la comunicación, él escuchó la voz de Marisa:

—¡Ojo! No se les escape lo de este bombón, por qué nos matan. —El gallego se quedó con la sangre en el ojo, pero no dijo nada. Los dos la esperaron en la cocina sentados leyendo el periódico con el mate listo, el brasileño por supuesto tomando café.

—Hola —saludó ella con bolsas en sus manos y dirigiéndose al *living* para depositarlas en el sillón. Volvió a la cocina y tras besarlos en las mejillas, se sentó a su lado.

—¿Se te pasó el enojo? —preguntó Manu, al tiempo que estiraba su brazo arrimándola a su cuerpo y besando su cabeza, mientras Davy sonreía.

—Ya pasó! Cébame un mate rico de los que haces vos —respondió. Luego de tomar el mate el brasileño puso en su mano una factura, que ella mordisqueó.

—¿Qué compraron? —El gallego estaba atento a su respuesta.

—Me compré un vestido y a ustedes les compré un par de camisas y para Kin dos pantalones. Está creciendo a metros, ese pendejo —enumeró. Manu al sentir el nombre de su nieto se le hinchó el pecho de orgullo.

—Mi nieto vive encerrado estudiando, ¿te acuerdas del padre? —preguntó mirando a Sofí.

—¡Era igual! Ya es un hombre de familia y con tres niños hermosos —concluyó ella.

—¿Todo bien con las compras? —Davy quería saber quién era el bombón al que se referían. Sofí lo observó, justo al instante que sintieron la voz de Marisa llamar.

—Pasa cuñada, ¿desde cuándo llamas? Todos entran sin hacerlo —afirmó Manu sonriendo.

—Creo que dejé en unas de tus bolsas una camisa que compré para Frank —dijo observando a su sobrina. Davy achinó sus ojos observándola.

—Siéntate cuñada quiero saber algo —soltó Davy. Ella lo hizo con temor y la mirada de Sofía pedía que no contara nada.

—¿A quién te referías cuando dijiste ese bombón? —Las dos supieron que habían escuchado y se hicieron las desentendidas.

—¿De qué bombón hablas? —Davy lo miró al gallego que le hizo seña

y calló.

—Dime nena, explícame lo de la tarjeta —pidió Manu poniéndola incómoda.

—¿Sabes? Se me había caído, un hombre la encontró y me la alcanzó —explicó Sofía.

—¿Y qué más? ¿Ese era el bombón? —Manu apoyó su espalda en el taburete de la cocina esperando su respuesta. Marisa la vio titubear y respondió.

—Jajaja, por favor era un hombre de ochenta años que apenas podía caminar —intervino y se levantó, pero Davy la hizo sentar solo con una mirada.

—Sofí te estoy hablando, ¡respóndeme! —gritó Davy. Ella tragó saliva y abrió su boca.

—¡Bueno sí! Era solo un pendejo alto como ustedes, bellissimo, ojos grises o celestes, de pelo largo y rubio. La verdad estaba para el infarto, pero tranquilos porque nosotras ni lo miramos, ¿no Marisa? —soltó de carrerilla mirando a la tía que ya se meaba de la risa.

—¡Las dos son unas caraduras! Menos mal que no lo miraron, después te enojas cuando nosotros miramos, ¿No es así Sofía? —afirmó Davy, ella solo se paró a calentar el agua para el mate sin responder, Marisa en un segundo desapareció y Manu se dirigió al jardín de invierno, sin pronunciar una palabra.

—No me des la espalda y responde —insistía el brasileño enojado. Ella se dio vuelta enfrentándolo.

—Mira, vos sos el menos indicado para decir nada, así que cierra esa boca. ¿Cómo decías vos? ¡Ah, sí! Los ojos están para mirar, ¿no? —Davy se paró observándola con bronca y dando media vuelta entró a ducharse puteando en alemán.

Sofía maldiciéndose por responder de esa manera, se encaminó hacia el jardín de invierno buscando a Manu, sabiéndolo enojado. Observó que ahí no se encontraba y abriendo la puerta, lo divisó caminando por la playa, volvió a la cocina agarró dos camperas, bajó los escalones y fue lentamente acercándose a su lado, Manu al verla se detuvo observándola. Ella lo cubrió con su campera y estiró sus brazos alrededor de su cintura apretándose a ese cuerpo que siempre la hizo suspirar y temblar de amor.

—¡Te amo, gallego! Háblame, solo fue una mirada —pronunció, sintiendo que él la abrazaba suspirando, luego retiró su cara y tomándola de la cintura respondió.

—Si me dejas este gallego se muere. ¡Piénsalo nena! —Sofía arrugo su frente y sus dedos acariciaron su mejilla.

—¡Jamás haría eso! Tendría que estar loca, y todavía no lo estoy.

—Yo sé mi vida que todos miramos, pero no resistiría perderte.

Sofía se pegó a su cuerpo como una garrapata y así se quedaron mirando un mar donde su oleaje bravío golpeaba contra las rocas saludándolos, de pronto sintió que otra mano se deslizaba lentamente por su cintura, giró la cabeza y los labios del brasileño besaron su frente, mientras muy bajito susurraba.

—Aún no nació quien nos pueda hacer sombra —comentó con toda la arrogancia del mundo, ella abrió su boca como un sapo y los tres se largaron a reír, sin saber que se llevarían una gran sorpresa.

CAPÍTULO 9



—¿Puedo pasar? —preguntó ella, él se hizo a un lado dejándola entrar.

—Hola Thiago, ven con mamá —pidió y sus palabras sonaron como una orden, Lucio lo corrió a su hijo de su cuerpo, se arrodilló y tomándolo de los hombros suavemente le habló.

—Ella es tu mamá hijo, ve y salúdala —le dijo. El nene lo miró y obedeciendo se acercó lentamente al lado de esa mujer que le sonreía y no conocía.

—Ven dame un abrazo, mamá volvió para quedarse, te amo bebé — Lucio achinó sus ojos ¿qué decía esa mujer? Si aún no habían hablado, ella alzo al nene que se hacía cada vez más chiquito, justo en ese momento sonó el timbre nuevamente y él fue a abrir. Era el primo que iba a buscar al ahijado como le había pedido Lucio, pues quería hablar a solas con la madre de su hijo.

—Sandra —saludó sin mirarla Damián, el nene se escapó de los brazos de la madre y apretó las piernas del padrino, que lo alzó besándolo todo.

—¡No te lo lleves! —Se escuchó la voz de ella.

—Ira a la plaza con su padrino, tú y yo debemos hablar —afirmó Lucio observándola serio, Damián se marchó y Sandra sonrió sarcásticamente jamás le había caído bien Damián y sabía que el sentimiento era mutuo.

—Bueno, ¿a qué se debe esta visita, te has acordado de que tienes un hijo? ¿Cómo pudiste dejarlo? —gritó Lucio enfurecido enfrentándola— ¿Qué te hace pensar que te perdonaría? Era un bebé cuando te fuiste, ¿ya te cansaste de revolcarte por ahí y ahora vuelves como si nada? —Le dio la espalda y ella aprovechó para abrazarlo desde atrás.

—Perdóname, por favor hice mal, pero juro que me arrepiento —suplicó. Sus recorrieron los hombros de Lucio, pasearon por su cintura y cuando deliberadamente bajaron a su bulto, él tomó su mano dándose vuelta, tratando de controlar su ansiedad. Aún amaba a esa mala mujer, su corazón se lo confirmó y su mente le gritaba peligro, aléjate.

—¿Por qué debo creerte? ¡Dime! —gritó sobre sus labios tomándola por los hombros. Esos labios que aún lo calentaban, unos labios que extrañaba aun sabiendo que fueron de otros, la seguía amando no había duda. Ella subió sus manos lentamente prendiéndose a su nuca y buscando sus labios, él trataba y quería creerla.

—Perdóname, quiero volver a casa, recuperar tu amor y a mi hijo, ¡por favor, cree en mí! —rogaba llorando, mientras apoyaba su rostro en el pecho de Lucio. Este en su interior quería creer que ella aún lo amaba, pues era tanta la necesidad de amor que tenía que se dejó embaucar por sus palabras y lágrimas.

—Quiero creerte, necesito hacerlo por nuestro hijo, pero ¿y si te vas? —Ella sabiendo que ya lo tenía a sus pies lo besó apasionadamente, y él se dejó llevar por los sentimientos. La sentó en el sillón y en segundos los dos quedaron completamente desnudos. Lucio se arrodilló a los pies de Sandra, y su lengua caliente empezó a besarle la entrepierna, sus labios se arrastraron

perdiéndose en su sexo, ese que anhelaba y deseaba. Luego se reclinó sobre ella, y su glande hinchado y duro buscó, y de una estocada perfecta entró haciéndola gritar de pasión—. Te amo, te amo tanto... Nunca más te vayas, no nos dejes nunca más, ¡por favor! —suplicaba él, entre gruñidos desesperados.

Sandra gemía de placer, mientras sus dientes marcaban el pecho de Lucio, pero él nunca escucho de sus labios la palabra que tanto ansiaba. Ella se dejó llevar por sus caricias y ese sentimiento puro y sincero que solo él sentía. A ella le fue tan fácil enamorarlo como robarle un caramelo a un niño. Apoyó su cara sobre el cuello de Lucio, y sin que él se percatara esbozó una sonrisa triunfante. Cuando Damián llevo a Thiago a casa, lo recibió la madre con una sonrisa que le hizo saber que estaba de vuelta y su mirada confirmó que ella también lo odiaba.

—Hola bebé, ¿cómo te fue en la plaza? Ven vamos a comer algo, papá se está bañando —comentó sonriente. Damián se quedó parado en la puerta observando lo caradura que podía llegar a ser esa mujer. Lo que más le disgustó era con la frialdad que trataba a su hijo, y pudo percibir que el nene no se sentía cómodo con su presencia, lo saludó con la mano observando cómo ella tomaba del brazo al niño entrándolo a la casa, sin amor alguno—. Gracias Damián por tus servicios, si te necesitamos te llamaremos —dijo despectiva. Esas palabras lo hicieron estallar en cólera, y se arrimó a ella.

—Sos una cualquiera siempre lo fuiste y siempre lo serás —le susurró Damián al oído. Ella en vez de enojarse, rio con ganas haciéndole saber que su opinión la tenía sin cuidado—. Ríete que algún día yo me reiré más fuerte, perra —gritó y el semblante de Sandra cambió desfigurándose. Altanera y soberbia como siempre lo había sido, lo observó seria cerrándole la puerta en la cara.

Damián se sentía tan frustrado que se maldijo por no haberle contado al

amigo que ella tiempo atrás lo había buscado, y cuando él se lo recriminó diciéndole que se lo contaría al marido, ella se había jactado que nunca lo creería. Esa era la razón del odio que se tenían mutuamente.

A Lucio se lo veía feliz, entraba a la oficina riendo saludando a todo el mundo, y Panamá lo sentía cada vez más lejano, ya no le pedía café, ni la miraba, otras veces luego de dejar a su hijo en el jardín entraba con Sandra abrazado hablándole en el oído y ella a las risas.

—Ni lo mires amiga, no vale la pena, olvídalo —la consolaba Mayda al verla sufrir.

—Ya lo olvidé, jamás será mío y pensar que me dijo que lo esperara... Es un mentiroso, siempre la amó y siempre la amaré —pronunció Mahatma Gandhi en voz baja tecleando en la computadora.

—¿Cómo están las chicas más lindas? —preguntó Damián acercándose, y observando a Panamá triste, ya no era la chica alegre de todos los días se la notaba pensativa y callada.

—Todo bien, ¿así que volvió la reina a su hogar? ¿Se acordó que tenía un hijo? —inquirió Panamá mirándolo.

—¿Esa? Esa no vale nada, pronto se irá otra vez, ya se lo dije a Lucio, pero bueno no hay peor ciego que el que no quiere ver. Panamá espéralo, vos sos una gran mujer, ya verás cuando se le caiga la venda de los ojos, cómo correrá a buscarte, no pierdas las esperanzas. ¡Créeme que así será! —Ella sonrió con malicia.

—¡Que chucha su madre si piensa que va a hacer lo que quiera, que va a ir por ahí comiéndose, está loco! —Damián largó una carcajada. Sabía por Mayda que cuando ella se enojaba mezclaba las palabras de su país, pero lo que no se percataron es que Lucio se acercaba a ellos y algo había alcanzado a escuchar, se paró a su lado mirándola serio.

—¿Qué dijiste? —Panamá ni lo miró, bajó la vista y siguió trabajando.

Mayda se paró, pero él la hizo sentar y Damián se retiró, aunque observándolos— ¡Responde Panamá, te estoy hablando! —ordenó agachándose, y apoyando sus manos sobre el escritorio observando el perfil de su hermoso rostro. Ella lo miró y a centímetros de su cara susurró.

—Que sos un mentiroso, un mentiroso. ¡Me pediste que te esperará y ahora llega ella que te abandonó, que dejó a su hijo y como si nada, la perdonas! ¿Por qué me has mentido? ¿Por qué te has burlado de mí? —Lucio tragó saliva, pues ella tenía razón.

—Perdóname, acá no podemos hablar, solo diré en mi defensa que pensé en mi hijo, él necesita a su madre. Entiéndeme nena, ¡por favor! Ya conseguirás a alguien mejor que yo —dijo Lucio. Panamá se secaba las lágrimas mientras seguía tecleando, y él sintió un cariño inmenso por esa mujercita, cuando le iba a secar las lágrimas con la yema de sus dedos, sintió una voz, que lo volvió a la realidad.

—Lucio, ¿qué pasa? —Sandra se paró a su lado desafiante observándolos. Él se enderezó sin dejar de observarla.

—Nada, Panamá tiene un problema. Solo hablábamos —comentó, tomando a su mujer de la cintura sin darle oportunidad de seguir preguntando, aunque ella no se conformó y apenas cerrar la puerta de su despacho así se lo hizo saber.

—¡Ojo esa es una mosquita muerta, no quiero que estés cerca de ella! —le pidió.

—No es lo que piensas, esa chica tiene problemas, solo eso —afirmó, mientras ordenaba unos papeles sobre su escritorio sin mirarla—. Vamos, que tenemos que ir a buscar a Thiago, a la noche iremos a cenar afuera los tres, ¿quieres? —preguntó acercándose a ella y abrazándola. Hundió el rostro en su cuello, y cuando levantó la mirada, observó cómo Panamá seguía secándose las lágrimas.

Cuando se retiraron de la oficina abrazados, Panamá levantó la vista encontrándose con la mirada desafiante de Sandra, pero siguió observándola haciéndole saber que a ella no la atemorizaba, las dos se desafiaron con miradas llenas de odio, Lucio pasó cerca ignorándola, y eso hizo que su corazón se arrugará de dolor, su indiferencia la estaba matando.

—Vamos nena, no le des importancia, hoy nos iremos a divertir y tomaremos para olvidarnos de todo y todos —expresó Mayda mirando de reojo a Damián, con el que había tenido algo pasajero.

—Sí, vayan. Quizás nos encontremos ahí —pronunció él sonriente, que las había escuchado.

—¿Y a ti quien te dio vela en este entierro? No me hables más —susurró Mayda entre dientes. Damián levantó una mano en son de paz y entró en su despacho.

Esa noche Panamá y Mayda se prepararon para ir a bailar, poniéndose las mejores prendas que tenían. Cuando entraron al boliche se encontraron con unos chicos que conocían, y sin proponérselo comenzaron a divertirse, hasta que una vio entrar a Lucio con su mujer junto a otra pareja. Mayda codeó a Panamá, que sonreía a un chico, esta la miró y enseguida los vio. Estaba hermoso con un pantalón negro y una chomba gris claro, lo miró de arriba a abajo babeándose, la mujer como siempre espléndida, vestida con las mejores ropas de las marcas más caras. Panamá se miró dándose cuenta que jamás podría competir con ella e hizo ademán de irse, pero la amiga la retuvo tomándola del brazo.

—¡No nos vamos a ir! Agarra de la mano a ese chico y vamos a bailar, no dejes que esa yegua te amargue la noche —le ordenó. Panamá no respondía, solo tenía ojos para Lucio.

—Mírala es una reina, ¿cómo pude llegar a tener esperanzas? Que ilusa soy —pronunció.

—Por favor, no seas tonta. Vos valés mucho más que ella. Panamá, mírame —le pidió buscando su mirada—. Diviértete y demuéstrole, aunque sea mentira, que no te importa. Vamos amiga —dijo. Panamá tomó la mano del chico para irse a bailar.

Lucio estaba a los besos con su mujer que no dejaba de tocarlo y provocarlo, a unos metros de ellos Damián que también se encontraba en el lugar, ardía de rabia al ver a esa mujer, que sin reparo alguno meses atrás, había estado con un hombre amigo de Lucio. Nunca quiso contárselo para no lastimarlo más. ¿Qué venía a buscar después de años de abandonarlo? Sabía que ella no amaba a nadie. De repente observó, que mientras Lucio hablaba animadamente con el hombre de la otra pareja, ella le dedicaba miradas provocativas a un chico que levantaba la copa sonriéndole, ¿cómo era posible que su amigo fuera tan ciego? Esa mujer lo tenía bajo sus pies, y se reía a sus espaldas. ¿Qué podía hacer para abrirle los ojos? Ya con unas copas de más al divisar a Panamá y Mayda que hablaban con unos chicos de su edad sentados en unos sillones, se fue acercando a ellas.

—Dios mira quien viene —dijo Panamá observando a Mayda—. No lo eches, deja que me cuente un poco de esa yegua —le pidió al ver que la amiga ponía mala cara al verlo llegar.

—¿Qué quieres que te cuente? No seas masoquista.

—Quiero saber, no seas así, ¡Calla! —exclamó cuando Damián ya estaba a su lado.

—Hola a las chicas más lindas —saludó sonriendo.

—Dirás a las más boludas —adujo Mayda—. Las que se dejan influenciar por unos imbéciles —comentó. Damián se sentó a su lado y apoyó su copa sobre la mesa mirándola.

—Mayda querida, jamás te engañé. Salimos y la pasamos bien, vos que yo sepa nunca me has dicho que querías algo más, ¿me equivoco? —expresó

Damián. Claro que quería algo más, solo que esperaba que él lo dijera. Y sin quererlo comenzó una discusión, que Panamá y los demás chicos no entendían, por lo que se fueron a la pista a bailar.

—Estos dos terminan juntos, estoy segura —afirmó Panamá a unos de los chicos sin dejar de observar a Lucio bailando con su mujer, él aún no la había visto, pero ella se encargó de cambiar esa situación, de la mano de su amigo bailó tan cerca que hasta sus brazos se rozaron. Lucio hablaba con su mujer mirándola, y al levantar la vista se encontró con los ojos de esa mujercita que siempre le despertaba ese sentimiento que no se animaba a enfrentar, Sandra apoyó la cara en su pecho, y él aprovechó para no desviar sus ojos de la panameña que lo miraba llena de amor. Por segundos se olvidó con quien estaba y miró a esa chiquilla que lo observaba con una melancolía que le llenaba al alma, la música cambió, y su mujer levantó su mirada terminándose la magia, cuando sus ojos buscaron a Panamá, ella ya no estaba.

Cuando Lucio se retiraba luego de una pequeña discusión con Sandra al descubrirla que sonreía a otro hombre, se cruzaron con Panamá y sus amigos, que salían riendo, Sandra la miró con cara de culo y ella disimuladamente la empujó, volcándole sobre su vestido su trago, lo que la enfureció.

—¿Qué haces idiota? Me ensuciaste un vestido carísimo —le gritó agarrándola del brazo. Lucio interpuso su cuerpo entre las dos, pidiéndole con la mirada a Panamá que se retirara, pero ella no iba a hacer eso.

—Perdón, ¿me hablas a mí?

—Sí, no veo a otro idiota frente mío —respondió Sandra, haciendo que la ira acumulada viera la luz. Damián que observaba la situación se mataba de risa.

—Cállate, sos una yegua ni los animales dejan su cría y vos dejaste a un bebé. ¿Qué clase de madre eres? —Lucio ya no sabía cómo parar la

situación, se quedó helado por la contestación. Sandra abrió la boca, sin poder creer lo que esa chiquilla decía y comprobando al instante que le interesaba su marido.

—Basta Panamá —exclamó él, observándola con esa cara de culo que hacía rato no veía y una mirada llena de reproche—. Mañana hablaremos, déjanos pasar —pidió corriéndola del brazo, mientras Sandra seguía maldiciendo. En el auto seguía enojada y él estaba tan nervioso que ni la miraba.

—Mañana en cuanto llegue la echas. ¡Es una maleducada! ¿Escuchaste? —bramaba, pasándose los dedos por la mancha de su vestido— ¡Lucio respóndeme!

—Te escuché, no grites. Haré lo que corresponda, vos no me dirás cómo actuar con mis empleados —concluyó observándola de reojo, moviendo sus dedos sobre el volante, estaba enojado no por lo que Panamá había dicho, sino porque Sandra había sonreído a otro hombre.

Esa noche ni se hablaron, al otro día, él se levantó como siempre, dio el desayuno a su hijito y lo llevó al jardín mientras ella se quedó durmiendo. Cuando llegó a la oficina en el estacionamiento se encontró con Panamá estacionando su viejo auto que apuró su paso, pero él se lo impidió.

«No puede ser más lindo con ese traje y ese pelo aún mojado, Dios mío aun sin tocarme me excita», pensó Panamá sonrojándose, y no pudo contener la sonrisa por sus pensamientos lujuriosos.

—¿De qué te ríes? Tus palabras de anoche estuvieron fuera de lugar —afirmó él.

—Lo que dije anoche es verdad, ¿o me vas a decir que no? —Lucio estiró su dedo índice levantando su mentón y los pies de ella quedaron clavados al piso ante su acción.

—No todo lo que se piensa se dice hermosa, a veces es mejor callar,

¿entiendes?

—No soy hipócrita, lo que pienso lo digo, sin importar las consecuencias —aseguró. Él soltó su mentón y pasó los dedos por su mejilla tibia y suave, provocando un escalofrío en el cuerpo de ambos.

—¿Que voy a hacer con vos, nena? Responde —preguntó. Ella bajó la mirada enterneciéndolo, y otra vez se preguntó qué era lo que esa chiquilla le provocaba, aunque lo que sí estaba seguro era que ella no se merecía atarla a su destino.

—¿Me vas a echar? —susurró ella con miedo.

—¿Me crees capaz de eso? Jamás te echaría, cuando estoy frente a vos me siento... —tragó saliva— tan bien. No quiero lastimarte, ni que sufras por mí, solo haz tu vida, te lo digo como un hermano mayor —dijo Lucio y ella largó una carcajada. Panamá corrió hacia un pasillo y él de dos largas zancadas la tomó de la mano arimándola su cuerpo, sin dejar de mirarla, y sin pensarlo más apoyó sus labios sobre los de ella que lo esperaban ansiosos, devorándolos, se abrazaron y dieron rienda suelta a esa pasión que les quemaba por dentro y alborotaban todos sus sentidos. Lucio hundió la cara en su cuello aspirando su perfume.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Deseas esto? Responde nena. ¿Esto es lo que quieres? —demandó levantando su rostro y buscando su mirada.

—Sí, quiero que me ames, ¡por favor! —aseguró ella cerrando los ojos, momento que él aprovechó para besárselos, luego recorrió con su lengua todo su cuello y se ancló en su oreja lamiéndosela, mientras ella sentía su bulto crecer sobre su pelvis. Estiró la mano y lo masajeó con suavidad, provocando que él la besara introduciendo su lengua hasta el fondo de su garganta haciéndola estremecer.

—Vamos a un hotel no doy más, ¡por favor! —susurró él con voz ronca, sosteniendo la cintura de ella y sintiendo, cómo su cuerpo delgado

temblaba entre sus brazos.

Subieron de nuevo a sus autos para ir a un hotel de lujo, situado a media hora de allí. Panamá no hablaba, solo observaba el cuerpo desnudo de Lucio frente a ella. Era más bello aun, ella lentamente se quitó toda la ropa, él la besaba ardientemente y estiró sus dedos desprendiéndole el corpiño que se deslizo por sus hombros, luego se arrodillo a sus pies sacándole la bikini buscando su sexo. Su lengua impaciente hurgó en cada rincón haciéndola temblar, tomó entre sus dientes su clítoris hinchado y palpitante, y lo absorbió por completo.

—¡Lucio! —exclamó Panamá, mientras su cabeza contra su sexo. Él se enderezó y alzándola la depositó en la cama, recostándose a su lado sin dejar de besarla.

—Sabes que no puedo prometerte nada, ¿lo sabes amor? —dijo él, mientras se ponía un condón, como no respondía la miró serio— ¿Estás bien? ¿Quieres hacer esto? —preguntó preocupado.

—Sí quiero, solo es que no lo he hecho nunca —admitió Panamá avergonzada. Lucio la observó sin poder creer lo que escuchaba. Apoyó un brazo sobre la cama besándola suavemente los labios.

—Pero me tocaste, ¿lo has hecho antes?

—No quiero hablar de eso por favor, algún día te contaré —declaró. Lucio no sabía qué hacer, comenzó a besarla nuevamente y la pasión surgió de nuevo envolviéndolos en llamas ardientes. Entre gemidos y susurros, él toco el cielo con las manos, y no pensó en nada más, esa chiquilla provocaba en su cuerpo lo que ninguna mujer. Se amaron con una locura inusitada, que los sorprendió a ambos terminando abrazados sudorosos y cansados entre esas sábanas de una cama desconocida. Lucio la abrazó tan fuerte como pudo y corrió el pelo de su frente besándola con inusitada ternura.

—Dios mío, Pam. Esto no debió pasar, te voy a lastimar —afirmó él,

poniéndola de frente a su rostro y besándole la nariz.

—¡Te amo, siempre te he amado! —Lucio se sintió culpable y se pasó la mano por el pelo pensando qué hacer con ese sentimiento que ella le provocaba— Me verás cuando puedas, yo te esperaré —añadió Panamá y según más hablaba ella, peor se sentía él.

—No te mereces esto, pero me encanta estar contigo. Sé también que mi hijo necesita a su madre, sin embargo, no quiero que salgas lastimada —susurraba Lucio tomándola de la cintura, levantándola como una pluma y apoyándola sobre su cuerpo, refregándola contra él, donde su glande ya estaba listo para otra batalla. Panamá tomó su rostro comiéndole la boca, mordiéndole el labio inferior y paseando las yemas de sus dedos por su gran torso, lo que provocó en él una calentura feroz. Esa habitación fue testigo de un amor prohibido que ya no podrían ni deseaban detener. Luego de ducharse juntos y besarse hasta el cansancio exploraron sus cuerpos una vez más, sus labios enrojecidos así lo delataban. Hicieron el amor de nuevo pues esa mujercita lo excitaba como nadie.

—Jamás pensé decir esto, pero te amo, te amo Panamá, y no sé qué hacer con este sentimiento que me quema las entrañas. ¿Qué haremos con esto que sentimos? —susurró Lucio.

—Lo que tú quieras, siempre seré tuya, no quiero a otro, ámame y nunca me dejes —gemía ella, arrollada por la pasión.

—Jamás lo haré, pero debes saber que no siempre podré verte y eso me vuelve loco, ¿entiendes? —le explicó Lucio. Luego de ducharse juntos, ella se quedó quieta a medio secar.

—¿Estás bien? —preguntó Lucio observándola.

—Sí, solo que te extrañaré —afirmó ella acariciándole el rostro.

—¿Ves nena? A esto me refiero, te voy a lastimar y esa no es mi intención —expresó besándola suavemente en los labios.

—¡No importa yo te esperaré, te amo!

—Lo sé y yo también, pero no puedo echarla, si se lleva mi hijo me muero —respondió abrazándola.

—Ella no haría algo así. Perdón por lo que voy a decir, pero ella no los ama, ni a vos ni a él —alegó. Lucio comenzó a ponerse la camisa en silencio, aunque le pesara entendía que sus palabras eran ciertas, Panamá se arrepintió y se arrodillo en la cama, abrazándolo. Le mordió suavemente la oreja, y él sonriendo se dejó caer para besarla con pasión de nuevo.

—Te voy a extrañar, quiero más de vos, mucho más —afirmó Lucio acomodándose en la cama, y mordiéndole el pezón haciéndola temblar.

—¿Me llamarás? —preguntó mimosa.

—Vamos —dijo Lucio parándose y mirando su reloj. Se acerco a ella y arreglándole el pelo, le sonrió, ella lo observó seria.

—¿De qué te ríes? —inquirió Panamá. Lucio la abrazó fuerte y le susurró al oído.

—¿Todavía opinas que soy gay? —averiguó largando una carcajada. Panamá se sonrojó y abrió la boca.

—¿Quién te dijo eso? Yo, yo... —tartamudeó, y él no paraba de reírse — La voy a matar, ¿fue Mayda? —preguntó toda colorada.

—Después te lo digo —respondió él, que seguía tentado y ella enojada.

Mientras bajaban en el ascensor, él apoyó su cuerpo en el de ella, y poniéndose a su altura buscó su lengua desesperadamente, enredándose en un baile interminable y sus cuerpos se incendiaron otra vez. Él la sujetó del pelo tirando su cabeza hacia atrás, mirándola a los ojos.

—Llegaste a mi vida como un huracán, derribando todo a su paso. Te amo, cómo jamás pensé amar, y me duele que tengas que pasar por esto — afirmó rotundo. Ella lo miró con lágrimas en los ojos, estiró sus dedos y lo tomó del cuello quedando a centímetros de su boca.

—Yo elegí esto. Tú no me obligaste, te amo mandón y te esperaré,
siempre —decretó.

CAPÍTULO 10



Lucio la acompañó a su auto esperando a que se sentara, sin dejar de observarla.

—Ponte el cinturón de seguridad, por favor —le pidió, acomodándole el pelo y buscando sus labios, que besó suavemente. Ella sopló su flequillo, estirando sus dedos, tomó su rostro.

—¡Te amo, no lo olvides! —exclamó la panameña.

—Cuando te soplas ese flequillo no sabes lo que me calientas, me vuelves loco nena. ¿Qué haré contigo? Lo que siento por ti me está desbordando la razón, y es algo que ya no puedo ni quiero controlar. ¿Qué me hiciste Panamá? Respóndeme amor —susurró sobre sus labios, al tiempo que mordía su labio inferior y sus dedos acariciaban su mejilla.

Desde ese día se veían una vez por semana en el mismo hotel. Se desgarraban la piel dos, tres horas, siempre les parecía poco el tiempo para estar juntos y amarse, luego él volvía a su casa con su mujer y ella con su amiga. Sus miradas en la oficina decían mil palabras sin hablar, a veces cuando todos los empleados se retiraban hacían el amor en el sillón del

despacho. A medida que pasaba el tiempo Lucio se convencía, que había sido el peor error de su vida permitir que Sandra volviera a su lado, pero ¿qué hacer ahora? Mientras él se escabullía, Sandra aprovechaba para verse con su amante de turno. Una mañana ella se presentó en su despacho, Lucio estaba hablando por teléfono con un cliente, como siempre y presintiendo algo, miraba con ira a Panamá que, al percatarse de su presencia bajaba la mirada siguiendo con su trabajo.

—Hola amor —saludó arrimándose a su lado y besando sus labios, él levantó su mano para que esperara un segundo, luego cortó y se reclinó en su sillón.

—¿Qué haces por acá? ¿Vas a buscar el nene al jardín? —preguntó mirando la hora.

—No, va a ir la niñera, ¿para qué le pagas? —respondió con ironía, mientras se sentaba en el sillón ojeando una revista, él movió la cabeza reprobando esa contestación.

—¿No te parece que tendrías que ir a buscarlo? —inquirió— Llévalo a tomar un helado. ¿Tú lo quieres al nene? Nunca veo que lo beses. Decime una cosa, ¿para qué volviste? —demandó Lucio enojado parándose en espera de su respuesta. Sandra se levantó y sonriendo pasó los brazos por su cuello para besarle.

—Volví porque te quiero —dijo mimosa. Bajo la palma de su mano acariciándolo para provocarlo. Lucio cerró los ojos un instante y al abrirlos le retiró la mano.

—Quiero que le demuestras más amor a tu hijo, y que lo hagas rápido antes que me canse y sea yo el que tenga que decirte que te vayas, ¿entendido? —reclamó sin sacarle la mirada de encima, Sandra jamás lo había escuchado hablar así y empezó a desconfiar.

—¿Vos no estarás saliendo con alguien no? —preguntó molesta. Lucio

ni la miró, guardó unos papeles bajo llave poniéndose el saco.

—Voy a buscar al nene. ¿Me esperas acá o te vas a casa? —comentó.

—Te espero acá —respondió ella. Él salió del despacho, y al pasar por la mesa de Panamá le regaló una sonrisa que ella devolvió, ninguno se percató que Sandra los espiaba. Apenas él desapareció, Sandra la llamó.

—Nena, tráeme un café cortado —ordenó y Panamá bufó, pero obedeció. Cuando estuvo listo tocó a la puerta de la oficina encontrándola sentada en el sillón de su amor, como una gran señora. Se miraron desafiantes, depositó la taza sobre el escritorio, y cuando se iba a retirar Sandra levantándose se acercó a su lado, mirándola con malicia—. ¡No te pases de lista! —exclamó señalándola con su dedo índice— Lucio es mío, no lo olvides. Puedo ser muy mala cuando me lo propongo —la amenazó. Panamá la observó sonriente acercando más su cara.

—Y yo soy una perra cuando me provocan, no te confundas. Aléjate de mí, no sabes de lo que puedo ser capaz, yo pasé muchas cosas feas, ¡vos no me das miedo! —replicó. Esas palabras asustaron a Sandra. Justo cuando Panamá se retiraba llegaba Lucio con el nene y Sandra observó, como su hijo se tiraba a sus brazos.

—Ven con mamá bebo —lo llamó, pero el nene ni la miró pues Panamá seguía sosteniéndolo en sus brazos haciéndole cosquillas.

—Thiago ve a saludar a tu madre —ordenó Lucio, observando con ternura a la chica que una vez en la semana lo elevaba al cielo.

—Ve hermoso, después nos vemos, ¿sí? —pidió Panamá besándolo en la frente y bajándolo. Thiago sin muchas ganas se alejó de ella acercándose a saludar a su madre solo con un beso frío en la mejilla, y aunque el padre lo quiso retener salió corriendo y se acercó a esa chiquilla que le brindaba amor.

—¿Por qué esa cara? —preguntó Sandra mirando a Lucio.

—Mira, no me hagas hablar delante de mi hijo, si le brindaras más

cariño él no correría a los brazos de otra, ¿no crees?

—Otra que te come con la mirada y no te es indiferente, ¿me equivoco?

—Mejor vamos a casa, que estoy cansado, cuando estemos solos te respondo —comentó Lucio. Sandra tomó su cartera y al pasar por el lado de Panamá tomó a su hijo de la mano, empujando adrede su silla, esta se paró para confrontarla, pero vio que Lucio le hacía seña que luego la llamaba y se sentó nuevamente enojada. Cuando llegaron luego de darle la merienda a Thiago, la niñera se lo llevo a la plaza por pedido del padre.

—¿Qué hacía en mi oficina Pam? —Sandra comprobó su enojo.

—Ah bueno, ¿la llamas Pam? Se nota que hay confianza entre ustedes, le pedí un café porque puedo hacerlo. ¿Para qué le pagas? —Ella se cruzó de brazos, pero él esta vez no se dejó amedrentar y se acercó con ira en la mirada.

—Le pago para que trabaje en la oficina, no para que sea tu sirvienta. Me estás cansando, no abuses de mi paciencia. ¡Ser bueno no es sinónimo de ser idiota!

—¿Qué hay entre ustedes? ¡Yo tampoco soy tonta! —gritó airada Sandra. Lucio hubiera querido soltarle que estaba arrepentido de haberla perdonado, que esa chiquilla lo subía al cielo tan solo con tocarlo, que ya no sentía lo mismo por ella, pero se calló, aunque sabía que no era buena, era la madre su hijo y la necesitaba. Se creía un cobarde y no podía enfrentarla.

—No hay nada. Por favor, bríndale más cariño al nene —pidió. Ella se arrimó besándolo en los labios perdiéndose en un beso sin amor, triste y lleno de reproche, él ya no sentía lo mismo, todo era distinto, ahora su corazón y su cuerpo reclamaban solo a Panamá.

Era el cumpleaños de esa chiquilla que se había adueñado de su corazón, y se desesperaba porque no podría estar con ella, sabía que solo contaba con amigos, sin familia cerca. Así lo encontró Damián en su

despacho sentado en su sillón con la mirada perdida.

—¿Quién se murió? —Lucio sonrió ante sus palabras.

—¿Sabes que es el cumpleaños de Pam? —Damián dejó unos papeles y sonrió.

—Sí, recién escuché que se van al boliche con unos amigos — respondió. Lucio no pudo evitar su cara de culo, mientras Damián se largó a reír— ¿Qué pensabas, que se iba a quedar adentro de su casa? ¿Y qué le vas a regalar? —Lucio parándose, sacó una llave del bolsillo mostrándosela, y la agitó en el aire. Damián abrió los ojos como platos.

—¡No te puedo creer! ¡Un auto! ¿Lo sabe ella?

—¡No! Quiero ver su cara cuando la vea, seguro no lo va a querer — comentó y sonrió mirándola por los vidrios de su oficina—. Cuando salgas dile que entre. La saludaré ahora, después no podré verla —dijo con nostalgia.

—¿Cuándo hablarás con Sandra? ¿Qué estás esperando? ¿Que Pam se canse de verse a escondidas? Ella te ama. No le tires la cola al gato — demandó Damián. Lucio se puso serio.

Damián salió y llamó a Panamá, Lucio la observaba caminar hacia su oficina con ese vestido que amaba como le quedaba, mientras se soplaba el flequillo. «Es mía, solo mía. Voy a luchar por estar juntos nena» se dijo en silencio. La esperó apoyado en su escritorio con las manos en los bolsillos, ella entró, cerró la puerta con llave, y se arrimó despacio a él. Lucio abrió los brazos y el cuerpo menudo de ella se perdió entre su metro ochenta. Lucio con una mano tomó su nuca y la otra la puso en la cintura. Sus miradas se encontraron, y sus labios se fundieron en un beso ardiente, las manos de ella se apoyaron en el pecho de Lucio sintiendo como su corazón galopaba frenéticamente.

—Estás un año más viejo, nena. ¡Te amo! Feliz cumpleaños, me

maldigo por no poder estar con vos —dijo él sobre sus labios deseándolos.

—Siempre estás conmigo acá ¿lo sentís? —concluyó ella llevando su mano al corazón.

—Mi vida tengo miedo de que te canses de mí, pues nos vemos a escondidas, si eso llegará a pasar, estaría perdido —declaró Lucio. Pam tapó sus labios con un dedo.

—Tendría que estar muerta para que eso ocurra, jamás mi vida, ¡mi cara de culo te amaré por siempre! —dijo ella y él sonrió ante esas palabras.

—¿Te vas a bailar hoy? —preguntó serio mirándola celoso.

—Si no quieres no voy —respondió ella. Él achinó sus ojos y besó suavemente su nariz.

—Quiero que vayas y te diviertas, sé que te portaras bien —comentó y Pam largó una carcajada abrazándolo, hundiendo la cara en su cuerpo.

—¡Mentiroso! Te mueres de celos, no lo niegues.

—Sí, no puedo fingir. Me muero porque sé que este culo llama la atención —aseguró tomando sus cachas y estrujándola—, y yo no estaré ahí para cuidarte, pero debes ir y divertirte. Tengo un regalo para vos, ¡cierra los ojos! —ordenó, ella sonrió tapándose los—Ahora ábrelos —pidió. Panamá casi muere cuando vio que él sostenía una llave de un auto, agitándola delante de su rostro, pero al segundo su expresión cambió.

—No puedes regalarme un auto, cuesta mucho dinero —dijo enojada, Lucio rio abrazándola.

—¡Yo puedo, quiero y punto! Yo mando. No olvides soy tu jefe —susurró en su oído y comenzó a hacerle cosquillas, ella se desarmó cuando la levantó por el aire, llenando su rostro de besos, luego la bajó y con una mano le indicó la puerta.

—Gracias, te amo. ¿Lo trajiste? ¿Está en el estacionamiento? Quiero verlo, ¿puedo salir? —inquirió nerviosa, Lucio asintió y ella salió corriendo

como niña con juguete nuevo, llevándose por delante a Sandra que entraba de mal humor, esta la miró mal, pero calló. Lucio al observar que su mujer llegaba cambió la cara alegre por un semblante serio.

—Hola nene, hay un problema con tu banco fui a comprar un par de zapatos y no tiene dinero —dijo observando como él hablaba por celular sin responder. Se sentó esperando su atención, cuando Lucio terminó la miró, y tomando una boleta la tiró arriba de su escritorio con bronca, ella la tomó con una mano leyéndola, era el resumen de la tarjeta de crédito.

—¡Vos estás loca! —bramó y se la sacó de la mano— Ropa es lo único que sabes comprar. ¿No sabes que tu hijo está creciendo y necesita lo mismo? Madura porque me estoy hartando, la tarjeta la di de baja, se terminó y ni quiero saber qué hiciste con el dinero que extrajiste del cajero, porque sé que me mentirás y estoy harto. ¡Harto de tus mentiras! ¡No aguanto más! Creo que nos tendríamos que tomar un tiempo para pensar en nuestra relación, si es que aún queda algo —gritó enojado. Sandra por primera vez bajó la mirada sabiendo que tenía razón.

—Perdóname, devuélveme la tarjeta —pronunció arrimándose a su lado tratando de abrazarlo, pero Lucio ya no la creía, su paciencia se había agotado, lo único que quería era separarse y vivir feliz con Pam y su hijo. Él se corrió mirándola mal.

—Basta Sandra quiero sepárame —explotó. Su boca dijo lo que hacía meses guardaba en el fondo de su corazón, y solo pronunciar esas palabras la mujer se enfureció, empezando a chillar como una marrana. Todos en la oficina escuchaban sus gritos y Damián no sabía cómo actuar, quería entrar, pero no se animaba. Panamá que entraba contenta después ver su regalo, se quedó parada escuchando la discusión. Sandra tiraba cosas al suelo ante la atenta mirada de Lucio que solo la observaba parado, con las manos en los bolsillos. Cuando se cansó tomó su cartera que había dejado sobre el sillón.

— Quiero que te vayas de mi casa esta misma noche —bramó enfurecida. Lucio sacó las manos de sus bolsillos riéndose y ella lo miró atónita.

—¡Estás completamente loca! La casa la compre con la herencia de mi madre —se acercó haciéndola retroceder, mientras la apuntaba con el dedo—. Vos te vas y sola, ¡la casa es mía y de mi hijo! —declaró serio. Entonces él sintió de sus labios, lo que siempre temió.

—¡Si yo me voy mi hijo viene conmigo, ¡eso no lo dudes! —le amenazó.

—No seas hipócrita, vos nunca quisiste a tu hijo.

—Pues mira como son las cosas ahora lo quiero, hasta la noche amor —saludó ella burlonamente, mientras salía de la oficina sonriendo. En ese instante, Lucio supo que no sería fácil la separación. Al salir ella, Damián entró encontrándolo derrotado sentado en su sillón mirando el techo.

—Por Dios, ¿qué fueron esos gritos? —preguntó Damián, mientras recogía lo que Sandra había tirado por el piso.

—Le dije que quería la separación y la muy caradura me dijo, que si ella se iba se llevaba a mi hijo. ¡Eso ni muerto! ¡No lo permitiré jamás! —gritó parándose y golpeando con el puño el escritorio. Damián nunca lo había visto tan enojado.

—Encontraremos la forma, no te preocupes, ella no se llevará al nene. No lo quiere y lo sabes —susurró con miedo, al tiempo que le servía un trago a Lucio que seguía puteando.

—Lo hará. Es capaz de todo con tal de quedarse y seguir arruinándonos la vida a mi hijo y a mí. Jamás tendría que haberla perdonado, pero lo hice, y ahora pago las consecuencias. Siempre he actuado mal, mira mi padre, si no hubiera sido tan necio, quizás hoy estaría vivo —afirmó.

—¡Estás loco! Eso no tiene nada que ver contigo, a él lo mato un hijo

de puta por dinero y por lo que averiguamos es alguien cercano —replicó Damián y Lucio lo miró.

—Ya empecé el trabajo con ellos veremos si son tan vivos como se creen. Los volveré locos hasta que busquen al asesino, solo así mi padre descansará en paz.

—Por lo menos se enteraron quien les robaba, ojalá lo agarren —pronunció Damián.

—Él solo no es. Si ellos no lo descubren, yo me encargaré de matarlo —sentenció. Damián sintió miedo al mirarlo, sabiendo que la venganza de la muerte de su padre era quizás más importante que su amor por Panamá.

—¿Por qué no hablas con ellos? Seguro te escucharán —comentó. Lucio largó una carcajada.

—¡Yo te he dicho que no! Ellos no saben de mi existencia y solo se reirán en mi cara, ya investigué e iré a buscar lo que mi padre me pidió, solo estoy esperando el momento propicio —respondió y bajó la mirada—. Ahora tengo que preocuparme por mi hijo, también por Pam, que la quiero, pero con estos problemas no me puedo dedicar a ella como se merece. Estoy harto y cansado de tantos problemas —bufó Lucio.

—No te tortures más, ya saldremos de este lío —replicó Damián, y aprovechó para cambiar de tema—. Hermoso el auto que le regalaste a Pam, está contenta. —Lucio sonrió justo cuando ella golpeaba a la puerta de su oficina.

—Pasa nena —dijo con voz grave.

—Dios, ¿qué pasó? —preguntó preocupada. Damián se marchó dejándolos solos. Lucio apoyó su cuerpo en el escritorio, abriendo los brazos invitándola, mientras ella rodeaba su cintura. Se quedaron en silencio, sintiendo el latido de sus corazones.

—Te amo tanto, pero soy consciente que esta relación no debería ser —

dijo Lucio besando su cabeza, Panamá quiso deshacerse de su abrazo, sin embargo, él la apretó aún más contra su cuerpo impidiéndoselo—. Siempre te dije que no es mi intención lastimarte, esto se está yendo de mis manos —suspiró—. Le pedí la separación, ya no puedo estar alejado de ti. Quiero darte todo mi amor, mi vida es tuya y de mi hijo, ¡te amo Pam! —declaró. Ella levantó su cabeza y sus ojos se encontraron, los dos lloraban de amor, uno que tenían que defender con uñas y dientes. Se acariciaron los rostros sin dejar de observarse. Lucio sabía que Sandra daría pelea, pues era capaz de cualquier cosa y se abrazó a esa chiquilla que se había adueñado de su corazón, de sus pensamientos y de su vida.

—Le daremos pelea, yo soy fuerte, lucharé por ti —susurró Panamá, mientras él tomaba su rostro mirándola, lleno de ternura ante sus palabras, y depositó un beso suave en sus labios.

—Mi vida, yo lucharé, ¡vos no harás nada! Me moriría si te pasa algo. Yo me ocuparé, ahora quiero que vayas a tu casa y a la noche ve con tus amigos, ¿sí? —Ella sin muchas ganas asintió con la cabeza, regalándole un beso tierno.

—Gracias por el auto es hermoso, no debiste gastarte tanto —dijo. Lucio la observó.

—Me gusta gastarlo en lo que quiero y yo nena te amo. Quiero que te vayas y lo disfrutes —declaró y con un abrazo se despidieron.

Cuando salió contenta con la llave de su auto nuevo entre sus dedos encontró a Sandra apoyada en el mismo, mirándola desafiante y su mirada reflejaba a la ira que sentía. Panamá se quedó parada observándola, mientras ella pasaba la llave de su auto por el capo rayándolo sonriente, la locura se apoderó de la panameña que acercándose la empujó.

—¡Sos una hija de puta! Mirá lo que le has hecho a mi carro —gritó.

—¿Tu carro? Ja, dirás el auto de mi marido. ¿Así que el infeliz te

regalo uno? Ya me contaron no lo niegues. ¡Sos una ramera que se dejó seducir por el dinero, no valés nada! —exclamó despectiva Sandra. El rostro de Pam se llenó de lágrimas, aunque sabía que eso no era verdad. Ella solo era la otra—. Llorá mosquita muerta, antes de permitir que se quede contigo, ¡te mato y me llevo a su hijo! ¿Sabes lo que pasará? Lucio se morirá de dolor, porque él es débil. ¿Lo quieres ver destruido? —anunció Sandra desquiciada — ¡Vete de su lado o juro que te mataré con mis propias manos! —bramó. Panamá no podía reaccionar, su pequeño cuerpo temblaba de ira.

—Vos no harías eso, no serías capaz. Lucio es un buen hombre —replicó.

—Claro que es bueno, por eso se dejó seducir por una cualquiera como vos —le espetó Sandra. El contador de la oficina entró en el estacionamiento sin ser visto, no podía creer lo que pasaba.

—Vos lo abandonaste a él y a tu hijo, ¡no tienes vergüenza! —estalló Panamá enfurecida. Se acercó a la cara de Sandra desafiante —Déjanos en paz, porque la que te mataré soy yo, no me amenes —voceó. El contador anonadado de lo que había escuchado, se retiró sin que ellas lo vieran. Entonces Sandra se tomó la cabeza para estrellarse contra el marco de la puerta del auto, Panamá se quedó parada con la boca abierta observando cómo de su frente comenzaba a brotar sangre. «¡Está loca!» pensó, pero no pudo hacer nada porque Sandra empezó a chillar. justo en ese momento llegaban Lucio y Damián hablando. Cuando vieron la situación las miraron desconcertados, al ver a su mujer llena de sangre, Lucio corrió a su lado y Damián quedó parado al lado de la panameña, que se tapaba la cara con las manos.

—¡Me quiso matar! Mira lo que me hizo. ¡Dios mío está mujer está loca! —gritaba Sandra con lágrimas. Panamá solo movía la cabeza, observando a Lucio que la miraba mal.

—¿Vos hiciste esto? ¡Responde! —bramó Lucio.

—¡No! Se lo hizo sola, cree en mí, por favor. Jamás haría algo semejante —exclamó Pam.

—Me amenazó, tu contador pasó y la escuchó, pregúntale —dijo medio llorando Sandra, que sí se había percatado de la presencia del hombre. Panamá quiso rebatirle, pero Damián la sujetó, mientras Lucio limpiaba la cara de Sandra.

—¡Vamos al hospital! —pidió Lucio a su mujer, ayudándola a entrar.

—Voy a averiguar qué pasó. Te dije que no te metieras, que yo iba arreglar todo, esta no es la manera. —rugió señalando a Pam con el dedo. Arrancó el auto, sin querer escuchar más.

—Cálmate, yo te creo. Esa hija de puta es capaz de cualquier cosa, sabe que lo está perdiendo y no sabe qué hacer, no llores más. Te acompaño a casa —pidió Damián. Mayda llegó corriendo y encontró a su amiga hecha un mar de lágrimas, Damián le contó lo sucedido.

—¡Está completamente loca! Vamos amiga yo manejo, súbete. ¿Cómo él no te creyó? Ahuevado de mierda —pronunció arrancando, y dejando a Damián pensativo. Este tomó su auto y se dirigió al hospital, al llegar lo encontró al amigo, tomando un café.

—¿Como está? —preguntó.

—Mal, ¿cómo va a estar? ¿Qué mierda tiene en la cabeza esa chica? —le espetó. Damián solo calló, pues Lucio estaba muy nervioso como para contradecirlo— Nunca creí que Pam haría algo así —seguía diciendo Lucio aturdido. Damián no aguantó más y explotó.

—¿Y no te pusiste a pensar que quizás es inocente? Sandra es capaz de cualquier cosa, mira a piensa esto —Lucio giró su cabeza observándolo—. Tu mujer sabe que está a punto de perderte, Pam es muy menuda, no tiene la fuerza suficiente para tomarla y estrellarla contra el marco de la puerta del

auto. ¿Vos crees eso? Pues yo no y perdona, pero Sandra está más loca de lo que yo pensaba, averigua primero antes de acusarla. Si Pam no lo hizo, ¿cómo se debe sentir? ¿Lo pensaste? —le explicó. Lucio tragó saliva asimilando sus palabras.

—Mi mujer tiene una brecha, no sé qué pensar, no creo que Sandra se golpeará sola, pero tampoco creo a Pam capaz de hacer algo semejante. ¡Jesús, me estoy volviendo loco! —pronunció pasándose las manos por el pelo.

—Yo te aconsejo que hables con Pam, y escuches lo que tiene que decirte, dale la posibilidad de defenderse, la crucificaste sin haberla escuchado —adujo Damián.

—No me va a responder, la traté muy mal. No sé qué me pasó al ver a Sandra con la cara llena de sangre, me puse loco —afirmó Lucio. En ese instante un médico salía llamándolo, Damián se retiró, pues no quería saludar a Sandra. Al llegar a su casa, el hijo se asustó a ver a su madre en ese estado y cuando ella iba abrir la boca para contarle lo que le había pasado, Lucio la hizo callar levantando la mano, sin dejar de observarla.

—No te asustes, nene, mamá se cayó —le explicó a Thiago. Sandra lo miró mal—. Quédate con la niñera que ayudaré a acostar a tu mamá, ¿sí? Luego vamos a preparar la comida —le pidió, y Thiago corrió a la cocina a contarle a la niñera.

—Pobre ¿se golpeó la cabeza? —inquirió la niñera, mientras juntaba los juguetes desparramos por el piso, el padre entró y pagándole por sus servicios la acompañó a la puerta.

—Mañana te cuento, necesito que vengas todo el día por unos cuantos días, ¿puede ser? No creo que se levante —comentó cansado y apenado. La niñera no dudó en ayudarlo pues Lucio era una excelente persona que la trataba muy bien.

A partir de ese día, Pam no lo saludó más, ni tampoco lo miraba, Lucio quería escuchar de su boca lo sucedido, pero ella lo ignoraba día tras día. Había pasado un mes y ella rehusaba hablar con él, hasta que una noche él no aguanto más y se presentó sin previo aviso en la puerta de su casa. Golpeó varias veces la puerta, sin que nadie atendiera, hasta que después diez minutos ella salió en pijama. Lucio murió de amor cuando la vio con el pelo suelto y en pantuflas, parecía mucha más niña.

—¿Qué quieres? No voy a hablar contigo —dijo Panamá, y cuando iba a cerrar la puerta él la sostuvo con su mano impidiéndoselo.

—Quiero que hablemos, por favor Pam. Tienes razón tendría que haberte escuchado, perdóname, quiero que me lo cuentes, por favor nena —le pidió acercando su cuerpo.

—¡Ya no! La creíste a ella, es tarde, vete a casa con tu mujer. No quiero saber nada más de ti —exclamó con lágrimas en los ojos.

—No me digas eso, te amo, no importa lo que sucedió, yo te sigo amando —declaró Lucio. Pam lo miró desafiante y enfurecida.

—¿Cómo que no te importa? Vos estás loco. ¡Ella se lastimo sola, y no me crees!

—Vine para que vos me digas lo que sucedió, ¡no me echés! —suplicó tomando con una mano el marco de la puerta para que no la cerrara.

—Mira, te voy a decir algo y será lo último que diré. Buscaré otro trabajo pues no quiero estar más cerca de ti y mañana mismo te devolveré el auto —soltó Panamá enojada. Lucio en un segundo la agarró del brazo apoyándola en su pecho, ella puso las manos mirándolo.

—¡No me hagas eso! No me prives de verte todos los días, mi hijo pregunta por vos, ¿no lo extrañas? —preguntó acariciando su mejilla. Pam sonrió pensando en Thiago, amaba a ese niño.

—Cuando quiera verme lo puedes traer a mi casa o lo llevo a la plaza,

por favor no quiero verte más. Me lastimaste y ya estoy cansada que lo hagan. Vete Lucio, ¡vete! —dijo soltándose de su brazo.

—Si es lo que quieres no me hables más, pero no te vayas de la oficina —le pidió retirándose un poco, pero sin dejar de mirarla.

—Hasta mañana me voy a dormir —sentenció ella cerrando la puerta frente a su rostro, dejándolo sumido en una inmensa tristeza.

CAPÍTULO 11



Cada día con su mujer era un tormento, y como tiempo atrás su única alegría era su hijo. Sandra cada noche lo provocaba para tener relaciones, pero él se resistía pues ya nada sentía por ella. Era muy triste ver a su hijo mendigar el amor de una madre ausente. Otra vez el insomnio se apoderó de él llegando a la oficina con su mejor cara de culo, sin saludar a nadie y encima la panameña lo ignoraba, la llave del auto se la había entregado a Damián para no hablar con él, los dos estaban destruidos y ni se miraban.

—Pam está trabajando en otro lugar a la noche —confesó Damián un día, mientras Lucio observaba como ella se retiraba.

—¿Dónde trabaja? —preguntó recogiendo sus cosas para marcharse.

—No te va a gustar saberlo —dijo Damián reticente.

—¡Dime dónde va de noche! —reclamó Lucio enfadado.

—Trabaja en un boliche bailable sirviendo copas —explicó Damián. Lucio abrió sus ojos como platos y empezó a putear sin alcanzar a entender.

—¿Por qué hace eso? ¿No le alcanza con lo que yo le pago? —averiguó enojado.

—Cuando Mayda me contó dije lo mismo, pero ella dijo que no la pudo convencer. ¡Ya sabes que es una cabeza dura! —respondió mirándolo.

—¿Y qué pasa entre vos y Mayda? —inquirió Lucio.

—La verdad es que me gusta y mucho, estamos probando —contestó Damián sonriendo—. Habla otra vez con ella, escúchala —le pidió.

—No quiere hablar conmigo, ni me mira, pero esta noche iremos a ese boliche y comprobaré con mis ojos lo que me dices.

—¿Esta noche?

—Sí esta noche ¿me acompañaras? Quiero verla.

—Esta bien te acompañaré, pero te aseguro que se va a enojar —afirmó Damián.

Cuando llegó a su casa encontró a su hijo sentado en el parque jugando con la niñera, apenas Thiago lo vio se tiró a sus brazos.

—¿Como está mi niño hermoso? —pregunto alzándolo y haciéndole cosquillas.

—Bien. Vamos a jugar, papi.

—Claro que sí amor, me cambio y en cinco minutos estoy contigo —aseguró. Lucio se retiró a su habitación. Hacía meses que había ubicado a Sandra en otra pues no quería nada más con ella. Cuando se terminó de sacar toda la ropa, Sandra abrió la puerta sin golpear, observándolo de arriba a abajo.

—Te dije más de mil veces que no quiero que entres a mi habitación, ¿cuántas veces te lo debo repetir? —gruñó, mientras tapaba sus partes con la camisa.

—Lo sé, pero no resisto la tentación —respondió con una sonrisa malévol—, además quiero pedirte dinero pues esta noche saldré con unas amigas —indicó. Él sonrió de costado sin responderle, solo tomó su billetera y con una mano, le tiró unos billetes a la cama, sin embargo, ella en solo un

segundo se acercó a él y tiró su camisa al piso. Sandra quiso abrazarlo, pero Lucio recogió su camisa para volverse a tapar, caminó hacia la puerta y la invitó a retirarse. Sandra se irguió altanera y se movió, no obstante, antes de irse fue mordaz—. ¿Aún sigues con esa que no vale nada? —dijo componiendo una sonrisa irónica.

—No, gracias a vos, la he perdido, ¿estas contentas? —replicó serio arrugando la frente.

—Si no pelea por su amor, no lo merece. Ya ves que yo aún sigo aquí esperándote y ella ya se dio por vencida, su decisión confirma lo que siempre pensé, que no te merece.

—Vos sigues aquí porque prefieres una vida cómoda sin trabajar, por eso te quedas. Vos no me mereces, ni mereces a tu hijo —contestó Lucio, sintiendo en ese momento el alcohol en el aliento de Sandra.

—Ella tendría que haber luchado por ti y no lo hizo, o vos tendrías que haber creído en ella si la amabas y no lo hiciste —comentó con desdén. Las neuronas de Lucio comenzaron a trabajar con rapidez. ¿Y si ella se había golpeado sola? Su corazón dio un salto al recordar las últimas palabras de Pam: “Cree en mí”.

Cerrándole la puerta en la cara, entró en la ducha, apoyó las manos sobre la pared y dejó que el agua caliente cayera sobre todo su cuerpo, relajándolo, luego mientras se vestía no podía olvidar las palabras de Sandra que con unas copas de más se había atrevido a decir. Después de dejarle instrucciones a la niñera, se subió al auto pasando a buscar a Damián y le contó, lo que Sandra había confesado, este lo observó, mientras prendía un cigarro.

—¿Te lo dije! Es una yegua. Esta noche tendrás que hablar con Pam, y escuchar su versión de los hechos, si te deja, porque por lo que me dijo Mayda no quiere ni sentir hablar de ti y si quieres saber lo que pienso tiene

razón, la crucificaste sin dejar que se defendiera, pero inténtalo —expresó Damián. Lucio se tocó su incipiente barba pensando, cómo encararía a esa mujercita, pues sabía que no resultaría fácil.

Al llegar se puso nervioso mientras Damián sonreía, al divisar a unos amigos en la barra tomando algo, se saludaron y comenzaron a hablar, mientras lo hacían la vista de Lucio paseaba por el lugar, en busca de la mujer que su corazón reclamaba. Se puso de espaldas a la barra cuando de pronto una voz alteró todos los sentidos, ¡era ella! Estaba levantando unos pedidos en una mesa. Ella no lo vio y él aprovechó para apreciarla. Estaba hermosa, con una pollera negra, muy corta y una camisa blanca, la colita como siempre mal hecha y esa frescura y sonrisa tan propias de ella, Damián lo miró y siguiendo su vista descubrió qué estaba observando.

—La encontraste —afirmó Damián viendo a Pam, que alegre servía las bebidas pedidas. A Lucio no le hizo mucha gracia ver como varios hombres con sonrisas disfrazadas, trataban de seducirla y ella con su frescura e inocencia solo les sonría, la vena del cuello se le hinchó, cuando uno de esos chicos la tomó de la mano y ella se la retiró, mirándolo mal.

—No quiero que trabaje acá, son todos lobos disfrazados con piel de corderos —dijo Lucio a Damián, sin alejar la vista de esa mujercita.

—Trata de hablar con ella, mira ahí viene a buscar más bebidas, yo me voy. ¡Suerte amigo! —expresó Damián alejándose y saludándola ya cerca de ellos, cuando ella se percató de su presencia, casi se le cae la bandeja, Lucio rápidamente la ayudó y sus miradas se cruzaron.

—¿Podemos hablar, por favor? —pidió él sonriéndole.

—Vos y yo no tenemos nada que hablar —respondió desviando la vista, esperando que llenaran su bandeja de bebidas.

—Esperaré a que termines de trabajar y te llevo a casa, ¿sí? Vamos, Pam nos debemos una charla —insistió.

—Deberías haberlo pensado, cuando te grité que creyeras en mí — afirmó ella mirándolo con todo el odio del mundo, pero él supo que el amor que ellos se tuvieron seguía intacto. Estiró sus dedos queriendo acariciarle la mano y ella se lo impidió.

—Te amo, nena y sabes que tú también me amas, no quiero verte trabajar acá, donde todos se babosean contigo. ¡Por favor escúchame! — exclamó. El barman al escucharlos hablar no sabía qué hacer, miraba a uno y a otro, mientras servía los tragos.

—No tengo nada que decirte, tú ya elegiste, ahora jodete —replicó soplándose el flequillo. Lucio largó una carcajada, hubiera querido abrazarla y llenarle de besos su hermoso rostro, sin embargo, no quería enfurecerla más, y se retiró sentándose y observando cómo ella sonreía sirviendo las copas, de repente se paró frente a ella diciéndole.

—Está bien, si no quieres hablarme me iré, solo he venido para estar contigo y escuchar de tus labios lo que esa tarde sucedió —aseguró. Cuando ya se dirigía a la salida y ante la mirada de Damián y otros hombres que se encontraban en el lugar, ella le gritó:

—¿Sabes lo que me hiciste pasar? ¿Sabes lo que extraño al nene? Mientras tú sigues con ella, yo estoy todas las noches sola, muero un poquito más cada día —afirmó. Lucio se quedó duro de espaldas a ella. «Mi nena, aun a pesar de todo me sigue amando» meditó. Se dio vuelta y la encontró con el rostro lleno de lágrimas, en dos zancadas se plantó frente a ella, tomando su cara con sus manos, mientras sus dedos secaban esas lagrimas llenas de amor.

—¿Vos muriendo? ¡Yo ya estoy muerto! Desde el momento que dejaste de hablarme, morí de amor por vos. No me dejes nena, por favor. Irrumpiste en mi vida y en mi corazón sin pedir permiso, no me rechaces amor, te necesito como el aire para respirar. Te amo, perdóname —susurró.

Panamá dejó la bandeja que tenía en sus manos y se aferró a su cuello como una garrapata, y sin importarle nada saltó a su cuerpo cubriendo su cintura. Sus labios se unieron provocando la risa de todos los presentes. Un hombre mayor se arrimó a ellos mirándolos mal.

—¡A trabajar, vamos! —gritó, Lucio le sacó el delantal arrojándolo sobre de la barra.

—Ella no trabaja más, nos vamos —le dijo y los dos salieron abrazados como si fuesen uno solo. Damián los siguió sonriendo. Al llegar a la puerta, ella se bajó y se quedó abrazada a su cintura, Lucio acomodó su pelo y miró a Damián, este le hizo seña para que no se preocupara y se montó con Pam en el auto para llevarla a casa. Cuando estacionó, ella lo miraba hipnotizada sin reaccionar.

—¿No me vas a invitar a pasar? —susurró poniendo su cabeza de costado, ella asintió y los dos se bajaron. Apenas abrir la puerta, la abrazó de atrás y sus grandes manos traviesas, comenzaron a masajear sus pechos y ella sintió cómo su pene la saludaba— Te amo, te creo nena. Perdóname, jamás dudaré de ti, no me dejes. ¡No lo hagas! —le suplicó. Ella se dio vuelta besándolo en los labios, luego se retiró y con el rostro de Lucio entre las manos le pidió:

—¡Prométeme que vas a luchar por nuestro amor, que no vas a dejar que nadie nos separé! ¡Promételo! —demandó. Lucio besó su nariz.

—Te lo prometo, quiero que vivamos juntos con mi hijo, mañana hablaré con ella y le pediré que se vaya, aunque tenga que darle dinero, nada más me importa que estar juntos —declaró. Aprovechando que Mayda no estaba, se fueron al dormitorio de Panamá para dar rienda suelta a su amor. Luego de desnudarse por completo, se zambulleron en esa cama, amándose con locura y desesperación.

—Dime que me amas —pronunció ella besando su torso, él levantó su

mentón con un dedo buscando sus ojos.

—¿Aún lo dudas? Me equivoque, pero te amo, como el primer día que te vi, ¡jamás lo dudes! Utilizaré todos los recursos disponibles para poder estar juntos los tres, que no te quepa duda alguna.

—Ella nos hará la vida imposible, ¿lo sabes no? —Lucio la miró pensativo.

—Lo sé, pero pelearé por lo que los dos sentimos. Ella te buscará, pero por favor no respondas, solo deja que grite lo que quiera, vos sabes lo que los dos sentimos, ¿entiendes? Tratará de provocarte, pero yo te defenderé, por favor nada de pelea —insistió—. No quiero que vuelvas a trabajar ahí, donde todos desean lo que es mío —susurró apretando sus cachas.

—Lo hice para darte celos y resultó —declaró. Lucio se rio con ganas.

—Mira que sos traviesa, mañana quédate acá en tu casa —le pidió. Ella arrugó su frente sin entender—. No mandaré el nene al jardín y te lo traeré todo el día hasta la tarde, ¿qué te parece? —Ella se puso feliz y al minuto sería.

—Pero si le cuenta... —comenzó, pero él no la dejó terminar de hablar.

—Yo se lo diré de regreso a casa, no obligaré a mi hijo a mentir. Nos duchamos y me voy, ella salió y mi hijo está con la niñera —dijo mimoso. Solo entrar en la ducha sus cuerpos se incendiaron, las manos de Lucio recorrieron el cuerpo de Pam saciando la ansiedad que sentía, y el deseo volvió. Ella puso sus cachas a su disposición sabiendo lo que él deseaba, Lucio apoyó el pene en su ano, provocándola.

—¿Esto quieres, nena? ¡Pídelo! —exigió prendido fuego, mientras lamía su cuello.

—¡Sí húndelo, por favor! —rogó ella. Lucio de un solo movimiento se hundió penetrándola hasta el fondo, sintiendo cómo su cuerpo temblaba entre sus brazos.

—¡Te amo! En tus brazos ardo de pasión —oyó la voz ronca de Lucio, que estaba entregado a ese amor que le nublaba todos los sentidos y lo elevaba a lo más alto.

—Lucio —exclamó ella, mientras él le hacía rozar la locura.

—Jamás nos separemos, nunca más —repetía él, a punto de desparramar su semen dentro de ella—. Siempre cuidaré de ti —prometió ya saciados.

Esa noche les costó separarse, pero él tenía que volver a su casa, por su hijo. Cuando llegó a las tres de la mañana Sandra no había llegado, la niñera le comentó que un hombre en un auto la había pasado a buscar. Al otro día, Lucio se levantó, se duchó y desayunar junto a su hijo, lo llevó a casa de Pam que lo estaba esperando. Lucio le había contado en el viaje a Thiago, dónde pasaría el día y el niño se encontraba feliz. Apenas paró el auto, ella salió corriendo a recibirlo que se arrojó a sus brazos.

—Hola mi vida —la saludó Lucio con un beso en los labios— Acá te dejo a tu amiguito —añadió. Ella sonrió besando la carita del niño, que no paraba de hablar—. Escucha campeón, hazle caso a Pam y cómete toda la comida —le dijo a Thiago.

—¿Lo puedo llevar a la plaza después de almorzar?

—Claro que sí, sabes que confié en ti, solo cuídense —le pidió acariciando su mejilla. Cuando vio que ellos lo saludaban entrando a la casa, arrancó su auto marchándose. Al llegar a la oficina se puso a trabajar y cuando llegó Damián le contó dónde se encontraba su hijo.

—¿Sabe Sandra? Cuando se entere pegará el grito en el cielo, no lo dudes.

—Hoy le pediré que se vaya de mi casa, no aguanto más la situación. Anoche un hombre pasó a buscarla, si tengo que darle dinero se lo daré, si tengo que comprarle una casa lo haré, pero quiero que se aleje de nuestras

vidas y lo más rápido posible —concluyó Lucio.

—Muy bien Lucio, así me gusta escucharte hablar, sin embargo, no olvides a quien te enfrentas. Ella es una yegua, quizás quiere llevarse a tu hijo —comentó Damián. Lucio levantó la vista de unos documentos observándolo.

—Ya hablé con mis abogados, no se lo puede llevar porque ella abandonó el hogar y otras cosas que ellos averiguaron.

—Me parece excelente que te pongas a la defensiva, es peligrosa, tienes que estar atento, no la dejes sacar a tu hijo a la calle.

—Ya avisé en el jardín, ella no lo puede retirar y mis abogados ya están redactando los papeles de la separación, hoy hablaré con ella. Cuando retire al nene de casa de Pam lo llevaré a tu casa y después pasaré a buscarlo.

—No hay problema, quizás vaya también ella porque Mayda irá a cocinar. Hacen un arroz con pollo para chuparte los dedos, ¿por qué no te quedas y cenamos los cinco?

—Me encantaría, veremos cómo resulta la conversación que tendré con Sandra —dijo Lucio. Aunque no lo demostrará estuvo nervioso por tener que enfrentarse a la madre de su hijo, sabía perfectamente que no sería fácil alejarla de sus vidas, pero tenía que hacerlo. Llamó a su chica tres veces para saber cómo estaba su hijo y escuchar su voz.

—¿Todo bien?

—Sí estamos jugando, deja de joder y ponte a trabajar —respondió ella.

—Dime que me amas —exigió él.

—¡Claro que te amo! Más de lo que tú me amas a mí —contestó haciéndole reír.

—Pronto estaremos juntos para siempre, te quedarás en casa a cuidar a Thiago y esperarme con ese arroz con pollo, que según Damián cocinas de maravilla.

—Ya me contó Mayda que vas a ir.

—No sé amor, veremos cómo va la conversación con Sandra, no quiero arruinarte la noche.

—Me la arrumarías si no vienes. Yo llevo el nene a casa de Damián y tú vas directo.

—¿Cómo negarse a un pedido tuyo? Quedamos así.

La cabeza de Lucio era un bombo, luego de hablar con su mujer se prometió que se dirigiría a la antigua casa de sus hermanos para retirar los documentos que el padre le había dicho. Él intuía quien era el segundo hombre involucrado en el asesinato, y esperaba que esos documentos dieran claridad para hacerlo pagar por su muerte. Intentaría que sus hermanos también se hicieran cargo de la situación. Apoyó su cuerpo en la ventana de su despacho, recordando lo que había quedado grabado en su retina, el asesinato del hombre que decía odiar y después de su muerte comprobó, que solo necesitaba que le hubiera dedicado más horas de su tiempo, verlo sentado a la mesa en una fiesta o estar cuando se graduó con honores. «Papá te amo. ¡Siempre lo he hecho!» Susurró limpiándose una lágrima que sin permiso se deslizaba por su mejilla.

CAPÍTULO 12



A partir de ese día Manu se mantuvo a la defensiva, con respecto a su mujer y con las letras que habían descubierto en su computadora en una página en blanco. Por todos los medios trataban de averiguar qué significaban, él se volvía cada día más loco ante la situación. Una mañana llegó al banco con el rostro contrariado, pues otra vez había soñado con el padre que lo observaba con lágrimas en los ojos. Cuando llegó su hijo, ya estaba ordenando papeles con solo observarlo entrar comprobó que tampoco tenía un buen día. Manu se acercó para darle un beso en la frente y Joaquín lo miró.

—¿Una mala noche o te sientes mal?

—Nada hijo —dijo reclinándose en su sillón, pero se arrepintió—. ¿Sabes que a veces sueño con el abuelo? Resulta que anoche otra vez, hijo estoy seguro que al abuelo lo han matado, sin embargo, no sé cómo demostrarlo y eso me está matando, y luego este hijo de puta que nos deja esas letras, ¿qué mierda quiere decir? —le contó parándose frente a su hijo para seguir hablando, en ese instante hubo un nuevo corte de luz.

—¡Otra vez! ¿Qué mierda pasa! —gritó Manu, al mismo tiempo que entraban Bruno con Davy.

—Se armó lio abajo, vamos —dijo Bruno mirando al hermano.

—¿Qué pasó? ¡Llamen a seguridad para que les pago, Dios! —Manu estaba muy enojado, el brasileño lo tomó del brazo antes que pudiera salir.

—Cálmate es solo una discusión, ya se arreglarán los críos, ¿qué te pasa? ¡Estás como loco!

—¿Te parece que no lo debo estar? —bramó y volvió la luz. Manu encendió la computadora y se quedó con la boca abierta al comprobar que su pantalla se encontraba completamente en blanco, Joaquín entró corriendo y Manu y Davy lo miraron.

—Otra vez hay un fallo en el sistema, las computadoras de abajo quedaron en blanco —pronunció al mismo tiempo que Manu puteaba en todos los idiomas posibles.

—¡Llama a los técnicos, ya! —vociferó Davy pasándose las manos por el pelo enojado. A los diez minutos mientras trataban de arreglar el problema, este se solucionó solo como por arte magia, todos miraron a Manu que estaba lleno de ira.

—¿Qué? ¿Qué mierda me miran? —exclamó y observó que todos miraban su computadora, las mismas letras aparecían grandes y titilantes ante su vista, pero esta vez unas palabras las seguían: “*Busca al asesino de tu padre. LF*”

Manu levantó la mano y los técnicos salieron espantados del lugar, sabían que enojado era de temer. Davy, Bruno y Joaquín se quedaron petrificados, sus ojos no podían dejar de leer lo que tenían enfrente, Manu levantó las manos al cielo y se tapó la cara.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —comenzó a gritar sin que los otros pudieran reaccionar— ¡Cuando sepa quien fue, lo despedazaré con mis propias manos!

¡Hijo de mil putas lo mataron! ¡Papá dame una señal, por favor! —clamó mirando al cielo, sentándose en su gran sillón con el rostro cubierto de lágrimas, Joaquín se acercó y lo abrazó.

—¡Vamos por favor no te pongas así, escúchame! —le pidió arrodillándose a su lado— Si es verdad lo descubriremos, te lo prometo. Primero buscaremos al idiota que deja los mensajes pues algo sabe —dijo y Manu lo miró.

—Será difícil —respondió Bruno—, este es un hacker de los buenos. No sé por qué nos deja un mensaje, pero te aseguro que no se dará a conocer. Él debe saber, cómo dijo Joaquín, quizás apreciaba al abuelo o eran amigos. Nosotros también queremos descubrir la verdad, pero debemos tener cuidado, no sabemos quién mierda es, ¿y si solo busca dinero? —afirmó Bruno confundido.

—Tenemos que buscar a alguien que sepa más de informática, estos que tenemos no saben nada —dijo Manu.

—Papá tenemos a los mejores, lo que sucede es que este está demostrando su poderío, Burlará nuestro sistema de seguridad las veces que quiera —aseguró Joaquín.

—¿Qué hacemos? Esta situación me agobia de tal manera que terminaré enloqueciendo.

—¿Y si le dejamos un mensaje? —acotó Bruno.

—No creo que, de resultado, pero podemos probar —comentó Joaquín que en unos segundos Joaquín dejó un mensaje: “¿Quién eres? ¡Quiero pruebas!”

Esa tarde Manu estaba tan loco que quiso que Bruno y Joaquín se fueran antes a sus casas, no deseaba que lo vieran con semejante cara de culo, se quedó con Davy ordenando y firmando papeles, habían cancelado todas las

citas de ese día pues no tenían ánimos de hablar con nadie. Mientras tomaban café en silencio, la puerta del despacho se abrió, los dos giraron la cabeza encontrándose con la nueva contadora que hacía días trabajaba en el banco, la muy atrevida ni había golpeado y los dos sabían que se comía con los ojos a Manu, Davy sonrió ante la reacción de él.

—Decime una cosa, ¿no te han enseñado que tienes que golpear antes de entrar? —preguntó observándola de mal modo.

—Perdón, es que quiero mostrarte unos papeles que llamaron mi atención —respondió melosa. Él se acomodó en su sillón haciéndole seña que se acercara, pero ella en vez demostrarlo frente al escritorio dio la vuelta agachándose a centímetros de su cara, el brasileño la miró.

—¿Ves esto? —comentó señalando una cifra con un bolígrafo— En esta cuenta se retiraron dos millones —el miró dos veces la firma—, y acá la firma no es la misma —añadió. Davy se acercó a comprobar lo que esa mujer decía.

—¿Quién pagó esto? —inquirió inclinándose. Comprobaron que era la cuenta de Miriam y los dos se miraron. Despidieron a la cajera, y llamaron a la amiga de Sofía.

—Hola Manu ¿pasa algo? —dijo sorprendida.

—Nada, escucha ¿vos retiraste dos millones de tu cuenta del banco?

—¡No! Ni loca, ¿por qué haría algo así? —indagó y supieron que había sido el marido— ¿Pasa algo con mi dinero? ¡Manu, responde! —pidió alterada.

—No pasa nada, tranquila a la noche te explico todo —contestó él cortando la comunicación. Había llegado el momento de contarle toda la verdad, aunque ella ya se lo temía, pues hacía tiempo que no recibía noticias del marido. Manu mirando a Davy exclamó—: ¡Dios mío, él estuvo acá debajo de nuestras narices extrayendo dinero y nosotros buscándolo por

Brasil! ¡Que imbéciles que somos! No tiene dinero —aseguró.

—¿Y el dinero que robo dónde está? ¿Lo tiene guardado en su casa? Sería el lugar donde nadie iría a buscar por obvio, ¿no te parece? —aportó Davy. Manu lo miró— Es posible que Miriam lo sepa, pero... —continuó el brasileño.

—No necesariamente, ella no creo que sepa nada. ¡Nunca nos traicionaría! Cuando llegemos hablaremos con ella, es hora de que sepa la verdad de este desgraciado —aseveró Manu.

—Mía dijo que tenía cuentas en el extranjero... —siguió Davy.

—¡Quizás no se anima ir hasta allá! Se nota que le fue más fácil retirar el dinero a nuestro banco que trasladarse —comentó Manu.

Antes de retirarse del banco revisaron las cámaras de seguridad y aunque se veía a un hombre retirar el dinero en un portafolio, no se distinguía su cara. El gallego pegó un puñetazo sobre el escritorio enfurecido.

—¡Quiero que también echen al tesorero, por no avisarme que retiraban semejante cantidad de dinero! —sentenció Manu. Cuando iban camino a su casa, Davy le pidió pasar a ver a sus nietas, justo cuando iban a parar en la puerta, observaron que Bruno guardaba el auto en el garaje, los dos miraron y sin detener la marcha observaron cómo Candy y él se abrazaban, los dos se sonrieron moviendo sus cabezas.

—Dios mío estos dos son dos locos de atar, te juego que esta noche se queda a dormir con ella y las hijas —aseguró Davy, Manu lo miró de reojo.

—Tiene a quien salir, ¿no? —apuntilló Manu y los dos largaron una carcajada y al segundo callaron, cada cual recordando los malos momentos que le hicieron pasar a su mujer— Mira que nos ha aguantado Sofí, qué haría si la perdiera moriría —dijo Manu poniéndose serio y el brasileño tragó saliva.

—¿Por qué la perderíamos? ¡Ella jamás nos dejaría! No pienses en eso

—exclamó Davy.

—Recuerda como le llamo la atención ese pendejo, que vieron. Ella aún es joven y muy apetecible, con ese culo... —aseguró Manu y ambos sonrieron.

—Trataremos que no salga sola y listo —afirmó Davy que ya se encontraba nervioso.

—Tiene que salir —se rio el gallego—. Sé que ella siempre nos fue fiel, aunque en los pendejos no creo —comentó Manu mirando de reojo al brasileño que no respondía—. Todo estará bien ya verás —pronunció tranquilizándolo.

Cuando llegaron Marisa y Sofía tomaban mate en los taburetes de la cocina, mientras que Frank recién había llegado de la empresa de publicidad, los dos entraron se sacaron los sacos dejándolos en los sillones del living, y se dirigieron donde ellos se encontraban.

—Hola mis vidas, ¿cómo les fue? —Sofía parándose lo besó en los labios acariciándoles las mejillas, y ellos la miraron haciéndole saber que la amaban. Se sentaron mientras ella le sirvió café a Davy, sabiendo que el gallego tomaba mate y todos devoraron una masita que Marisa había traído.

—Qué cara hermano, ¿pasó algo? —preguntó Frank.

—Otra vez ese hijo de puta nos dejó sin luz y lo más triste es que dejó un mensaje.

—¿Qué decía?

—“Busca al asesino de tu padre. LF”. Nada más —le explicó Manu y todos se miraron.

—¿Quién mierda es? ¿Cómo puede ser que no podamos descubrirlo?

—Según Joaquín debe ser un hacker muy bueno, pero no entiendo por qué está interesado en saber la verdad —expresó Manu, después se volvió a Marisa para pedirle que llamara a Miriam, y les contó que creían que había

estado en el banco retirando dinero el día anterior.

Al rato apareció Miriam, que después de contarle todo lo acontecido, se abrazó a Sofí que lloraba con ella. Todos la observaban con lástima.

—Yo si quieres me iré a mi país —expresó mirando a Manu que tomaba mate—, no soy como él, siempre amé a esta familia y me juego todo lo que tengo por ustedes —añadió. Manu le acarició el pelo sin dejar de observarla.

—Tú te quedas donde estás, esta es tu casa y no quiero escuchar nunca más esas palabras, nosotros también te amamos vos sos y serás de la familia. Tu hija nos dio nietos hermosos, vamos sécate esas lagrimas que él no las vale, él es un mal parido. Cuando caiga en nuestras manos se arrepentirá de haber nacido, eso te lo juro —afirmó Manu. Miriam le agradeció y cuando se estaba marchando se dio vuelta.

—Sabes que siempre le he sido fiel a ese desgraciado, pero ahora tienen que saber algo —todos la miraron—. Hay un bolso que él guardó la última vez que estuvo y me hizo prometer no decir nada, yo pensé que eran documentos. Tiene candado, tienen que verlo —dijo y todos la acompañaron. Cuando lo vieron tapados tras unas cuantas bolsas, el gallego presintió algo turbio, rompieron el candado y al abrirlo lo que encontraron en su interior los dejó mudos.

—¡La madre que me parió! —exclamó Davy tomando en sus manos varios fajos de billetes de cien dólares.

—¿Cuánto hace que ese desgraciado guardó esto? —interrogó Manu a Miriam.

—Hace meses —respondió limpiándose la nariz, Sofía que la abrazaba no lo podía creer.

—¿Cuánto nos robó? Además de las cuentas en el extranjero, lo de ayer, también esto... ¡Lo voy a matar! —sentenció Manu. Los ojos de Frank

no daban crédito, hundió las manos en el bolso y sintiendo entre sus dedos unas carpetas las extrajo, Manu se las sacó, ahí estaban todas las pruebas del tiempo que él llevaba robándoles. Todo estaba muy bien planificado, el gallego se sentía burlado y lastimado, sin hablar tomó la carpeta dirigiéndose a su casa. Frank y Davy tomaron el bolso siguiéndolo.

Manu no podía levantar la vista de la carpeta sentado en los taburetes de la cocina, estudiando los papeles una y otra vez. Había algo que escondía y él quería saber qué era. Algo se le escapaba, pues había un mapa que no lograba ubicar. Al otro día al llegar a su oficina ya Joaquín había acomodado todo, se saludaron y el hijo observó que en una de sus manos llevaba una carpeta que depositó en el escritorio y sacándose el saco se sentó a estudiar ese mapa, que lo está desquiciando. Joaquín y el hermano ya se habían enterado de lo del dinero, pues Frank los había informado, Joaquín antes de retirarse se arrimó y miró el mapa.

—No puedo deducir donde quedan estas calles —expresó Manu.

—Si no me equivoco, son antes de entrar en la isla —comentó. Manu lo miró sin entender.

—¿La isla del abuelo? —Joaquín asintió con su cabeza— No, no puede ser, las conozco todas. Pasamos años en la isla con Davy de jóvenes —alegó y vio una sonrisa en los labios de su hijo—. ¿De qué te ríes? Tu padre alguna vez fue joven —confesó serio.

—Estas calles son fuera de la isla, mucho antes de llegar. ¿Recuerdas cuando fuimos con mi hermano y la compramos? —Manu asintió con la cabeza— Ya les habían cambiado el nombre —aseguró. Manu se quedó pensativo y al segundo le ordenó.

—Busca los papeles del accidente del abuelo. Están en esa caja fuerte chica —dijo señalando con su dedo tras un cuadro. El hijo obedeció sacando una carpeta y depositándola sobre su escritorio. Luego de estudiar los

documentos comprobaron que las calles eran las mismas, donde según decían se produjo el accidente de su padre, Joaquín se tapó la cara con una mano y a Manu se le nubló la vista, en ese momento entraron Bruno y Davy.

—¿Qué mierda pasa? —Manu les mostró a Davy y Bruno, que no entendían nada, hasta que de pronto todo se aclaró en sus mentes.

—¿Esto quiere decir que él tuvo algo que ver con la muerte del abuelo? ¡Por Dios lo voy a buscar y pagará por ello! —gritaba Bruno encolerizado de ira.

—¡Aún no puedo creerlo, juro que lo quería como a un hermano! ¡Como pudo hacer algo así! —Manu se encontraba perturbado, puteando en todos los idiomas posibles, de pronto dijo— Él no está solo.

—¿Qué decís? ¿Tú crees que hay más gente involucrada? —Davy ya no entendía nada.

—Por supuesto, él no es tan inteligente, quiero que estén todos atentos. Ojalá ese hijo de puta que nos manda mensajes se hiciera ver o respondiera —afirmó el gallego.

CAPÍTULO 13



Enfrentarla a Sandra no era tarea sencilla, iba pensando Lucio al llegar a su casa. Estacionó el auto, bajó suspirando y pensando porqué en su vida siempre le costaba tanto todo, entró despacio y lo recibió la empleada doméstica.

—La señora lo espera dijo que vaya a su habitación —expresó la mujer. Lucio achinó sus ojos, pues conociéndola no entraría en su cuarto.

—Dile que la espero en la cocina y que venga ya, porque tengo que volver a salir, luego puedes irte, gracias —pronuncio pagándole. Mientras se servía un vaso de agua, Sandra entró tan despacio que no la escuchó, se puso detrás de él cubriendo su cintura. Él se deshizo de su brazo alejándose de ella, observándola—. ¿Qué es lo que quieres? ¡Tenemos que hablar! Siéntate, habla tu primero luego lo haré yo —decretó. Ella se sentó cruzando sus piernas como siempre, provocándolo.

—¿Te quieres separar? ¿Es por esa chiquilla que no vale nada? —le espetó.

—¿Y tú vales? Que yo sepa dejaste tirado a un crio de un año, ¿te crees

mejor que ella? —inquirió Lucio con ironía. Sandra se paró a enfrentarlo, pero la ira en el rostro de él la hizo retroceder, jamás lo había visto tan enojado.

—Quiero decirte que me quiero separar y presiento que tú quieres lo mismo. Me voy a ir, pero con mi hijo —anunció. Lucio largó una carcajada tan ruidosa que ella se asustó.

—Vos te vas sola, ya te lo dije. ¡No te llevaras nada! —afirmó señalándola con su dedo índice—. Ya llega mi abogado, firmarás los papeles y si vuelves a nuestra vida, juro por Dios que te arrepentirás, ¿escuchaste? —bramó haciéndola temblar.

—¡Pero no tengo donde, ir! —Sandra estaba llorando.

—No llores porque tus lágrimas ya no me conmueven. Te daré dinero para un hotel para esta noche y te compré un departamento en la otra punta del país, te quiero a miles de kilómetros de nosotros. ¿Te quedo claro o te lo repito nuevamente?

El abogado llegó y se firmaron los papeles, ella cedió sus derechos del hijo, recibió dinero del que por supuesto firmó constancia y él le entregó las llaves de un departamento que había comprado muy lejos de ellos.

—¡Quiero que te vayas y no vuelvas a molestarnos, nunca más! —sentenció Lucio. Ella tomó su cartera y solo con un bolso de mano se retiró con la cabeza baja y derrotada, reconociendo que había perdido todo, aun así, antes de salir se dio vuelta y lo miró con su mejor sonrisa irónica.

—Me voy Lucio, tranquilo hiciste bien, yo guardo todos los papeles —anunció el abogado retirándose y saludándolo con un apretón de manos.

Aunque Pam lo esperaba con su hijo para cenar, él se sentía eufórico por la partida de la madre de su hijo y angustiado por la muerte de su padre, y sin pensarlo más llamó a Damián.

—Hola, ¿dónde estás? ¿Todo bien? ¿Qué pasó con Sandra? —le

interrogó Damián.

—Todo bien, aunque no lo puedas creer se fue sin más.

—Bueno tu madre desde el cielo te ha ayudado —acotó el primo y Lucio sonrió al recordarla.

—Escucha voy a hacer lo que ya sabes —comentó Lucio. Damián se alejó de las chicas que reían con Thiago—. Quiero que te quedes con las niñas, empiecen a cenar quizás tarde unas horas, dile a Pam que tengo una reunión de trabajo, ¿sí?

—Estás loco no puedes ir solo. ¡Si ellos te encuentran te matan!

—No voy solo, voy con dos hombres más, ¡No soy estúpido! Tú cuida de Thiago y de Pam.

—Apenas termines llámame —suspiró Damián—. Cuídate por favor, tu hijo te espera.

Lucio no sabía con lo que se iba a encontrar, luego de guardar unas armas en un bolso, pasó a buscar a sus dos acompañantes y se dirigió donde su padre le había dicho. La noche se encontraba sin luna, unas cuadas antes de llegar tocando unas teclas de su computadora portátil cortó la luz de dos cuadas a la redonda, se bajaron una cuadra antes y a paso ligero se detuvieron ante la puerta de entrada, en un segundo cortó el sistema de la alarma y sin más inconveniente entraron.

—No quiero que toquen absolutamente nada, ¿escucharon? —ordenó a sus hombres. Ya había estudiado toda la propiedad sabiendo muy bien donde debía dirigirse.

Sus acompañaste quisieron seguirlo al dormitorio, pero él se lo impidió ordenándoles que se quedaran parados en la puerta. Alumbró con su linterna recorriendo todo el espacio, observando cada mínimo detalle de ese amplio dormitorio, la gran cama estaba perfectamente acomodada. Sobre un mueble antiguo vio la foto de su padre sonriente con sus tres hijos varones abrazados

en lo que parecía una fiesta. Se lamentó por no estar con ellos y la congoja y la ira por segundos dominó todo su ser. Tragó saliva enfocándose en lo que había ido a buscar. Abrió la tapa del sótano y entró con un nudo en la garganta, vio un escritorio y justo ahí donde su padre había indicado se encontraba la caja, la abrió encontrando lo que buscaba. Antes de salir sacó de su bolsillo una tarjeta blanca con las letras “**LF**”, los hombres que lo acompañaban lo miraron, y la acomodó sobre un retrato en una mesa ratona al lado de unos grandes y esplendidos sillones. Cerró la puerta y sonriéndose activó la alarma alejándose del lugar. Al llegar al auto, desde la computadora hizo que volviera la luz, hecho esto se dirigió a casa de Damián que lo esperaba bastante nervioso. Al verlo suspiró y se relajó.

—¿Todo bien? —preguntó Damián observándolo.

—Todo bien el negocio se hizo —pronunció y seguido abrazó a Panamá— ¿Me extrañaste, nena? —le preguntó besando con suavidad sus labios.

—Sí, el nene cenó y se durmió preguntando por ti —dijo ella acariciándole el rostro.

—Se me hizo tarde, amor —declaró y agachándose a su altura le susurró al oído—. Ya se fue, somos libres vos, mi hijo y yo empezaremos una nueva vida —le anunció. Ambos se perdieron en un abrazo que los encendió por momentos. Lucio pasó las yemas de los dedos por la espalda de Pam provocándola, y ella bajó su mano hacia su bulto, haciéndolo estremecer. Justo en ese momento los llamaron Damián y Mayda a cenar. Sonrieron y abrazados llegaron al comedor donde la rica cena les esperaba, aunque los dos querían terminar rápido, pues en sus miradas había promesas de una noche de amor sin límites. Como era tarde se quedaron a dormir en casa de Damián por no despertar a Thiago, y ahí consumaron su amor durante largo rato. Al otro día Lucio se levantó temprano, se vistió y acercándose a la cama

tapó con la manta a Pam que dormía plácidamente, fue a la habitación donde se encontraba el hijo, lo alzó mientras besaba su cabeza y lo acostó al lado de la mujer que amaba. Luego se dirigió a la cocina encontrando a Damián preparando café, los dos se miraron y se sonrieron.

—Ahora cuéntame lo de anoche, no sabes lo nervioso que estaba — pidió Damián.

—Todo bien fue algo rápido —caminó hasta el living volviendo con una carpeta en la mano—. Acá esta todo —afirmó. Damián dejó las dos tazas de café sobre la mesa y la tomó observándola con suma atención. Mientras leía atentamente preguntó.

—¿No tuviste problema con la alarma? —Lucio largó una carcajada.

—¿Con quién crees que hablas? —respondió con arrogancia.

—No te confíes, ellos son astutos, no lo olvides.

—Lo sé, tranquilo, pero... —Damián dejó la carpeta sobre la mesa observando cómo sonreía— Solo dejé una tarjeta, sé que se está volviendo loco y una parte de mí quiere que sufra —alegó. Damián no salía de su asombro, pues, aunque sabía de los sentimientos de Lucio, no podía comprender por qué la había tomado con el hermano.

—Escúchame —expresó—, él no tiene culpa de nada, tu padre sí. ¿Por qué no te presentas y los enfrentas? Ahí tienes tu apellido está plasmado en ese documento, no le des más vueltas y vive. Tienes a Pam y a tu hijo. ¿qué más quieres? —Lucio se hizo una colita en su largo pelo y tomó el último sorbo de su café.

—A mi padre lo mataron y si ellos no tienen los testículos necesarios para hallar al culpable, yo lo haré, pero él no es tan vivo como mi padre decía. Cuando me canse de volverlo loco me presentaré, mientras tanto seguiré jugando con ellos —sentenció. Damián lo miró mal.

—¡Estas tirando la cola al gato, no lo provoques! Te puedes llevar una

sorpresa, no subestimes a tu enemigo, aunque realmente no creo que lo sea, ni te conoce, déjalos de molestar, por lo que averiguamos ellos no le tienen miedo a nada.

—Yo tampoco les temo, ellos tienen la fuerza bruta y yo tengo toda la tecnología de mi lado. Veremos quién gana la batalla —comentó. Damián noto que la envidia hablaba por él, sabía que decirlo lo haría enojar y prefirió callar.

—¿Qué harás? Pues noto, que no solo la venganza por la muerte de tu padre te hace actuar —declaró. Lucio sonrió acariciando con la yema de sus dedos el borde de la taza.

—Estoy vigilando a su mujer —los dos se miraron—. No me mires así, solo comprobaré hasta qué punto ama a su marido. Es una hermosa mujer, no sabes el cuerpo que tiene y una cara que ni te cuento —comentó. Damián lo miró aterrado.

— Te has vuelto completamente loco. Si te metes con su mujer te mataran, ¡no jodas! ¿Qué quieres demostrar? Creo que esto se te está yendo de las manos, ¿por qué no te concentras en buscar al asesino y nada más? —concluyó Damián. Lucio se paró estirando sus brazos al cielo, para cambiar la conversación. Cuando ellos se estaban por ir a la oficina, Pam se levantó apurada en short y remera, entró corriendo en la cocina soplándose el flequillo encontrando a Lucio poniéndose el saco. Se miraron, él se acercó lentamente a ella, con una mano la tomó de la cintura pegándola a su cuerpo y con la otra tomó su nuca e inclinándose la besó apasionadamente. Luego se retiró observándola.

—No quiero que vayas a trabajar, el nene tampoco irá al jardín. Espérame acá que arreglo unos asuntos en la oficina y los paso a buscar para irnos a mi casa. Dile a Mayda que vaya mañana a la oficina —dijo y ella lo miraba embobada—. ¿Te pasa algo? ¿Te sentís bien? —preguntó Lucio.

—Estoy bien, solo que no puedo creer que estemos juntos —alegó. Él acarició con sus dedos su mejilla, regalándole una dulce sonrisa.

—Ya lo ves, nena. Vendrás a vivir a mi casa, cuidarás de mi hijo y de mí, ¿quieres? ¡Y yo cuidaré de ti, siempre! —Ella apoyó las manos en su pecho, sin dejar de mirarlo.

—Por supuesto cuenta con ello, ¿no te aburrirás de mí? —inquirió.

—Te amo, ¿aún no te distes cuenta? —pronunció Lucio.

—Yo también te amo, cara de culo —adujo ella mordiéndole el labio.

—Prepárate porque esta noche no dormiremos, mañana es sábado y no voy a trabajar, así que te haré el amor toda la noche —comentó apoyando sus labios sobre su cuello mordiéndolo suavemente—. Me tienes muy caliente nena, no te imaginas cuanto —dijo agarrando la mano de ella y depositándola sobre su bulto que palpitaba desbocado.

Al final se despidió de Pam y de Thiago, para irse con Damián a la oficina. Cuando llegaron tenían que recibir a unos empresarios que necesitaban sus servicios unos días antes.

—¿Quién es? —le preguntó Lucio a Damián.

—Espera que busco su nombre, yo ni lo mire pues una de las chicas tomó nota de la cita —alegó mientras buscaba en una carpeta, Lucio que tomaba café observando a los empleados casi se ahoga, Bruno Falcao estaba a metros de su despacho hablando con una de sus empleadas, el amigo lo miró siguiendo su mirada.

—¿Lo conoces? —Lucio asintió con la cabeza.

—¡Es mi sobrino! El hijo de Davy, el brasileño, y por lo visto se parece mucho a mí.

—¡Ay mi Dios! ¿No estás nervioso? Yo estoy temblando.

—Hazlo pasar —le ordenó, mientras se arreglaba el saco—. Atiéndelo tú, yo estaré en la habitación de al lado escuchando —afirmó. Damián salió

en busca de Bruno, que pasó rápidamente y se presentó con un apretón de manos.

—Bueno, usted me dirá qué necesita —inquirió Damián con temor.

—Primero tutéame, que no somos viejos —pidió Bruno sonriéndole—. Hay un hombre o mujer, no sabemos aún, que nos deja mensajes en la computadora necesitamos sus servicios para descubrirlo —le explicó Bruno. Lucio permanecía atento a la conversación.

—Tendría que ir a su empresa y ver yo mismo, aunque le advierto que si el trabajo se hace sale... —Bruno no lo dejó terminar de hablar.

—Por el dinero no hay problema, nosotros tenemos a los mejores técnicos, sin embargo, no han podido con este desgraciado —afirmó y Lucio susurró «El mejor soy yo». Luego de concretar una cita para esa misma tarde, Bruno se fue contento sin saber que estaba invitando a su adversario a su casa. Lucio con rapidez fue al encuentro de Damián.

—Quiero que te pongas este dispositivo —pidió Lucio poniendo un chip en su corbata y observando cómo Damián se encontraba aterrado —. ¿Tienes miedo? —preguntó.

—¡Sí! —replicó y Lucio largó una carcajada.

—No seas tonto, ni se darán cuenta. Creo que el banquero se está volviendo grande, jaja —rio con ganas.

—No te confíes, ¿por qué no vas vos? —Damián les temía a los Falcao.

—No, vas tú, aún no quiero que me vean, solo es revisar la computadora de él. ¿Entendiste? Cuando no se den cuenta pondrás este chip dentro del teclado —le ordenó. Damián abrió grandes sus ojos.

—¡Ni loco! ¡Creo que no saldré con vida de ese banco, por favor ve tú! Ya lo has hecho otras veces —replicó pasándose la mano por el pelo.

—No seas cagón, debes ir tú y no se hable más. Ahora prepárate, haz todo lo que sabes, espera que te paguen y luego me llamas —añadió. Lucio

observó que Damián realmente estaba asustado, por lo que se acercó. Vamos hermano, ¿no me dejaras solo en esta no? —dijo apoyando la mano en su hombro, Damián asintió.

Antes de la hora, Damián se fue sin muchas ganas y encomendándose a Dios, sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo, pero no podía fallarle a su primo. Todos lo esperaban en la oficina, mientras Joaquín servía unos cafés la secretaria avisó que se encontraba en la puerta, Bruno y Davy estaban sentados en el sillón.

—Hágalo pasar, espero que este sepa más. ¡La madre que los pario! —puteó el gallego enojado parándose, Damián entró lentamente y totalmente atemorizado. Al ver parado a Manu, la piel se le erizó y maldijo el momento que aceptó ir a verlos. Davy también se paró y detrás los hijos. Damián trataba por todos los medios de estar tranquilo, pero lo veía imposible. Todos ellos lo intimidaban, solo con sus miradas.

—Soy el técnico, buenas tardes —saludó con un apretón de manos y el corazón apretado en un puño. Los ojos de Davy lo escaneaban de arriba abajo.

—Mira acá tengo un grave problema —expresó Manu sin muchas vueltas—. Entró un hijo de puta y desde donde esté, maneja la computadora a su antojo. El día que lo agarre lo muelo a trompadas —afirmó y Damián tragó saliva maldiciendo. Lucio le había puesto un mini audífono en su oído y moría de risa sabiendo, que el amigo estaba muriendo de miedo.

—Tranquilo es un imbécil. Haz lo que te dije —le ordenó Lucio a Damián. Este depositó sus herramientas sobre una silla, mientras todos le observaban. Se sentó en la computadora de Manu sudando—. Vas bien, tranquilo —seguía susurrando Lucio a su oído.

—¡Basta! —gritó sin poder contener la tensión. Todos lo miraron y él creyó morir—. No pasa nada, solo que esto me está poniendo nervioso —dijo

secándose la transpiración de la frente con un pañuelo. Davy se alejó mirándolo mal y Manu achinó sus ojos.

—¿Está hablando solo? —preguntó a Davy— Mato a Bruno, ¿a quién mierda nos trajo?

—Este está peor de lo que yo estaba —decía el brasileño tapándose la boca tratando de ocultar la risa, los hijos se empezaron a reír y Manu los mandó afuera con solo una mirada.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Le encuentras la vuelta? ¡Si no es así te pago y te vas porque no puedo perder más tiempo! —lo amenazó Manu sin dejar de observarlo.

—No encontré nada, el que los molesta sabe muy bien hacerlo sin que lo descubran —acotó guardando todo lo que había traído, ante la ira reflejada en el rostro del gallego. En un segundo la luz se cortó, Manu y Davy empezaron a las puteadas dándole tiempo a Damián para plantar el chip sin ser descubierto. La luz vino enseguida y Manu pagándole lo despidió. Damián se marchó sintiendo como le caían las gotas de transpiración por su espalda. Apenas salir Lucio le habló.

—Sácate el audífono y tíralo ya, seguramente te revisaran, apúrate —le instó. Damián se lo sacó, lo pisó y caminó rápido a la salida, donde la seguridad lo paró.

—¿Qué pasa? Vine a revisar una computadora —protestó a dos hombres que lo miraban con desconfianza.

—Tenemos orden de revisarlo, venga por acá por favor —expresaron invitándolo a entrar en una habitación.

Damián dejó las herramientas en el piso, lo obligaron a sacarse el saco y la camisa, cuando se tocó la traba de la corbata se dio por muerto, pero los hombres no le dieron importancia, al ver que no tenía nada uno de ellos le miro los oídos y él respiró aliviado.

—Perdón, puede retirarse está todo bien —adujo uno de ellos y de largas zancadas se retiró sin mirar atrás, cuando salió se subió al auto llamó desesperado a Lucio.

—¡Sos un desgraciado, hijo de puta! Casi muero del corazón, nunca más me mandes, si se enteran no salgo vivo. ¡No sabes lo que son esos hombres, por Dios! —gritó. A Lucio le agarró un ataque de risa imaginando su cara.

—No pasó nada. Ahora con el chip que pusiste, lo contralaré mejor, porque lo has puesto, ¿no? —preguntó.

—¡Sí! ¿Vos quieres morir? ¡Déjate de joder amigo con esa gente no se juega! —exclamó.

En su oficina Manu esperaba la llamada de sus hombres de seguridad.

—Señor todo bien, no tenía nada —le comunicaron.

—¿Se fijaron en los oídos? —inquirió.

—Sí, no había nada estaba limpio y lo dejamos ir.

—Está bien gracias —respondió cortando la comunicación.

—Ese hombre está medio loco y tú estás paranoico. Vámonos que estoy cansado, pasemos a comprar la cena que Sofí hoy no quiere cocinar —adujo el brasileño poniéndose el saco.

—¿Cómo puede ser que nadie sepa qué pasa? Ya no sé qué mierda pensar —acotó Manu con el saco puesto y saliendo de la oficina con Davy, que estaba llamando a Sofía.

—Argentina, ¿qué haces? Ya salimos para casa —dijo—. ¿Dónde estás?

—Si sabes que no estoy en casa, ¿para qué mierda preguntas brasileño? —Él sonrió, Sofía era consciente que con un programa ellos sabían dónde se encontraba. Manu tomó el celular de la mano de Davy y le habló.

—Argentina, ¿no sabes que tu marido quiere encontrarte en casa

cuando llega? —acotó al tiempo que unas empleadas pasaban saludándolos provocativamente. Los dos sonrieron y Davy susurró: “Madre de Dios como están las niñas”. Manu sonrió ante su ocurrencia, pero Sofía también había escuchado el comentario y quiso pagarles con la misma moneda.

—Mira Marisa que pendejo más bello —murmuró.

—Nena te conozco. Lo dices porque escuchaste, jaja —se rio el gallego.

—Ustedes miren Falcao, que no saben lo que estos ojitos están apreciando —replicó.

—¡Basta de jodas ven a casa, vamos! —le ordenó entrando al auto y poniéndolo en marcha.

—No puedo tengo turno en la peluquería.

—Sofía ¿a esta hora? ¿Por qué no fuiste antes? —demandó y Davy largó una carcajada —¿Vos de qué te ríes? —averiguó enojado.

—Ya sabes que ella siempre hace lo que quiere —dijo Davy moviendo su cabeza.

—Sofía anda mañana, dale nena. Vamos a casa —rogó Manu.

—No, voy ahora no perderé el turno, pasen a comprar la cena en tres horas estoy en casa —alegó. Manu abrió la boca como un sapo.

—¿Tres horas? ¡Tú estás loca! ¡Ven a casa ya! —Ella se mató de risa.

—Vos no me mandas, ¿cuándo lo entenderás? ¡Vos no sos mi dueño gallego, no jodas! —contestó Sofía enfadándose.

—Déjala quiere mostrar el culo por ahí —comentó Davy y Sofía enojada le gritó.

—Calla tu puta boca brasileño.

—¡Basta los dos, Sofía si no vienes te iré a buscar! Es más ya pegué la vuelta —sentenció Manu girando el auto—. Espera que te encuentre —bramó y ella apagó su celular.

—No me cortes Sofíaaaa... y me cortó —pronunció mirando la pantalla—. Cómo le gusta verme enojado, le encanta tocarme las pelotas —protestó acelerando y cuando llegaron a la peluquería la camioneta de ella estaba parada en la puerta, Davy lo miró e indagó incrédulo:

—No me digas que nos quedaremos acá parados tres horas.

—Sí, acá nos quedaremos. —Los ojos del brasileño se convirtieron en dos faroles.

—¡Ni loco! Yo me voy a mi casa, llamaré a Bruno que me venga a buscar.

—Como quieras, yo la esperaré acá —adujo Manu acomodándose en su asiento, pero Sofía salió y observó el auto parado, los saludó subiéndose en su camioneta, y poniéndola en marcha se marchó. Los dos se miraron sin entender qué hacía, cuando el gallego dio la vuelta para seguirla, se dio cuenta que un coche parecía ir tras ella y el rostro de los dos se tensó.

—¿La está siguiendo? ¿Quién es? —El brasileño enseguida anotó la patente y el gallego trataba de no acercarse demasiado a ella, quería descubrir quién mierda la perseguía.

—¿Anotaste la patente? —preguntó sin perder de vista al auto que iba tras su mujer.

—Sí ya la tengo en el celular, ¿no será casualidad? —deducía Davy.

—¡No, este la está siguiendo! Estate atento que cuando corte el semáforo, nos bajamos. Tú ve por el lado izquierdo y yo por el derecho quiero sorprenderlo. Si llamamos a Sofía se pondrá nerviosa, solo tenemos unos segundos, en la cuadra que viene, ¿escuchaste? —acotó Manu observando como Davy ya se sacaba el cinto de seguridad.

Los semáforos cortaron y se bajaron lo más rápido que pudieron y cuando estaban a centímetros, su ocupante arrancó su auto rozando la camioneta de Sofía que empezó a los gritos. A las puteadas los dos corrieron

a sacarla de adentro.

—¿Estás bien? Dios, nena habla ¿estás bien? —Manu la abrazó. Sofía se tocaba la cabeza—¿Te lastimaste? Muéstrame —le pidió corriéndole el pelo de la cara, el brasileño se arrimó asustado y los dos observaban el golpe que tenía.

CAPÍTULO 14



—¿La madre que lo pario hijo de puta! Mira como tienes la frente Sofi —exclamó Davy acariciándola suavemente.

—Mi vida, ¿te asustaste? —averiguó Manu tomándola de los hombros sin dejar de mirarla.

—¿No lo vi! Yo estaba parada, ¿de dónde salió? —preguntó Sofía.

—Nena ese te estaba siguiendo, no lo viste, pero nosotros sí, vamos a casa —ordenó Manu.

—Vayan ustedes en la camioneta yo voy en el auto —dijo Davy besándola en la mejilla, el gallego le abrió la puerta y ella se sentó.

—¿Quién era? —inquirió Sofía, aún con dolor del golpe.

—No se mi vida, ¿te duele? ¿Vamos al hospital? —inquirió Manu.

—No, gallego estoy bien, me pondré hielo —aseguró. Cuando llegaron, entraron y Marisa entró por la puerta de atrás y al observarla preguntó.

—Dios mío ¿qué paso? ¿Nena, gallego qué le paso?

—Siéntala buscaré hielo —pidió el brasileño a Manu, ella se sentó y le contaron a Marisa lo que había sucedido.

—¿La habrán querido secuestrar? Por favor no empecemos como años atrás —pronunció la tía asustada, justo cuando los hijos y Frank entraban mirando el golpe que tenía Sofía. Volvieron a contar la historia y todos quedaron preocupados. Como no había nada para cenar, Marisa improvisó algo y cenaron Davy, Manu y Sofía solos en la cocina.

—Mira el moretón que te quedó —maldecía el brasileño acariciándole suavemente la mejilla.

—Ya se me pasará nene —lo tranquilizaba ella tomando su mano.

Después de cenar y limpiar lo que ensuciaron, se ducharon y cuando se alistaban a acostarse sonó un celular, Davy y Sofía ya se estaban acomodando en la cama y al verlo a Manu tomar su celular se dieron vuelta observándolo.

—Hija ¿todo bien? —preguntó.

—Sí, solo que hablé con Joaquín y me contó lo de mamá, ¿está bien? Dame con ella —pidió.

—Está bien, tranquila ahí te paso —respondió. Sofía sentándose en la cama habló con ella explicándole lo sucedido, pasado ese tiempo la hija quiso hablar de nuevo con el padre.

—¿Tu hermana bien? —averiguó Manu.

—Sí, ya está acostada. Mira no sé si es para preocuparse, pero por las dudas te lo diré —el gallego ya estaba sentado en la cama solo con bóxer con cara de inquietud—. Hace unos días sentimos ruidos en la casa, luego se cortó la luz y nos dio miedo ir a ver, te íbamos a llamar, pero al cabo de unos minutos la luz volvió y no te avisamos pues ya era muy tarde y no quisimos preocuparte —comentó. Manu se paró y empezó a dar vueltas por la habitación bajo la atenta mirada de Davy y Sofía.

—¡Mi niña debe llamarme! —le dijo.

—Al otro día, cuando llegamos de empresa de publicidad entramos y

estaba todo en orden, quizás fueron ideas nuestras, no se papi —terminó diciendo Lucia.

—Mañana cuando termine en el banco vamos para allá, y revisaremos todo. ¿La alarma no sonó? ¿Te fijaste si estaba conectada?

—Sí, todo está bien, es mejor que vengan así nos quedamos todos tranquilos —afirmó. Manu sabía que hasta que no viera cómo estaba, no quedaría tranquilo. Tuvo una noche de perros y a las cinco de la mañana ya estaba duchado y tomando café en la cocina. A las seis entró Davy recién duchado, arreglándose el nudo de la corbata. Al verlo achinó los ojos.

—¿Te caíste de la cama o no pudiste dormir? —inquirió.

—¡No, no pude pegar un puto ojo! Ve tu al banco, yo me iré directamente a nuestra antigua casa, quiero ver qué mierda paso.

—¿Vas a ir solo?

—Déjate de joder, ¿te crees que tengo miedo? —gruñó. Al poco llegaron Bruno y Frank, que entraron por la puerta de atrás. Les contaron lo sucedido y Frank se ofreció para acompañar a Manu— ¡Déjense de joder y vayan a trabajar, yo voy solo! —bramó.

—¡No! Yo te acompaño —insistió Frank y Manu para no discutir hizo caso. Cuando iban camino a la casa Frank abrió la boca para contar un chiste y el hermano lo miró serio de costado—. Está bien me callo la boca —dijo sonriendo.

Cuando llegaron, observaron toda la casa desde afuera sin ver nada extraño, abrieron con la llave, entraron, apagaron la alarma y encendieron todas las luces, todo estaba en su lugar.

«Cuántos recuerdos, mis niños han crecido aquí, cuantas peleas, cuanto amor entre estas cuatro paredes» pensó el gallego recorriendo cada ambiente. Entró en la cocina y le parecía ver a Sofía, a Ramona esa gallega que tanto amaron, a su hijo corriendo con su capa de superhéroe, a Brunito rompiendo

vidrios, las peleas de sus hijas, el día que su hija mayor se escondía tras las faldas de Sofía... Se pasó la mano por la cara y siguió recordando, mientras Frank se había metido en el baño, se dirigió a la piscina y ahí justo se detuvo en el borde, el hermano lo observaba desde atrás, sin saber qué mierda miraba.

—¿Qué miras? —preguntó y Manu se dio vuelta con los ojos nublados por las lágrimas.

—Cuantos recuerdos, mira allá —dijo señalando un rincón del jardín de invierno— era donde nos sentábamos a jugar a las cartas con papá, ¿recuerdas? ¡Cómo nos reímos! —Frank se pasó el dorso de la mano por su rostro alejando una lágrima, que sin permiso se escapaba.

—Sí hermano, cómo no acordarse de ese gran hombre. Aún no puedo creer que no esté, hay días que creo escuchar su voz y me desmorono.

El gallego encendió la luz del dormitorio, y a primera vista nada estaba fuera de lugar, los dos se detuvieron a observar la foto donde los tres estaban con su padre y otra vez se les escaparon las lágrimas. Cuando ya se estaban por retirar, el gallego se acordó del sótano, se dirigió allí y apenas se agachó descubrió que el candado no estaba.

—Acá entro alguien —pronunció Manu—. Sacaron el candado —añadió. Levantó la tapa y encendió la luz, mientras iban bajando miraron todo, no había nada desordenado.

—Mira todo bien, sabes que yo acá nunca entré —afirmó Frank.

—Está todo bien, espera mira esta caja ¿De quién es? —Los dos se acercaron, la levantaron y la apoyaron en el escritorio, la abrieron, encontrando documentación de los negocios de la isla, documentos de su padre, ninguno de los dos entendía nada— ¿Quién trajo esto acá? Mis hijos no lo hicieron pues nunca entraron, este fue papá, ¿pero cuando? —dijo Manu en voz alta. Guardaron todo como estaba y salieron pensativos,

cerraron la habitación con llave y cuando llegaron al living antes de retirarse, Frank observó una tarjeta blanca apoyada en un gran florero.

—¿Y eso? —le preguntó al hermano señalándola con el dedo. Este la tomó entre sus dedos comprobando que eran las mismas iniciales, que el desgraciado firmaba dejando mensajes en la computadora. Un escalofrió le recorrió la espalda, imaginando que hubiera entrado en su casa y tocado todo. Se pasó las manos por el pelo empezando a putear, solo pensar que un desconocido hubiera hurgado entre sus pertenencias lo llenaba de ira.

—¡Hijo de puta! ¡Entró a mi casa! ¿Quién mierda es este tipo, qué mierda quiere? ¡Si su deseo es enloquecerme, lo está logrando! —afirmó Manu.

—¿Te parece que será el mismo? ¿Qué vino a buscar? —averiguó Frank.

—No sé qué es lo que quiere, podría haberse robado de todo, aunque aparentemente no lo hizo. Esta situación se está yendo de las manos, creo que saldré a buscarlo y cuando lo encuentre no respondo de mí —aseguró Manu.

—Concentrémonos en la muerte de papá, ¿quién te dice que este desgraciado no tenga algo que ver? —comentó Frank.

—¿Y por qué me dejaría mensajes en clave? ¿Y esa firma? No, yo creo que él sabe quién lo mató y quiere que nosotros lo descubramos, pero la pregunta es por qué. ¿Cuál es su interés? —respondió. Antes de retirarse prendieron la alarma y cerraron la puerta, fueron a la casa de las hijas que quedaba al lado, y tomando café les contaron lo que habían encontrado, luego se retiraron no sin antes decirles que pondrían custodia en la casa.

Frank no se animó a abrir la boca en todo el viaje, el gallego puteaba cada dos segundos encontrándose fuera de sí. Pasó por su casa antes de ir al banco encontrándose con otro drama, apenas entrar en la cocina vio como Zoe lloraba y Sofía trataba de calmarla, Frank al ver la situación las saludó y

se retiró rápido a la empresa de publicidad.

—¿Qué pasa acá? —La voz de Manu sonó fuerte y solo ver su cara Sofía supo de su enojo. Las saludó a las dos con un beso en la mejilla, y se sentó al lado de su hija que era un mar de lágrimas y no podía hablar.

—Zoe se separó de su novio —afirmó Sofía acariciándole la cabeza a la hija—. Todo pasará mi vida, ya verás, quizás es solo una pelea de enamorados —decía Sofí.

—¿Por qué se han peleado? —inquirió.

—Hace tiempo que nos llevábamos mal, casi ni nos veíamos, él por su trabajo y yo tampoco tengo mucho tiempo, ayer vino a mi casa diciéndome que quería terminar la relación, que se va a vivir a Argentina por sus negocios —explicó Zoe. Manu recordó que cuando su relación empezó, lo había hecho investigar, pero nunca quedó muy claro a qué se dedicaba, como le había caído bien de entrada, no quiso investigar más.

—Escúchame mi niña eres joven, este dolor pasará te lo puedo asegurar, no quiero que llores, ¡vamos mira a tu padre! —pidió levantándole el mentón, observándola y secándole con la otra mano las lágrimas— Tú, mi vida nos tienes a nosotros, tienes a tus hermanos que te aman, vamos no me llores más —rogó. Ella se secó las lágrimas y luego el padre la abrazó fuerte contra su pecho besándole la cabeza, demostrándole lo mucho que la amaba. Sofí se levantó y poniendo a calentar agua para tomar unos mates, se limpió unas lágrimas. Ella también amaba a esa niña que cuando la madre la abandonó, ella se hizo cargo, nunca les había dado trabajo, siempre fue una niña excelente en los estudios y en su vida, ella y Joaquín eran su orgullo, porque jamás pedían nada y siempre se preocupaban por el padre y los hermanos.

—Llámame así vamos donde quedamos —dijo Sofí sonriéndose y Zoe le dijo que sí con un gesto de su mano, el gallego miró a su mujer frunciendo

el gesto. Mientras iban entrando ya él le preguntaba dónde irían.

—¿Dónde van a ir? Sofía te estoy hablando —gruñó. Ella sonrió sin responder dándole la espalda y levantando el mate en alto.

—¡Al gimnasio, no jodas! Vamos a ir todas.

—¿Todas? ¿A quién te refieres con todas?

—A Marisa, Miriam, Cany, Alma y yo —enumeró. Manu largó una carcajada.

—¿De qué te ríes? ¿No podemos ir al gimnasio?

—¿Por qué no hacen gimnasia en todos los aparatos que tenemos en nuestro gimnasio? ¿Para qué gasté miles de dólares si no los usan? —Sofía lo miro desafiante.

—Porque no quiero. ¿Está mal? —Manu sonrió arrogante y a centímetros de su boca susurró.

—Te castigaré con una flor de cogida. Creo que es eso lo que te mereces —comentó. Ella levantó sus brazos tomando su nuca, y apoyó los labios en los de Manu, buscando con su lengua la de él. Manu la tomó de la cintura, llevándola hacia atrás hasta apoyarla en la mesada. En segundos se sacaron la ropa y ambos se desearon como siempre al verse desnudos. Cerraron la puerta de atrás con pestillo y Manu sonrió de costado.

—¿En qué estábamos? —pregunto, mientras el color de sus ojos se volvía más oscuro y su voz más gruesa, la lujuria hizo presencia, sus cuerpos ya estaban listos para una batalla más.

—Manu, te amo. ¡Ámame! —murmuró Sofía totalmente excitada, él sonrió y pasó sus labios por todo su cuello calentándola aún más de lo que estaba.

—¡Hasta el último día, mi niña! —afirmó Manu, mientras se agarraba el pene para introducirlo en la apreciada cavidad de Sofía. Hicieron el amor despacio, sintiendo como cada músculo de sus cuerpos se tensaban, se

besaron y se lamieron hasta cansarse.

—¿Te gusta así? —inquirió Manu moviendo sus caderas con suavidad.

—¡Sí, me gusta así! ¡Me encanta! —Sofí estaba sentada sobre la mesada, mientras él paseaba sus manos por todo su cuerpo ardiente.

—Dios mío Sofí cómo me calientas. Siempre supe al conocerte, que esto sería así —decía él comiéndole la boca.

—¡Me voy gallego, no doy más! —exclamó ella, mientras el apuraba el vaivén de sus caderas llevándola como siempre al cielo. En solo unos minutos, Sofí apoyó su rostro sobre su gran pecho y sus brazos alrededor de su cuerpo. Manu depositó su rostro en el hueco de su cuello y sus ardientes labios pasearon por el mismo saboreándolo con lentitud. Se quedaron pegados, sin poder moverse, sin dejar de decirse palabras de amor, luego descansaron unos minutos y ella sentía como su miembro, aún seguía palpitando.

—Hoy tuvimos un sexo controlado y muy suave, ¿te gustó? —preguntó Manu acariciando su rostro y besándola con ternura.

—¡Siempre me gusta, te amo Manu! ¡Siempre te amaré! —Ella sabía que le encantaba escuchar esas palabras.

—Yo también mi vida, a ver te ayudo a vestirme —dijo y así lo hizo. Él se arregló la ropa, justo en el momento que llegaba el brasileño.

—¿Qué pasa acá? —preguntó mientras ellos se arreglaban el pelo, los dos se sonrieron.

—¡Nada nene, nada que tú no hagas! —acotó Manu.

—¿Qué pasó en la casa?

—No me hables, ese desgraciado estuvo en nuestra casa. Mira —le dijo sacando del bolsillo de su pantalón la tarjeta y poniéndola sobre la mesa.

—¡No te puedo creer! Pero, ¿y la alarma?

—¿Recuerdas a Maxi? —Sofía se persignó y ellos mirándola sonrieron

— Bueno este es mucho más vivo —Davy lo miró.

—Y ahora, ¿qué mierda hacemos? —El brasileño estaba más desorientado que él.

CAPÍTULO 15



Lucio esperaba a Damián en la oficina ya pronto a irse, todos los empleados se habían retirado. Lo vio llegar todo traspirado y de muy mal humor. Damián abrió la puerta dejando todas las herramientas en el piso, y lo miró apuntándolo con el dedo índice.

—¡Mira si me matan! Siempre lo pensé, pero ahora lo compruebo, tú estás completamente desquiciado —gruñó. Lucio se rio con ganas, mientras le servía una taza de café.

—Por Dios amigo, no te descubrieron, tranquilo, no te pediré que vayas nunca más —afirmó.

—Claro, ¡porque nunca más iré! —exclamó enfadado— ¿Tú los has visto a los cuatro de cerca? Si no te intimidan no sos humano —declaró. Lucio reconoció que nunca los tuvo frente a frente—. Y déjate de joder con la mujer. Preséntate y termina con esto —añadió.

—Vamos, que tengo que pasar a buscar a Pam y mi hijo, por tu casa. Pensaré en lo que me has dicho —respondió Lucio mesándose la barba. Salieron de la oficina riéndose, rumbo al estacionamiento, cuando subieron al

auto de Lucio observaron que dos hombres sospechosos los espiaban a la distancia—. No los mires —le dijo Lucio poniendo el auto en marcha y alejándose con rapidez. En lugar de ir directos a casa de Damián dieron varias vueltas para perderlos.

—¿Quiénes eran? ¿Los habrán mandado ellos? —preguntó Damián mirándolo.

—No creo, no se dieron cuenta de nada. Hoy quédate en casa con Mayda, yo me llevo a Thiago y a Pam a la mía. En cuanto esté en casa te llamo —le pidió. Pam y Thiago ya lo estaban esperando y se subieron al auto de Lucio, notándolo nervioso esta no dijo nada. Cuando llegaron al garaje de la casa de Lucio, este apagó el contacto y salió del coche para sacar a su hijo. Pam tomó el bolso y entraron a la casa. Thiago fue corriendo a su cuarto a prender la televisión, para ver dibujos y Panamá se quedó en el living seria. Lucio la miró y se acercó despacio.

—Pensé que estabas enojado —comentó Pam, él no la dejó terminar de hablar, tomó su rostro besándola con suavidad en los labios, luego se retiró sonriendo.

—Perdóname, pero tuvimos un inconveniente y estábamos nerviosos. Jamás me enojaría contigo, te amo y eso no va a cambiar. Espero que de tu parte tampoco —expresó. Ella lo abrazó, mientras él besaba su cabeza acariciando su pelo—. Vamos a cenar ¿sí? —pidió Lucio sacándose el saco y arremangándose la camisa, pero Pam enseguida se adueñó de la situación, abrió la heladera y descubrió todo lo que contenía, sin poder contenerse exclamó:

—¡Por Dios, acá hay de todo! Nosotras solo tenemos leche, algunas cervezas y huevos.

—Pero ¿tú sabes cocinar? —preguntó Lucio juguetón.

—Por supuesto, ¿qué quieres que te haga? —replicó ella hurgando en

la heladera. Él se paró tras ella tomándola de la cintura dándole vuelta, sus ojos se encontraron y sus labios se desearon.

—Ya sabes lo que quiero, ¡lo quiero todo! —pidió él estirando las manos y adueñándose de sus cachas.

—Y te lo daré, pero primero cenaremos —dijo Pam sonriendo. Lucio le dio un beso ardiente.

—Bueno me voy a duchar, haz lo que tú quieras —comentó y se marchó. Ella sonrió, sin dejar de mirar ese gran cuerpo, que dentro de unas horas la haría vibrar de pasión.

Desde ese día la vida de Lucio dio un vuelco radical, la presencia en su casa de esa pequeña panameña llenó el vacío de años de soledad y resentimientos, amaba a su hijo como si fuera de ella, lo defendía de las travesuras que hacía y amaba al padre, ¿qué más podía pedir a la vida? No se cansaba de mirarla jugando con su hijo corriendo por el parque. Thiago que siempre la quiso, ahora no se separaba de ella. Tanto la quería que comenzó a temer de su futuro, presentía que lo seguían y el tema del padre no se había solucionado, su mente había días que se perdía en sensaciones contradictorias y sentimientos opuestos. Un día cuando llegó a casa Pam, mientras el nene dormía su siesta la encontró en el parque haciendo gimnasia, ella al verlo corrió arrojándose en sus brazos.

—¿Qué haces nena?

—Gimnasia, aprovecho que el nene duerme.

—¿Quieres ir a un gimnasio? Cerca hay uno ve amor así te distraes, busca un horario que yo esté en la oficina y el nene en el jardín —le dijo Lucio.

—No quiero que gastes —respondió Pam. Él la abrazó y ella de un saltito subió a su cintura

—Mañana mismo yo te llevo para ver si te gusta —declaró Lucio.

—¿Y el nene? —preguntó ella preocupada.

—Te dije que por un tiempo iría a la mañana, quiero que vaya como lo hacía antes, hasta las cinco. Yo lo llevaré a la mañana como siempre, y luego cuando tú salgas del gimnasio lo retiras —declaró.

Al otro día Lucio la inscribió en el gimnasio y por la tarde llegó con dos bolsas de ropa deportiva y dos pares de zapatillas.

—¡Toma! A ver si la pegué con el talle —comentó sonriéndole y entregándole las bolsas. Pam como una niña las abría riendo, jamás nadie le había regalado nada, aunque eso Lucio no lo sabía. Cuando ella se probó la ropa y se la mostró, él estaba sentado en el sillón revisando unos papeles, levantó la vista mirándola serio.

—¿No te gusta? —inquirió extrañada. Él se paró y tomándola de la mano la hizo girar, luego tomó su rostro y la besó con dulzura.

—Me encanta, pero no puedes salir a la calle así —declaró. Ahora la que estaba seria era Pam.

—¿No te entiendo! —exclamó confundida.

—En invierno aún, porque te pones una campera y te tapa todo, pero en verano... Nena, ese culo lo van a desear todos y es mío solo, ¿entiendes? —le explicó. Ella se murió de risa y él le guió un ojo.

—Por favor, ¿estás celoso? —El asintió y ella se prendió a su cuello besándolo con pasión— ¡No tienes que estarlo! —dijo y llevó las manos de Lucio a sus cachas —Esto es solo tuyo.

—Mi nena, te amo —susurró cubriendo con sus brazos su delgado cuerpo y apoyando el rostro sobre su cuello. Los fantasmas del pasado le recordaron que, hasta no vengar la muerte de su padre, nunca podría ser totalmente feliz.

—¿Qué pasó? —Joaquín interrogaba al hermano, que llegaba tarde al

banco.

—Me dormí, anoche salí. Recién me crucé a papá y al tío ya vienen, no sabes cómo las mujeres aún los miran, mira los viejitos tienen levante — pronunció justo en el momento que ellos entraban escuchando sus palabras.

—¿Qué mierda dijiste? —le recriminó Davy parándose frente a él. Manu lo observó, mientras tomaba lugar en su sillón.

—Es una broma, pero no me van a negar que las mujeres los comen con la mirada —respondió. Joaquín sacó otro tema para aliviar la tensión.

—Así que las mujeres van a ir al gimnasio —comentó Joaquín.

—¡Sofía no va a ir! Tiene todo lo necesario en casa —aseguró Manu poniéndose las gafas.

—Alma me dijo que van todas a las dos de la tarde, incluso mi hermana Zoe —dijo Joaquín mirándolo, este se puso a trabajar y al verlo callado se marcharon. Davy llamó a Sofía.

—Sofí, ¿qué haces nena?

—Tomando mate ¿y ustedes? ¿Pasó algo? —preguntó alarmada.

—No, tranquila. ¿Qué es eso que te vas al gimnasio? ¿A quién le dijiste? —El gallego movía su cabeza en señal de desaprobación, mientras firmaba y acomodaba unos documentos.

—¡El gallego sabe, no me jodas! —exclamó enfadándose.

—¿Vos sabias? ¿Por qué la dejaste? —inquirió Davy a Manu, que le pidió el celular para hablar con Sofía.

—Dijiste que querías ir, pero yo mi vida, no te di permiso —declaró. La risa de ella no se hizo esperar, y la yugular del gallego se hinchó de ira.

—¿Dónde está el papel? —demandó Sofía.

—¿De qué papel me hablas mujer? —replicó achinando los ojos sin comprender.

—El que dice que soy tuya. Voy a ir y punto. Si no les gusta lo

lamento, soy bastante grandecita para tomar mis propias decisiones, ¿oyeron?
—aclaró Sofía y Manu se puso a putear.

—Hacé lo que te venga en gana, pero nosotros nos vamos a una exhibición de boxeo te guste o no, ¿qué te parece? —contraatacó él. Davy asentía con la cabeza.

—Me parece bárbaro tienen que salir y divertirse —aseguró y Manu se paró de golpe.

—¿Eso quieres tú, ir a divertirse? ¿Eso te falta? —la interrogó.

—¡Sí, quiero ir a bailar sacudir mi culo así me lo desean! —exclamó.

—Tú tienes ganas de pelear y yo no, así que cuando llegue hablaremos.

—Si estoy sí, porque luego del gimnasio iré a tomar algo con las chicas.

—¡No vas a ir a ningún lado, entendiste! —ordenó Manu al aire, porque Sofía le había cortado ya la comunicación.

—Va a ir, te lo aseguro —acotó Davy parándose.

—¡Cállate! No va a ir, solo lo hace para enojarnos —comentó algo más calmado.

—Quizás está aburrida, está todo el día sola. Podríamos salir hoy es viernes ¿qué te parece? —propuso el brasileño.

—¿A cenar o al cine? ¡Ya estamos grandes para ir a bailar! —adujo Manu.

—Pero debe de haber algún lugar para gente grande —aseguró el brasileño, Manu lo miró.

—¿Qué te parece si nos ponemos a trabajar? —replicó irónico Manu zanjando la conversación. Se puso a revisar correos y de pronto ahí estaba otra vez el anónimo. Le hizo una seña a Davy para que se acercara y los dos juntos leyeron: *“Me han pedido pruebas, se las voy a dar. Yo estuve cuando lo mataron a su padre, el que ustedes apodan el gallego es uno de los*

asesinos, pero él solo no lo mató hay alguien más dentro de su familia que está involucrado”

Los dos se miraron, ¿era verdad lo que ese hombre decía? ¿Debían creerle? ¿Quién carajo era él?

—¡Nadie de nuestra familia sería capaz, ni lo sueñes! —afirmó Davy mirando a Manu que se encontraba con la vista perdida y sus neuronas trabajando a pleno rendimiento.

—Le voy a responder, quiero que me lo diga en la cara —dijo Manu.

—¡Estás loco! ¿Y si él fue uno de ellos? —inquirió Davy.

—Y si fuera así, ¿por qué nos llamaría? ¿Con qué intención? —le interrogó Manu, que no dudó en responder al correo: *“Quiero hablar contigo, si te niegas deja de mandar pavadas. ¿Nos tienes miedo?”*

—Si es un verdadero hombre dará la cara. Yo también pienso que el gallego tuvo algo que ver, pero alguien de la familia... De solo pensarlo se me paran los pelos —susurró Manu. En ese instante entró Frank y los dos lo miraron y le mostraron el correo.

—Manu, si piensas que alguien de familia tuvo algo que ver con la muerte de nuestro padre estás completamente loco —dijo Frank. Mientras recibieron un nuevo correo desafiándolos: *“¿Miedo a ustedes? Jajaja. No son capaces de descubrir quién mató a su padre. Manuel, según tu padre eras el más vivo, y resultaste ser un fraude”* —leyeron. Manu de un manotazo tiró la computadora al piso y se puso a putear en colores. Se paseaba por la habitación agitando las manos, descontrolado.

—¡Hijo de puta! ¿Quién se cree que es para hablarme así? ¡La madre que lo parió! Le haré tragar todas sus palabras —repetía una y otra vez enojado.

—¡Cálmate! Es un idiota, quizás quiere dinero —afirmó Frank, pero Manu no atendía. En eso entraron Joaquín y Bruno, al escuchar los gritos y se

enteraron de lo sucedido. Joaquín levantó la computadora apoyándola nuevamente sobre el escritorio.

—No se rompió, gracias a Dios —exclamó Joaquín y en eso otro correo entró—. ¡Miren! —Y se acercaron los cinco: “*Solo dime dónde y cuándo, Falcao. No te tengo miedo*”.

—¡Lo tenemos! Cuando caiga en nuestras manos lo obligaremos a hablar —se apresuró a decir Frank.

—¡No te creas que estás tratando con una criatura, este bicho es vivo! No hay que subestimarlos. Debemos pensar antes de actuar —comentó Manu. Todos se quedaron pensativos, con la duda sobrevolando sus cabezas, que de ser verdad... Frank antes de irse, los miró a todos y dijo solemne:

—Yo me juego por esta familia —declaró. Manu se levantó rápido y acercándose lo abrazó, demostrando que el amor y la confianza entre todos estaban intactas.

—Yo también hermano —respondió Manu pasándole la mano por el pelo sonriendo—. Yo doy hasta la última gota de sangre por mi familia. ¡Vamos a trabajar! —ordenó caminando hasta su sillón y sumergiéndose en un desorden de papeles. Todos hicieron lo mismo, Davy guardó unos documentos, observando cómo el gallego seguía pensativo.

—Ninguno de nosotros podría haber hecho algo así —acotó el brasileño.

—Lo sé nene, lo sé. ¡Alguien fue y lo voy a descubrir! Tienes razón, saldremos a distraernos hace mucho tiempo que no lo hacemos, terminemos el trabajo e iremos a ver qué hace nuestra mujer —comentó.

Los hijos se fueron, ellos cerraron la oficina y cuando bajaban la escalera la contadora subía, al ver a Manu se le iluminó la cara ante un brasileño que miraba hacia otro lado para no reír.

—Manuel justo te iba a ver, ¿ya te retiras? —La mujer lo trataba con

tanta familiaridad que lo ponía incómodo. la miró con media sonrisa y ella se humedeció toda, le encantaba ese hombre, aunque las empleadas le habían advertido que hacía años no miraba a otra que no fuera la suya, ella estaba empecinada y caliente con él desde el momento que lo vio, imaginándolo en su cama. Davy ya había bajado y se encontraba al pie de la escalera hablando con un empleado—. Debo mostrarte unos papeles es importante —dijo ella.

—Imposible ahora, el lunes lo veremos, buenas tardes —respondió, mientras la esquivaba.

—Qué insistente, un día de esto lo logra —decía el brasileño.

—No es mi tipo, ya me retiré hace años mi mujer es mi vida, vamos veré qué hace esa argentina desobediente —concluyó.

Las chicas estaban en su salsa, ya iban rumbo al gimnasio, muertas de risa de las ocurrencias de Candy, con la radio a todo volumen escuchando salsa y reguetón, todas con sus ropas de gimnasia y entusiasmada de su primera clase.

—Anoche tuve una batalla feroz —exclamó la ahijada y todas la miraron, Sofía movió su espejo retrovisor observándola seria.

—¿Tienes novio? —Miriam, la madre, giró la cabeza mirándola y Alma que iba sentada entre ellas no entendía nada.

—Sí, va no sé si es mi novio, ¡es el padre de mis hijas! —Todas se mataron de risa, sabían que Bruno en la semana dos o tres noches se quedaba con ella y sus hijas a dormir.

—¿Pero no estaban separados? —Alma estaba desconcertada pues era la más inocente.

—Por Dios, ¿por qué no se juntan y se dejan de joder! —dijo Marisa dándose vuelta y mirándola.

—¿Estás loca? No sabes lo que es el sexo así —declaró. Sofía sabía que iba a comenzar a hablar, conocía su carácter y nada le daba vergüenza,

Alma miró hacia otro lado.

—¡No empieces a contar! ¡Por favor, que es mi hijo, mi bebé! —pidió Sofi y todas se reían, pero ella siguió hablando y Alma le explotaban los cachetes de vergüenza.

—Mira Alma, te voy a contar una posición en la que vas a disfrutar mucho —terminó diciendo y Sofía le gritó, mientras a su concuñada se sonreía nerviosa.

—¡Basta! No seas sucia, haz lo que quieras, pero no cuentes.

—Bueno yo pensaba que ella quería saber —afirmó—, aunque con el cuerpo que tiene mi cuñado seguro ya probaron de todo —soltó dejándolas con la boca abierta.

—¿Dónde aprendiste todas esas palabras? —preguntó Miriam.

—De Bruno. Es un hijo de puta, pero en la cama es un potro —explicó. Sofía se desvió hacia el costado de la ruta, parando la camioneta.

—¡Lo digo en serio, para de hablar! ¡Yo soy la madre carajo! —Y retomando la ruta, se hizo silencio hasta que Candy abrió nuevamente su boca.

—Bueno che, ¿ustedes no cogen? —Todas se largaron a reír. Así llegaron al gimnasio muertas de risa, a esa hora se encontraba poca gente.

—¡Madre de Dios! Con estos chicos no podré concentrarme —susurraba Sofía.

—Mira el muchacho morocho, ¡Jesús! —murmuró Miriam, mientras él se acercaba.

—Buenas tardes, ¿cómo están las chicas? —inquirió dulce un muchacho. Se presentaron y él las besó a todas pues era el dueño del gimnasio. Luego de charlar un rato, les dio a todas trabajo que hacer. Sofía, Marisa y Miriam se adueñaron de las cintas y mientras charlaban caminaban, Candy y Alma en otras máquinas. En eso llegó Zoe apurada, habló con el

entrenador y subió a una maquina al lado de Sofía.

—¿Mi vida todo bien, estás mejor? —Todas la miraron.

—Sí Sofi, como me dijo papá hay tantos hombres no me haré más problema —respondió. En eso vio a Alma y bajó para ir a saludarla.

—¡Mi niña que lindo es verte! Tengo tanto trabajo, que no he podido ir a ver a mis sobrinos, con mi hermano hablo todos los días por el trabajo, ¿te cuenta que te mando besos? —Zoe era un encanto de persona amable y muy simpática.

—Sí siempre me lo dice, a ver si este fin de semana nos vemos, ven a almorzar —le indicó. Sofía les pego un gritó.

—El sábado comemos todos en casa y vas a venir, ¿no hija? —Zoe sabía que era una orden.

—Claro que sí, mañana nos reunimos todos —aseguró Marisa. Luego de la conversación todas volvieron a su lugar.

Ya estaban todas cansadas y nadie hablaba, de pronto vieron entrar a una chica joven y muy bonita que no sabía dónde dirigirse, Sofía paró la máquina y fue hablar con ella.

—¿Es el primer día? Nosotras también, ven hablaremos con el entrenador —le dijo. La chica le agradeció y se presentó.

—Muchas gracias, soy Pam —acotó besándola en la mejilla con una sonrisa.

—Yo soy Sofía y esas locas que ves ahí —expresó señalando a las chicas— son mi familia.

—Qué suerte que tienes una familia grande —comentó. Desde el primer momento a Sofía le cayó bien esa mujercita con su acento tan peculiar. El entrenador llegó cortando la conversación, se presentaron y enseguida Pam se puso a trabajar sus abdominales.

—Pobre, me dio lastima está sola —dijo Marisa hablando con Miriam.

—Creo que bajó de una camioneta grande —señaló Zoe.

A punto de terminar todas se encontraban muertas de cansancio, Zoe miró la hora y bajándose de la máquina se secó la transpiración con una toalla.

—¿Nos vamos? Estoy muerta nena, por Dios ahora sé que estoy vieja —afirmó Marisa.

—No se rían tiene razón, creo que hoy me internan —decía Miriam agitada.

—Ya nos vamos íbamos a tomar algo por ahí, pero vamos a casa me quiero duchar y ya van a venir nuestros hombres —habló Sofía sonriendo—, y seguramente llegaran con caras de culo por lo que les dije.

Todas observaron a Pam mirando a través de los vidrios esperando a alguien en la vereda y Candy se acercó con Alma.

—¿Te vienen a buscar? Si quieres te acercamos —señaló. Ella con su cara de niña respondió.

CAPÍTULO 16



Todas observaron a Pam mirando a través de los vidrios esperando a alguien en la vereda y Candy se acercó con Alma.

—¿Te vienen a buscar? Si quieres te acercamos —señaló. Ella con su cara de niña respondió.

—No gracias, viene mi novio —dijo. Candy la miró y todas supieron que iba hablar de más, Miriam le hacía seña que se calle, pero eso era imposible.

—¿Tienes novio? Eres tan jovencita... —comenzó, sin embargo, antes que alcanzará a responder Pam, una gran camioneta se estacionó en la puerta del gimnasio, todas desviaron la vista. Pam las saludó y les agradeció arrimándose, mientras se ponía la campera. Lucio bajó y se apoyó en la misma, mirando como ella se acercaba a su encuentro, se abrazaron y él tomándola con una mano su cintura y la otra en su nuca se perdió en un beso apasionado.

Las mujeres que ya se encontraban en la vereda del gimnasio se quedaron con la boca abierta, sin poder creer lo que era ese hombre. Pelo

largo y rubio, unos ojazos celestes impresionantes y ese cuerpo de película y todas suspiraron.

—¡A la mierda con la niña! ¿Quién mierda es el novio? ¡Qué hombre! Yo quiero uno así —exclamó Zoe sorprendida. Marisa agarró del brazo a Sofía y la miró.

—¿Viste quién es? ¡Es el que te devolvió la tarjeta! ¡Quiero tener treinta años menos, Dios! —dijo ante la sonrisa de todas.

—¡Sí me di cuenta, pero qué hombre más bonito! ¡Qué casualidad! —afirmó sin saber que nada era casualidad en la vida de Lucio.

Ninguna podía desviar la vista de él que aún seguía abrazado a su novia cubriéndola de besos. Al verlas la panameña se deshizo de los brazos de Lucio mirándolo, mientras sus dedos acariciaron su mejilla.

—Quiero presentarte a unas chicas que hoy me ayudaron en el gimnasio —comentó. Él las observó a todas, pero sus ojos se detuvieron en Sofí regalándole una hermosa sonrisa.

—Encantado y gracias por ayudarla, soy Lucio —se presentó tendiendo su mano a todas. Cuando le tocó el turno a Sofía se la apretó y puso su otra mano sobre la de ella acariciándola suavemente, Sofía se quedó muda sin poder reaccionar, las otras mujeres sonrieron, pero ella permaneció tiesa, sin ver que enfrente del gimnasio el auto de Manu paraba y al ver la escena se bajaba con Davy a largas y rápidas zancadas.

—Hasta el martes chicas —saludaba Pam sonriente sin darse cuenta de la reacción de Lucio, este le abrió la puerta de la camioneta y antes de subir, Lucio otra vez miró a Sofía. Puso la camioneta en marcha y sonrió al observar que Manu y el brasileño no dejaban de mirarlo cruzando la calle, pero él ya había cerrado la puerta y los vidrios polarizados no dejaban ver su interior.

—Manu ¿qué hacen? —inquirió Sofía cuando ellos ya estaban a su

lado, el gallego la miró y ella supo que estaba celoso. Lo abrazó y él besó su frente con frialdad.

—¿Quién era ese? —preguntó Davy sin saludar a nadie.

—El novio de una chica, que como nosotras empezó hoy —respondió Marisa.

—¡Vamos a casa! Te vienes con nosotros, dale la llave de tu camioneta a Marisa —ordenó Manu.

—¡Hola papá! —saludó Zoe, él se dio vuelta y la abrazó.

—¿Estás mejor hija? —Ella lo besó en la mejilla conocía su cara de culo y supo al instante, que no le hacía gracia que su mujer fuera al gimnasio.

—Sí, mañana voy a casa, Sofía me invitó.

—Tú no necesitas invitación es tu casa también, hoy a la noche vamos todos a tomar algo por ahí, ¿por qué no vienes? —Todas las mujeres lo miraron.

—No me habías dicho nada —pronunció su mujer, él la miró con su mejor cara de culo sin responder y tomándola de la mano con Davy cruzaron la calle, abrió la puerta de acompañante, pero ella enojada se sentó en el asiento de atrás, los dos la miraron y suspiraron.

—¿Qué mierda te pasa? Si te enojaste por el gimnasio te comunico que seguiré viniendo, me importa un carajo que no te guste, ¿entendiste? —le espetó. Manu la observó por el espejo retrovisor.

—¿Quién era el de la camioneta? Te miraba desvistiéndote —la interrogó. Con la palma de su mano golpeó el volante haciéndola saltar del asiento—. Responde rápido ¿tanto tienes que pensar? ¡Por lo que observé su mirada no te fue indiferente! —bramó. Davy giró la cabeza mirándola esperando su respuesta.

—¡No sé! El novio de la chica —respondió—. El que encontró mi tarjeta.

—Ah, ahora me quedo más tranquilo, ¿él que Marisa decía que tenía ochenta años? —Davy largó una carcajada y Manu no dejaba de observarla por el espejo— ¿No crees que es demasiada coincidencia?

—Por favor, estás paranoico. Fue una simple coincidencia, solo eso — exclamó. El ambiente se puso tenso y nadie más habló. Cuando llegaron y Manu entró el auto en el garaje, Sofía saltó del mismo apenas paró. Manu entró tras ella a los gritos.

—No te enojés Sofía. ¡Sabes que te comía con la mirada! ¡Es un pendejo de mierda, no quiero que vayas más al gimnasio! ¿Entendiste?

Ella entró como un rayo a la habitación comenzando a sacarse la ropa tirándola a un costado, ante su mirada se introdujo en la ducha y abrió la lluvia. Estaba muy enojada, porque el muchacho solo la había mirado, con lo que le habían hecho pasar esos dos años atrás, no tenían derecho. Davy se había quedado en la cocina preparando una picada y Manu parado en la habitación, pensaba si no había sido demasiado drástico. Comenzó a sacarse la ropa con la intención de bañarse con ella, pero apenas abrir la mampara y meter un pie ella le gritó.

—¡Te vas! No quiero verte, sos un hijo de... —Sin responder, él entró abrazándola atrayéndola, ella luchó con sus brazos para apartarlo, pero él la apretó aún más fuerte.

—¿Te amo! ¡Perdóname, perdón amor! Soy un idiota, mírame. ¡Sofí por favor! —suplicó. Ella le dio la espalda y él la cubrió con sus brazos hundiendo su cara en la cavidad de su cuello.

—¿Cuándo entenderás que te amo? ¿Alguna vez te engañe? ¡Vivo para ustedes, no me gusta que seas así! —Él siguió besando su cuello, y una de sus manos bajó lentamente por su vientre dirigiéndose a su sexo, y con sus dedos masajeó su clítoris excitándola.

—Dame los labios, quiero morderlos porque son míos, solo míos —

susurró Manu caliente como una pava, y su glande hinchado palpitaba sobre la abertura de su ano queriendo entrar. Ella giró su cabeza y él con su otra mano tomó su mejilla y sus labios ardientes besaron ese rostro que tanto amaba. Sofía se iba a dar vuelta, pero él se lo impidió, apretándola más a él y mordisqueando su labio inferior suavemente—. ¿Quieres que te coja? ¡Pídemelo! ¡Suplícamelo!

—Quiero que me cojas hoy y siempre —aseguró Sofía, soltando un leve gemido que excitó a Manu más de lo que ya estaba.

—Esa es mi niña. ¡No sabes lo que te deseo, nadie más me importa, solo tú! Nunca lo olvides, jamás —afirmó él, mientras su otra mano tomaba el tronco de su glande y de una sola embestida profunda, se hundía dentro de su ano haciéndola vibrar. Se amaron con desesperación y lujuria, con una pasión que duraba a pesar de los años. Cuando salieron de la ducha, Manu no se cansaba de acariciarla y mimarla.

—No quiero que me celes más nunca más —pidió Sofía mordiéndole el labio.

—¡No lo haré! Lo prometo —dijo Manu. Sofía sabía que le estaba mintiendo, pero amaba a sus dos hombres y no los iba a cambiar.

Al llegar a su casa, Lucio saludó a su hijo el cual entraba en su habitación apurado. Pam también lo saludó y se fue directa a bañarse.

—Papi me invito un amigo a su casa, ¿me llevas? —pidió. Este lo miró serio pensando cuando había crecido tanto su hijo. Frunció el ceño y le preguntó:

—¿No quieres que papá te abrace?

—Ya no soy un bebé —replicó. Lucio se rio ante su ocurrencia.

—Bueno prepárate que te llevo, dos horas y te voy a buscar, voy a avisar a Pam que nos vamos. Apúrate o no te llevo —manifestó. Thiago salió

corriendo a buscar un juego a su habitación.

Lucio entró en el dormitorio observando a su mujercita secarse el pelo, caminó lentamente y parándose atrás de ella, le sacó la toalla de las manos y comenzó a secárselo él, mientras sus ojos se encontraban a través del espejo.

—Te amo, pequeña. Me haces muy feliz —expresó. Ella dio vuelta a su rostro encontrándose con esos ojos que iluminaban su vida.

—Yo también te amo, cara de culo —respondió, y sin dejar de mirarse sus labios se encontraron. Cuando el beso estaba subiendo de nivel, Thiago llamó a su padre.

—Lo llevo a la casa del compañerito y vengo —susurró besándola en la frente.

—Ponle un abrigo que hace frío —gritó ella cuando él iba saliendo de la habitación.

—¡Lo haré! Cámbiate rápido que la que tomarás frío, sos tú —comentó mirándola.

Abrió la puerta de atrás del auto y en un segundo subió Thiago, le puso el cinto de seguridad y montó. Cuando se estaban yendo, le pareció observar que un auto lo seguía.

—Pórtate bien y haz caso, ¿escuchaste? —le decía al hijo sin dejar de mirar por el espejo retrovisor. Thiago ni lo escuchaba, pues iba jugando con un jueguito que el padrino le había regalado. Dejó al nene luego de hablar con el padre del compañerito, subió a su auto y a las dos cuadras comprobó que el mismo auto otra vez lo seguía, así que llamó a Damián.

—¿Qué haces? ¿Todo bien? —saludó Damián.

—Me están siguiendo, anota esta matricula y averíguame enseguida. No es la primera vez —dijo. Damián tomó nota y a los minutos respondió que esa matricula no existía—. ¡Mierda! ¿Quiénes son? —gritó Lucio, apoyando la palma sobre el volante. Estaba acostumbrado a tener todo bajo

control y no saber quién lo seguía le ponía furioso. Pensar que Pam y su hijo podrían estar en peligro le angustiaba.

—Escúchame, ¿no serán ellos que se dieron cuenta? ¡Te dije no te confíes ellos son más bichos que tú! —exclamó Damián.

—¡No, ellos no son! Estoy seguro —respondió Lucio seguro.

—¿Tienes idea de quién pueden ser? ¡Tendrás que ponerte custodia, no solo por vos sino por el nene, piensa en él!

—Esto se me está yendo de las manos, tendré que unir fuerzas con ellos, estoy seguro que también los siguen, quizás sean los que mataron a mi padre —comentó Lucio antes de llegar a su casa. Observó y no volvió a ver el auto que lo seguía, respiró aliviado entrando en un segundo, en el garaje de su casa, luego que el portón se cerró, se bajó y apoyando sus brazos en el auto murmuró: «Papá ayúdame, ¿qué debo hacer?». Había días que se encontraba perdido, sin saber cómo actuar. Trató de relajarse para que Pam no se preocupara.

Al entrar en casa escuchó música, siguió caminando y encontró a su mujer poniendo una bandeja en el horno. Esa muchacha había llenado su vida vacía de alegría, esperanza y amor.

—¿Qué hace mi niña? ¿Para quién cocina? —indagó acercándose, y tomándola desde atrás.

—Para mi novio, para mi nene y para mí —respondió ella, girando lentamente su cara encontrándose con unos ojazos que la miraban llenos de amor.

—¡Quiero un beso, un gran beso! —pidió Lucio mimoso. Ella devoró sus labios con premura. Luego de saborearse con apetito, él la miró con los ojos brillantes.

—Te amo y no quiero perderte, me has dado la paz que mi corazón y mi alma buscaron por años, tengo temas que arreglar y no quiero entrar en

pormenores, pero debes saber que muchas veces la gente con la que hago negocios no es buena, ¿entiendes? —Ella lo miró, observando cierta preocupación en su mirada.

—¿Qué debo hacer? Solo dilo y lo haré, no quiero que me cuentes —comentó seria.

—Mañana mismo, pondré custodia para vos y mi hijo, si les llegará a pasar algo me moriría —aseguró. Pam bajó la mirada, sabiendo que estaban en peligro—. Esta noche saldremos los dos solos, llamaré a la niñera e iremos por ahí a tomar algo. ¿Qué te parece la idea? —Panamá lo miró embobada y le respondió con un beso lleno de amor. Luego de buscar al nene, los tres cenaron y al llegar la niñera Lucio y Pam se cambiaron para su salida.

Manu, Davy y Sofía cenaron en silencio, hasta que por la puerta de la cocina entró Bruno con su hermano riendo, al verlos serios callaron.

—¿Qué pasó? ¡Qué caras de culo! —pronunció Bruno.

—¿Vamos? Ya todos estamos listos —preguntó Joaquín observando al padre limpiarse la boca con la servilleta.

—Sí, acomodamos todo y nos vamos. Ve a cambiarte Sofí que nosotros limpiamos —comentó, y los hijos supieron que ella estaba enojada. Sofía se levantó, besó la mejilla de sus hijos y entró sin hablar al dormitorio a cambiarse.

—¿Qué le hicieron? —averiguó Bruno, mirándolos.

—Nada, ya pasó vayan saliendo que en media hora llegamos nosotros —respondió el gallego juntando los platos. Sus hijos salieron y cuando estaban afuera se miraron.

—Es por el gimnasio, papá se enojó no quiere que vaya —dijo Joaquín.

—¡Déjate de joder! No puede estar encerrada todo el día, ¿qué tiene de malo que vaya? —preguntó Bruno y Joaquín largó una carcajada.

—No fue solo eso, parece ser que apareció un pendejo a buscar a la novia y cuando lo vieron todas babeaban por él —comentó. Bruno abrió la boca observándolo.

—¿Candy también? ¿Quién mierda era?

—No sé, pero te aseguro que lo averiguaré, mañana dedicaré horas a eso, lo único que falta que nuestras mujeres se babeen por un pendejo —exclamó Joaquín serio, luego se saludaron y cada cual fue a buscar su auto.

Manu y Davy se cambiaron rápido, mientras Sofía no salía más del baño.

—¡Dale Sofí! Quiero ir al baño —pedía Davy.

—¡Ya salgo espera! —Y cuando salió los dos se quedaron con la boca abierta. Se había puesto un vestido blanco ajustado al cuerpo, con el pelo recogido y unos tacones.

—Estás hermosa, nena —pronunció el brasileño acercándose y levantando su mentón, buscando su mirada—. Te amo, ¿cómo no te vamos a celar? Mírate sos muy hermosa —expresó e inclinándose besó sus labios suavemente—. Te amo argentina —susurró.

—Yo también te amo, mi brasileño —acotó ella, estirando sus brazos, para abrazarlo.

Davy entró rápido al baño y Manu la observó pintarse los labios lentamente, mirándose en el espejo. Se acercó sigilosamente, ubicándose atrás de ella, pasó las yemas de sus dedos sobre sus brazos haciéndola estremecer, luego recorrió su cintura y los bajó deliberadamente tomando con sus grandes manos sus cachas y ella giró su cabeza observándolo.

—Te amo —susurró Sofí, sobre sus labios, delineando con sus dedos su bello rostro.

—¿Tú me amas? Yo daría mi vida por ti, mi niña. Sos lo mejor que la vida me ha regalado, por eso te celo, por eso te amo. No me pidas que no lo

haga pues jamás podré no hacerlo, enderezaste mi puta vida, me has dado hijos a los que amo con todo mi corazón y me brindaste los mejores años de tu vida —murmuró besando suavemente su nariz—. Yo por ti, mi niña mataría. Este gallego te ama tanto como jamás nadie lo hará —terminó diciendo secando con uno de sus dedos las lágrimas que bañaban el rostro de Sofía.

Cuando Davy salió del baño, observó la imagen de Sofía llorando sobre el pecho del gallego y se enojó mirándolo mal.

—¿Qué mierda le dijiste? —le recriminó a Manu que se sonreía.

—¡Me hizo llorar! Me hiciste correr el maquillaje —comentó enfadada mirándose en el espejo, y observándolo a su marido de reojo—. Déjenme sola —les pidió. Al rato Sofía salió del dormitorio con el pelo suelto, los ojos de Davy y Manu se iluminaron.

Manu se acercó y le mordió el labio inferior, luego Sofía miró a Davy que estaba con la boca abierta y aproximándose, le susurró sobre sus labios:

—¡Los amo a los dos! ¡Vos siempre serás mi nene! —afirmó mimosa, apoyando sus manos sobre el torso del brasileño. Él sonrió y uno de sus dedos acarició su mejilla.

—Vamos que es tarde, ya cerré todo —dijo el gallego tomando la mano de ella, y dirigiéndole una mirada cómplice a Davy.

Manu tenía puesto un pantalón de vestir negro, una camisa celeste y una campera negra, y Davy un vaquero, una camisa blanca y campera marrón de cuero increíblemente sexi. Sin poder evitarlo los labios de Sofía dibujaron una sonrisa, Manu la vio por el retrovisor y Davy se dio vuelta para observarla.

—¿Qué me miran? —preguntó.

—¿De qué te ríes mi niña? ¿Alguna picardía que recuerdas? —Ella se volvió a reír y los ojos de él no dejaban de observarla.

—Estaba pensando, qué hombres más bellos me ha regalado la vida — aseguró.

—Qué decir de nosotros, mi niña, tenemos a la mejor mujer que hay — acotó Manu.

—La mejor en la cama, espera que lleguemos a casa y te demostraré lo que este loco te hará —expresó Davy, y los tres se largaron a reír.

Luego de unas cuantas vueltas en el estacionamiento que estaba abarrotado de autos, consiguieron lugar, y Manu se tranquilizó pues ya estaba molesto. Bajaron y se arreglaron la ropa dirigiéndose a la entrada, unos hombres les pidieron la tarjeta, que Davy sacó del bolsillo y entraron.

—¡Dios! ¿Cuánto hace que no venimos a un lugar así? Me siento sapo de otro pozo —adujo el brasileño—. Me dedicaré a mirar, ¿hoy se puede no? —preguntó y Manu lo miró sonriente, mientras Sofí arrugaba su frente, él se acercó a ella abrazándola en señal de disculpas.

Antes de entrar, lo primero que los hombres observaron fue la custodia que se movía por el lugar. Sobre el frente del boliche una gran puerta de vidrio hacía su aparición, pasaron a un hall de entrada y unos metros adelante sobre un borde se hallaba el guardarropa que atendía una bella señorita. Se notaba que el ambiente era exclusivo, aunque les habían dicho que era solo para gente grande, había de todas las edades.

Todo era una armoniosa combinación de estilos decorativos, generando una visión cosmopolita. Los ojos de Manu escaneaban todo, cumpliendo con todas sus expectativas. La música iba rotando entre pop, latina y reguetón.

Se acercaron a la barra pidiendo algo para tomar, cuando estaban conversando llegó Marisa con Frank, Zoe y Miriam. Se saludaron y las mujeres tomaron asiento en unos sillones a unos metros del lugar, mientras los hombres apoyaban sus brazos sobre la barra hablando, el barman se acercó a ellos para tomar nota.

—Whisky y del mejor! —ordenó el gallego serio. El barman se puso algo tenso, sin embargo, a los pocos minutos regresó con el pedido. Manu apenas mojar sus labios, exclamó—: Dije el mejor —bramó. El barman sacó otra botella, les cambió los vasos y sirvió, esperando atento la reacción. Manu tomó un trago, lo saboreó y le dijo que ese estaba bien. Este suspiró aliviado.

A los cinco minutos llegaron Bruno, Candy, Joaquín y Alma. El clan de los Falcao estaba completo. Marisa y Sofí empezaron a bailar solas, y Manu se deleitaba de los movimientos sensuales de su mujer, Davy la seguía con la mirada, hasta que de pronto observó como un hombre más joven la miraba comiéndola con los ojos, codeó a Manu y lo observaron con atención.

—¿Quién es? ¡Es un pendejo! —averiguó Davy.

—Déjalo que se caliente ella se va con nosotros, se va a quedar con las ganas —acotó el gallego dándose vuelta hablando con Frank.

El brasileño no la perdía de vista. Una chica joven se acercó a ellas saludándolas, las demás mujeres se acercaron y todas se pusieron a conversar. Se tranquilizó y se ubicó al lado de los hermanos apoyando sus brazos en la barra.

—¿Quién carajo es esa niña? —expresó Frank. Al escucharle, Manu y Davy se dieron vuelta observándola, tenía una pollera muy corta y una blusa de seda que dejaba apreciar sus pechos, los tres apoyaron su espalda sobre la barra apreciando las vistas. De pronto todas las mujeres se pusieron a bailar y era para sacar fotos, todas se movían de maravilla, pensaron los tres

—No seas degenerado, hermano es una cría —acotó Manu a Frank sonriendo sin dejar de mirarla.

—¿Y por qué la miras tú, imbécil? —inquirió y los tres se mataron de risa— Creo que esta es mi noche, mi mujer me lo va a agradecer... ¡Con estas vistas! —exclamó Frank. Los hermanos largaron a reír y tuvieron que darse la vuelta.

Cuando se les pasó, se dieron vuelta y la cara de se les desfiguró, el pendejo que estaba mirando a Sofía bailaba en medio de todas las mujeres y estas reían con él, encima él se movía provocándolas. ¡Era demasiado lindo! Se pusieron locos, y los tres sin pensarlo se dirigieron hacia ellas, antes de llegar el muchacho tomó de la mano a la chica que ellos miraban, y abrazándola se retiró alejados de todos. También se acercaron Joaquín y Bruno, quedando parados delante de las mujeres que seguían bailando. Miriam que se percató de todo tomó de la mano a Davy sacándolo a bailar y el gallego al ritmo de salsa comenzó a bailar con Sofía, ante los movimientos de ella Manu ya ardía de pasión, sus ojos la desvestían y ella sonriéndose apoyaba sus dedos sobre su pecho provocándolo deliberadamente.

—¿Tenías ganas de bailar, mi niña? —susurró Manu pegándola a su cuerpo.

—Me gusta cómo te mueves, ya estoy muy caliente —comentó ella besándolo en los labios, él tornó el beso en apasionado, mientras los demás gritaban alegres.

—¡Deja a esa argentina! —voceó Frank, mientras bailaba con Marisa.

Manu la hizo dar varias vueltas y sus labios se juntaron nuevamente. Todos bailaban y se divertían, ante la mirada de Lucio que no dejaba de observarlos. Cambiaron de pareja y Davy la tomó a Sofí, apoyando sus dedos sobre su cintura y ella lo tomó de la nuca pegando su frente a la de él, sin dejar de observarse. Cuando se cansaron, decidieron sentarse y los hombres fueron a por unas bebidas.

Damián con Mayda y Lucio con Panamá se sentaron tomando unos tragos, las mujeres fueron al baño y ellos aprovecharon para hablar.

—No la mires más, ¿te calienta ella? —preguntó Damián.

—¡No! Es muy hermosa, pero solo lo hago para que Manu se enfade —alegó.

—¿Vos estás loco? ¡Nos van a matar! Deja de joder, hombre — exclamó. Lucio rio.

Damián que se había mantenido lejos de los Falcao por miedo a que lo reconocieran, se quería ir. Por otro lado, Bruno y Candy ya habían discutido, y Joaquín estaba a punto con Alma, que se reía con su cuñada sin él saber el motivo.

—Decime que es una coincidencia encontrar a ese bombón acá — comentó Marisa.

—Cállate, que van a venir los hombres —respondió Sofía.

—¡Es hermoso ese hombre, si me decís que no te mato! —Seguía hablando Marisa.

—¡Es un pendejo! Pero está mejor que el dulce de leche —declaró Miriam. Sofía no podía negar lo inevitable, pero al gallego no lo pasaba nadie. Sofía lo miró, y este se arrimó a su lado sentándose a su lado, para entregarle el trago y pasarle el brazo por la cintura.

—¿Te cansaste? —preguntó observándola al tiempo que le corría el pelo de la cara.

—Sí, ¿vos cómo la estas pasando? —averiguó, pues sabía que estaba observando al muchacho.

—La pasaría mejor si ese pendejo dejara de mirarte —exclamó Manu tomando un trago de su copa, ella sonrió, sabía que él siempre estaba atento a todo.

—Yo solo tengo ojos para vos —declaró Sofía y se besaron suavemente en los labios. Justo en ese momento se acercaron a ellos Pam y Mayda, los hombres las miraron.

—Hola Pam, ¿necesitas algo? —Sofía se paró y la presentó a los hombres, quienes se levantaron y le dieron un apretón de manos.

—Ella es la chica del gimnasio —comentó Marisa.

—Sí, ¿me puedes acompañar al baño? —pidió y Sofía agarró su cartera y todas las mujeres aprovecharon para hacer lo mismo.

—No me gusta la cara de ese pendejo —murmuró Davy.

—¿Sabes que tiene algo parecido a Bruno? —pensó Frank en voz alta y todos lo miraron.

—Estás loco. Yo no tengo otro hijo —replicó. Bruno ya lo miraba mal.

—Papá, por favor decime que no —pidió Bruno.

—Va la verdad que no sé, la puse en tantos lados que ya me olvidé, jaja —se rio solo.

—Es solo parecido, solo eso —murmuró Manu, tratando de salvar la situación. En ese instante las mujeres volvieron del baño y siguieron bailando hasta cansarse. Antes de irse Pam y Mayda pasaron a saludarlas con un beso en la mejilla.

—Linda niña, ¿cuántos años tienes? —inquirió Davy y Sofía lo acribilló con la mirada.

—¿Qué te importa los años que tiene? —le interrogó Sofía.

—Solo preguntaba, está bien no me digas —respondió él enojado y acercándose a Sofi le susurró al oído—: ¿Está celosa mi argentina? —ella se abrazó a la cintura de Manu que andaba poniéndose la campera para retirarse.

—¿Qué pasó? —preguntó al ver que su mujer lo abrazaba.

—Nada, vamos a casa estoy cansada —dijo y Manu asintió con la cabeza.

—Mañana almorzamos todos en casa —comentó Manu a los hermanos —, ya llamé al asador haremos un asado, como lo hacía Falcao —afirmó. Todos lo miraron añorando al padre.

Al salir, el brasileño abrazó a Sofía que tenía frío besándola en la cabeza.

—¿Tienes frío nena? ¿Quieres mi campera? —dijo, mientras frente a

ellos pasaba la camioneta de Lucio, que la miró. Ella disimuladamente miró para otro lado, Davy al verlo, se mordió el labio apretándola más a su cuerpo —. Ese pendejo no me gusta nada, creo que tendremos un problema — exclamó. Sofía no replicó y en eso, Manu estacionó el auto a su lado, y los dos subieron.

CAPÍTULO 17



En la oficina se trabajaba de lunes a viernes, pero ese sábado al tener tanto trabajo lo harían hasta el mediodía, en un descanso, Lucio se paró y observó por la ventana de su despacho un auto parado en la vereda de enfrente, así lo encontró Damián al llegar.

—¿Qué miras? —Él se dio vuelta, llamándolo con un movimiento de mano.

—¿Qué hace ese auto parado en ese mismo lugar, desde hace más de media hora —le explicó—. Un hombre bajó, caminó media cuadra sin dejar de mirar para acá y volvió a entrar —contaba Lucio preocupado.

—¿Tú crees que son los mismos que te siguen? ¿Porque hacerse ver?

—Porque quieren que no hable de la muerte de mi padre, es una forma de intimidarme, ¿entiendes? —Damián se retiró del ventanal y se sentó pensativo.

—Ya es hora de que termines con todo esto, manda un correo a Manuel y encuéntrate con él —declaró. Lucio asintió pues había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, quizás uniendo fuerzas podrían descubrir a

los asesinos.

Miles de dudas lo acompañaban desde la muerte de su padre, y como siempre su imagen llena de sangre, haciéndole prometer que hablaría con Manuel, otra vez se hizo presente. Los ojos se le nublaron y sin poder evitarlo, las lágrimas recorrieron su rostro. Enfrentarse a Manu sabía que no sería fácil, sin embargo, totalmente decidido se acercó a la computadora y envió el mensaje que lo enfrentaría al hombre que había odiado y envidiado durante toda su vida. Damián lo miraba sabiendo que su amigo se enfrentaba a un pasado que le pesaba y dolía. Sus dedos volaron sobre el teclado con dos frases escuetas:

“Hoy sábado a las ocho de la noche” “Media hora antes te pasaré la dirección”.

El mensaje estaba enviado, solo Dios sabría que saldría de esa reunión. Sabía por Panamá, que ese sábado todos almorzarían juntos y una vez más añoró estar con ellos, sentir el calor de una familia que siempre deseó.

Ese mediodía Lucio almorzó con su mujercita y su hijo, estaba muy callado y ella lo miraba imaginando que solo eran problemas del negocio.

—¿Te sientes bien? —preguntó Pam sin aguantar verlo tan tenso.

—Sí nena, solo un problemita en la oficina —mintió.

Ya eran las cuatro de la tarde y Manuel no había respondido al mensaje. Pam y Lucio llevaron al nene a la plaza, mientras ella lo hamacaba, Thiago reía con ganas y el padre moría de amor, tendría que conformarse con el amor de ellos dos y dejar el pasado atrás, aunque debía cumplir con la promesa que le hizo al hombre que murió en sus brazos.

Cuando los tres volvieron a casa, eran más de las cinco y lo primero que hizo Lucio, fue mirar los correos. Sonrió al ver que él había respondido y por fin se verían las caras. ¡Había llegado el tan ansiado momento!

A las nueve de la mañana la casa de Sofía era un remolineo de gente, las empleadas estaban acomodando el jardín de invierno, Marisa y Miriam se

encargaban de las ensaladas, Zoe les cebaba mate mientras conversaban, Sofía estaba en la parte de la parrilla acomodando todo pues el parrillero acababa de llegar, y sus hombres aún dormían.

—Está bien señora, yo me arreglo —dijo un hombre de unos cincuenta años.

—Cuando se levante mi marido, le traeré la carne y demás —respondió ella.

Sofía entró al dormitorio encontrando solo a Manu durmiendo, se sentía el agua de la ducha caer, por lo que Davy andaba ya despierto. Se arrodilló en la alfombra al lado de la cama y apoyando los codos sus ojos se deleitaban con la figura de su marido durmiendo con los brazos estirados tras su cabeza, su pecho sin tapar y sus labios entreabiertos. Sonrió al verlo que de abría lentamente sus ojos. Refregándose los con las manos. Ella se mordió el labio y él estiró la mano tomando la suya.

—¿Qué haces mi niña? ¿Estás mirando a tu hombre?

Ella se soltó de su mano y con las yemas de sus dedos recorrió esos pectorales que siempre la dejaban babeando, la mirada de Manu se intensificó, y suavemente los dedos de ella bajaron la sabana que cubría de la cintura, dejando su pene a su disposición, ella lo observó ansiosa y cuando sus labios bajaban, golpearon la puerta. Los dos se miraron y ella se levantó sonriendo ante una mueca de enojo de él.

—¡No te vayas, ven mi vida! ¡Necesito unos cuantos besitos aquí! —decía ya con voz ronca señalándose con ambas manos. Cuando su mujer se alejó, observó que tenía calzas puestas, abrió grandes sus ojos y ella sonriendo, estiró el pulóver que llevaba puesto.

—¡No me gustan esas calzas! Va a venir el asador y te verá ese culo parado que tienes, ponte otra cosa mujer —gritó justo cuando Davy salía del baño secándose. Se quedó mirando a Sofía y le dijo:

—Déjate de joder, ponte un par de pantalones —clamó.

—No, mejor ponte un vestido —ordenó el gallego, ella ni se inmutó se dio vuelta dirigiéndose a la puerta del dormitorio y antes de salir exclamó:

—¡Ya está el asador y ya me vio el culo! —Mientras cerraba la puerta sus dos hombres le seguían gritando y ella muerta de risa entró en la cocina, justo cuando sus dos hijas llegaban hablando, se abrazaron a la madre y Lucía empezó a contarle el último chimento.

—¡Me enamore! —contó sonriendo y todas la miraron.

—¿Otra vez? ¿Quién es la víctima? —preguntó Marisa y ella la miró seria.

—No tía esta vez es en serio, ¡qué hombre no saben! Alto, rubio, pelo largo, barba y ojos celestes, ¡morí de amor! —exclamó. Nadie le llevó mucha la atención, pues dos veces al mes se enamoraba de algún hombre. Sofía miró a su otra hija que tomaba un mate de la mano de Zoe.

—¿Vos que decís Magy? —Esta la miró asintiendo la cabeza.

—¡Es un bombón! Pero ya le dije ese es casado —respondió.

—¿Y cómo lo sabes? Anillo no tenía —replicó Lucía.

Manu apareció en la cocina con el brasileño, los dos se habían puesto vaqueros y suéter, Sofía los miró, mientras ellos saludaban y las hijas se tiraban en sus brazos, besándolos.

—¿De qué hablaban? —indagó Manu que algo había escuchado. Lucía largó una carcajada.

—Tu hija se enamoró —afirmó su mujer, el padre sonrió observando a su hija y le acarició la mejilla, era la más rebelde y muy caradura, pero muy bonita.

—¿Y quién es el niño? —El padre se paró atrás de la madre y pasó los brazos por su cintura cubriéndola, y apoyando la cara en su hombro.

—Mira hace unos días fue un hombre a pedir presupuesto para su

negocio —comenzó Lucía a contar, y el padre interrumpió su relato.

—¿Cómo se llamaba? —Sofía le dio un codazo.

—Lucio no sé qué. Papi, no importa el nombre —replicó la hija. Manu se enderezó, mirándola mal.

—¿Cómo no importa? Debe importar quién es —acotó.

—Lo importante es que estaba para el infarto —declaró suelta Lucía. Davy abrió la boca.

—¡Bueno, basta! Ya averiguaré quién mierda es. Vamos a ver al asador —dijo Davy mirando a Manu, y los dos salieron dejando a la hija que seguía hablando.

La mesa estaba lista, todos los Falcao se acomodaban para almorzar un rico asado, Manu los miró a todos y como siempre se le hizo un nudo en la garganta, faltaba su padre, tragó saliva y acarició la pierna de su mujer.

—¿Estás bien? —preguntó ella y el brasileño lo miró.

—¡Sí, todo bien, almorcemos! —exclamó levantando la voz, y todos comenzaron a hacerlo. Marisa que estaba cerca de Alma le preguntaba por sus amigos, mientras cortaban un pedazo de carne.

—Están bien, como saben se mudaron a Argentina. El gallego hizo un departamento hermoso atrás de la estancia y ahí viven, Inés sigue alquilándola y él sigue con su negocio dice que allá le va mejor. Cada quince días me llama por teléfono, estoy tratando de convencer a Joaquín que me deje viajar con los chicos, pero dice que sin el no —comentó, y Joaquín escuchándola se arrimó y le hizo cosquillas. Manu que estaba atento a todo, los miró.

—Está bien hijo, sola con los críos no puede ir, el mes que viene tómate unos días y vayan a descansar —dijo y la nuera le dio las gracias.

—¿Y tu amigo el gay? —preguntó Frank, Marisa lo miró mal, pero Alma se rio.

—Viene entre semana, por eso no lo ven, sigue en pareja con el amigo de ustedes y están muy felices —concluyó. En ese momento llegó Kim a Manu se iluminaron los ojos, amaba a su nieto. Este como tenía examen se había quedado hasta la madrugada estudiando.

—Ven hijo, siéntate cerca nuestro —le pidió, y se sentó al lado de Davy. Joaquín le sirvió carne y ensalada.

—Come mi niño, ¿cómo van los estudios? —inquirió Manu, que solo quería entrar en conversación.

—Bien abuelo —respondió Kim—. Ya vienen las vacaciones, ¿puedo ir contigo al banco? —Manu lo miró pues era parecido al padre. Otro chico a su edad hubiera querido ir a pasear con amigos, sin embargo, él deseaba ir con él abuelo y se sintió orgulloso.

—¡Claro que sí! Irás todos los días que quieras —aseguró. Joaquín los miraba de reojo con media sonrisa. Las niñas más chicas de Alma y Candy ya habían terminado de almorzar y andaban corriendo alrededor de la mesa. Kiara era de terror, aunque la más cariñosa con el abuelo. Vivían controlándola ya que siempre hacía algo indebido, en un segundo desapareció de la vista de todos, y Alma enseguida se levantó a buscarla.

—¿Qué pasó Alma? —indagó Sofía al ver que se levantaba rápido.

—Voy a ver dónde está Kiara —contestó. Manu le dijo al oído a Sofía que la acompañara.

—¿Dónde estás Kiara? —voceó Alma.

—¡Daniela! —Se escucho la voz de Candy, que también llamaba a su hija.

De pronto todos escucharon el reto de Alma a Kiara, Joaquín corrió y Bruno también, entraron en una habitación y vieron a Daniela con el flequillo cortado al ras, mientras Kiara sostenía unas tijeras. Alma y Sofía estaban paralizadas, y Candy y Joaquín puteando.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Me vas a volver loco! —gritó Joaquín enojadísimo. Bruno se acercó y alzó a Daniela que lloraba a mares. Alma solo sabía decir perdón, mientras la cara de Candy era de terror. Bruno salió de la habitación seguido de su mujer y al pasar cerca de su padre, este se paró y se la quitó al hijo de los brazos.

—Ven acá mi vida —le dijo Davy, apoyando a su nieta sobre su pecho y caminando con ella hacia el jardín de invierno.

—¡Son niñas! —exclamó Manu, pero Joaquín salió enfurecido con su hija llevándola de la mano hacia su casa y su mujer siguiéndolo.

Luego de levantar y acomodar todo, se quedaron solos los tres y Manu se quedó pensando en su nieta Kiara. Poniéndose una campera ante la vista de Sofía que preparaba café, mientras Davy preparaba las tazas.

—¿Dónde vas? —le interrogaron los dos.

—No puedo dejar de pensar en mi nieta iré a ver qué hace, sé que es traviesa, pero es tan chiquita —comentó. El brasileño sonrió.

—Esa menina es un enano disfrazado de niña —aseguró Davy. Manu abrió la puerta de la cocina y recorrió el corto camino que lo llevaba a la casa de su hijo, observó el mar y se detuvo unos minutos apreciándolo. Al llegar a la puerta de la cocina, esta estaba cerrada y no se sentía ni un ruido, tocó el timbre y su hijo salió con una cara que reflejaba su enojo.

—Pasa papá —lo instó Joaquín, abriendo del todo la puerta.

—Tranquilo hijo, pronto crecerá. Ya verás que sus travesuras solo serán un recuerdo que te hará sonreír —susurró apoyando la mano su hombro. Alma al verlo se levantó besándolo en la mejilla.

—Estábamos viendo una película, Kiara está en su dormitorio castigada —le informó. Manu sonrió y pidió permiso para verla. Abrió la puerta muy despacio y al verla sentada en una sillita mirando la pared con un librito entre sus deditos se murió de amor. Camino despacio hacia ella parándose a su

lado, ella levantó su carita mirándolo con los ojitos llenos de lágrimas, y él se arrodilló a su lado acariciando su mejilla.

—Mi niña bonita, ¿por qué te portas mal? —Ella sin pensarlo se arrojó a sus brazos. Una de sus manos acarició su cabecita, y sus labios besaron con suavidad su hermoso pelo.

—¡No lo voy a hacer más, lo prometo! —Manu movió su cabeza sonriendo, sabiendo que siempre que hacia una travesura decía lo mismo.

—¿Lo prometes? Si te portas bien el abuelo te comprará lo que tú pidas.

—¿Lo que yo quiera? —Él sonrió.

—Sí mi niñita. ¿Qué es lo que quieres? —Después de hacer esa pregunta se arrepintió, pues era capaz de pedir lo más insólito.

—Quiero un juego como el que tiene el tío Bruno —acotó la pequeña. Manu achinó sus ojos—. Ese que tiras contra la pared —le explicó. Él largó una carcajada.

—¡No! Eso es de grandes, ¿una muñeca? —indagó.

—No abuelo eso es para chiquitas —replicó. A manu se le abrió la boca y sonrió—. Una pista de autos —pidió arrugando su pequeña nariz.

—¡Ese juego es de varón! —exclamó el abuelo.

—Bueno pues cómprame lo que vos quieras —dijo sentándose otra vez en la sillita. Manu se arrodilló de nuevo y tomando con sus grandes manos esa hermosa carita le habló despacito.

—Bueno listo, el abuelo te comprará la pista de autos de carrera, pero solo si te portas bien, ¿sí? —Ella se colgó de su cuello besándolo en la mejilla.

Luego de saludar a su nuera y a su hijo se marchó a su casa. El brasileño y Sofí estaban tapados con una manta viendo una película, los dos lo miraron cuando entró.

—¿El enano qué dice? —preguntó Davy.

—Quiere una pista de autos de carrera —comentó. Sofía abrió grande la boca.

—¡Eso es para varón! No vas a comprarle eso, ¿no? —inquirió. Él se sentó a su lado y sonrió, mirándola.

—Claro que se lo voy a comprar..., si se porta bien —acotó. Davy se rio.

—Entonces no lo comprarás nunca, porque siempre se porta mal —expresó. Los tres sonrieron sabiendo que quizás nunca se portará bien.

Antes de que se terminara la película Davy se durmió, Sofía lo tapó con mucho amor y lo dejó dormir, apagaron la televisión y se levantaron, el gallego se duchó mientras ella preparaba algo para cenar. Manu se vistió, se dirigió a la cocina y le preguntó a Sofía mientras se sentaba en un taburete y encendía la computadora.

—¿Qué va a hacer mi mujer? —Ella se dio vuelta mirándolo.

—Haré unas pizzas, seguro que mis hombres están muertos de hambre, ¿no? —Manu observó que tenía diez correos y empezó a leerlos, mientras le respondía.

—Sí amor sabes que nos gustan las pizzas —respondió. Ella siguió hablando, pero él ya no la escuchaba pues leía el último correo: “*Hoy sábado a las ocho de la noche. Media hora antes te pasaré la dirección*”. Era de la mañana, sin embargo, hacía media hora tenía otro: “*Te espero en el bar que está a diez cuadras del banco*”.

Sus neuronas comenzaron a trabajar a mil, Davy estaba durmiendo, no quería despertarlo y tampoco quería decirle nada a su mujer, se reclinó sobre el respaldo del taburete pasándose la mano por su barba incipiente, meditando qué hacer. Miró la hora en su celular, eran las cinco. Respondió al correo con un escueto ok y se levantó, Sofía lo miró.

—¿Dónde vas? —preguntó cuando lo vio caminar hacia el dormitorio, él se dio vuelta y volviéndose sobre sus pasos, se paró frente a ella abrazándola.

—¡Te amo! Me pondré una campera e iré a hablar con Frank de un negocio, vuelvo en un par de horas, ¿sí? —mintió. Ella lo abrazó y le besó.

—Te espero no tardes —contestó. Manu nervioso entró, y tomó un arma revisando que estuviera cargada. La guardó en su espalda sobre su cintura, se puso la campera y al salir observó al brasileño que seguía durmiendo, entró en la cocina y acercándose a su mujer la besó en la cabeza.

—¡Ya vengo nena, te amo! —se despidió. Cuando llegó caminando por la playa a casa de Frank, este justo salía a fumar y al verlo se sorprendió.

—¿Pasó algo? —Manu le contó lo del correo.

—Vamos yo te acompaño —respondió el hermano.

—Trae un arma, no sabemos quién mierda es este desgraciado —le pidió. Frank asintió entrando en su casa. A los cinco minutos salían raudos del garaje en el auto.

Lucio se duchó y se cambió en minutos, cuando salió del baño Pam le leía un cuento a Thiago, ella levantó la vista mirándolo, lo sintió nervioso todo el día y no se creía lo del problema en la oficina, presentía que era otro el motivo de su reocupación.

—Me voy nena, en dos horas vuelvo pasaré a buscar a Damián —se arrimó y agachándose los besó a los dos en la cabeza. Salió rápidamente de su casa, subió a su auto y pasó a buscar a Damián que ya lo esperaba en la puerta de su casa.

—Deberíamos haber traído a alguien más, no me fio de ellos —comentó Damián revisando su arma, Lucio lo miró.

—Yo también la traje —dijo mirando el arma—. No creo usarla, pero

uno nunca sabe. ¿Tú piensas que ellos vendrán con custodia? —preguntó.

—No lo sé, solo te diré que tenerlos enfrente mío me pone nervioso —respondió. Lucio sonrió sintiendo un nudo en el estómago.

Manu había llegado antes del horario fijado al bar, pero no quiso bajarse del auto. Había estacionado media cuadra antes y junto a su hermano observaba el movimiento, a esa hora la oscuridad ya reinaba, solo había unas pocas farolas encendidas.

—Bajemos de una puta vez, quiero verle la cara al desgraciado —acotó Frank.

—Espera, quizás aún no llegó y al verlo podemos darnos una idea de quién es.

En ese momento Lucio llegaba con Damián sin darse cuenta del auto de Manu, ni de otro más que lo venía siguiendo.

—Mira, ahí para una camioneta —dijo Frank tocándole el brazo a Manu, que abrió grandes sus ojos.

—Ese es el pendejo del gimnasio y también lo vimos en el boliche, ¿no recuerdas? —comentó a Frank. Manu se enderezó más en el asiento viendo como él y otro hombre entraban al bar, no sin antes observar hacia todos lados.

—¿Qué hace acá? ¿Será coincidencia? —inquirió Frank.

—No existen las coincidencias, ya te lo dije —pronunció Manu sorprendido.

Faltaban cinco minutos para el horario fijado, Manu y Frank iban a bajar del auto, cuando observaron como uno paró en la puerta del bar. De él bajaron cuatro hombres, dos entraron y dos se quedaron apoyados en el mismo, los hermanos se miraron.

—¡Mierda, esto no me está gustando! —exclamó Manu. Al poner un pie fuera del auto, alguien se aproximó a la espalda de Frank apuntándolo con

un arma y este enmudeció.

—¡Davy estás loco! ¿Qué mierda haces? —gritó Manu, mientras él se mataba de risa y Frank se dio vuelta empujándolo.

—¿Dónde van ustedes? ¿Por qué mierda no me llamaste? —El gallego sonrió y el brasileño guardó el arma.

—¿Cómo supiste donde estábamos? Me mando un correo el desgraciado, no quise despertarte —le informó.

—Sofía me dijo que estabas mirando los correos, y ahí me enteré —comentó. Los tres apoyaron las manos sobre el capo del auto, y los dos hombres que habían quedado afuera del bar ya los miraban mal. La noche se presentaba oscura y el viento les penetraba hasta en los huesos, aunque la adrenalina que sus cuerpos desprendían mantenía sus sentidos alertas y más vivos que nunca.

—Esto se ve muy mal —acotó Frank, quien ya se había puesto nervioso.

—A mí tampoco me gusta, pero entremos de una vez —afirmó Davy, Manu tomó la delantera y al pasar al lado de los dos hombres, estos se dieron vuelta ocultando sus rostros.

—Me quedo afuera y controlo a estos dos —comentó Frank mirando a Manu, que ya abría la puerta del bar.

—¡No! Entremos todos, después vemos.

Al entrar el olor a tabaco era inaguantable, Manu recorrió con la vista todo hasta que en un rincón observó la cara del hombre del gimnasio que lo miraba directamente desafiándolo.

CAPÍTULO 18



—Tiene que ser ese, su mirada me lo dice —susurró Manu.

A medida que los tres se acercaban, Lucio y Damián se pararon y corrieron unas sillas para que tomaran asiento, los cinco hombres se retaban con sus miradas. Luego de sentarse, Manu le clavó los ojos con ironía y sus labios esbozaron una sonrisa malévola.

—Soy Lucio —se presentó este extendiendo su mano, que no fue correspondida.

—¿Tú eres el cobarde que se escudó todo este tiempo tras los correos electrónicos? —inquirió mordaz. Davy se puso de costado observando a unos hombres, que no les sacaban vista de encima desde que habían puesto un pie en el bar, codeó a Frank que los visualizó.

—¿Tú me hablas de cobardía cuando no has sido capaz de averiguar sobre la muerte de tu padre? —replicó Lucio haciéndole frente. Manu apretó la mandíbula enojado.

—¿Quién mierda eres? ¿A qué estás jugando? ¿Quieres dinero? —le interrogó Frank.

—Tengo dinero de sobra, solo quiero que se sepa quién mato a... — comenzó y se calló cuando la palabra padre iba a salir de sus labios.

—¿Por qué te interesa saber quién lo mató? ¿Quién mierda sos? —gritó Manu lleno de ira.

Varios hombres que tomaban y hablaban amigablemente empezaron a darse vuelta y observarlos, al escuchar que levantaban la voz. El barman que estaba atrás de la barra comenzó a inquietarse sabiendo que habría problemas, su mirada se paseaba entre ellos y los dos que se encontraban sentados cerca de la entrada del bar.

—¿Por qué has venido con custodia? ¿Tanto miedo nos tienes? — preguntó Davy, señalando con un movimiento de cabeza a los hombres que no dejaban de observarlos. Lucio observó y tragó saliva.

—Yo vine solo con mi amigo —replicó. Damián asintió con la mirada y los hermanos Falcao se miraron, ¿quiénes eran los otros?— Esos que ven ahí me siguen hace días, quizás no quieren que cuente lo que sé de su padre, puede que después de hablar con ustedes no salga vivo de este lugar, y mi hijo se crie solo, casi como lo hice yo —respondió, Manu se enderezó en la silla.

—¡Te protegeremos! Dinos lo que sabes y hazlo pronto, porque mi paciencia tiene un límite y se está agotando —le dijo Manu. En ese preciso momento, Frank observó que uno de los que los vigilaban se acomodaba el arma en la cintura y miró a Davy.

—Van a disparar —susurró Frank, sin alejar la vista de los hombres. Manu se tocó la espalda palpando su arma.

—Rápido, di lo que sabes y cómo lo sabes —bramó.

—¡Tú padre murió en mis brazos! —alcanzó a decir, todos giraron las cabezas mirándolo. ¿Sería uno de los asesinos? Pensaron. Manu se paró y lo tomó del cuello estampándolo contra la pared.

—¡Hijo de puta, tú lo mastates! —gruñó lleno de ira estrangulándolo. En el bar se produjo una estampida, solo los dos hombres que los vigilaban se quedaron sentados en sus lugares sin inmutarse.

—¡Mátalo! —chilló Frank, que ya estaba parado junto al brasileño sin perderlos de vista. Damián casi se desmaya al observar, que Manu sacaba su arma apuntándole en la sien a Lucio, que se veía más blanco que un papel.

—¡Dile Lucio! Dile que sos su... —lo instó a voces Damián, pero un tiro sonó en el ambiente y todos se miraron. Davy giró la cabeza viendo cómo uno de los hombres comenzaba a disparar contra ellos. Empezaron a llover tiros. Manu vio de reojo un hombre del que no se habían percatado, que se acercaba por un costado con un arma y sin pensarlo, de un solo tiro lo derribó. Miró a Lucio cubriéndose el hombro con la mano, mientras su sangre se derramaba por el brazo produciendo un gran charco en el piso, se arrodilló mientras Damián gritaba apretando la herida. Frank y Davy corrieron a los tiros, a los dos que habían comenzado a disparar, uno de ellos cayó muerto en la vereda y el otro se perdió en la oscura noche dejando un rastro de sangre a su paso.

Los hermanos volvieron adentro corriendo y observaron cómo el hombre que los citó se iba desvaneciendo y el amigo seguía gritando desesperado. Manu lo hizo a un lado y sacándose su campera hizo presión sobre la herida.

—¡Mírame! ¡Mírame! —le grito apretando los dientes. Como pudo, Lucio sacó unos papeles del bolsillo de su saco poniéndolos entre sus dedos, todos lo miraban y Manu se acercó más, poniendo el oído cerca de sus labios que balbuceaban palabras sueltas.

—Cuida a mi hijo Manuel, por favor. ¡Mi niño! —murmuraba Lucio. Manu con una mano abrió los papeles reconociendo al instante la letra de su amado padre, terminó de leer y la vista se le nubló. Lucio se había

desmayado y Manu miró a los hermanos, le entregó los papeles a Frank que los leyó y se los pasó a Davy.

—¡Vamos al hospital! —gritó Frank desahogado, mientras Manu y Damián cargaban en el auto a Lucio. Davy con lágrimas en los ojos se acercó al hombre que atendía la barra, que se encontraba duro pegado al piso y le dijo:

—Tranquilo, mandaré gente a limpiar este desastre y te haré el bar a nuevo, pero no llames a nadie. —El pobre hombre solo atino a asentir con su cabeza.

—Toma las llaves de su camioneta y síguenos —ordenó Manu a Damián, y este así lo hizo.

Lucio estaba en la parte de atrás del auto de Manu, con la cabeza apoyada en la falda de Frank que seguía apretando su herida. Nadie abría la boca, pues la noticia los había impactado a todos. Cuando llegaron, bajaron a los gritos y enseguida se acercaron médicos y enfermeros con una camilla, para llevarlo a un box y de ahí al quirófano para extraerle la bala.

—Alguien debe ir a casa y contar lo sucedido, las mujeres están como locas con los mensajes —acotó Davy mirando su celular.

—Aún no lo puedo creer, ¿por qué mierda no habló antes? ¿Cómo hizo para guardarse este secreto tanto tiempo? —expresó Frank. Todos miraron a Damián, al que se le caían las lágrimas.

—¿Cuánto hace que se conocen? —indagó.

—Somos primos. Mi madre era hermana de su madre.

—¿Dónde está la madre? —siguió preguntando.

—Falleció unos meses antes que su padre —le indicó Damián.

—¿Y su hijo?

—Está con Panamá en su casa, a media hora de aquí.

—¿Tan cerca nuestro vivía? ¡Es para matarlo! ¿Por qué no habló antes?

—quiso saber— Ve a su casa, dile que lo asaltaron y que lo están operando —ordenó Manu a Damián—. Ya después contaremos la verdad. Los líos nos persiguen, si le pasará algo... —expresó Manu pasándose la mano por el pelo, sin embargo, Frank no lo dejó terminar de hablar.

—No creo que sea grave esperemos a ver qué dice el médico —acotó, y en ese instante salió el doctor a hablar con ellos.

—Se va a recuperar. La operación fue un éxito, pero tendrá que quedarse unos días, luego podrá volver a su casa.

—¿Puedo pasar a verlo? —indagó Manu.

—Está despertando, en un rato vendrán a buscarlos —decretó el médico.

Al poco rato se acercó una enfermera, que les indicó que solo podía para uno cinco minutos. Manu la acompañó y al entrar en la habitación, se acercó a la cama mirándolo sin comprender, por qué su padre lo había ocultado tanto tiempo y justo antes de morir, le había dado su apellido. Le encontró parecido con Davy y Bruno, por lo que medio sonrió. En eso Lucio abrió apenas los ojos y al verlo le dijo:

—Thiago. —A Manu, sabiendo lo que él amaba a sus hijos se le arrugó el corazón pensando si él estuviera en sus mismas condiciones, le apretó la mano mirándolo.

—Mandé a Damián. Te pondrás pronto bien, entonces hablaremos —decretó.

—Ve a verlos por favor, recuerda que me siguen. Si les pasará algo a él o a Pam nunca me lo perdonaría —atinó a decir Lucio y Manu asintió.

Cuando salió con los hermanos lo que Lucio había pedido, y con Davy fue a ver al niño, mientras Frank se quedaba en el hospital. De camino a casa de Lucio, ambos estaban absortos en sus propios pensamientos.

—¿Recuerdas una vez que estábamos en reunión con papá y él salió a

hablar por celular y de pronto escuchamos que gritaba? —preguntó Manu. Davy trató de recordar.

—Sí recuerdo, ¿y qué con eso?

—¿No recuerdas el nombre que repetía? —Davy abrió su boca, los tres hermanos habían escuchado, pero jamás se animaron a preguntarle.

—¡Lucio, gritó Lucio!

—Quiere decir que hablaba por teléfono con él —afirmó Manu—. ¿Por qué no nos dijo que tenía otro hijo? —terminó diciendo.

En la puerta de la casa de Lucio se bajaron y tocaron timbre, Panamá abrió sonándose la nariz y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien? ¿Y Thiago? —la interrogó Davy. Vieron que detrás de ella asomaba un niño con el pelo rubio y unos ojitos increíbles, muy parecido a su nieto Kim.

—A Lucio lo asaltaron —alcanzó Pam a pronunciar tapándose la cara con las dos manos y poniéndose a llorar, Damián abrió la puerta al verlos y enseguida los hizo pasar, antes de cerrar, observó hacia la calle pues estaba aún aterrado de lo sucedido.

—Pasen siéntense —invito Damián señalando unos grandes y hermosos sillones, Manu enseguida observó que su hermano menor no necesitaba dinero. La casa era grande, bella y decorada con un gusto exquisito. Miró al niño y vio también a una chica que abrazaba a Pam.

—Ven a acá Pan —pidió Manu y ella obedeció—. Él se repondrá, ya verás y luego aclararemos todos los malos entendidos —dijo y vio que Damián le hacía señas comprendiendo que ella no sabía nada.

—¿De qué me habla? —Pan abrió grandes sus ojos.

—Creo que metí la pata —pronunció con una sonrisa—. Ya Lucio hablará contigo.

Thiago los observaba callado apoyando su cuerpecito en las piernas de su

padrino que acariciaba su cabeza.

—Qué niño tan bonito, ¿tú te llamas Thiago? —preguntó Davy mirándolo. El parecido con Kim era extraordinario.

—Sí —respondió él con una vocecita muy suavecita y todos se sonrieron.

Los Falcao se retiraron acompañados por Damián, y en la vereda se pusieron a conversar. A grandes rasgos él contó cómo había sido la vida de Lucio luego de quedar solo, estos escuchaban atentos, de pronto observaron un auto pasar dos veces y sus sentidos se pusieron en alerta.

—Ve adentro y no te muevas creo que aún habrá problemas, no debes salir. Mandaré a alguien más tarde si necesitas algo —ordenó Manu. Damián asustado entró encerrándose con las mujeres y el niño, como estaba tan nervioso tuvo que contarle toda la verdad a Pam que pedía ir a ver al hospital a Lucio.

—¡No puedes salir! Manuel dijo que corremos peligro, entiende, debemos cuidar al niño.

—¡Está solo y herido, quiero ir y no me detendrás! —chilló, pero en ese momento sonó el teléfono y ella corrió a atender.

—Hola, ¿quién es? —Damián atrás de ella, le gritaba que cortara.

—Soy Frank, el hermano de Lucio, está a mi lado te paso —le explicó. Ella sonrió y otra vez las lágrimas asomaron por su rostro.

—¿Pam? Estoy bien nena, cuida a mi hijo —dijo Lucio. La voz del se escuchaba cansada.

—Mi amor claro que lo cuidaré quiero ir a verte, pero Damián no me deja.

—¡No! No puedes venir, aún hay peligro, Manuel los cuidará. Escucha lamento no haberte contado... —comenzó, sin embargo, ella no lo dejó terminar de hablar.

—Ya hablaremos, ahora descansa. Te esperamos en casa. Lucio... — replicó Pam.

—Te escucho Pam, ¿qué mi vida?

—Te amo. Yo también tengo secretos que nunca me animé a confesar y creo que llegó el momento de revelarlos —comentó.

—Tranquila lo hablaremos, un beso. ¡Te amo! —declaró, y así corto la comunicación.

—Duerme un rato, me voy afuera —acotó Frank mirándolo.

—Gracias por todo pensé que me rechazarían —dijo Lucio y Frank lo miró.

—Sos de la familia y eso hermano es lo que importa —aseguró. En eso llegaron Manu y Davy, que al verlo un poco más despierto se quedaron en la habitación.

—Quiero que sepas que tu hijo es igual a... —comenzó a decir Davy. Lucio se rio tocándose el hombro que le dolía.

—Es igual a Kim, ¿ibas a decir eso? —El brasileño se sorprendió.

—¿Cómo sabes eso? —Abrió grandes sus ojos, comprendiendo— ¡Desgraciado de mierda! ¿Nos has vigilado todo este tiempo? —Lucio corriéndose el pelo hacia atrás respondió con una sonrisa.

—¡Sí! ¡Sé todo de ustedes!

—Bueno mejórate rápido así cuando te levantes de esa cama te daré unas cuantas patadas en el culo, no olvides que eres el más chico —afirmó Manu.

Se despidieron de Lucio para que pudiera descansar, no sin antes asegurarse que alguien vigilaba que no le pasara nada malo. Cuando llegaron a casa se despidieron de Frank, que corrió a tranquilizar a su mujer. Ya con Sofi, los tres hablaban del hermano perdido, mientras tomaban un café.

—Pedí su ADN en el hospital, y sí es nuestro hermano, papá dónde esté

seguramente debe estar sonriendo, me dejó un gran problema que solucionar y eso haremos. Aunque me cueste la vida descubriré quién es la otra persona que lo mató y lo mataré sin pensarlo, pero antes sufrirá —murmuró apretando la mandíbula. Sofí tragó saliva, pues lo sabía capaz de todo para salvaguardar a su familia. Otra vez los problemas llegaban a ellos y tenían que ponerle el cuerpo, cómo siempre lo habían hecho. Manu la miro, le señaló el taburete junto a él y ella se sentó pasándole el brazo por su cintura y apoyando la cara en su pecho, el estiró el brazo arrimándola a su cuerpo y besó su pelo.

—Quiero irnos los tres otra vez y muy lejos. Quiero pasar por París y tomarnos aquel café tan rico ¿recuerdan? —Davy se pasó la mano por el pelo y Sofía se limpió una lágrima—Quiero internarme en la India y caminar por esas calles donde encontramos tanta paz, quiero estar desnudos en esa casa y reírnos de pavadas... Quiero que prometan, que los dos lo harán por mí —pidió Manu.

—Todo saldrá bien y nos iremos los tres —respondió Davy, aunque no muy convencido. Sofía movió la cabeza y levantando la cara de su pecho le dijo:

—Deja de hablar pavadas. Esto terminará pronto y hallaran al asesino de su padre.

Todos los hombres de la familia estaban citados en la casa de Manu. Uno a uno fueron llegando, todos estaban impacientes, queriendo saber de los próximos pasos a seguir. Lucio que ya había recibido el alta del hospital, también estaba presente con el brazo en cabestrillo. Manu le comentó que después lo presentaría a todos.

—La guerra está declarada —comenzó a decir Manu. Bruno que estaba al lado de Lucio, no podía dejar de asombrarse por el parecido entre ambos.

—Yo quiero hablar. Júrame que no es tu hijo —pidió Bruno mirando a

Davy.

—Muéstrale las pruebas —le pidió este a Manu, que sacó unos papeles y los depositó en la mesa. Bruno los tomó y una vez se cercioró, los volvió a dejar en el sitio.

—Es de la familia. Es nuestro hermano y su tío. Deben respetarlo como a nosotros —concluyó Manu mirando a Bruno y a Joaquín—. Uniremos todas nuestras fuerzas para saber la verdad sobre la muerte de nuestro padre, no quiero discusiones entre nosotros. Todos asintieron solemnes—. Ahora quiero saber de los labios de mi hermano lo sucedido, y quiero que me cuente también toda su vida —demandó Manu sentándose en su sillón y mirándolo directo a los ojos. Lucio comenzó a relatar todo lo que vivió desde niño hasta el momento actual.

Las mujeres estaban como locas en la cocina sin poder creer lo que Damián les contaba sobre la vida del primo, nadie abría la boca.

—Pobrecito, qué vida de mierda. No entiendo como mi suegro ocultó por años a este chico —dijo Marisa.

—Quizás por vergüenza —acotó Miriam—. Ya con hijos grandes y nietos, ¿qué podía hacer?

—Yo amé a ese hombre, pero hizo mal, su hijo sufrió y mucho —afirmó Sofía. Las dos hijas menores de Manu estaban atónitas, pensando que el bombón que había ido a pedir un presupuesto a la empresa de publicidad para verlas de cerca, ahora era su tío y como Lucía, no tenía pelos en la lengua lo soltó.

—¡La madre que me parió! Resulta, que ese tremendo hombre, ese bombón, ahora es mi tío, ¡no te puedo creer! —exclamó Lucía. Las demás mujeres casi se mueren, todas giraron sus cabezas hacia ella, acuchillándola con la mirada.

—¡Lucía! —la amonestó Sofía, observando a Pam de reojo que tenía a

Thiago dormido en su falda.

—Perdón Pam, solo es un chiste. Tranquila que no me gusta más —dijo embarrando todo más.

—No hables más haznos el favor. Es tu tío nena —la reprobó Marisa.

—Escucha Pam —intervino Alma— es un hombre muy lindo, debes saber que las mujeres no son indiferentes a su presencia.

—Lo sé y debo confesar que, aunque no se lo diga, siento celos — declaró Panamá y todas suspiraron sabiendo que en su momento sintieron lo mismo por sus hombres.

CAPÍTULO 19



—Tranquila mi vida, se nota que él te ama, no debes sentir celos solo vuélvelo loco en la cama, yo descubrí eso hace años... —comentó Sofía y la risa se hizo colectiva justo en el momento que los hombres salían del despacho del gallego. Habían oído sus consejos y la mirada del gallego se posó en ella, reprobándola.

—¡Mi mujer siempre hablando de más! —manifestó acercándose a Pam, y tomando a su sobrino en brazos. Acarició su mejilla y besó su cabeza ante la mirada de todos— ¡Otro Falcao más! —exclamó.

—Bueno a comer se han dicho —acotó Frank, apoyando su mano en el hombro de Marisa y todos se dirigieron al jardín de invierno donde la mesa ya estaba lista. Lucio abrazó a Panamá y la besó en la frente, Manu se quedó en la cocina con su sobrino alzado y pensativo.

—Acuéstalo y ven a comer —le pidió a Davy. El tío lo acostó y todos comenzaron a almorzar, Lucio se encontraba tan feliz que no podía comer, estar con su familia era todo lo que había deseado. Las risas se hacían escuchar y todos hablaban a la vez, hasta que Manu se paró con una copa en

la mano y todos callaron.

—Bienvenido a la familia a nuestro hermano menor, a nuestro sobrino y a su hermosa mujer —manifestó. Todos se pararon brindando y a Lucio se le hizo un nudo en la garganta, el gallego lo abrazó y besó en la mejilla—. Bienvenido hermano, te quiero —dijo Manu. Davy y Frank hicieron lo mismo y luego tocó el turno a las mujeres. Lucía hacía un ademán de limpiarse las babas antes de acercarse a su tío, y Sofía le dio un codazo. Manu la miró mal y ella coqueta se acercó al lado de Davy y Manu para darles un beso y les susurró:

—Alguien les ganó el puesto creo que es más lindo que ustedes —dijo riéndose. Davy la fulminó con la mirada y Manu largó una carcajada.

Manu les propuso a los hombres caminar por la playa para poder hablar tranquilos sin las mujeres, que ya andaban recogiendo todo y preparando café.

—Quiero que me digas, ¿por qué mierda no viniste a nosotros antes? —le dijo a Lucio.

—Pensé que me echarían —bajó la vista, luego miró a los ojos a Manu—. Yo te odiaba a ti y a todos, ¿sabes lo que es sentirse solo? ¿Qué te griten en la escuela que eres un bastardo? ¿Que tu padre venga solo a verte una vez al mes y se la pase hablando de ti? Manu esto, Manu lo otro, perdóname, pero llegó un momento que quise verte muerto —le explicó. Manu apoyó su gran mano sobre su hombro.

—Primero te diré que sé lo que es que te griten bastardo, yo lo pasé y no se lo deseo a nadie. Segundo mi padre era así, hablaba de mí, no porque me quisiera más sino porque yo dirijo todos los negocios, me hice cargo de la familia como me haré cargo de la tuya. Tendrías que haberte presentado ante nosotros, no sabíamos de tu existencia. Somos familia Lucio, eso es lo que importa, nunca lo olvides. Si tú tienes un problema lo tenemos todos.

¿Entendido?

—Así será, lo prometo. Siempre pensaba cómo sería estar reunido con todos ustedes, papá siempre contaba —dijo. Frank lo abrazó y Davy le pasó la mano por el pelo emocionado.

—Miren como las mujeres están bailando solas —acotó Joaquín. Todos observaron que habían puesto música, Sofía y Marisa bailaban salsa y las demás ya se levantaban. Manu miró a su mujer y sonrió.

—¡Yo quiero bailar, vamos! —exclamó Bruno y junto a Joaquín corrió hacia allí. Mientras se acercaban Davy posó la mano en el hombro de Lucio.

—Un Falcao sabe bailar, ¿tú sabes? —le susurró. Lucio sonrió y cuando llegó, tomó la mano de Pam invitándola a danzar ante la mirada de todos.

—Ven acá mi niña —ordenó Manu a Sofía. La apoyó en su gran cuerpo y comenzó a moverse sin dejar de mirarla—. Aún me calientas tanto, no te imaginas cuanto —afirmó.

—Mi gallego está caliente, yo diría que muy caliente —murmuró ella en su oído, mientras pasaba sus dedos acariciándole la nuca. En eso llegó Davy a separarlos.

—Mi turno, ve a sentarte —le indicó y empezó a hacerla dar vuelta a su mujer. Así estuvieron todos bailando y riendo hasta que se cansaron.

Manu hacían todo lo posible para que el nuevo integrante de la familia se sintiera a gusto. Lo llamaba todos los días y algunas tardes hasta pasaba a busca a su sobrino Thiago, para que jugara con las hijas de Joaquín y Bruno. El brasileño no estaba muy conforme con la amistad que su hijo Bruno y Lucio tenían, y así se lo hizo saber a Manu esa mañana.

—Sé lo que es mi hijo y no quiero que Lucio sea como fuimos nosotros, ¿me entiendes? —comentó, mientras el gallego bufaba, pues estaba atrasado con el trabajo. Dejó el papeleo que tenía en las manos, y se sacó las

gafas mirándolo mal.

—Dime qué mierda quieres que haga. ¡Dilo o cállate la boca! —ordenó Manu.

—Habla con él, no es como nosotros. Terminará enredándose con alguien y perderá a su familia —aseguró. Manu suspiró y reclinó su espalda sobre su sillón sin dejar de observarlo.

—Está bien me hartaste. Llámalo, dile que venga que debo hablar con él, ¿estás conforme? —El brasileño sonrió. Golpearon la puerta y era Lucio, los dos se miraron.

—Pasa hermano, ¿cómo está el brazo? —Él los besó en la mejilla, y se sentó en uno de los sillones.

—Bien mejor, ¿están muy ocupados? Quería hablar sobre papá —dijo y los tres se miraron.

—Dime, te escucho —afirmó el gallego parándose, para después apoyarse sobre el escritorio.

—Damián vio la cara del otro hombre en el accidente que provocaron.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Todavía estoy en las nubes por todos los acontecimientos. Necesito que me pasen fotos de todas las personas que estuvieron cerca de ustedes, yo pienso que es alguien conocido por él quien organizo su muerte —aseguró. Los hermanos se observaron.

—Esta noche te pasaré todas las fotos que pueda. Ahora quiero preguntarte algo —manifestó Manu—. ¿Has salido de gira con Bruno? —preguntó el gallego tocándose la barba.

—Sí, dos o tres veces, ¿a qué viene la pregunta? —El brasileño respondió.

—Mira mi hijo es como nosotros a su edad, ya perdió a su familia por su alocada vida y nosotros estuvimos así de cerca —hizo seña con sus dedo

índice y pulgar—, de perder a la maravillosa mujer que aún nos acompaña. No queremos que te pase lo mismo, a Bruno le encantan las mujeres y no tiene —le explicó. Lucio no lo dejó terminar de hablar.

—Solo es sexo —expresó. Manu y Davy tragaron saliva.

—Eso mismo decíamos nosotros. Sos grande haz lo que te venga en gana, ojalá no te arrepientas el día de mañana. Los años pasan hermano, y lo único que queda es la familia y la mujer que te acompañará en la vejez —acotó Manu.

Ya en su casa, mientras buscaban las fotos, el brasileño solo pensaba en lo mal que se había portado con su mujer, quería volver el tiempo atrás y no hacerla sufrir de la manera en la que lo había hecho, el gallego levantó la vista observándolo.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensas?

—En Sofía, la amo tanto. Nunca tendría que haberla lastimado me he portado muy mal con ella —respondió sentándose en el taburete de la cocina y sirviéndose una copa de vino.

—Ya pasó y claro que la lastimamos los dos porque somos unos tremendos imbéciles, yo también la amo, respiro porque ella lo hace, es mi reina, es... —No pudo terminar porque su mujer entró a las risas en la cocina. Venía de casa de Marisa con su trenza mal hecha y colorada, «qué lindo es verla reír, sigue siendo la mujer más hermosa del mundo» pensó el gallego acercándose a ella abrazándola, y de pronto se retiró serio.

—Tú has tomado mi niña. Hueles a alcohol —la regañó. Davy se empezó a reír lo que desató la furia de ella.

—¿De qué te ríes brasileño? ¡Arrogante, imbécil!

—¿Qué culpa tengo yo que tu hayas tomado? —replicó él muerto de risa.

—Vos sos de lo peor, siempre me engañaste, ¡siempre! —gritó Sofía

desafiándolo con la mirada y acercándose a su lado, Davy la abrazó, pero ella se deshizo enojada. Manu se puso en el medio, tomando de los hombros a su mujer, tranquilizándola.

—Vamos al baño, justo me iba a dar una ducha —le pidió besando su nariz, Davy se paró, y cuando iba a salir rumbo al jardín de invierno ella lo retuvo del brazo.

—¡Te amo! ¡Bésame! —El brasileño apoyó los labios en los de ella mientras el gallego movía su cabeza sin poder creer lo que veía.

—¿Nos bañamos los tres? Te sacaré la ropa y mis labios recorrerán este cuerpo que amo —susurró Davy lamiendo su oreja y apretándole las cachas, mientras Sofía ya depositaba la palma de la mano sobre su bulto haciéndolo estremecer.

—Vayan que ahora voy. Le mandaré estas fotos a Lucio —comentó Manu, y los dos entraron en la habitación comiéndose la boca.

Manu sonreía mientras ordenaba y enviaba las fotos al hermano cuando de pronto su celular sonó, observó la pantalla y era él.

—Justo te enviaba unas fotos —como el hermano no respondía, se puso nervioso—. Lucio ¿sos vos? ¿Pasa algo? ¡Habla!

—Manu, por favor ven tuvimos un problema —escuchó. Manu soltó las fotos.

—¿Dónde estás? ¿Con quién? ¡Lucio!

—Estoy con Bruno en el departamento cerca del banco, no sé qué pasó, pero ella está, no sé, ¡ven por favor!

—No me asustes, ¿están con una mujer? Dime que no está muerta, ¿quién es?

—¿No sé! La trajo Bruno, no sé. ¡Creo que no respira, Dios mío Manu!
—gritó Lucio.

—Ya voy, no la toquen, ¿qué hace Bruno?

—Esta como loco, ¡apúrate!

—¡Estoy saliendo, te lo advertí Lucio! ¡Te lo dije! ¡La madre que me parió! —bramó, mientras entraba en el dormitorio. Sofía dormía, Davy solo la había lavado acostándola y estaba tapándola y dándole un beso en la frente —. Tenemos un problema, un grave problema —susurró.

—¿Bruno? —inquirió Davy sabiendo que siempre se metía en líos.

—Sí y Lucio —afirmó. En segundos le contó, Davy no daba crédito a lo que escuchaba—. Escucha la habitación esta fría sube la calefacción y dejamos a Sofía durmiendo, no quiero despertarla.

—Estás loco nunca la dejamos sola a esta hora, llamamos a Marisa.

—Ella también tomó. Ponemos la aplicación en el celular y la miramos por la cámara, tenemos que ir, ya llamé a Frank —acotó. Arreglaron todo y se fueron a buscar a los dos muchachos. Cuando llegaron el panorama era desolador.

—Abre Lucio, soy yo.

El rostro de Lucio se encontraba desenchajado y a primera vista se notaba que había llorado, Bruno sentado en el sillón medio desnudo se tomaba las piernas arrimándolas a su pecho con la mirada perdida, Manu buscó con la vista a la chica encontrándola tirada en medio del living sin dar señales de vida, se arrodilló a su lado tomándole el pulso, luego los miró a todos.

—Está viva, la llevaremos al hospital y si ustedes dos —dijo levantándose y señalándolos con el dedo índice— tomaron droga juro por Dios que los desheredo, ¿escucharon?

—¡No, te lo juro! Ella ya vino mal, le dijimos que se fuera, pero no quiso, ¡no hicimos nada! ¡Por favor Manu cree en nosotros! —suplicaba Lucio.

—Vendrán con nosotros y se harán los análisis, más vale que no tengan ni un gramo de droga en el cuerpo porque los mato —sentenció Manu.

Antes de llegar, Manu habló con un médico amigo, que lo esperó en la puerta del hospital, mientras la chica era trasladada a urgencias Bruno y Lucio se internaron en una habitación donde les hicieron las pruebas. Al terminar, Bruno se acercó a Manu que estaba furioso.

—¡No quiero que me hables! ¿escuchaste? ¡Lo que hicieron fue gravísimo, si esa chica se muere serán los culpables! —aseguró. Lucio temblaba y Davy miraba a Bruno queriéndolo matar.

—Nene fíjate como está Sofí —ordenó Manu al brasileño, que miró su celular y comprobó que todo estaba bien, su mujer seguía durmiendo.

—Todo bien —respondió, mirándolo.

—Quiero que me digan quién es esa chica y cuántos años tiene —pidió. Lucio retrocedió y Bruno se mordió el labio sabiendo que el reto sería mayor.

—Tiene diecinueve años y es hija de un diputado —dijo con miedo. Manu se arrimó a él con ganas de estrangularlo, lo agarró del brazo arrinconándolo contra la pared.

—¡Idiota, imbécil! Un diputado, ¿sabes lo que significa eso?

—¡Ella me pidió jugar, yo no la fui a buscar!

—¿Tú crees que el padre creerá eso? ¡No sabes en el lío que te has metido! Y tú —dijo dándose vuelta mirando a Lucio— eres muy inteligente con la informática, pero aún eres un crío.

—Cuando lleguemos a casa, tú y yo hablaremos seriamente —intervino Davy mirando a Bruno.

Tres horas estuvieron en el hospital esperando que el médico les dijera cómo estaba la chica. Cuando lo vieron salir los cinco se levantaron de los sillones, pero solo los hermanos se acercaron al médico.

—Estaba drogada y borracha, mira amigo esto se les fue de las manos y debo llamar a la familia, lo siento, pero lo debo hacer. Se pondrá bien, aunque debes saber que mirando sus datos no es la primera vez que se

encuentra en este estado, el mes pasado entró dos veces al hospital en las mismas condiciones y sé que los padres ya no saben qué mierda hacer con ella —les informó el doctor.

—Dame el nombre del padre, yo hablaré con el —pidió. El médico así lo hizo, y cuando observó el nombre sintió un leve alivio, aunque estaba muy enojado...

—Lo conozco es cliente del banco, pero no les diré nada ni a mi hermano ni a mi sobrino tiene que sufrir un poco más —susurró.

—Bueno Manuel lo dejo en tus —pronunció el médico.

—Quiero que se vayan, yo me encargo de esto. Mañana los quiero a los dos a la tarde en mi casa hablaremos de este problema. No se crean que se librarán de esta gran cagada que se mandaron. ¿Escucharon? —les bufó muy cerca de su cara. Bruno y Lucio desaparecieron en un segundo sin mirar atrás — Ahora me enfrentaré a este infeliz, que no es trigo limpio. Déjenme hablar a mí, lo conozco bien —les pidió a los hermanos.

Davy con Frank se quedaron en una punta y Manu llamó al padre que a la media hora se hizo presente con dos hombres de su custodia, cuando lo vio a Manu enseguida se acercó.

—¿Otra vez? Dios no sé qué hacer con mi hija, ¿esta vez con qué vagos la encontraron? —preguntó mirándolo.

—Primero que no son vagos, solo dos críos que se quisieron divertir como lo hacíamos tú y yo de jóvenes —acotó Manu y el hombre lo miró serio.

—¿Los conoces? ¡Siempre se junta con imbéciles!

—Estaba con mi sobrino y mi hermano, que sea la última vez que los llamas imbéciles —pidió entre dientes acercándose y la custodia del diputado rápidamente se arrimó a ellos, mientras que el brasileño y Frank se pararon tras el gallego.

—¿Vos querías estar con mi hija? ¡Sos un hijo de puta! —expresó el hombre mirando a Davy que ya se preparaba para defenderse.

—No seas imbécil, tengo otro hermano más chico, ¿cómo podés pensar que él haría algo así? Tenemos hijas de la edad de la tuya —lo retó. Ya el diputado se encontraba nervioso, verlos a los Falcao enojados daba miedo. Se corrió para atrás y levantó las manos en señal de disculpa, Manu estaba fuera de control y se arrimó a su cara gritándole—: Mañana a las nueve de la mañana quiero que retires tu puto dinero de mi banco, ¿entendiste? —El hombre tragó saliva sabiendo que era difícil colocar tanto dinero en otra entidad.

—Discúlpame sé que mi hija es terrible, pero debes admitir que ellos abusaron de ella al verla en ese estado —comentó. A Manu se le terminó la paciencia y estiró la mano agarrándolo de la solapa del traje, mientras la custodia no sabía cómo reaccionar.

—No paso nada. Pregúntale al médico, tu hija llegó drogada y borracha, ellos no la violaron, no abusaron de ella, le pidieron que se fuese y no quiso —bramó y lo soltó apuñándolo con la mirada. Se arregló la ropa y empezó a caminar hacia la salida acompañado por los hermanos, antes de salir se dio vuelta y lo miró al diputado a los ojos—. ¡Mañana a las nueve, no lo olvides! —le indicó.

Mientras iban camino a su casa Manu no dejaba de putear y maldecir al diputado.

—¡Maldito imbécil! ¿Quién se cree que es para insultar a mi familia? Tendría que haberle borrado la cara —regruñó. Los otros dos ni hablaban—. Mi hermano y mi sobrino son dos críos que se creen que se las saben todas y me meten a mí en medio, ¡cansado estoy! ¡Podrido! —bufó subiéndose en el auto.

Cuando llegaron Frank se dirigió a su casa y ellos se acostaron sin

hablar. Manu no podía conciliar el sueño, se acostó de costado y levantó la colcha que tapaba el cuerpo de su mujer, apreció sus curvas y sus ojos se deleitaban con lo que veía, la destapó hasta la cintura y paseó las yemas de sus dedos desde el hombro hasta la cintura, luego la tapó y se arrinconó junto a su tibio cuerpo, suspirando.

—¡Te amo, te amo! Como jamás amaré a nadie, mi niña —susurró entrecerrando sus ojos cansados y apoyando los labios en su mejilla.

A la mañana siguiente, Davy lo tuvo que despertar pues se había quedado dormido. Él ya estaba duchado y arreglado y lo llamaba en voz baja, para no despertar a Sofía.

—Manu, son las seis y media, ve a ducharte. Ya preparé el desayuno, rápido que se nos hace tarde.

A las siete y media los dos salían para el banco, retiraron el auto del garaje y observaron que Joaquín y Bruno hacían lo mismo, al pasar cerca de ellos Manu ni miró a Bruno que levantaba su mano saludándolo.

—¡Dios ni me saludó! —comentó Bruno a Joaquín.

—¿Qué esperabas, que te felicite? ¡Son dos idiotas, cuando la vieron en esas condiciones la tendrían que haber echado! ¿Sabés el lío que tiene mi papá? —dijo Joaquín.

—Debo estar embrujado, juro que quiero a Candy, pero cuando veo otra mujer es más fuerte que yo, por ese motivo me separé no la quiero lastimar más —le explicó. Joaquín sonrió.

—Yo no te diré cómo actuar, tú eres grande. Solo te diré que cuando ella consiga un hombre que la ame como se merece, ni te va a mirar y tus hijas a las que amo como mías, le dirán papá a ese hombre y te vas a querer matar —le indicó. Bruno abrió grande la boca.

—Jamás mis hijas le dirán papá a nadie, ¡yo soy su padre! Yo me ocupo que nada les falte y mi mujer nunca permitiría eso —expresó mirando

al hermano que sonreía—. ¿De qué mierda te ríes?

—¿Tú sabes si Candy tu exmujer, no encontró a alguien más?

—Si sabes algo dilo de una puta vez, no me martirices de esa manera —respondió.

—No sé nada, no he visto nada, pero es de suponer que con el cuerpo espectacular que tiene y su bella cara tendrá varios hombres tras ella, aunque no lo diga —expuso Joaquín que tiraba golpes bajos a su hermano para que reaccionara y se comportara como un marido y un padre ejemplar.

CAPÍTULO 20



—Sobrino, ¿qué paso? ¿Se te aguó la fiestita ayer? —comentaba jocoso Frank, mientras sacaban cuentas. Joaquín le hacía seña que callara su bocota, pero este gritaba aún más, haciéndolo enojar a Bruno, que hasta ese momento se mantenía callado— La próxima vez pregúntame cómo se hace y te enseño —acotó. Bruno no aguantó más y respondió.

—Cállate la boca pollerudo —soltó. Frank y Joaquín abrieron su boca sin alcanzar a entender lo fuerte de su contestación, la puerta se abrió de golpe encontrándose con la mirada fiera del brasileño que miraba a su hijo y a su hermano.

—¿Qué dijiste? ¡Responde Bruno! —le ordenó desafiándolo.

—Yo tengo la culpa no pasa nada, solo estamos jodiendo... —intervino Frank. Davy apretó la mandíbula tratando de controlar su enojo. Cuando se estaba por retirar Bruno lo paró y al brasileño se le ablandó el corazón, amaba a su hijo.

—Papá perdóname no volverá a suceder —susurró. Davy apoyó una mano en su hombro.

—¡Tendría que matarte por lo que hiciste, pero te amo y tu tío también! ¡Pórtate bien, por favor hijo! Sabes que estamos nerviosos por lo de tu abuelo.

—Lo hare papá, te lo prometo —aseguró. Davy lo abrazó y pasándole la mano por el pelo se retiró pues tenía que visitar unos clientes antes de volver al banco.

Lucio permanecía en su oficina con Damián que escuchaba atento lo que él le contaba.

—No te puedo creer, mira si se muere ¿Sabes en el lío que se podrían haber metido?

—Lo sé, Manu actuó rápido pero aún no sé si tendremos problemas con el padre que es un diputado. Fui un imbécil me dejé arrastrar por Bruno y acá están las consecuencias —comentó y Damián lo miró.

—Tú tienes la culpa, pues sos lo bastante grande y maduro, para saber lo que quieres. Tú tendrías que haberlo parado a él —expresó Damián. Lucio se apoyó en el marco de la ventana pensativo.

—Sí, yo tendría que haberlo parado. Si se llega a enterar Pam, no quiero ni pensarlo — pronunció en voz baja esquivando la mirada de Damián.

—No se va a enterar, tranquilo. La próxima vez piénsalo bien o tu hermano te mata.

—Hoy tengo que ir a su casa, seguramente nos dará un sermón y tiene toda la razón.

—¡Claro que tiene razón! Si no hubiera sido por él, ya estarían presos. ¿Y tu hijo? ¿No pensaste en él? —acotó Damián.

Cuando Lucio volvió a su casa, se encontró con Pan que preparaba la merienda, su hijo jugaba en el parque con un compañerito del jardín.

—Hola, ¿cómo esta mi mujercita? —preguntó abrazándola de atrás y

besándola en el cuello. Pam se rio y dándose vuelta lo besó en los labios.

—Esperándote. ¿Cómo estuvo tu día?

—¡Bien, muy bien! Esta noche cuando vuelva de la casa de mi hermano quiero que te pongas el traje de mini —pidió. Ella sabía que verla con ese traje desataba toda su lujuria.

—Sí. Sofía recién me llamó —comentó. Todos los sentidos de Lucio se alertaron, y la miró buscando si sabía algo.

—¿Qué es lo que quería? —indagó. Pam vio terror en su mirada.

—Que vayamos con el nene, y cenemos todos juntos. ¿Por qué cambiaste tu expresión? ¿Pasa algo?

—Nada, solo me extrañó. Iremos y ahora dame un beso —demandó tomando su nuca, para hundir la lengua dentro de su boca.

La mañana de Manu iba a ser más complicada de lo que esperaba, miró su reloj comprobando que era la hora en la que el diputado debía retirar el dinero, y aún no daba señales. Llamó a tesorería.

—¿Aún no llamó? —Los empleados sabían a quién se refería.

—No señor. Le avisamos cuando lo haga —respondieron.

—Maldito hijo de puta lo llamaré —susurró el gallego y así lo hizo—. ¿Cuándo mierda retiras tu dinero? —Fue lo primero que dijo apenas el diputado atendió su llamada.

—Manu, por favor. Sabes muy bien que nadie me recibirá ese dinero. ¡Me tienes en tus manos! ¿Qué quieres a cambio? —El gallego esbozó una sonrisa de triunfo. Se acomodó en su sillón y tocándose su barba respondió.

—Solo te daré el 3% de interés, lo tomas o lo dejas —tanteó. Enseguida se escuchó el grito de enojo de la otra parte.

—¡Estás loco! ¡Prefiero tenerlo en mi casa, no puedes castigarme de esa manera!

—Es todo lo que tengo que decir —acotó Manu serio—. ¡Ven y llévalo a tu casa, pero hazlo ya! —gritó cortando la comunicación. Sabía que él aceptaría, sonrió y siguió firmando documentos.

A los cinco minutos el diputado daba señales de vida, el gallego tomó el celular y atendió sonriente.

—¿Quién habla? —preguntó deliberadamente.

—¡Sos un hijo de puta! Acepto. Sabes que siempre ganas —exclamó el diputado con bronca.

—Ya tendrías que saberlo, siempre lo hago. Solo lo haré por dos meses luego volvemos a la normalidad. Una cosa más... No quiero que tu hijita se acerque ni a mi hermano ni a mi sobrino —le dijo.

—Está bien. Merezco el castigo, disculpa por putear a tu familia, ¿amigos? —preguntó.

—Compañeros de negocios, por ahora —expresó Manu cortando la comunicación con una sonrisa triunfal pues en dos meses ganaría con él, lo mismo que ganaría con otros en un año.

Entonces, la secretaria lo llamó por teléfono, atendió y se quedó pensativo. La madre de su hija Zoe quería que la atendiera, se movió en su sillón inquieto y dio la orden de dejarla pasar.

—Siéntate, ¿qué te trae por acá? Si no recuerdo mal dijimos que no quería volver a verte —declaró observándola. Ella se sentó frente a él admirándolo—. Habla porque estoy muy ocupado —dijo mostrándose frío y carente de afecto.

—Así siempre te recordé frío y arrogante en los negocios, pero una bestia en la cama. El gran Falcao, el padre de mi hija —pronunció—. Solo pasé por Barcelona y quise saludarte, llamé a mi hija, pero no quiso atenderme.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué corriera a tus brazos? —El gallego sonrió

con malicia— Por favor, no me hagas reír. Ya me viste ahora puedes retirarte.

Ella se paró y caminó hacia él, Manu adivinando su intención se puso de pie y ella suspiró al ver su gran cuerpo erguido, recordando los buenos momentos. Apoyó la cartera en el escritorio, y sus manos sobre su gran pecho ante la atenta mirada de Manu, mientras sus dedos jugaban con los botones de su camisa blanca. Él tenía claro que nada debía pasar y sabía que ella estaba pensando lo contrario.

—No hagas eso sabes que te rechazaré —le anunció tratando de dar un paso hacía tras, pero ella estaba empeñada, se puso en punta de pies y apoyó los labios sobre los de él—. ¡Quiero que te vayas! No me hagas sacarte a la fuerza —amenazó Manu sin tocarla en voz baja, entonces ella bajo su mano y con la palma acaricio suavemente su bulto. Él sujetó su mano y entrecerró sus hermosos ojos—. ¡Basta! —gruñó. Ella luego de besarlo, se alejó, tomó su cartera y sacó dos sobres depositándolos sobre su escritorio.

—Siempre fuiste y serás el amor de mi vida, nunca lo olvides — declaró. Manu observó los sobres.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

—La respuesta que estás buscando y una carta para el único hombre que quise y querré. Léela, luego si quieres tírala o rómpela, ya nada me importa, lo perdí todo —respondió triste.

—¿Con quién viniste? —inquirió pues sabía que nunca estaba sola.

—Con Enrique —el gallego recordó al instante a su amigo— me acompaña hace años. Es lo único que queda en mi miserable vida. Manu tragó saliva, sabía que ella siempre había hecho las cosas muy mal. Dejar a su hija tras la muerte de su madre hablaba muy mal de ella.

—Envíale mis saludos es un buen hombre —comentó. Solo en ese momento advirtió su estado físico, muy delgada y mal vestida. La recordaba tan distinta, se arrimó a ella tomándola del brazo—. Me distes una gran hija a

quien amo, claro que te portaste mal, pero ya pasó, si necesitas mi ayuda solo dilo, ¿necesitas dinero? —Ella sonrió.

—No, ya en este momento de mi vida solo necesito el perdón tuyo — declaró y sin quererlo una lágrima se le escapó resbalando por su mejilla. El gallego extendió su dedo índice y lentamente la acarició.

—Te perdono, ¿estás enfermas? Dime como puedo ayudarte.

—Ya no tengo cura, solo abre el sobre y por una única vez en la vida, yo te ayudaré a ti. Te amo Manuel Ocampo, sos el mejor hombre que tuve y todos los días de mi vida, me maldigo, por perderte, adiós —expresó y se retiró dejando al gallego sumido en pensamientos contradictorios. Tomó los sobres y abrió uno, lo que encontró lo confundió tanto, que los latidos de su corazón se acrecentaron tuvo que sentarse para prestar toda su atención.

“Querido Manu en esta dirección se encuentra el gallego escondido, quise que lo supieras y vengues la muerte de tu padre, ese gran hombre que todos queríamos y a veces odiábamos. Debes saber que el novio de nuestra hija fue el ideólogo en la planificación de la emboscada que le tendieron en Brasil, donde fue asesinado. Nunca quiso a nuestra hija solo se acercó a ella enamorándola, para sacarle información. Te pido que lo mates como se hace con una cucaracha solo eso se merece. Estoy enferma y solo tengo dos meses de vida, dile a mi hija que me perdone, por favor intercede por mí, te lo suplico ayúdame para poder verla solo una vez más y morir en paz”

Manu dejó con manos temblorosas el papel sobre su escritorio, apoyó los codos sobre el mismo entrelazando sus dedos, el recuerdo de su padre se asomó nuevamente, y recordó todo lo que su hermano Lucio había contado. Se encontró asfixiado, destrozado se tapó el rostro con sus grandes manos y estalló en llanto desesperado, que se escuchaba fuera de su oficina, la secretaria se asustó y llamo a Davy que ya estaba llegando con Frank al banco.

—No quiero molestarlo, pero se siente un llanto en la oficina de Manuel, debe venir enseguida. Estuvo una mujer y cuando se marchó empecé a escucharle.

—Llama el médico, ¡que venga ya! —le ordenó.

Estacionaron el auto y Frank ya estaba al corriente de la situación. Cuando entraron encontraron a Manu aun llorando sentado en su sillón con las manos tapando su cara, los hermanos se acercaron y Davy le descubrió la cara, por su rostro las lágrimas caían sin poder detenerlas, lo abrazó con todas sus fuerzas ante un Frank que se limpiaba las lágrimas, jamás lo habían visto así y eso los impresionó.

—Vamos Manu, ¿qué paso? ¡Por favor háblame! ¡Háblame! —le rogó. El gallego lentamente se fue reponiendo y se alejó de Davy comenzando a caminar por la oficina, mientras se secaba las lágrimas y se pasaba las manos por el pelo.

—Estuvo la madre de Zoe —dijo. Los hermanos se miraron—. Se está muriendo —movió su cabeza en señal de reprobación—. Pobre mujer, y me dio un sobre —omitió el otro que había guardado en el cajón de su escritorio, sin saber por qué—, ahí me cuenta donde está escondido el gallego pero lo que me sorprendió más y jamás pensé fue que el ex novio de mi hija, ese hijo de puta que comió en mi casa —dijo dando un puñetazo sobre su escritorio— fue el que planificó la muerte de mi padre, ¡los voy a matar! —gritó. Justo en ese momento llamaron a la puerta.

—Debe ser el médico yo lo pedí para vos —comentó Davy reaccionando—. Deja que te tome la presión —le pidió. Manu se dirigió a la puerta y abrió de malos modos.

—¡No necesitamos ningún médico, váyase! —lo echó, ante la mirada de los hermanos que querían matarlo—. Estoy bien nene, en serio —expresó tocando el hombro de Davy—, solo que esta noticia y el recuerdo de nuestro

padre me devastó. ¡Quiero ir a buscarlos y matarlos!

—Iremos y pobre de ellos, pero debemos planearlo bien, no creo que estén solos —respondió Frank sentándose en un sillón.

—Claro que no iremos solos, buscaré a quien nos cuide las espaldas. Los críos no quiero que vayan, tampoco Lucio, solo iremos Frank y yo — declaró. Davy se levantó reprochándole.

—¿Yo iré! ¡También era mi padre, voy a ir y tú no lo impedirás! — gritó señalándolo.

—Nene, si me pasa algo ¿qué será de Sofí? ¡Quiero que la cuides, por favor!

—¡No! Yo voy a ir, que se encierre, no sé, le pondremos custodia otra vez, iremos los tres y nada pasará. No quiero que hables así, ¿entendiste? — ordenó Davy.

Los tres se encerraron en esa oficina, cancelaron todas las citas y planearon los pasos a seguir, Manu quería ir esa misma noche a buscarlos, sin hacer caso a los hermanos que coincidían en hacer primero un reconocimiento previo del lugar.

—Mandaré gente a observar ahora mismo y a las doce de la noche les caeremos de sorpresa, así se hará y no hay nada más que hablar —bramó colorado.

—¿Qué les diremos a las mujeres? Hoy cenamos todos en tu casa — acotó Frank.

—¡Mierda! Me olvide de eso —expresó Manu—. La cena se suspende diremos que iremos a una exhibición de boxeo los tres, y hablaremos con los críos, luego nos iremos.

Ya eran las seis de la tarde y los hermanos se encontraban repasando los movimientos a seguir, la gente que habían mandado Manu había reconocido el lugar y la custodia se encontraba lista. Manu guardó los dos

sobres que la madre de su hija le había entregado en su maletín y se fueron a casa. Un nudo en la garganta los acompañaba, el recuerdo del padre les llenaba el alma de tristeza.

¡Sofí! —gritaron al llegar, pues la casa se encontraba en completo silencio— ¡Nena! ¿Dónde estás? —preguntaron. Se sacaron los sacos dejándolos en el living y se internaron en la cocina, su mujer estaba escribiendo con los auriculares puestos, ese era el motivo por el que no los escuchaba. Los dos la miraron estaba con el pantalón del pijama, el pelo suelto y sonriendo, los dos movieron sus cabezas sin poder retirar los ojos de la mujer que tanto amaban. Davy se acercó, se los sacó y ella se sobresaltó.

—¡Locos! ¡Me asustaron! —El brasileño tomó su hermosa cara entre las manos besándola en los labios, ante la mirada expectante de Manu.

—Ven acá mujer, bésame —reclamó Manu, ella se paró para abrazarlo—. Te amo, mírate estás hermosa —susurró alejándola de su pecho—, aun en pijama sos lo más bonito que vi en mi vida, ¡mi niña hermosa! —declaró y Sofía sintió en sus palabras tristeza. Se retiró de su lado y los observó.

—¿Qué pasa? Algo pasa, ¿qué es? —Sabían que ella siempre presentía las cosas, pero ni locos dirían que esa noche quizás uno de los dos no volvería. Davy pasó cerca de su lado a tomar bebidas de la heladera pegándole suavemente en la cola.

—¡Nada pasa! Sirve a tus hombres, ¿no llegaron Bruno y Lucio? —preguntó sirviéndose una copa de vino.

—Sí están en la casa de Bruno, ¿gallego qué pasa con los chicos? ¿Hicieron algo? —inquirió. Ella no sabía nada y querían ahorrarle el disgusto.

—Nada, tranquila solo negocios —Manu tomó el maletín que había dejado junto al saco, y entró en su despacho apoyándolo en el escritorio, salió y los llamó por teléfono. A los cinco minutos llegaron y se internaron a

puerta cerrada, mientras Sofía preparaba el mate llegó Marisa con Miriam.

—¡Sofía! —Llamaron cuando ya estaban entrando, la sobrina se rio.

—¿Para qué llamas si ya estás dentro? —Las tres se rieron y se sentaron en los taburetes de la cocina a tomar mate.

—¿No los vistes raros a tus hombres? —pregunto la tía. Sofí la miró, intuía que algo pasaba.

—Sí, les pregunté y me dijeron que nada, ¡los conozco algo pasó!

—Frank entró a casa con cara de culo y me dijo que esta noche se iban a una exhibición de boxeo —comentó. Las tres sospecharon algo más.

—Pero si Manu me dijo que cenaríamos todos juntos y ya encargué la cena ¿está loco? ¿No se irán por ahí no? —murmuró Sofí sorprendida.

—¡No nena, ya están grandes! —replicó Marisa mordiendo una galletita.

—Invité a Lucio y a Pam a cenar, qué imbéciles, ahora hablaré con ellos.

—Siéntense hablaré rápido, hoy no tengo un buen día —dijo mirándolos—. Quiero recordarles que los dos tienen hijos y si su joda llega a salir mal, en este momento estarían presos, ¿lo entienden no? Son dos críos, si quieren hacer algo lo hacen bien y no con una chica drogada y borracha, que encima es hija de un diputado, son los dos unos imbéciles, ¿en qué mierda estaban pensando? —Bruno iba abrir su boca, pero el gallego levantó el dedo haciéndolo callar— Ya solucioné todo, pero si pasa algo de ahora en adelante, a mí ni me llamen arréglense solos, así aprenderán, ¿entendido? —les indicó. Los dos asintieron con sus cabezas, pero Manu los miró sabiendo que más de una vez se iban a meter en problemas.

—¿Lo de la cena sigue en pie? Porque Pam y Thiago están por llegar —preguntó Lucio, Manu se levantó y acercándose a él, lo abrazó y lo besó en

la mejilla, expresando así todo el cariño que sentía.

—Vamos que hablaré con mi mujer sobre la cena, quédense nosotros iremos a ver una exhibición de boxeo —comentó. Nadie creyó en sus palabras, pero callaron.

—¿Podríamos ir todos no? —apuntó y el hermano lo miró serio eso confirmó sus sospechas.

Cuando llegaron a la cocina las mujeres se peleaban por hablar, el gallego se arrimó a su mujer abrazándola y le comentó que iban a una exhibición.

—¿Ahora Manu? ¡Tenemos la casa llena de gente, quédense! —Él la miró y pasó los dedos por su mejilla mirándola serio, Sofía lo besó en los labios, lo abrazó sin querer desprenderse de él, repasó sus labios con su dedo índice, y lo miró a los ojos— Vayas donde vayas cuídate por Dios, ¿qué haría sin vos? —susurró acariciando su rostro y él sin pensarlo hundió la cara en su cuello suspirando, e impregnando sus fosas nasales de ese aroma que tanta paz le daba, después la besó en la frente y le hizo seña a los hermanos. Davy rápidamente la tomó por la nuca con una mano y la besó suavemente los labios. Lucio notó la preocupación en el rostro de sus hermanos.

—¿Dónde van? ¡No me gusta esto! Deberíamos ir con ellos —afirmó Lucio mirando a Joaquín y a Bruno, que también se quedaron preocupados al verlos salir apurados.

—Vamos afuera —pidió Joaquín y bajaron a la playa, ante la atenta mirada de Sofía y Marisa.

—¿Pasó algo hoy en el banco? —preguntó Lucio.

—No que yo sepa estuve fuera visitando unos clientes —comentó Joaquín y miró a Bruno.

—Yo ni fui, con el lio de ayer no quise aparecer, me quedé en la empresa de publicidad.

—Hay algo, tendríamos que haber ido, ¡mierda! —gritó Lucio, pasándose los dedos por el pelo y dando unos pasos por la playa.

—¿Los seguimos? No deben estar muy lejos —inquirió Bruno.

—Ya no los encuentras, ¿Manu trajo el maletín hoy? —averiguo Lucio, los tres se miraron.

—Sí, yo lo vi arriba del escritorio, ¡no vas a abrirlo porque te mata! —acotó Joaquín mirando a Lucio, que estaba dispuesto a saber a dónde se dirigían.

—Vamos a su despacho y miramos —decretó. Los hermanos dudaron, pero al segundo accedieron, los tres se escabulleron sin que las mujeres los vieran en el despacho y entraron con una llave que Manu le había dado a su hijo. Vieron el maletín y fueron directos a él, encontraron un sobre y lo abrieron.

Mientras leían sus ojos se abrían como ventanas y se les puso la piel de gallina, habían ido a buscar al gallego. Lucio fue el primero que atinó a decir algo.

—Supongo que tienen armas, ¿no? ¡Tomemos algunas y vamos!

—Espera Manu seguro fue con gente, si vamos nos querrá matar —dijo Bruno confundido, pero Joaquín decidido tocó un botón y la biblioteca se corrió hacia un costado dando paso a un estante con varias armas, Lucio se quedó con la boca abierta.

—Toma la que quieras, acá están las balas —expresó Joaquín tomando la suya, Lucio hizo lo mismo y Bruno reaccionó tomando la suya. Se llevaron más balas y algún arma más por las dudas—. Esperen acá hay un bolso guárdenlas y salgamos rápido antes que las mujeres nos vean.

Bruno y Lucio se quedaron en la playa y Joaquín entró a la cocina como si nada, tomó un vaso de jugo y comentó.

—Sofía iremos a jugar a las cartas a la casa de Bruno, mientras ustedes

hablan —acotó Joaquín. Todas los miraron y él creyó morir pues no le iba bien mentir.

—¡Ya vamos a cenar! —gritó la madre. Alma lo miró mal, y él acercándose su lado se agachó besándola en la mejilla.

—Estaremos acá al lado en la casa de mi hermano —susurró mimoso y Alma que era más buena que el pan se lo creyó, pero la madre y la tía no lo hicieron.

—Ve que luego te llevo algunas empanadas —afirmó Sofía mirándolo de reojo.

—Dame que las llevo yo —dijo y tomó seis empanadas que puso en una bandeja saliendo raudo.

Mientras las mujeres más jóvenes hablaban, Marisa y Sofía sospecharon que los tres escondían algo.

CAPÍTULO 21



—¿Seis empanadas para los tres? No me la creo, Bruno solo se las come, estos andan en algo raro, ¿qué mierda pasa? Los hombres se fueron y no creo que sea donde dijeron —acotó Sofía. En ese momento golpearon la puerta de entrada, Marisa se levantó a abrir, era Candy con las niñas.

—Candy, pasa. ¿Qué haces a estas horas? Pensábamos que no venías —comentó Sofía.

—No iba a venir, pero quería hablar unas palabras con el padre de mis hijas —dijo y todas imaginaron que estaban otra vez peleados.

—¿Otra vez discutieron? —preguntó Alma dándole de comer a su hija menor.

—Hace tres días que no viene a ver a sus hijas —expresó. Sofía la miró.

—Deja que yo lo agarre, están con el hermano y Lucio en su casa, ya va a entrar —dijo Sofí.

—¿Sabías lo que hicieron con Lucio? —Pam fue la primera que la miró y todas hicieron lo mismo— Quisieron hacer una fiesta con una pendeja y les

salió mal. La chica estaba borracha y drogada, casi se muere tuvieron que llevarla al hospital —escupió las palabras tan rápido que todas se quedaron con la boca abierta, observándola.

—¿Vos me estás jodiendo no? Decime que sí porque voy y lo mato —pidió la madre, y Pam ya se había levantado para ir a buscar a Lucio.

—No te miento tía y seguramente alguien los ayudo —pronunció con ironía. Candy había abierto una olla a presión, en un segundo Sofía se dirigió a la casa de su hijo que estaba cerrada con llave.

—¡Abrí Bruno, porque te rompo todo! —gritaba Sofía con toda la furia y Marisa trataba de calmarla.

—Espera, él una vez me dejó una llave ahora la traigo —acotó la tía, a los cinco minutos volvió con la llave y abrieron, la fuente con las empanadas estaba arriba de la mesa y ninguno de los tres se encontraba en el lugar, pero de pronto observaron arriba de la mesada una bala y creyeron morir.

—¡Marisa! —chilló Sofía— ¡Mis hijos están armados! ¿Dónde están? ¡Dios mío! —exclamó tomando su cabeza.

—Fueron atrás del padre, eso es seguro ¿sabrán algo del gallego? —comentó Marisa. Las dos entraron puteando en la cocina donde las demás al verlas imaginaron lo peor. Contaron lo que habían visto, Alma se puso a llorar y Pam se quería ir a su casa.

—Espera que me reponga y te llevo en la camioneta, Marisa vos acompañame y las dejamos a todas ¿sí? —expresó Sofía.

Y así hicieron, las llevaron a Candy y las nenas, y a Pam con Thiago. Alma era un mar de lágrimas.

—Todo va a estar bien, tranquilízate, ¡juro que cuando vengan los mato! —declaró Sofía, luego de calmarla se dirigieron a su casa y pusieron la pava para tomar unos mates, mientras las dos pensaban dónde habían ido los hombres. Marisa recordó el portafolio de Manu que casi nunca lo traía salvo

que fueran papeles importantes y se lo comentó a la sobrina.

—Sí, hoy lo traje espera déjame ver debe estar en el despacho —acotó. Las dos entraron con una llave que ella guardaba, y al verlo lo abrieron encontrando muchos papeles y entre ellos, un sobre. Sofía lo abrió y supo la verdad de su salida—. Marisa algo va a pasar, ese hijo de puta no debe estar solo, ¡Dios mío mis hijos! —clamó Sofía.

—Nena ellos tampoco habrán ido solos, conociéndolos seguro llevaron gente, no puedo creer que el ex de Zoe esté metido en todo esto. Será desgraciado, después que estuvo tanto tiempo entre nosotros, qué mierda de persona, ¿será por dinero? —expresó Marisa.

—O por negocios, que vida la nuestra siempre sufrir por algo, lo que me molesta es que no lo dicen, ¿qué mierda se creen? —puteaba Sofía llorando con los sentimientos a flor de piel.

Ya en camino Manu y los hermanos manejaban en completo silencio, cada tanto miraban para atrás, luego de manejar por la ruta entraron en un camino que los llevaba a un barrio en las afuera de la ciudad, sus calles empedradas hacía que sus cuerpos se movieran poniéndolos más nervioso de lo que estaban, de pronto ante ellos vieron una plaza, a esa hora no había nadie, el silencio era total y observaron que varias cuadras se encontraban mal iluminadas, lo que provocaba un paisaje aterrador, giraron encontrando lo que buscaban un viejo y destruido galpón casi sin iluminación, se pararon a media cuadra estudiando el ambiente.

—Frank —dijo Manu y este se enderezó— ¿tú te acuerdas de Enrique? ¿Nuestro amigo el gordo, que bajó unos cuantos kilos? —preguntó.

—Sí, como no me voy a acordar, ¿qué pasa con él?

—Me dijo la madre de Zoe que estaba con él —declaró y Frank comenzó a reír sin parar, los otros dos lo observaron, sin saber qué era lo que le causaba tanta gracia.

—Manu, por Dios, Enrique murió hace cinco años —le informó, Manu abrió grande la boca.

—¿Por qué me mintió? ¿Y si esto es una trampa? —Todos se quedaron pensativos.

—Dijiste que estaba enferma... —averiguó Frank, pero Davy no lo dejó terminar de hablar.

—¿Será acá? ¿Estás seguro? Fíjate otra vez la dirección —le pidió. Manu lo miró por el espejo retrovisor.

—Tranquilo es acá, llamaré a ver si ya están los hombres que llamé, deben estar esperando mis órdenes —afirmó Manu, marcando en su celular.

—Ya estamos listos Manu —informó Matías, que era el muchacho que tenía a cargo el grupo de hombres—. No entró ni salió nadie, ¿estás seguro de que hay alguien acá? —preguntó.

—Así me dijeron, esperemos a ver qué pasa. Yo les diré cuando entrar. ¿Están bien situados? —indagó Manu.

—Sí, andamos en los techos y tengo dos hombres en la parte de atrás, si salen o entran los veremos, ¿sabemos cuántos son? —respondió Matías.

—No lo sé, dos seguro —dijo Manu. Frank sacó su arma de la cintura mirándola, y la volvió a guardar prendiendo un cigarro, Manu lo miró y le pidió uno, nunca fumaba solo habanos de vez en cuando, pero los nervios lo ponían fuera de sí.

—¡Hijo de puta, la espera me está matando! —expresó Davy apoyando sus brazos sobre el techo del auto.

—Manu, Manu... ¿Estás ahí? —La custodia llamaba— Me avisan los hombres de atrás, que un hombre salió y caminó con un arma en la mano observando todo, ¿entramos?

—¡Nooo! Esperen saber cuántos más hay. Presiento que son más de dos —dijo. Al escuchar esto Frank que apoyaba su cuerpo sobre la puerta del

auto se enderezó poniéndose en alerta.

—Mierda esto ya no me gusta, veré las armas que tenemos en el baúl —indicó el brasileño ante la aprobación del gallego.

—Manu, hay un auto que se paró a media cuadra sobre el lado derecho. Creo que hay tres hombres adentro, pero no veo bien —comentó Matías.

—¿Serán de ellos? —preguntó Manu con el celular en la mano y los binoculares en la otra.

—No creo, si fuera así ya hubieran entrado.

—Manu, del auto se bajó uno... —acotó y tras un silencio añadió—: Manu uno es mi cuña..., tu hijo Joaquín. ¿Qué hace acá? ¿Sabías que venía? No me dijiste, nada

El padre se miró con los hermanos y no se le pasó el descuido de Matías.

—¿Cómo nos encontró? Lo mato. ¿Qué mierda vino hacer? Nene llámalo —ordenó a Davy—. Seguro que también está Bruno.

—Joaquín, ¿dónde estás? —preguntó, pero Manu le sacó el teléfono de la mano.

—¡Hijo no tendrías que haber venido esto es peligroso! Vayan a casa, por favor quédense con las mujeres... —trató de convencerlo.

—Los seguimos no se van a arriesgar solos, acá estamos con mi hermano y Lucio. Siempre dijiste que debemos estar unidos —declaró Joaquín.

—Mi niño si les pasara algo, tu madre nos mata. ¡Vayan a casa, ya! —ordenó.

—¡No grites! Acá nos quedaremos y volveremos todos juntos a casa o no volverá ninguno —acotó Joaquín y Manu lo amó.

—¡Hay alguien en la puerta! ¿Entramos? —oyó Manu a Matías en el otro celular. Manu miró a los hermanos haciendo seña con su cabeza, el

momento de encontrarse cara a cara con el asesino de su padre había llegado. El cuerpo de los Falcao desprendía adrenalina pura, la transpiración en sus rostros y el temblor de sus cuerpos así lo demostraba, alejándose de su auto dio la orden, tan esperada.

—¡Entren por atrás! Mis hermanos y yo iremos por adelante — comunicó a sus hombres y tomó su celular mientras caminaban escabulléndose por las sombras—. Hijo entramos. Ustedes cuiden la entrada que no salga nadie, si alguno se escapa tiren a matar —ordenó. No dejaría a nadie vivo, solo al que pagaría en sus manos la muerte de su padre.

—¡Sí, papá entendimos! —Joaquín, Bruno y Lucio que nunca habían matado a nadie, se estacionaron más cerca de la entrada del galpón, se bajaron del auto y desde atrás se prepararon para lo que sea, en el silencio de la noche podían oír sus respiraciones agitadas y hasta el ligero repiquetear de sus dientes pues estaban muertos de miedo.

—No pasará nada, tranquilos —insistía Joaquín—. Si salen saben lo que tienen que hacer —lo miró a Lucio y notó como su arma temblaba entre sus dedos—. Lucio solo piensa en tu padre, ¡mírame! ¡Tienen que pagar! ¿Entiendes? —Lucio tragó saliva y recordó cómo su padre murió entre sus brazos, y deseó que salieran para eliminar a los que le robaron al hombre que una vez creyó odiar.

—Me robaron al hombre que me dio la vida, me robaron años de estar juntos. Que salgan, ¡acá los espero! —pronunció Lucio, con la ira y angustia de recordar al padre.

El galpón estaba rodeado completamente, por el frente los Falcao sigilosamente, ya habían entrado en el gran terreno, apoyándose en las paredes observaron por una ventana, vieron a dos hombres sentados en sillas frente a una mesa jugando a las cartas y tomando vino, sus armas descansaban sobre la misma y otro hombre sobre un costado toqueteaba a una

mujer que estaba acostada en una cama, no podían ver el rostro de ella, cuando el que la molestaba se enderezó parándose, descubrieron que era la madre de Zoe.

—¡Dios mío es la madre de mi hija, que bajo ha caído! —La miró y ella se secaba con los dedos unas lágrimas, la lastima se instaló en Davy que hizo un paso hacia adelante para entrar, pero Frank lo sujeto del brazo, reteniéndolo.

—¡Ese hijo de puta es mío! —afirmó el brasileño, observando cómo se sentaba otra vez en la cama y tocaba a la mujer que no quería que lo hiciera.

—¡Espera un segundo, por eso me mintió! —aseguró Manu. ¡Quiere que la salvemos de este hijo de puta, esa es la razón! ¡El gallego no está acá! —dijo Manu que estaba enfurecido por la imagen que estaba viendo, mientras terminaba de hablar tomó su celular que vibraba.

—Manu ¿entramos? —preguntaron los hombres apostados en el fondo del galpón.

—A la cuenta de tres entramos, el que está en el fondo cerca de la mujer con remera negra, ¡lo quiero vivo! —pronunció sabiendo que era el ex novio de su hija.

Los hombres que jugaban a las cartas reían y seguían tomando, mientras que ex de Zoe se preparaba para violar a la mujer que lloraba tirada sobre una mugrienta y vieja cama, justo en el momento que se bajaba el pantalón, Manuel dio la orden de entrar. En un segundo el equipo de hombres pateó la puerta de atrás entrando todos con armas largas.

—¡Quietos! ¡Al piso! —gritaron sorprendiéndolos, al mismo tiempo que Frank con una barreta de hierro destruía la vieja puerta de adelante dando paso a sus hermanos.

El hombre que estaba junto a la mujer lo primero que hizo fue levantar a la mujer de la cama escudándose en ella. Los que estaban sentados

quisieron tomar sus armas, pero el equipo de hombres de un certero tiro en la cabeza mató a uno de ellos, el otro levantó las manos en señal de rendición.

—¡Vamos deja la mujer! ¿Aparte de asesino eres un patético cobarde? ¡No quiero matarte, suéltala! —gritó Manu apuntándole.

—¡Yo no mate a tu padre! ¡Fue el gallego! —chilló encontrándose perdido.

—¿Fue fácil emboscar a un viejo? ¿Por qué mastates a mis padres? — Davy se encontraba furioso y pestañaba varias veces para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse por su rostro, la imagen de su madre se presentó ante él y su recuerdo lo volvió loco, el gallego lo miró de reojo, y observó a Frank, las ganas de matarlo los dominaba.

—Frank no olvides hermano, lo queremos con vida —susurró Manu.

—¡Debe morir, es un hijo de puta! Le daré un tiro en la cabeza — afirmó mirándolo directamente a los ojos— o quizás varios tiros en el cuerpo, así lo veré sufrir. Mataste a mi madre que era un ángel, ¡desgraciado! — voceó levantando el arma, Manu no sabía qué hacer y el quipo de hombres lo miraban esperando sus órdenes.

—¡Frank! ¡Frank mírame! —lo llamó Manu— No lo mates hermano debe sufrir —dijo. Frank desvió la mirada y la fijó en Manu, bajó el arma y respiró profundo.

El hombre sin saber qué hacer prefería morir antes de caer en manos de ellos, conociéndolos supo fehacientemente que sufriría como una bestia antes que lo mataran.

—Terminemos con esto, deja ir a la mujer —gruñó Manu. De repente el hombre que estaba cerca de la mesa, corrió al frente del galpón y salió queriendo escapar, los hombres iban a disparar, pero Manu hizo seña que no —. No irá lejos —señaló. Apenas salir se escucharon tres disparos y supo que ya estaba muerto. Fue en ese momento que el ex de Zoe entendió que estaba

completamente perdido, soltó a la mujer que sujetaba del cuello y levantó sus manos en señal de rendición. En los labios del gallego se dibujó una gran sonrisa sarcástica—. ¡Arrodíllate! —ordenó y este hizo caso. Davy se acercó despacio sin dejar de observarlo.

—¿Así que a ti te gusta aprovecharte de las mujeres? ¡Además de asesino eres un enfermo! —dijo levantando su pierna y dándole una patada en pleno rostro, este cayó hacia tras y Frank lo levantó de los pelos.

—¡Ahora me toca a mí! Si no fuera porque mi hermano te quiere vivo, te arrancaría la cabeza de un solo tirón —exclamó Frank. Lo arrimó a su cara y lo escupió—. ¡No vales nada! Te burlaste de nuestra amistad, del cariño que te brindó mi padre, has comido en nuestra mesa con nuestros hijos, ¡basura! —manifestó, y cerrando el puño de una sola trompada rompió su nariz, Manu los dejó hacer tranquilamente parado solo observando.

—¡Basta déjalo! Ahora yo me ocuparé de él —ordenó Manu acercándose, Frank se corrió hacia atrás soltándolo, y el hombre con su rostro ensangrentado cayó al piso

Manu los miro a los hombres que contrato y le hizo seña al más joven con un cuerpo robusto que se contradecía con su cara de nene, él era el hijo de su mejor amigo, su padre como su abuelo habían sido comisarios muy temido y queridos.

—Llévate a la mujer ahora llamo a un médico, déjala en el hospital él te estará esperando en la puerta y luego vete a tu casa, ya te deposité tu dinero y dile a mi amigo que mande gente a limpiar este desastre —ordenó Manu. El muchacho asintió con su cabeza, alzó a la mujer en brazos y al pasar cerca de Manu ella le dio ls gracias en un susurro. Manu, sin dejar de observar al hombre en el piso tomó su celular llamando al médico amigo—. Habla Manu te mando una mujer, intérnala y hazle estudios, se está muriendo, mañana iré a verte —comunicó.

Luego de guardar el celular caminó lentamente hacia el ex de su hija que se retorció de dolor en el piso, cuando los hombres salieron entraron Bruno con Lucio y Joaquín, que se quedaron parados siguiendo los movimientos de Manu.

—¿Ahora qué hago con una mierda como vos? —preguntó Manu—
Matarte sería un remedio, pero tú necesitas otro castigo —dijo agachándose y pasándole el arma por la boca y de atrás se escuchó la voz del hermano menor.

—¡Mátalo o lo hago yo! —Manu se dio vuelta mirándolo a los ojos.

—¿No crees que se merece algo más que la muerte? —Todos lo miraron.

—Lo voy a cortar en pedazos... —pronunció girando el rostro, para volver a mirar al herido que se encontraba temblando de miedo y se había orinado encima— Prometí vengar la muerte de mi padre, ¡y juro por Dios que lo voy a hacer!

CAPÍTULO 22



Joaquín se arrimó despacio al padre y lo tocó en el brazo, pero Manu estaba ido una furia salvaje se había adueñado de todo su ser.

—Empezaré por arrancarte los ojos —susurró pasando su arma por los mismos—, luego seguiré con los testículos, ¿qué te parece? —El grito del hijo lo hizo reaccionar.

—¿Papá! ¡Déjalo, tú no eres así! —El padre se dio vuelta mirándolo, y se dio cuenta al instante que su hijo, Bruno y Lucio no eran como ellos y tampoco quería que lo fueran, miró a Davy que le hacía seña que lo dejar, y se fue alejando para atrás. Pero Lucio de tres zancadas se ubicó delante del herido, lo miró a los ojos y tomándolo del pelo levantó su cabeza, ubicó su arma dentro de su boca a la fuerza, todos se quedaron atónitos sin poder reaccionar.

—Mi padre murió en mis brazos, ¿sabías? ¡Claro que lo sabías! Y yo sentí el grito de Ana —le espetó. Davy y Frank se acercaron rápidamente a su lado y apuntaron sus armas a su sien, sentir el nombre de la madre, los volvió locos—. ¿Sabes cómo me siento? ¡Responde! —chilló Lucio llorando.

—¡Yo no los maté, fue el gallego! —El hombre temblaba aterrorizado.

—Él también recibirá lo mismo o peor, dinos dónde está ese hijo de puta —indagó Frank.

—¡En Brasil, en Brasil! —gritó y los hermanos se miraron, todos pensaron en Mía y su hermana y se les heló la sangre.

—Lucio, déjalo hermano —trataron de alejarlo, pero él solo escuchaba la voz de su padre pedir justicia y a Ana gritar, enterró el arma en su boca y sin pensarlo, disparó dos veces.

—¡Por mi padre, hijo de mil putas! —bramó y tiró el arma a un costado y tapándose la cara con las dos manos se largó a llorar, como cuando su padre murió entre sus brazos, Manu lo tomó, lo abrazó y lo retiró de allí.

—Ya está, ya pasó hermano, mírame —pidió Manu. Lucio se descubrió el rostro y lo miró, se abrazó de nuevo a Manu y los dos lloraron, Bruno se tomó la cabeza, mientras Davy trataba de contenerlo. Joaquín se abrazó a Frank que se limpiaba las lágrimas...— Vámonos de acá. Tomen las armas, mi amigo se encargará de limpiar todo esto —ordenó Manu mirándolos a todos—. De esto no se hablará con las mujeres, ¿entendido? —indicó y todos asintieron y se retiraron, el último en salir fue Davy que antes de irse observó el cuerpo del asesino de su padre tirado y su cabeza destrozada sobre el piso.

—Vamos a tomar algo, síganme —dijo Frank mirando a Manu y todos aceptaron.

Dejaron a Lucio en su casa a las cuatro de la mañana, conociéndola a Pam sabía que ya estaría con su hijo. Cuando llegaron a casa de Manu, cada uno se dirigió a su casa, Davy y Manu sabiendo que Sofí estaría furiosa, entraron en la cocina y tomaron agua, se dirigieron al dormitorio y al querer abrir la puerta se la encontraron cerrada con llave, los dos se miraron con resignación, pero no insistieron y se acostaron en el dormitorio de huéspedes.

—Pon la alarma a las seis —pidió Manu al brasileño sacándose la ropa,

solo dormirían dos horas, pues no quería cruzarse con su mujer ya que no tenía ganas de discutir.

Se ducharon y salieron rumbo al banco sin desayunar, apenas poner un pie Joaquín ya se encontraba sirviéndose una taza de café, los miró y les sirvió a ellos.

—¿Qué mañana tendremos hoy y sin dormir! —afirmó Davy sentándose.

—¿Cómo está tu mujer? ¿Qué pasó anoche? ¿Hablaste con ella o estaba dormida cuando llegaste? —Joaquín miró al padre.

—Ni te cuento, todas están furiosa, Candy contó lo de Bruno y Lucio. ¡Mamá dijo que va a matar a todos los Falcao! ¡Que no va a quedar uno sobre la tierra! —exclamó. El gallego y Davy largaron una carcajada y el hijo siguió hablando—. No se rían que ella es capaz y mi mujer quería saber dónde mierda fuimos armados, le dije que a buscar al gallego y no lo encontramos, en eso no mentí, ¿no?

—Está bien hijo solo diremos eso, después fuimos a tomar algo y se pasó el tiempo.

—¿Y mamá cómo está?

—Bien durmiendo, anoche cerró la puerta del dormitorio con llave y no nos dejó entrar —le contó. Los tres se rieron nuevamente y se dedicaron a trabajar, había varias reuniones que atender.

En la casa de Lucio la cosa estaba peor, Pam directamente no preguntó, solo lo ignoraba.

—¿No me vas a hablar más? —preguntó Lucio tratando de tocarle la mano, mientras ella le servía el café.

Lucio trabajo nervioso toda la mañana por los acontecimientos de la noche anterior, Damián lo miraba pensando que había discutido con su mujer y pasó una mala noche, y él lo dejó pensar eso, no podía contarle lo ocurrido,

pues nunca lo entendería. Cuando volvía a su casa cansado y de malhumor, observó otra vez que un auto lo seguía, maldijo tratando de perderlo sin tener suerte, el auto se detuvo a una cuadra de distancia de su casa, cuando vio que la paraba en la puerta. Entró pensando cómo se encontraría su mujer y comprobando que estaba peor de lo que la dejó a la mañana, lo primero que diviso fue la casa patas para arriba.

—¿Qué paso acá? —inquirió Lucio de mala manera.

—¿Qué ves *man*? —Escuchar esa palabra era confesarle su enojo— Estoy limpiando —respondió sin mirarlo. Lucio tomó el escobillón que ella sostenía en su mano obligándola a detenerse y mirarlo.

—¿Seguís enojada? Pam solo son cosas de hombre no estuve con ninguna mujer si eso te preocupa —dijo y solo decir eso, ella reaccionó arrebatándole el escobillón de su mano y levantándolo en el aire lo amenazó, él se corrió para atrás desconcertado.

—¿Vos te crees que no sé qué hiciste una fiesta con otra mujer? —Le gritó, y Lucio abrió grandes los ojos.

—¿Quién te dijo eso? ¡No paso nada, lo juro!

—No paso nada porque ella casi muere. Me voy a ir al departamento con Mayda, tú no eres el mismo, ya ni me tocas —gritó agitando su mano al aire—, y me voy a trabajar a cualquier lado menos contigo —expresó dejando al menor de los Falcao atónito por su respuesta y reconociendo que ella tenía razón.

—¡Hablemos! Ven siéntate —le indicó señalándole el sillón. Ella lo miró pensativa.

—Ve a ducharte cuando salgas hablamos —susurró. Lucio aceptó y se internó en el baño dejando que una copiosa ducha lo relajara, cuando salió, comprobó que Pam no estaba, corrió al placar y sus ropas habían desaparecido, salió casi desnudo al living y sobre la mesa ratona encontró una

nota y la abrió con dedos temblorosos:

“Me voy, fue un error haber venido a vivir contigo, a las seis llega el micro que trae al nene del jardín, cuídate. Te quiero Pam”

Lucio observó la hora en su reloj y aún faltaba media hora para la llegada de su hijo, se sentó y se tomó la cabeza, otra vez se quedaba solo con su hijo. Había perdido a una gran mujercita, cómo le explicaría a su pequeño hijo, que otra vez una mujer lo abandonaba.

Manu fue a visitar a la madre de Zoe al hospital, al entrar la creyó durmiendo y se retiró, buscó al médico amigo y habló con él.

—Está mal, muy mal se está yendo, ¿sabes quién es Zoe? —Manu tragó saliva.

—Nuestra hija, ella no la quiere ver, hablaré con ella.

—Solo repite dos nombres el tuyo y Zoe, no sé qué paso entre ustedes, pero yo te aconsejaría que la convenzas de que venga a verla, ¡solo le quedan días!

Manu se retiró luego de ponerle unos billetes en el bolsillo al médico con rabia y dolor, por ver a la madre de su hija en ese estado, iría convencer a Zoe que fuera a verla, aunque ello implicara confesarle todo lo ocurrido a su mujer. Dejó el auto en la puerta de su casa, y antes de entrar habló por teléfono avisándole a Davy que tardaría una hora pues trataría de hablar con su mujer.

—¡Sofía! —gritó al entrar, nadie respondió. Entró en la cocina y la encontró tomando mate con la computadora prendida, se paró a su lado, se sacó el saco y se inclinó para besarla en la mejilla, pero ella se corrió sin mirarlo— ¿Me das un mate? —le pidió sentándose enfrente, su mujer levantó la mirada y tenía los ojos hinchados de llorar y se maldijo— Perdóname por no decirte lo de los chicos, ya hablé con ellos y no volverá a pasar. No te lo

conté porque no quería preocuparte. Nena, mírame —le suplicó.

—¿Qué más tienes que contarme? ¡Y no me mientas! —Manu se enderezó en el taburete de la cocina, sin dejar de observarla.

—Anoche fuimos a buscar al gallego, pero no lo encontramos —comenzó, pero ella no lo dejó terminar, dio vuelta a la pantalla de la computadora, y él quiso morirse al leer lo que habían publicado en un canal de noticias.

“En la madrugada de hoy se registró un tiroteo en un galpón abandonado en las afueras de la ciudad, al llegar la policía se encontró a tres hombres muertos. El hecho aún no se aclarado, aunque se presume que fueron dos bandas que se enfrentaron”

—Júrame por tus hijos, que ninguno de ustedes tuvo que ver con esto —exclamó Sofía.

—Sofía, yo te amo, no quiero que te preocupes. Siempre te mantuve alejada de mis negocios por ese motivo, nena escúchame —respondió Manu levantándose, ella se paró enfrentándolo.

—¡No me respondiste Falcao! ¡Responde, porque estoy loca! ¿Vos o el brasilero tuvieron algo que ver en esto? ¿Fueron capaces de poner la vida de mis hijos en peligro? —exigió. Manu ya no podía mentirle, aun sabiendo el enojo que provocaría en ella.

—¡Sí, pero tus hijos están bien! ¿Qué querías que hiciéramos? ¡Él mató a mi padre! ¡A mi padre! —gritó y se sentó en el taburete de la cocina, dolido, cansado y furioso. Ella lo miró, y sin responder entró en el baño de su dormitorio a ducharse.

Se sacó la ropa tirándola de mal modo en el canasto de la ropa sucia, cerró la mampara y el llanto no se hizo esperar. Sus hijos habían estado en peligro, se maldijo y puteó mil veces más, luego de unos minutos se tranquilizó y frente a ella se proyectó la imagen de su suegro. Se tapó la cara

con las manos y nuevamente se le encogió el corazón, pues ese gran hombre había sido como un padre para ella que la recibió abriéndole su corazón y Ana era tan buena, siempre pendiente de sus hijos y de todos. «¿Cómo puedo enojarme si también amé a ese hombre? ¿Cómo puedo ser tan injusta si cuando el hijo de puta de Maxi confesó haber matado a mis padres, quise matarlo con mis propias manos?» pensó.

Se secó y salió del baño viendo al gallego sentado en la alfombra al lado de la cama, sus brazos caían al costado de su cuerpo y su mente divagaba quién sabe dónde. Lo miró y subiéndose en la cama desde atrás colocó sus piernas al costado de su gran cuerpo, Manu abrió sus hermosos ojos y ella tomó su barbilla con una mano, levantándola suavemente y sus ojos se encontraron.

—¡Te amo! Eso nunca cambiará, sos lo mejor que me pasó en mi vida, no te enojés conmigo, no quiero estar peleado contigo, ¡no me castigues así mi niña! —suplicó él, ella lo besó en los labios y con los dedos de su otra mano acarició ese rostro que tanto amaba.

—Yo los amo. Quiero que busques al gallego y lo despedaces —susurró sobre sus labios—, pero no los quiero a mis hijos metidos en toda esa mierda —pidió. Manu asintió con la cabeza, estiró su gran mano tomándola de la nuca y atrayéndola hacia él, para devorar sus labios con furia.

—¡Quiero cogerte, déjame hacerlo! —pronunció él con voz ronca.

—¿Cuándo te he dicho que no? ¡Hazlo como tú sabes, lento y suave, elévame al cielo como siempre lo has hecho!

Dicho esto, se acostaron en la gran cama poniéndose uno frente al otro, se dedicaron minutos eternos a tocarse suavemente, acariciando sus partes íntimas con sumo cuidado y dedicación. Mientras la lengua de Manu entraba y salía de la boca de Sofía, ella tomó su rostro y en solo un segundo subió sobre su cuerpo montándolo, para cabalgarlo. La excitación los saludaba y la

lujuria los poseía, Sofí abrió sus piernas y tomando su tronco duro y grueso, jugó sobre su sexo haciéndolo gritar de calentura. Manu con voz ronca suplicaba que lo dejara entrar en su vagina, pero ella traviesa sonreía y seguía jugando refregándose, mientras humedecía sus labios con su lengua provocándolo, sabiendo que lo estaba llevando al máximo de la locura.

—¡Basta! —clamó él y ella sonrió. Manu tomó la iniciativa poniéndola de espaldas al colchón e inclinándose despacio, lamió su cuello, bajando hacia sus pechos, que mordisqueó, hasta llegar a su vientre, donde no se detuvo porque su objetivo era el sexo de Sofía. Al llegar, lamió su clítoris con ardua dedicación, produciéndole pequeños temblores, su lengua repasó con sumo cuidado cada pliegue, arrastrándola a la lujuria como siempre y haciéndola explotar.

—Por favor, Manu no aguanto más, ¡cógeme! —sollozó Sofía. Manu no se hizo esperar, agarró su glande y apoyándolo en su sexo entró como un huracán. Sus caderas empezaron a moverse acompasadas al principio y en un arrebató de lujuria aumentó el ritmo hasta llevarla al borde del éxtasis. Sofía creía que se iba a desmayar, mientras Manu con un gruñido y echando la cabeza hacia atrás, depositaba su semen en ella. Él se ubicó de costado y sus cuerpos quedaron entrelazados, transpirados y cansados. Luego Manu depositó en el rostro de ella mil besos chiquititos sonriendo.

Manu se levantó y entró en el baño a ducharse no sin antes besar nuevamente a su mujer suavemente en los labios, ella abrazó la almohada y lo vio retirarse. Sofía observó la ropa desordenada de él a un costado y se levantó para acomodarla. Apenas tomó el saco cuando un sobre cayó, lo miró y después la puerta del baño, sin dudar lo abrió comprobando que era una carta. Se sentó en el sillón de la habitación y comenzó a leerla, sin poder creer lo que en esa hoja decía.

“Te amo y siempre te amaré fuiste, a parte de mi hija, lo mejor de mi

patética vida. Se que ya es tarde, pero quiero que me recuerdes con piedad pues sé que el amor se lo llevó esa argentina, la misma que te dio ese hijo que tanto deseabas. Adiós Manuel, ¡perdóname!”

Sofía aún desnuda se paró con la hoja en la mano, y su temperamento cambió poniéndose roja de rabia. La furia la poseyó, se pasaba la mano por el pelo cuando Manu salió del baño con el *bóxer* puesto, la miró observando el papel en sus dedos y el sobre tirado a un costado. Supo que había leído lo que su ex le había dado, se quiso acercar, pero ello se alejó levantando el papel en el aire, justo cuando entraba el brasileño.

—¿Qué mierda pasa acá? —preguntó.

—Lo que pasa, es lo siguiente —gritó Sofía sacudiendo entre sus dedos la hoja—, Manu se está viendo con la madre de Zoe —sus hombres abrieron los ojos grandes— ¡Hijo de puta, anoche te vistes con ella! ¿Te acostaste con ella?

—Noooo! ¡Déjame que te explique Sofía, por favor! —exclamó Manu. Davy tomó la nota en su mano y la leyó luego miró a Manu.

— Mierda, ¿qué es esto? ¿Cuándo te la dio? —Él y Sofía clavaron sus ojos en Manu.

—¡Me la dio con el otro sobre!

—¿Quiere decir que te vistes con ella? Habla Manu porque acá corre sangre —exigió Sofía que nunca le tuvo miedo—. ¡Responde! ¿Te revolcaste con esa puta? —chilló. Manu no aguantó más y la sentó en la cama agitando su dedo índice.

—¡Ahora te sientas ahí y me escuchas! ¡Los dos me escucharán! —pronunció observando al brasileño que se sentaba, en el sillón—. Ella llegó al banco hace unos días y me entregó dos sobres, yo sabía que uno era una carta para mí, pero no lo abrí porque no me interesa ella, nunca me interesó. No se lo dije, porque la iban a querer leer y sabía que pondría algo así como te amo,

cuando esa mujer jamás quiso a nadie —explicó Manu.

—¿Anoche la viste? —Sofía aún desconfiaba y a él la paciencia se le terminaba.

—Sí, la vi —aseguró, su mujer hizo ademán de levantarse, pero él lo impidió—. Se está muriendo y la tenían presa. Está en el hospital —acotó. Sofía se tranquilizó y buscó a Davy con la mirada—. Sofía yo te amo, nadie podrá cambiar eso, nunca —añadió.

—¡Te amo! ¡Los amo! —respondió ella tirándose a sus brazos. Davy se acercó y se perdieron en un gran abrazo. Manu se separó y la observó.

—Tengo que pedirte un favor no es por ella, ni por mí, solo por mi hija. La madre antes de morirse quiere verla, dice que la llamó, pero no quiso atenderla. Sé que una vez que se vaya Zoe se arrepentirá de no haberla visto, y no quiero que viva con ese sentimiento tan nefasto. Háblale tú, a ti te escuchará. ¿Harías eso nena? —Sofía tragó saliva y aceptó, por Zoe haría lo que fuera.

Manu tomó la nuca de los dos y atrayéndolos se contemplaron, hasta abrazarse en silencio, escuchando el latido de sus corazones, luego de unos minutos el gallego sonrió y susurro:

—Uno más uno son tres, nunca lo olviden.

CAPÍTULO 23



Sofía convenció con mucho esfuerzo a Zoe para que fuera a ver a la madre al hospital, cuando entró, esta sintiendo su presencia abrió los ojos y estiró su mano que Zoe tomó besándola.

—Te perdono, ya todo pasó... —susurró— Cuando en el cielo veas a la abuela dile que la extraño y que siempre la recordaré —añadió, secándose con los dedos las lágrimas.

—Lo haré mi niña, lo haré —respondió la madre con una sonrisa débil.

Luego de ver a la hija la vida de esa mujer se apagó, sus ojos se cerraron para siempre, su hija solo recordaba lo malo de ella, buscó en el baúl de los recuerdos y la imagen de ella bien vestida y siempre con un hombre distinto acudió a su mente, la abuela había sido quien la cuidó y antes que muriera, fue ella la que había encontrado al padre. Su abuela desde el cielo la había ayudado a encontrar una gran familia que la protegía y amaba, se levantó de la silla alejándose, afuera la esperaba el padre con Sofía, que al verla la abrazó como a una hija y una vez más era ella quien curaba sus

heridas y secaba sus lágrimas.

—¡Vos deberías a ver sido mi madre! —confesó entre llanto e hipo, Sofi tiernamente la retiró de su cuerpo observándola, y secó sus lágrimas.

—¡Mírame Zoe! ¡Mírame! —Y ella lo hizo— ¡Vos me elegiste y yo te elegí! Sos mi hija mayor, sos mi hija del corazón y será así hasta el día que muera, siempre te querré. ¡Siempre tu familia estará a tu lado, nunca lo dudes! —Zoe se abrazó a ella estallando en llanto.

Manu que observaba la situación se acercó a su hija, sintiendo pena por su niña, sabiendo que la madre se había portado mal el corazón de ella lloraba su ausencia, pues era la mujer que le había dado la vida.

—Vamos mi niña, ya me encargué de todo, vamos a casa, te quedaras unos días con tu familia luego vuelves al trabajo, ¿sí? —aseguró el padre, abrazándola con mucho cariño.

Lucio no quiso molestar a sus hermanos y mentía cuando preguntaban por su mujer, iba con su hijo a todos lados y a ella no la vieron más. Un día Manu lo llamó al banco, cuando iba subiendo las escaleras Manu salió de su despacho rumbo a las cajas y sonrió, cuando las cajeras miraban a Lucio con la boca abierta.

—¡Hermano! —Levantó la voz y bajó la escalera perdiéndose en un abrazo— ¡Qué cara! ¿Qué pasa? —averiguó Manu sin dejar de observarlo.

—Nada, estoy cansado, ya se me pasará —respondió Lucio. Manu dejó unos papeles a una cajera y subió con él la escalera, apoyando su mano en su hombro. Cuando entraron en su despacho lo invitó a sentarse.

—Ahora me cuentas que pasa y no mientas —ordenó. Lucio lo miró y justo entró Davy.

—Pam me dejó, por lo que hice con Bruno —soltó. Los hermanos se quedaron de piedra—. Ahora estoy solo otra vez con mi hijo —explicó roto de dolor. Manu suspiró sabiendo que siempre habría algún problema por

resolver, sin contar que aún tenían que encontrar al gallego. Ver tan triste a Lucio le partió el alma.

—¡Pues reconquistala! Ve a por ella, no te dejes vencer, búscala, háblale, hazla que reaccione pues no creo que te haya dejado de amar.

—Estoy mal yo tengo la culpa, sé que la descuide, ¿me entiendes? — afirmó Hasta que no encontremos a ese desgraciado no puedo vivir en paz y no puedo pensar en otra cosa —comentó. Luego de escucharlo Manu se levantó enojado y lo señaló con el dedo.

—¡Levántate! —Lucio obedeció—. ¡Ve a buscarla! Si la amas tráela de vuelta a tu lado, no seas imbécil, ella es buena no la pierdas por un pasado que nunca volverá. ¡Ya habrá tiempo de cazar a ese hijo de puta, ve a por ella hermano!

—Yo Manuel no soy como ustedes me... —bajó la mirada— me cuesta entrar en conversación con una mujer, no sé, creo que no sirvo para formar una familia —explicó. Manu lo miró incrédulo, pasándose los dedos por su pequeña barba incipiente.

—¿Y cómo enamoraste a tu mujer? —Lucio sonrió.

—Ella me provocó, y no pude resistirme. Es tan pequeña, tan mujer, ama a mi hijo y él a ella —dijo. Manu comprendió que con esas pocas palabras demostraba todo el amor que sentía por ella. Davy largó una carcajada.

—Enséñale hermano, dale algunas lecciones —acotó el brasileño, mientras se dirigía a la puerta—. Yo voy a visitar a unos clientes una hora y vuelvo —se despidió. Sus hermanos asintieron y Manu en una hora lo aconsejó sobre varios temas, pero sobre todo las mujeres.

—Antes que te vayas quiero tocar un tema contigo, porque no creas que me he olvidado —se explayó Manu mirándolo y Lucio volvió a sentarse—. Dime por qué buscaste a mi mujer en el shopping. Está claro que no había

perdido la tarjeta. Tú en un descuido se la sacaste. Y luego la provocaste en el gimnasio —le preguntó.

—Ya te dije te odiaba, quería que sintieras celos y miedo a perderla, que sintieras en carne propia los mismos sentimientos que yo tenía cuando nuestro padre se iba y solo volvía a visitarme al mes siguiente. No me mires así, te pido perdón porque estuvo mal —se lamentó observándolo—. Ella te ama, solo mirarla a los ojos cuando te observa, uno lo nota, sé que los tres son inseparables, ¿y sabes? A veces me da un poco de envidia sana, creo que yo jamás lograré que alguien me ame de esa manera —terminó. Manu suspiró parándose frente a él.

—Mira hermano, nosotros nunca supimos de tu existencia y con lo respecta a mi mujer y Davy hace años que la vida nos unió, ella nos echó mil veces y mil veces más nos perdonó, tuvimos hijos y armamos una hermosa y gran familia, nosotros la amamos más que a nuestra vida, ¿entiendes? —inquirió apoyando sus manos en los hombros de Lucio— Tú lo que debes hacer es ir a por esa mujercita si de verdad la amas, porque la amas, ¿no?

—Claro que la amo, aunque a veces no sepa expresárselo con palabras, ¡la amo y la necesito!

—¿Volverá a trabajar contigo?

—No, seguramente volverá a ese bar de mala muerte a servir copas —respondió disgustado.

—Ve a buscarla y hazla recapacitar, por Dios aléjala de ese mundo.

Mientras se dirigía a su casa pensando en Pam, se maldijo por no lograr ser feliz, sabía que Pam aún era una nena y sin pensarlo le había regalado horas de su vida, amó a su hijo como no lo hizo la madre y ni siquiera supo escucharla cuando quiso hablar con él. Apenas abrió la puerta Thiago se tiró a sus brazos, pagó a la niñera y luego de darle la merienda lo llevó a la plaza, lo hamacó, lo hizo correr por la misma hasta que el nene pidió volver a casa.

—¿Por qué no está Pam? ¿Dónde fue? —preguntó inocente Thiago.

—Se enoja conmigo, me porte mal y se fue —le respondió. El nene lo miró.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Ahora estamos solos otra vez! —Lucio pasó su mano por su barba—¿Tú no la amas más? —Siguió preguntando el nene.

—Sí que la amo, pero a veces uno se porta mal y recibes las consecuencias.

—Ve a buscarla! ¡Papá yo no quiero que se vaya de casa! ¿Quién me contará cuentos? —Su hijo se tapó la carita con ambas manos largándose a llorar.

Lucio estacionó en la puerta de su casa y reclinó su cuerpo sobre su asiento, suspirando largamente. Ver a su hijo en ese estado lo mataba, bajó del auto y lo levantó en brazos, el nene se prendió a su cuello y entraron, luego de tener una larga charla con él se tranquilizó. Después de cenar los dos solos, Lucio decidió ir a buscar a Pam al lugar donde según Damián había comenzado a trabajar, llamó a la niñera y esperó a que su hijo se durmiera, cuando estaba saliendo de su casa tomó su celular y llamó a Joaquín para que lo acompañara.

—Lucio, ¿cómo estás? ¿Todo bien? Siento lo de Pam, papá me comentó, dime si necesitas algo —dijo sin dejarlo hablar, Lucio admiró la facilidad de palabras de su sobrino.

—Te llamaba para que me acompañaras al bar donde trabaja Pam, no sé qué hacer para que vuelva, no me responde los llamados —pidió. Joaquín observó a su mujer que estaba jugando con su hija más pequeña, su hijo Kim como siempre estudiando y su otra hija mirando la televisión, odiaba salir a esa hora porque según él era tiempo de estar en familia, pero no era capaz de decir que no a su tío, sabiendo que la estaba pasando mal.

Comento lo de su tío con su mujer y vistiéndose salió, entró a su garaje,

sacó el auto y ya en la vereda y en la oscuridad de la noche sintió que le golpearon el vidrio. Se pegó un susto de madre, era Bruno que se notaba que recién llegaba a su casa.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas a esta hora? ¿Te dejó salir tu mujer? —inquirió Bruno.

—Lucio me necesita, iremos a ver a Pam a un bar donde trabaja —comentó y el solo hecho de nombrar un bar, ya Bruno abrió los ojos.

—¡Yo también voy!

—¡Mira no vamos de joda, no te hagas ilusiones! Solo ira a verla ¿entendiste?

—Sí hermano tranquilo. Iré contigo —Joaquín abrió la puerta y Bruno entró, mientras iban hablando de negocios pararon en una estación de servicio a cargar combustible, y Bruno aprovecho para hacer un llamado a unas amigas sin que su hermano se percatara de ello. Pasaron a buscar a Lucio, que los esperaba en la puerta de su casa.

—Acá es —señaló Lucio al llegar al lugar, estacionaron, y cuando bajaron al ver a tres bombones como eran ellos unas niñas que entraban los saludaron como si los conocieran, y Bruno sonrió besándolas en las mejillas, presentándoselas al tío y al hermano que no entendían nada.

—No estamos en planes de joda, no lo olvides hermano no quiero problemas —susurró Joaquín acercándose a su oído.

—¡Adiós niñas nos vemos! —saludo Bruno y ellas se retiraron sonriendo, los tres se sentaron en la barra pidiendo un trago.

—Por Dios ¿vieron lo que son esas niñas? ¡Se me hace agua la boca! —pronunció Bruno y los otros dos sonreían y la vista de Lucio recorría todo el espacio buscando a Pam. La encontró al lado de una mesa sirviendo unas copas, con esa pollera corta y esa camisa que dejaba ver sus hermosos y duros pechos, los hermanos lo miraron y observaron cómo su tío se mordía el

labio inferior.

—¡Ve y háblale, no te quedes acá vamos Lucio! —Lo animaba el sobrino, mientras Bruno solo se hacía señas con las niñas que había saludado.

En un momento cuando Pan se acercó a la barra, Lucio se puso a su lado y sus sobrinos se alejaron para dejarlos hablar.

—¡Hablemos nena, por favor! ¡Dame una oportunidad, una más! —suplicaba, pero su mujercita ni lo miraba, solo se soplabla el flequillo y unas niñas que estaban cerca de ella hicieron un comentario que la hizo estallar en cólera.

—¡Con esa cara y ese cuerpo no debes suplicar, ella no está a tu altura! —Todos los que estaban cerca los miraron y Pam dándose vuelta respondió.

—¡Acá lo tienen! —pronunció con desprecio señalándolo con una mano— Se lo regalo con moño y todo. ¡Cuando las termine de usar se cansará de ustedes! —Las mujeres dirigieron la vista a un Lucio que se había quedado sin palabras.

—¿Tan mal me he portado contigo? Solo hablemos, ¿sí? —pidió. Pam se dio media vuelta, alejándose de él con la bandeja llena de copas para repartir, Lucio la observó marcharse callado, pensando que ya la había perdido.

Los tres se quedaron apoyando sus espaldas en la barra y tomando, cuando de pronto vieron entrar a Matías, el que mandaba en el grupo cuando entraron en el galpón, se miraron y él se acercó a saludar, era amigo de salidas con Bruno.

—¿Qué haces acá? Nunca te veo —pregunto mirando al hermano de Bruno, que sonreía.

—Tengo una familia y otras prioridades —respondió.

—Bueno, pero una noche va bien. ¡Mira las niñas bonitas que hay! —expresó y luego su voz se quebró y todos lo miraron— Yo vengo a ahogar

mis penas, me he peleado con la mujer de mi vida hasta ayer. Discutimos y acá estoy —añadió triste, tomando de su trago.

—¿Se puede saber quién es? —averiguó Bruno sorprendido.

—¡No! Si me arreglo lo sabrán.

Bruno se alejó de ellos y tomando de la mano a unas chicas se puso a bailar.

—¿Quieres esperar que salga y le hablas nuevamente? —Joaquín no entendía cómo su tío podía ser tan corto de palabras, y a la vez tan bello. Los ojos de Lucio solo observaban los movimientos de Pam, su cuerpo y su sonrisa lo envolvían y le faltaban las palabras y la garra para correr tras ella.

—Sí, esperaremos, si no quiere hablar la dejaré ir. Ya la perdí, soy un perdedor en lo que respecta a las mujeres, no tengo remedio —acotó y se dio vuelta para seguir tomando, el sobrino no quiso tomar más pues sabía que el hermano y Lucio ya no podrían manejar.

Cuando eran las cinco de la mañana Lucio ya con varias copas de más quiso irse, Joaquín llamó al hermano y junto a Matías decidieron marcharse.

—¿Me llevan? No puedo manejar, mañana mandaré a buscar el auto —expresó el amigo, los demás aceptaron y subiendo al auto se dirigieron a la ruta, Bruno, Matías y Lucio reían y cantaban mientras el hermano manejando se reía. De pronto escucharon una sirena, Joaquín miró por el espejo retrovisor y observó que un patrullero atrás suyo hacia señal de luces para que se detuvieran, miró a sus acompañantes.

—No se bajen. Se quedan acá, ¿escucharon? —Los tres se rieron a carcajadas y el hermano olió lio en puerta. Joaquín sacó su DNI y su carnet de conducir y observó que de su lado se acercaba un policía, nervioso los volvió a mirar a los tres y retándolos los obligo a callar.

—¡Baja del auto ya! —ordenó una mujer policía, mirándolo de mal modo y él obedeció—¡No me mires! ¡Date vuelta y abre las piernas! —

Joaquín puteó y apoyando las manos en el capo del auto dejó que palpara, su cuerpo. En un segundo vio que los hacían bajar del auto a los demás, pero estos se reían, mientras él no entendía nada—. ¡Date vuelta muñeco! — escuchó decir a su espalda y lo hizo, quedando atónito con lo que sus ojos veían— A ver qué tienes acá en medio de estas largas e increíbles piernas — expresó la mujer, deslizando la palma de su mano y tocando su bulto. Al mismo tiempo se sacó su gorra tirándola a un lado, y su largo y rubio pelo cayó sobre sus hombros.

—¡Para niña! ¿Qué mierda es esto? —protestó Joaquín enojado.

El hermano ya tenía a una abrazándola y besando sus pechos, Lucio se dejaba tocar su bulto, mientras sus manos acariciaban los pechos de otra supuesta policía, y Matías abría lentamente su bragueta dejando salir su glande invitando a la mujer, que despacio y sonriendo se iba arrodillando.

—¡Basta! ¿Están todos locos? ¡Bruno, Lucio basta! ¡Estamos en la ruta! —gritó enojado y nervioso. Los demás seguían con sus juegos sin escucharlo.

—¿No te gustan las mujeres? —Esa pregunta lo desquició, se arrimó a ella y tomando su nuca con una mano la apoyó contra su cuerpo comiéndole los labios, mientras con la otra apretaba sus cachas. Los dedos de la mujer en segundo abrieron su bragueta, cuando de pronto y los rodearon tres patrulleros. Todos se miraron y rápidamente arreglaron sus ropas, pero ya era tarde, la policía los apuntaba con armas gritándoles. Matías reaccionó.

—Soy Matías, ¿saben quién es mi padre? —Uno de los policías sonrió.

—Usted robó un patrullero, su padre nos mandó —le respondió y todos los policías se reían a carcajadas.

—¿Vos hiciste eso? ¡La madre que te pario, mi padre nos mata! ¿Bruno tu sabías? —preguntó Joaquín a los gritos.

—Sí sabía, solo era una jodita, solo eso —exclamó. El hermano

puteaba en todos los idiomas y colores posibles peleando con un policía que lo cargaba porque tenía la bragueta abierta.

—Todos a los patrulleros y protesten todo lo que quieran, pero en la comisaria, vamos, ¡vamos muévanse!

—Idiota sos un idiota mira en qué lío nos metiste, papá nos va a matar. ¡No te rías más Bruno! —bramaba Joaquín.

Al llegar a la comisaria los llevaron a la oficina del comisario, el padre de Matías los esperaba sentado en su sillón, mientras jugaba con un bolígrafo entre sus dedos, apenas los vio entrar se levantó y sonriendo con malicia se arrimó a su hijo desafiándolo con la mirada.

CAPÍTULO 24



—Sos un hijo de puta, llegaste muy lejos esta vez, ¡te robaste un patrullero! ¿Cuándo mierda madurarás? ¿Quieres volverme loco? ¡Y encima sexo con niñas disfrazadas de policías! —gritó el padre y todos bajaron sus cabezas.

—¡Yo no lo robe! —adujo sonriente— ¡Solo lo pedí prestado!

—Y vos el mejor de todos, ¿en qué te convertiste? ¡Por seguir a estos malvivientes! —dijo hablándole a Joaquín que jamás se había visto en una situación semejante.

—¡Yo juro que no sabía, cuando mi padre se entere nos matará! — Joaquín era el único que se preocupaba, el comisario los miró a los cuatro y llamó a un policía.

—¡Llévelos al calabazo! — ordenó. Todos se miraron y comenzaron a pelearse por hablar, pero era demasiado tarde, la decisión estaba tomada.

—¡Basta! ¡No voy a escuchar a ninguno, lo que hicieron es muy grave! Pensaré qué hacer con los cuatro —sentenció. Matías lo miró.

—¡Papá, no vas a hacer eso! ¡Soy tu hijo, papá! —chilló. El padre

movió su cabeza en señal de reprobación haciéndole seña al policía con la mano, que se los lleve. Todos siguieron a los policías y los encerraron en unos calabozos asquerosos, rodeados de delincuentes y un nauseabundo olor a orín.

Luego de ver una película los tres amantes se dedicaron a recorrer sus cuerpos lamiéndolos, besándolos y terminaron amándose como siempre con fervor, morbo y lujuria, ellos conocían bien sus gustos y siempre quedaban más que satisfechos. Se acomodaron como siempre Sofí abrazando al brasileño y Manu abrazándola a ella, hundiendo el rostro en la cavidad de su cuello y sus labios recorrieron el mismo susurrando te amo. Y así sus cuerpos y mentes fueron relajándose y entrando lentamente en ese mundo hermoso y mágico del sueño. Cuando el celular de Manu sonó, se sobresaltó, se alejó de su mujer y lo atendió.

—¿Manuel? —Se escuchó una voz del otro lado de la línea que enseguida reconoció. Se levantó despacio, y desnudo salió de la habitación para no despertar a los demás.

—Sí amigo. ¿Pasó algo? —respondió con voz adormilada.

—Tus hijos están presos con el mío —le explicó. Manu empezó a putear.

—Dime qué hicieron. ¡Los voy a matar! ¿Estaban solos? ¿Joaquín también?

—Sí y tu hermanito Lucio también, todos juntos —rio el hombre. Manu fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua.

—¡Me van a volver loco! ¿Qué hicieron?

—Aparte de robar un patrullero, los encontraron teniendo sexo en la calle, en plena ruta —comentó. La boca del padre se abrió como un buzón—. Debo decirte que el robo del patrullero fue idea de mi hijo.

—Ahora voy para a... —empezó a decir, pero el comisario no lo dejó

terminar de hablar.

—Mira amigo, ¿por qué no los dejamos unas horas? Luego del mediodía los suelto a ver si esta vez aprenden, ¿qué dices tú? —inquirió. Manu pensó, costándole decidirse.

—Está bien hagámoslo, no sé qué hacer y te aseguro que el instigador de todo esto es Bruno, a Lucio lo llevas donde quieras, pero de Joaquín, aún no me lo creo, gracias por avisarme, nos estamos hablando —dijo cortando la comunicación. Como ya no se podía dormir entró en el baño, se duchó y luego se recostó, cuando sonó la alarma del celular lo despertó al brasileño y mientras tomaban el desayuno antes de ir al banco comentaba lo sucedido. Davy no podía creer lo que escuchaba.

—Mira, Bruno se merece que lo cague a patadas en el culo, ¿pero Matías? Ese es el peor de todos —comentó. Manu lo miró tomando su café.

—Nene, Bruno ya es un hombre. ¡Debe tomar conciencia de sus actos! Ya no sé cómo hablarle y Joaquín prenderse en esa no lo entiendo. El amigo que haga lo que quiera, pero ellos no mientras yo viva. ¡La madre que me pario! —gruñó. Justo golpearon la puerta de atrás y supieron que era Frank, este entró y se sirvió café observándolos.

—¿Pasa algo? ¿Qué pasó? Lo veo en sus caras, cuenten.

—¡Nada, solo que tu hermano y tus sobrinos están presos! —Frank abrió los ojos como platos, sin poder creer— Se robaron un patrullero y tuvieron sexo en la ruta con unas niñas disfrazadas de policías —contó Davy y su hermano comenzó a reír.

—¡Mis sobrinos son unos genios! ¡Deja que se diviertan hermano, por favor! —Manu se levantó del taburete retándolo.

—¡Calla que despertaras a mi mujer! ¡Vos estas completamente loco! Está mal lo que hicieron, di que Matías es el hijo del comisario que, si no, se comerían unos meses adentro —le dijo. Frank tragó saliva, pues tenía razón

—. Mira, yo sé que nosotros quizás hicimos lo mismo, pero no quiero que ellos sean iguales, ¿entienden? —los miró a los dos— Ellos deben ser mejores, pues dentro de poco manejarán todo y cuando no estemos nosotros, ¿qué mierda harán? ¿Quién los sacara de los líos? —Los tres se sentaron pensativos.

—¿Están todavía en la comisaria? —preguntó con miedo el hermano.

—Sí y ahí se quedarán hasta el mediodía. No digas nada, ya hablaré con Alma, algo inventaré.

Lucio pidió hablar por teléfono y se lo permitieron, habló con la niñera pidiéndole que se quede a dormir y luego lleve a su hijo al jardín, la mujer aceptó y se quedó más tranquilo.

El comisario sentado en el sillón de su oficina solo pensaba en su hijo. No tenía otro por lo que era el consentido desde que la madre murió, cuando él solo tenía cinco años, Lo había criado sin ayuda, pues jamás tuvo una mujer fija y no quiso darle otra madre, se las ingenió para realizar los dos papeles, aunque a veces se reprochaba no haber sido más autoritario con él, su hijo siempre hizo lo que quiso. Después de haber terminado la secundaria puso mil negocios y en todos fracasó. Por último, el padre gracias a sus muchos contactos lo presentó a varias personas importantes, y gracias a su físico privilegiado se dedicó a ser guardaespaldas. Reaccionó al sentir que golpeaban a su puerta.

—¡Pase! —autorizó.

—Señor, disculpe que lo moleste, pero su hijo nos tiene loco con los gritos. Lo llama —le informó un policía. El padre se acomodó en su sillón y suspirando sonrió.

—Déjelo que grite todo lo que quiera, a la una en punto los sueltas a los cuatro, pero no lo recibiré, dile que estoy ocupado, ¿entendiste?

—Sí señor, lo que usted diga.

A la una en punto todos se retiraron con mal humor y un olor insoportable.

—¡Dios me iré a bañar, nos vemos! —dijo Matías retirándose a su casa, pues su padre no había querido recibirlo. Él vivía solo en un departamento muy amplio y luminoso alejado del centro. Lucio corrió a su casa a bañarse y trasladarse a su oficina, y Joaquín no sabían dónde ir a bañarse.

—Vamos a mi casa, allí Alma no te verá —expresó Bruno.

—¡Te mataría! Todo es tu culpa. Mi mujer debe estar loca que no fui a dormir. Dios mira en que lío me has metido —gritaba enojado Joaquín golpeando el volante de su auto. Iré a mi casa y que Dios me ayude —afirmó, mientras el hermano lo mira confundido.

—¡Estás loco! No te lo perdonará —exclamó Bruno.

—No voy a mentir, después de todo no hice nada —acotó. Bruno estalló de risa.

—Te recuerdo que tú también estabas con el bicho fuera —comentó. Los dos se miraron y se tentaron de la risa recordando la noche anterior.

—Sos un hijo de puta, nunca más salgo contigo, di que íbamos con Matías que si no, aún estaríamos adentro y ahora aguantarlo a papá, y sabes que nos merecemos todo lo que nos dirá, ¿no?

—Sí, claro que tiene razón, pero ya está, ya lo hemos hecho, mira déjame en mi casa, hoy me quedaré adentro ya perdimos el día —dijo Bruno. Joaquín se persignó antes de entrar en la suya. La suerte estaba de su lado, ni su mujer ni sus hijos se encontraba en ella, se duchó volando, se cambió y con miedo lo llamó al padre que aún se encontraba en el banco.

—¿Papá? —dijo el hijo con miedo, Manu sonrió moviendo su cabeza.

—Solo te diré que a tu mujer le dije que viniste temprano al banco conmigo —Joaquín suspiro—. Ni tu tío ni yo, queremos hablar de la cagada que te mandaste ayer. Te corto pues tengo mucho trabajo —declaró, y sin

más cortó la comunicación. Joaquín se quedó mirando su celular dando por hecho que su padre estaba furioso.

Bruno y Lucio también llamaron a Manu, pero él se negó a atenderlos. Lucio luego de retirar a su hijo del jardín se dirigió al banco, ya era hora que sus hermanos se retiraban, apenas entró los vio bajar las escaleras, Thiago al verlos se tiró a los brazos de Manu robándole una gran sonrisa.

—¡Venga con el tío, pero mira qué bonito que estas! ¿Vamos a casa? —preguntó mirándolo, y el nene abrazándolo respondió a su pregunta, pero a Lucio ni lo miró, mientras salía con el nene alzado y todas las empleadas se babeaban. Davy se acercó a Lucio susurrándole.

—Ya se le pasará —dijo en voz baja—. Vamos a cenar a casa, deja que tu hijo juegue con las nenas de Joaquín —le pidió. Lucio aceptó y subiéndose en su auto los siguió a su casa, apenas llegar Sofía que ya se había enterado de las andanzas de su hijo y su cuñado por Frank, se encontraba enojada.

Apenas poner un pie dentro, lo miró a Lucio mal haciéndolo cohibirse con su mirada y todos entendieron que ya estaba al tanto de todo. El gallego y el brasilero la besaron en la mejilla y Manu dijo despacio en su oído.

—¡Ya hablaré con ellos cenemos en paz, por favor!

Sofía calló y a los cinco minutos llegaron los dos hijos, los padres les hicieron seña y todos se encerraron en el despacho. Manu desde su gran sillón, escaneó con la vista a todos y señaló a Bruno, que se hizo chiquito en la silla.

—¡Vos tendrás un castigo! Por tres meses no participarás en las ganancias de ningún negocio de la familia, solo recibirás tu sueldo como cualquier hijo de vecino —le comunicó. Bruno se paró enojado.

—¡No es justo! —Manu sin dejar de mirarlo, se paró y el rápidamente se sentó.

—Es verdad no estoy siendo justo —respondió rascándose su pequeña

barba. Todos los ojos de todos se depositaron en el—. Los castigaré a los tres por igual —sentenció. Lucio y Joaquín se miraron.

—Pero él fue el culpable de todo —gritó Joaquín. Lucio solo bajó la mirada, sin hablar.

—¡No hablaré más, solo diré que los tres me decepcionaron! ¡Ya no son unos críos para hacer esas locuras! ¡Tienen hijos! —gritó golpeando con la palma de su mano sobre el escritorio. Suspiró y tranquilizándose los observó a todos que se encontraban callados y pensativos— ¡A cenar! ¡No quiero caras largas en la mesa! —Todos se pararon y entraron en la cocina donde Sofía y Marisa los esperaba con la cena lista

Cenaron en paz solo hablando de cosas sin importancia. El más callado fue Bruno que cenó, saludó y se fue a su casa, su padre al verlo irse se sintió mal, Manu lo miró y arrimándose a su lado le pidió que fuera con él. Davy llegó en dos segundos a casa de su hijo, la puerta de atrás de su casa estaba sin llave.

—¡Bruno, hijo! —Llamó, como no respondía entró encontrándolo sentado en el living pensativo, se arrimó sentándose a su lado— Hijo, se cómo te sientes —comenzó a decir y observó cómo a su hijo se le deslizaba una lágrima, tragó saliva y tocó su hombro. Él lo miró.

—Mira, no sé qué me pasa, ¡me gustan todas! Me separé de Candy para no seguir lastimándola. Dicen que todos tenemos un ángel que nos protege, pues el mío me abandonó, porque siempre me meto en algún lío de polleras —explotó.

—Vos sabes muy bien que a mí me ha pasado lo mismo, y Sofía sufrió muchísimo por mi comportamiento, debes buscar ayuda.

—¿Dices un psicólogo? ¡Yo no estoy loco! —Davy largó una carcajada.

—Yo decía lo mismo, ¿sabes hijo? Uno a veces necesita hablar con un

profesional, yo te acompañaré ya verás como dentro de unos meses cambias de opinión, piensa que estás perdiendo a tus hijas —terminó diciendo. Pasó su brazo por los hombros de su hijo abrazándolo—. Te amo tanto. No quiero verte mal, quiero verte junto a tus hijas y tu mujer que aún te ama y sé que también la amas, ¡no pierdas a tu familia por favor! —imploró.

Después de cenar, todos se fueron, Manu acompañó a Lucio hasta la puerta y cuando se encontraron solos habló con él.

—¡Lucio hermano, lo que pasó con ese hijo de puta y lo que hiciste, sé que fue muy fuerte! —empezó a decir Manu. Lucio apoyó su espalda contra la pared recordando lo sucedido y suspiró mirando al cielo. Él no era valiente ni arriesgado como ellos, pero al recordar a su padre muriendo en sus brazos tuvo el valor necesario para hacerlo— Quiero que vayas a terapia con Bruno —dijo y Lucio levantó sus ojos y movió su cabeza en señal de reprobación—. Irás y punto. La terapia te hará bien —decretó Manu.

—Yo quiero ir a buscar al gallego, ¿cuándo irán? —Manu también recostó su espalda contra la pared y exhalando un largo suspiro, habló.

—No quiero exponerte tanto, iremos solo Frank, Davy y yo. Tampoco los críos irán —le comunicó. Lucio no podía creer lo que escuchaba, él también tenía derecho.

—Mira yo iré a terapia, pero tú no me prohíbas ir ¡Aunque no quieras, iré! —exclamó. Se desafiaron con la mirada y Manu comprendió que su pedido era justo.

—Bueno ya hablaremos de ese tema, mañana mismo comenzarás terapia con mi sobrino, veras qué bien te hace —comentó sin dejar de observarlo y pasándole su mano por el pelo.

Lucio en la soledad de su casa, luego que acostó a su hijo, se sentó solo en un gran sillón, puso una música suave y degustó un trago que se había servido, pensó en el hombre que mató, en su vida antes de conocer a sus

hermanos, en su madre, en su padre, en la madre de su hijo y, por último, sin desearlo el cuerpo y rostro de Pam se hizo presente ante él. «¡Te quiero! Y no sé qué hacer para que vuelvas» susurraba solo.

Lucio era muy atractivo, cualquier mujer giraba su cabeza al verlo pasar y él lo sabía. Inteligente y exitoso en los negocios pues de la nada había engrosado su cuenta bancaria. Cuando depositó en el banco de Manu todo su dinero, este se quedó pasmado al comprobar, lo que había logrado en tan poco tiempo. Pero su carácter tímido y la poca facilidad de palabra que tenía lo hacían un muchacho retraído, silencioso y triste. A veces Manu y Davy lo observaban y sentían que algo de él murió. Desde ese día lo quisieron más aún, él necesitaba calor de hogar, que lo abracen y le digan que lo amaban. Ellos dos se encargarían de darle todo el amor que el padre no supo brindarle. Se levantó a la mañana siguiente alegre, llevó a su hijo al jardín y luego entró sonriendo a su oficina. Al verlo, todos los empleados se sorprendieron y no dejaban de observarlo, Damián se quedó con la boca abierta.

—Buenos días a todos, ¿cómo amarecieron? —saludó a todos, dirigiéndose a su despacho. Damián lo siguió cerrando la puerta.

—¿Qué pasó? ¡Dios creo que nunca te vi tan contento! ¿Volvió Pam? —averiguó.

—¡No, pero pronto lo hará! Estoy dispuesto a reconquistarla —terminó diciendo serio

—Muy bien así se habla, me gusta que le pongas a tu vida el mismo empuje que pones a tu trabajo —confesó Damián.

—Ya mismo la iré a buscar encárgate de todo, no sé a qué hora vuelvo —le pidió. Terminó de firmar un papel y le guiñó un ojo, saliendo raudo para casa de Panamá. Sabía que a esa hora estaría sola y acostada. Decidido como nunca estacionó en la puerta, se bajó y de una sola zancada, tocó el timbre. Lo prendió hasta que escuchó una maldición.

—¿Quién es? —Se escuchó la voz adormilada de Pam.

—¿Quién va a hacer? Soy yo, Lucio Falcao, ¡el hombre que te ama! —gritó. Ella recostó su espalda contra la puerta y entrecerró sus ojos.

—¡No voy a abrir, puedes irte por donde llegaste! —Él apoyó sus dos grandes manos en la puerta e insistió.

—Acá me quedaré hasta que hablemos —miró su reloj—. Tengo tiempo hasta la cinco que sale mi hijo del jardín.

—¡Estás loco! ¡Llamaré a la policía, vete Lucio!

—No señorita, de acá no me muevo hasta que abras, apúrate porque si no abres te perderás al amor de tu vida y a su hermoso hijo —exclamó y ella movió la cabeza sonriendo.

«Lucio, Lucio» susurro ella descalza y en pijama. Su cuerpo lo pedía a gritos, pero su corazón ya no podía sufrir más. Recordó lo que había hecho con el hermano y se enojó nuevamente.

Lucio se estaba por dejar vencer, pero recordó la puerta trasera y hasta ahí se dirigió, miró por un vidrio de una ventana y comprobó que no tenía rejas. Sonrió y abriendo la ventana, sin pensarlo entró. Cerró despacio y se dirigió a la cocina, caminando con sumo cuidado, para no hacer ruido. Ella no estaba, asomo su cabeza en el comedor y ahí la vio, tenía su frente apoyada en la puerta de calle y se sentía su llanto amortiguado por su mano, que tapaba su boca. Tuvo toda la intención de irse por donde había llegado, pero no lo hizo, camino muy lentamente hasta ella parándose a su espalda. La fragancia de su perfume delato su presencia, no se movió, se quedó pegada al piso. Lucio la observo detenidamente a esa mujercita que varias veces secó las lágrimas de su pequeño hijo y su menuda y tenía figura lo enterneció. Pasó su brazo por su cintura y ella lo dejó hacer. Pam se dio vuelta lentamente encontrándose con los ojos más lindos que había visto en toda su corta vida.

CAPÍTULO 25



—¡Te amo! ¡Y sé que tú también me amas! —repitió sobre su rostro, soltando su cintura y tomando con sus manos, ese rostro que desde tiempo atrás le había demostrado que debía luchar por lo que se amaba. Ella lo contempló, subió sus dos brazos y poniéndose en punta de pies, lo abrazó, como si fuera la primera vez, con el mismo amor.

—¡Claro que te amo! Estaba perdida sin vos —pronunció Pam desarmándose como un flan en sus brazos.

—Tenés razón en todo, te descuidé, sabes que con mis hermanos estamos tras el desgraciado que mató a mi padre, pero todo pronto terminará y volveremos a ser felices los tres. El nene te extraña, todos los días pregunta por ti.

—¿Y el padre de ese nene me extraña? —averiguó ella mimosa.

—No solo te extraño, te amo, ¡quiero casarme con vos! —Esa declaración de amor provocó en Pam un sentimiento contradictorio, él la había engañado, pero ella también tenía secretos muy bien guardados. Lucio sintió que su propuesta no fue muy bien recibida y no supo qué decir.

—Debemos hablar —pidió ella. Lo tomó de la mano y se sentaron en unas sillas—. Quiero saber, qué pasó esa noche con esa chica —le pidió. Lucio tragó saliva.

—Estuve mal, te pido perdón y juro por lo más sagrado que nunca más pasará, pero debes saber que nada pasó —manifestó. Pam lo observaba y pensó en darle otra oportunidad—. Manuel me dijo que Bruno me llevaba por mal camino, sin embargo, mi sobrino no tiene la culpa. El culpable soy yo, yo me hago cargo de mis errores y aunque ni toqué a esa mujer, no debí —declaró. Pam pensó que, si querían construir un hogar, no había lugar para mentiras ni secretos.

—Mira Lucio, yo debo confesarte algo muy feo que me pasó —empezó a decirle. Él agudizó su mirada, escuchándola—. ¿Sabes por qué le envió dinero a mi madre? Porque tiene un hombre a su lado que es malo y enfermo, ¡es un desgraciado! —soltó retirando su mano.

—¿No entiendo! ¿La obliga a tu madre a hacer algo? —Tardó en preguntar pues no quería ofenderla.

—¡Sí Lucio! Él la obliga a prostituirse y ella en cualquier momento sale en los diarios porque lo va a matar.

—Pero ¿cómo puede obligarla?

—¡Mi madre tiene un hijo chico y la amenaza que lo va a matar! Cuando una noche entró en mi habitación queriéndome violar, mi madre al otro día cuando el no estaba me envió a este país con los pocos ahorros que tenía.

Lucio se levantó de la silla comenzando a dar vueltas por el espacio sin saber qué responder, luego se sentó y la miró, ella levantó su mano comenzando a hablar nuevamente.

—Esos autos que te siguen son su gente, y seguramente están esperando el momento justo para llevarme a su lado. Sé todo lo de tu padre,

sé que piensan que esos autos que los siguen están a las órdenes de ese tal gallego que buscan, pero no es así. No te dije antes, porque no quise que supieras de mi pobre y patética vida. Nosotros somos muy pobres —se puso a llorar, luego se secó las lágrimas y siguió confesándose— había días que no teníamos para comer. Tú gracias a Dios nunca supiste lo que es eso, pero mi madre, mi hermano y yo, lo sufrimos en carne propia. En mi país no se consigue tan fácil trabajo —le aclaró. Lucio se paró obligándola a hacer lo mismo, la abrazó lo más fuerte que pudo, tratando de alejar la tristeza de su vida, él la ayudaría.

—Escucha lo que te voy a decir —susurró, mientras se apartaba de ella —, cuando solucionemos este problema y el de mi padre, traeré a tu madre y a tu hermano a vivir con nosotros, ¿qué te parece? —expresó. Panamá ocultó el rostro sobre su gran pecho largándose a llorar— ¡No quiero que llores más! No me gusta verte triste, yo me encargaré de todo —le aseguró, llenando de besos su cabeza.

—¡Jamás los deje de amar a ustedes dos! ¿De verdad harás eso? ¿Traerás a mi familia? —Él sonrió y besó su frente.

—¡Es una promesa, lo haré! —respondió convencido de sus palabras.

Pam volvió a casa de Lucio, cuidando y amando de él y de su hijo, los tres se volvieron inseparables. Nunca más se ocultaron un secreto y Lucio solo pensaba en ellos y poder cumplir con su promesa, por eso acudió a convencido, que él era el único que podría ayudarlo. Una mañana se dirigió al banco para exponerle el problema de su mujercita. La secretaria lo veía dudar en llamar y lo instó a hacerlo. Golpeó la puerta y del otro lado se escuchó la voz grave de su hermano, responder un escueto adelante.

—¡Hola hermano! ¿Estás muy ocupado? —averiguó entrando, y cerrando la puerta. Manuel lo observó bajando sus con sus dedos los lentes y sonrió.

—Para la familia nunca lo estoy. Pasa, sirve un café para los dos y siéntate —ordenó. Ya con la taza de café humeante, Manu recostó su gran espalda sobre el sillón y bebiendo un trago de su taza preguntó—: ¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara, si el problema de tu mujercita se solucionó?

—Mira hermano, creo que el problema aún no se resolvió, tengo uno más grande —comentó. Manu entrecerró sus bellos ojos y se enderezó en el sillón—. Resulta, que sé quiénes me siguen, y te puedo asegurar que no es gente de ese gallego —le expuso. Ante esta confesión, Manu se paró apoyando una de sus cachas sobre el escritorio.

—¿Quiénes son? ¿Cómo estas tan seguro? —demandó.

Luego que Lucio contara toda la confesión de Pam, Manu se quedó pensativo y solo pudo sentir lástima por ella. Caminó por el espacio de la oficina, tocándose la barbilla meditando qué hacer, Davy entró de pronto, saludó con un beso en la mejilla a su hermano menor y este enseguida lo puso al tanto de su conversación.

—¡Qué lío, madre mía! Primero averiguaré quienes son esta gente y luego podremos pensar qué hacer —manifestó Manu—. Ella debe salir como siempre lo hace, yo pondré gente a seguirlos, solo así averiguaremos qué mierda quieren con ella —terminó diciendo.

—Perdona que te haya molestado, pero no sabía a quién recurrir —se disculpó Lucio, dejándolos preocupados.

Al tener todos los datos cada vez que ella salía, la gente de Manu la seguía a distancia, pasaron varios días hasta que pudieron dar con ellos, una mañana ella salió de casa de Lucio rumbo a hacer las compras a un supermercado, cuando salió del negocio, su custodia observó cómo unos hombres se apresuraban a bajarse de un auto estacionado a unos metros y apurando sus pasos se acercaron a ella. La custodia en cuestión de minutos

los redujo, y poniéndoles esposas los trasladaron donde Manu había ordenado. Lo avisaron y rápidamente los hermanos se dirigieron al lugar, donde encontraron a dos hombres parados contra una pared.

—¿Por qué siguen a Pam? —preguntó Manu muy cerca de sus caras, y ellos le contaron todo lo que sabían— ¡Quiero que le lleven un mensaje a su jefe! Yo me llamo Manuel Ocampo Falcao y con mi familia nadie jode, y ella ahora es parte de la familia. ¿Escucharon? —inquirió.

Los hombres se fueron tan rápido, que les causó gracia. Desde ese día, jamás supieron nada más de ellos. Luego de unos días la madre de Pam y su hermano con el dinero que Lucio les envió viajaron a España encontrándose con su hija. Llegaron sin ropa, solo con los documentos y una vieja mochila, Lucio y su mujercita que los fueron a esperar al aeropuerto los vieron llegar con cara de miedo. Pam se abrazó a ellos y lloraron los tres abrazados, luego lo presentó a Lucio y la madre le agradeció todo lo que hizo por ellos.

Lucio alquiló un departamento para su suegra y su cuñado muy cerca de su casa, para que su mujercita se sintiera acompañada cuando él trabajaba. La relación con ella era excelente, no quiso que la madre trabajara pues él se hacía cargo de todos los gastos, sin embargo, la mujer era joven y necesitaba sentirse útil. Y obedeciendo los deseos de su mujer, la llevó a trabajar con él a la oficina. Al otro día otra mala noticia sacudiría el mundo de Lucio, la madre Damián había fallecido repentinamente, debía viajar a la ciudad que lo vio nacer y estar junto a él. Rápidamente llamó al gallego haciéndolo saber sobre, cerró por dos días su oficina y llevando a su mujer y a su hijo fueron a despedir los restos de la hermana de su madre.

A la vuelta de su viaje, retomó las sesiones de terapia junto a su sobrino, Bruno. Davy había hablado con el profesional y este le confirmó que aparentemente la terapia iba resolviendo algunos conflictos que tío y sobrino tenían. Bruno no pasaba un día sin ir a ver a sus hijas, con Candy solo

hablaba de las nenas, aunque él deseaba acercarse a ella, Candy no solo lo rechazaba, sino que un día le confirmó lo que él tanto temía, ya no lo amaba. Desde ese día, no salía y cuando lo hacía solo iba a tomar algo, con algún amigo y a las dos horas se encerraba en su casa. Sabiendo fehacientemente que todo lo que le pasaba, era culpa suya, pronto su madre se percató de su estado, él como cada mañana entró en la casa de su madre para que le hiciera bien el nudo de la corbata y a tomarse un café antes de la jornada laboral. Apenas poner un pie en su casa Sofía se levantó del taburete de la cocina y acercándose a él lo abrazó, sin decir nada, él hizo lo mismo quedando minutos eternos en esa posición, luego ella acomodó su corbata, sin dejar de observarlo y le sirvió un café.

—Siéntate y hablemos. Dile a mamá qué te duele —le instó. Él se sentó enfrente de ella y tomando sus manos a través de la mesa, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡La amo tanto, tanto! —afirmó con vehemencia, sin embargo, soy consciente que es tarde, que la he perdido —exclamó. Sofía soltó una de sus manos y estirándola, secó con sus dedos las lágrimas del bello rostro de su hijo.

—Recupérala, enamórala otra vez, no la pierdas, hijo —acotó la madre. Él se pasó las palmas de sus manos por la cara.

—¡Ya la perdí! Me dijo que me dejó de amar y está en su derecho, tiene razón —adujo—. Tiene derecho a ser feliz.

Sofía al escuchar esas palabras sintió muy dentro de ella, que su hijo quería cambiar, aunque creía que ya era tarde, pues Candy ya no creía en él. Luego que él se sentía triste e impotente por no poder hacer nada, así la encontró Manu que apareció en su casa a buscar unos papeles que había olvidado. La vio sentada con el mate en la mano y la computadora prendida frente a ella, pero su mirada perdida quién sabe dónde Su vista escaneó el

rostro de su mujer e imaginando cual eran sus pensamientos. Se aproximó y ella giró su cabeza observándolo.

—¿Dile a tu marido que te preocupa? ¿Dime mi niña que te sucede?

—Mi hijo está triste, abatido, Candy le dijo que no lo ama y él está cambiando —susurró. Manu la miró y tomó una de sus manos llevándola a sus labios, depositando en ella mil besos.

—¡Mi niña, no puedes hacer nada! Cuando el amor acaba de una de las dos partes, ya no hay nada más que hacer, solo aceptarlo —comentó. Ella se resistía, haría lo imposible para volver a ver a su hijo sonreír, no obstante, se calló.

Al saber Davy cómo se sentía su hijo, esa noche todos los Falcao se fueron a una exhibición de boxeo para distraerlo, pero fue peor el remedio que la enfermedad, apenas entrar en el lugar, vieron a Candy tomada del brazo de un hombre. Bruno no la había visto pero al seguir la mirada de todos sus acompañantes la vio, creyendo morir. Después de pasar una noche negra todos se fueron, menos Bruno que en compañía de un amigo se dirigió a tomar algo, el padre insistía para llevarlo, pero no hubo forma de convencerlo. Mientras tomaba unas copas en compañía del amigo, vio entrar a su ex mujer muy bien acompañada, el amigo tuvo miedo que se armará pelea, pero nada pasó. Sin decir nada él se puso la campera y se marchó a su casa, eso desconcertó a Candy que solo entró en ese bar sabiendo que él estaba ahí.

—¡No me miró! ¿No me ama más? —le preguntó Candy a Zoe.

—¡Nena, por favor mi hermano te ama! ¡No lo dudes! ¿Vos no le dijiste que no lo amabas más? ¿No me contaste eso? —averiguó.

—Sí, claro que le dije, pero mentí. Tú sabes que me muero por él. No sabes qué bonito estaba, lo que observé es que estaba triste. ¿Vos crees que esté cambiando? —inquirió.

—¡No, no lo hagas déjalo que sufra un poco más! —respondió Zoe muerta de risa.

Y claro Bruno Falcao estaba sufriendo, estaba pagando en carne propia todas las que le había hecho pasar a la madre de sus hijas. Luego de despojarse de sus ropas, sentado en un sillón recordaba toda su vida, los nacimientos de sus hijas, su casamiento lleno de alegría en esa estancia en Argentina, todas las imágenes de Candy venían a su mente recordándole que ella, solo ella, era el verdadero amor de su vida. Se tomó el rostro tapándose. Ya era tarde, la había perdido, pensó en silencio, con el corazón apretado en un puño.

Manu, aunque siempre tenía la mente puesta en números, esa mañana no podía concentrarse. La mirada triste de su mujer el día anterior se hizo presente, luego de sacarse las gafas las que dejó sobre su escritorio, recostó su espalda en su gran sillón y sus dedos tocaron su barbilla, pensativo. Joaquín golpeó la puerta y entró.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —averiguó apoyando unos documentos sobre el escritorio, el padre lo observó antes de hablar e hizo seña con una mano para invitándolo a sentarse y este así lo hizo.

—¿Decime hijo vos sabes con quién sale Cany? —El hijo largó una corta carcajada.

—¿Vos lo decís por lo de anoche? ¿Por el hombre que iba con ella?

—Sí, ese mismo, quiero saber si la cosa entre ellos es seria. Sé que ella tiene derecho a ser feliz —comentó, aunque al ver la sonrisa de Joaquín le espetó—. ¿Pero de qué mierda te ríes? ¡Tu hermano está sufriendo y tu madre sufre!

—¡Papá por favor, ese es un gay! —Manu arrugó su frente y se paró.

—¿Quiere decir que la muy yegua le está dando celos? —inquirió.

—¡Claro que sí papá! Ahora él tomará de su propia medicina, no le

digas nada él debe aprender a respetar a la madre de sus hijas —declaró. El padre lo miró con orgullo amándolo, su niño siempre le daba una lección de vida.

—Ven acá —pidió Manu y abrazó a su hijo.

—¿Qué pasó? Cuál es el motivo del abrazo —indagó Joaquín observándolo.

—Primero porque te amo y segundo, por ser mejores que todos nosotros —acotó. Joaquín se puso serio separándose de su lado.

—Mira nunca hablamos de este tema, pero debo decirte que tú y Davy han hecho sufrir mucho a mi madre, pero también sé que la aman en demasía y ella siempre los perdonó. También sé que desde hace muchos años se están portando bien y eso me alegra, porque los amo a todos y me dolería enterarme... —le dijo. Manu lo tomó de los hombros.

—Mira es verdad que nunca tú y yo hablamos de este tema, sin embargo, debes saber que a tu madre la amamos más que a nuestras vidas y aprendimos la lección. Jamás, la volvimos a engañar. Yo daría mi vida por ella, ¿entiendes hijo?

—Lo se papá hablaré con mi hermano, le diré que luche por el amor de la madre de sus hijas —expresó. Manu lo miró con adoración.

Al saber lo que su hijo le contó, se quedó más tranquilo y puso toda su energía en buscar al gallego. Ese tema era una piedra en el zapato, algo que debía resolver cuanto antes para poder seguir con su vida y dedicarse a viajar por meses, como habían planeado. No obstante, había otro tema que sin ser tan grave también le preocupaba, ya que él quería saber todo sobre su familia, para poder cuidarlos y ese se le había pasado por alto. Esa noche invitó a sus mellizas a cenar, fue más una orden que una invitación.

—Hola Sofía —dijo Lucía apenas la madre respondió la llamada.

—Lucía, hija ¿pasa algo? —Quiso saber.

—Nada, papá nos invitó a cenar, ¿vos sabés el motivo?

—No me dijo nada. Averiguo y les cuento —contestó Sofía, que al terminar llamó a Manu.

—Hola amor, ¿cómo están? —indagó.

—Bien mi vida, en una hora estamos en casa, invite a las mellizas a cenar.

—¿Cuál es el motivo? ¿Hicieron algo? —Sofía sonrió esperando que le cuente.

—Nada, que yo sepa —respondió— quiero cenar con ellas solo eso.

Al final todos los hijos esa noche cenaron en la casa de los padres, pero a una señal del padre luego de tomar un café los varones se fueron.

—¿Y cómo va su vida amorosa? —Al preguntar, Lucía casi escupe el último trago de su café.

—Ay no te puedo creer Falcao, ¿nos invitaste para que te contemos con quién salimos?

—Porque somos tus padres y queremos saber —intervino Davy.

—No salimos con nadie, tranquilo papá te avisaremos cuando lo hagamos así lo investigas —afirmó Lucía y todos rieron menos Manu que las miraba pensativo—. Bueno nos vamos que mañana trabajamos. —Las dos hermanas saludaron a todos y se marcharon.

CAPÍTULO 26



—¿Qué fue eso Falcao? ¿Qué te enteraste? ¿Con quién salen mis bebes? —preguntó Sofía. Manu se levantó y en un descuido la alzó en brazos comiéndole la boca para callarla.

—Si es verdad lo que pienso, ese se las verá conmigo, desgraciado —dijo. Bajando a su mujer de sus brazos, dirigiéndose al dormitorio, dejándolos sobre ascuas a los dos.

—¿Qué es eso? —averiguó Davy al ver que el gallego guardaba unos pasajes en una carpeta con otros papeles. Manu apenas ponerlos en la caja fuerte se dio vuelta observándolo.

—Los pasajes para nuestro viaje, pero antes debemos encontrar al gallego. A veces pienso que si papá se hubiera quedado cerca nuestro, jamás le hubiera pasado lo que ocurrió —comentó. Davy se pasó una mano por el rostro y Sofía desvió la mirada.

—Sabes que él no recibía órdenes de nadie, él quiso volver a la isla, ¡no te atormentes! Y con respeto al gallego no puedo creer cómo se nos escurre —afirmó el brasileño. Manu observó el calendario que tenía a su lado

ojeándolo.

—Faltan diez días para el cumpleaños de mi nieta, esa niñita traviesa —exclamó, y mientras lo decía sonreía, el brasileño rio con ganas sabiendo que más que traviesa, era un pequeño diablillo—. Le voy a comprar otra pista de autos —dijo mientras observaba en su computadora—. Esta es la que quiere —aseguró señalando la pantalla.

—¡Estás loco! ¡Tu hijo te mata! —Manu rio.

Su nieta no quería fiesta de cumpleaños, solo pedía esa pista y él no la iba a defraudar, como era muy grande ya había hecho un lugar en su jardín de invierno, ahí la pondría. Como Joaquín ya se había enterado, fue a la casa del padre a preguntar si era verdad.

—Decime que no compraste semejante pista —expresó Manu tomando un trago de vino de su copa lo miró serio.

—¡Sí la compre! ¿Por qué no lo haría? Haré un cuarto cerca del suyo para poder ponerla, mientras tanto la pondré en el jardín de invierno.

Luego de disentir con el padre por semejante compra, como siempre Manu ganaba y el hijo se resignaba. Al otro día un grupo de albañiles comenzaban la construcción de otra habitación, Joaquín observaba sin poder creer lo cabeza dura que era el padre. Cuando vio que eran dos habitaciones lo increpó nuevamente al padre.

—Papá por favor son dos habitaciones ¿para qué queremos más? —acotó.

—Una es para mi nieto, será su nuevo cuarto más grande para poner todos los libros, ahí podrá estudiar tranquilo.

Un día antes del cumpleaños de la nieta, los dos cuartos se terminaron porque Manu controlaba que trabajaran, a veces dejaba el banco y se iba a controlar a los albañiles.

Luego de mucho pensar sobre la situación de su hijo, Sofía se

convenció qué debía hacer algo para solucionar los problemas entre ellos y habló con Marisa.

—No sé qué quieres hacer, nena. Candy se cansó —repetía la tía tomando un mate.

—Sí tienes razón, pero no dejaré que mi hijo sufra —dijo y dejando a Marisa en la cocina fue a casa de Alma. Apenas poner un pie en la cocina, escuchó la voz de Candy y se acercó a la puerta del comedor para escuchar la conversación, las dos hablaban de Bruno.

—¡No sé qué hacer, lo amo tanto! —expresó Candy, Sofía sonrió.

—¿Por qué no se lo dices? —la instó Alma.

—Tengo miedo de que me engañe otra vez.

—¿Pero no sales con ese hombre que te vieron en la exhibición de boxeo?

—¡No! ¡Él es gay! Solo es un amigo mío, quería que me viera, que supiera que no estaba sola, pero creo que hice mal —respondió Candy.

Luego de escuchar esa confesión Sofía se tapó la boca para no reír y salió rauda para su casa, cuando llegó Marisa ojeaba una revista.

—Lo sabía, ella lo sigue amando, ¡desgraciada! —gritó Sofía, calentando el agua para el mate. La tía la miró desconcertada.

—¿Qué decís? ¿Hablaste con Candy? —inquirió. Sofía le contó todo lo que había escuchado.

—¡Tengo que hacer algo para que se encuentren, piensa Marisa! ¡Piensa! —pidió y la tía comenzó a tramar algo. Luego de unos minutos las dos se miraron.

—Ella está muerta de amor por él, ¿no? —Sofía asintió con su cabeza — Y él también ¿no? Haremos que ellos se encuentren solos, y ahí verás cómo se arreglan. Zoe nos ayudará, ella habla mucho con Candy.

Sofía enseguida la llamó y está supo al instante que algo quería, luego

de contarle lo que debía hacer para juntar nuevamente a su hijo con su mujer está sonriendo se negó. Su padre siempre le decía que no se metiera en los problemas.

—Al cuerno tu padre, debes ayudarme —exclamó. Zoe sonrió con malicia.

—Eso me suena a chantaje, ¿es eso? —inquirió Zoe.

—Ayúdame Zoe, por favor, tu hermano está muy triste me parte el alma verlo en ese estado, ¿sí? —pidió con más dulzura y aceptó ayudarla, ella también amaba mucho a sus hermanos y deseaba lo mejor para ellos.

Y así fue como Zoe armó una reunión de chicas en el departamento que su padre tenía cerca del banco, y aunque le extrañó el pedido a Manu accedió. Fácil sería llevar ahí a Candy que iría de mil amores, la cuestión era llevar al hermano y para eso recurrió a Joaquín, sin que se enterara Alma. Este no quería tener problemas, pero su hermana café por medio en su casa y luego de suplicarle que la ayudara, lo hizo. Todo estaba planeado y el futuro amoroso de los involucrados se decidiría al otro día.

—¿Sabes que Zoe me pidió permiso para reunirse con las chicas en el departamento del centro? —comentó cenando Manu. Davy lo miró y Sofía siguió comiendo como si nada— Sofía, ¿tú sabes algo de esa reunión? —averiguó.

—La verdad que no, déjalas se irán a divertir un rato —respondió limpiándose la boca.

—Dudo que la argentina no sepa nada de ello —afirmó Davy sonriente.

—¡Mira brasileño, no sé nada y fin de la conversación! —ordenó ella y sus dos hombres movieron sus cabezas, seguros de que sabía.

Manu tenía tantos problemas en la cabeza que esa noche se durmieron abrazados. Mientras Zoe preparaba todo para el encuentro que uniría a su hermano con su ex o los desuniría para siempre. Mientras su novio preparaba

la cena, ella lo observó, él era tan bueno y cariñoso, que si lo contaba seguramente nadie le creería, en la vida cotidiana era un desastre, aunque trabajaba y se ganaba el pan de cada día, ella sabía que su profesión traería problemas al contarle a su padre.

—Mi niña está observando a su hombre —murmuró y ella le clavó la mirada deseando ese cuerpo que cada noche la hacía vibrar y suspirar en la cama. Llevaba puesto un jean con el botón desprendido, en cuero y todo despeinado, se le hizo agua la boca. Se levantó de la silla y pasó los brazos por su cuello, arrimó sus labios comiéndole la boca, dejándolo pasmado, pues ella no siempre se comportaba de esa manera.

—¡Te amo! ¡No me defraudes, por favor! —exclamó Zoe. Él la tomó por la cintura atrayéndola y apoyó su frente en la de ella, sin dejar de mirarla.

—¡Tú, mi niña me vuelves loco! ¡Serás la madre de mis hijos, aunque tu padre cuando se entere que estamos juntos me mate! —declaró. Los dos se murieron de risa solo de pensar en la cara que pondría Manu al saber con quién estaba su hija.

La hora había llegado, Zoe, Candy, Alma y dos amigas más se dirigieron a las nueve de la noche al departamento. Todos los chicos esa noche dormirían en la casa de sus abuelos. Joaquín fue a buscar al hermano, con la excusa que no estaba la mujer se irían a tomar algo por ahí, pero para su mala suerte, Bruno se encontraba con un humor de perros y en pijama.

—Vamos, cámbiate que nos iremos a tomar algo —insistía Joaquín.

—¡Deja de joder! No voy a ir a ningún lado —replicó Bruno.

Después de dos horas lo convenció y salieron. Primero lo llevó a tomar algo y a la hora Joaquín estacionó su auto en la entrada del departamento, Bruno lo miró de mala manera. El celular de Joaquín sonó y él leyó el mensaje de su hermana.

—Recordé que tengo que buscar algo, vamos baja, acompáñame —

pidió Joaquín.

En el departamento las dos amigas ya se habían ido y Zoe con Alma con la excusa de ir a buscar algo al auto, dejaron sola a Candy. De malos modos y una cara de culo que se la pisaba Bruno entró con el hermano, cuando Joaquín abrió la puerta del departamento lo hizo entrar primero y cerró la puerta con llave. Al verse encerrado éste comenzó a gritar que abriera, sin observar que Candy salía de la cocina con una copa en la mano. Los rasgos de su rostro contrariado se suavizaron al verla. Sus ojos brillaron y la desearon como el primer día.

—Candy, yo... no sabía... —comenzó diciendo y tragó saliva imaginando el enojo de ella, pero ella se sentía feliz con ese engaño, verlo parado frente a ella con su metro ochenta, su pelo largo atado en una colita, sus brazos fuertes y su rostro aniñado, murió de amor.

—¡Los dos fuimos engañados! —replicó ella acercándose al padre de sus hijas.

—¡Estás como siempre, tan linda! —exclamó Bruno con miedo a tocarla, su corazón galopaba con fuerza.

—¡Aún te amo! —confesó ella. Él estiró sus brazos para abrazarla, pero ella lo detuvo— ¡No quiero que me lastimes más!

—No lo haré —prometió Bruno acercándose y tomando su rostro entre sus manos, deseando sus labios.

—Quiero que vuelvas a casa, pero juro por mis hijas que está es la última vez que te perdono —aseguró Candy pasando sus brazos por la cintura de él.

—¡Te amo tanto y te pido mil veces perdón, por todo lo que te hice sufrir! —decía él—Quiero volver con mi familia y quiero vivir en paz. ¡Siempre te amé, siempre!

Esa noche los dos se quedaron a dormir en el departamento, avisaron a

Sofía que se comía los codos esperando noticias, pero al otro día cuando se despertaron los hombres, se encontraron con la noticia que debían llevar a todos los chicos al colegio, a Sofí no le alcanzaban las manos para preparar las tostadas, los gritos de los chicos despertaron a los hombres que al entrar en cocina no podían creer lo que veían, las nenas de Bruno se peleaban entre sí, Kim trataba de calmarlas. Manu que ya tenía puesto el saco, se lo quitó al ver a su mujer luchar con el desayuno, y la ayudó.

—¡Tomen rápido que se hace tarde! —pidió Manu a los nietos. Joaquín llegó con las mochilas de sus hijas y mientras él se las preparaba para llevar a los suyos al colegio, Manu le hacía una colita a una de las nenas de Bruno y la otra peleaba con Sofí porque quería que se la hiciera el abuelo.

—Ven acá mi niña, yo te la hago —dijo Davy y ella sonrió—. ¿Así? —preguntó.

—Bueno, vamos todos al auto, se hace tarde —acotó Manu y todos obedecieron.

—¿Qué pasa hijo por qué esa cara? —averiguó Joaquín al mirar a Kim.

—¡Nunca voy a tener hijos! —expresó mirando a sus hermanas y primas.

Uno por uno haciendo fila saludaron a Sofí, que toda transpirada esperaba a que se fueran parada en la puerta.

—¡Hasta luego mi niña, nos llevamos a los críos! —anunció Manu besándola en los labios.

—¡Los amo! Cuídense, después los llamo. —gritó a espaldas de sus hombres que iban luchando con las nietas para que no se peleen.

—¡Basta, quietas! —bufó Davy girando la cabeza, observando cómo sus nietas se despeinaban— Se despeinaron todas, basta dije —exclamó y ahí se calmaron. Manu sonriendo estacionó el auto y tomando de las manos a las nenas las hizo bajar, mientras caminaba hasta la puerta del colegio tuvo la

sensación que alguien lo miraba insistentemente, se dio vuelta, pero no vio nadie, la maestra saludaba a cada uno de los chicos que iban entrando y al ver que las nenas entraron, subió al auto y se fue junto al brasileño al banco. Manejo serio todo el trayecto hasta llegar. Detuvo el auto en el estacionamiento y miró a su acompañante.

—Me pasó algo raro, juro que alguien me observaba en la puerta del colegio de las nenas —aseguró.

—Te pareció. Hoy es un día de locos. ¿Le compraste el regalo a Kiara? —preguntó.

—Sí, lo guarde en el banco —respondió.

A Bruno le brillaban los ojos de felicidad, se había arreglado con su mujer y quería gritarle al mundo entero lo sucedido. Su padre no aguantó más preguntar y a la media mañana lo llamó por celular.

—Hijo, ¿me puedes contar qué pasó?

—¡Papá estoy feliz! Mi mujer me perdonó, hoy vamos a vivir juntos nuevamente con mis hijas.

—Me alegro mucho, por favor compórtate no creo que otra vez logré perdonarte —le pidió Davy, mientras Manu sentía la conversación por el altavoz y suspiraba, firmando unos papeles. Luego de cortar, los dos se miraron.

—¡Todo estará bien! Verás que esta última pelea le servirá de experiencia —afirmó Manu.

—Espero que así sea, porque la madre se pone muy mal al verlo triste.

—Mi niña bonita, no veo la hora de irnos y olvidarnos del mundo por unos largos meses.

—Aún no nos has dicho dónde iremos —reclamó Davy.

—¡Sorpresa! Solo diré no tendremos ganas de volver —manifestó Manu, recostando su espalda en su sillón—. Mañana es el cumpleaños de

Kiara. No quiere un salón, quiere asado —comentó—. Ya contraté a un asador, lo haremos en casa y prepararemos el jardín de invierno para los chicos y a la noche festejaremos los grandes. Mi hijo le dijo que mañana podía faltar al colegio, pero no quiere. Quiere ir porque llevará bombones —explicó.

—¿No sabemos nada del gallego? —indagó Davy.

—¡Nada! Y eso está acabando con mi cordura ¡Donde mierda se metió! —exclamó.

Sofía y Marisa como siempre se encargaron de comprar las ensaladas para el asado del otro día, los postres los compraría Lucio que vivía feliz junto a su mujercita y su hijo. De todo lo demás, aunque Joaquín se enojó se encargarían Manu y Davy.

Manu se había duchado y deseaba tener a su mujer entre sus piernas y ella en la cocina no terminaba de preparar la vajilla para el otro día, Davy se había recostado porque estaba muy cansado. Cuando entró en la cocina vio a su mujer agachada buscando no sé qué dentro del mueble de cocina, y lentamente se acercó a ella, apoyó sus dos grandes manos sobre su cintura y apretó su bulto sobre sus cachas, ella sonrió y se incorporó sin dejar de mirarlo.

—Umm, creo que mi marido, quiere algo —dijo Sofía acariciando los labios de Manu.

—¡Ya sabes, lo que este hombre quiere! —afirmó él inclinándose y besando su cuello, pasó una de sus grandes manos por su espalda, provocándole escalofríos— Estoy ardiendo y quiero esto —susurró sobre sus labios, mientras su mano buscaba el sexo de Sofía.

Los dos se deshicieron de las pocas ropas que llevaban y el tomándola de la cintura, la sentó sobre la mesada, se inclinó y saboreó sus pechos hasta que sus pezones se endurecieron. Sin decir nada, solo besándola con pasión,

la alzó en brazos y la llevó al dormitorio. Justo en ese momento el brasileño salía de ducharse y los ojos de los tres se encontraron, deseándose como siempre lo hacían.

Manu cerró la puerta del dormitorio con el pie y lo que pasó fue lo de siempre entre ellos tres. Se desgarraron la piel, Sofía se acostó boca arriba, mientras con sumo cuidado Manu se sentaba sobre ella tomando su glande, haciéndolo jugar sobre sus labios sin dejar de mirarla, instándola a tomarlo, mientras el brasileño a sus pies arrodillado lamía su entrepierna haciéndola gemir.

—Tómalo mi niña y haz lo que solo tú sabes hacer —pedía Manu con la voz ronca y cargada de lujuria. Suavemente Sofi lo tomó entre sus dedos y lo paseó por sus mejillas, luego por sus labios y al final lo hundió en su boca saboreándolo, sin prisa y sin control, llevándolo al más alto grado de excitación posible, la espalda de Manu se reclinaba para atrás mientras se mordía el labio inferior tratando de ahogar el grito que de su garganta quería salir. Davy buscó los labios del sexo de ella, y los lamió lentamente hasta que su lengua atrevida encontró su clítoris y lo absorbió por completo, provocando en el cuerpo de ella espasmos consecutivos consiguiendo que ella acabara en su boca, mientras él lamía ese líquido ardiente. Luego de ese juego tan de ellos, se acostaron y el juego comenzó otra vez.

—¡Como me calientas! ¡Qué estrecha eres mi vida! —repetía una y otra vez Davy con el glande en sus dedos lamiendo su cuello.

—¡Te amo! ¡Jamás dejaré de hacerlo! —le susurraba Manu sobre los labios a Sofía.

Sin decir nada más, los dos se hubieron en ella completándola como siempre. Las caderas de ambos se movieron al compás y ella creyó desvanecer, pero como es una atrevida, sonrió y los instó para que aumentaran el ritmo. Sus hombres la llevaron al borde del precipicio, sus

sentidos se anularon y en esa habitación solo se escucharon los gemidos, gritos y gruñidos de placer de los tres.

CAPÍTULO 27



Al otro día levantarse fue un suplicio, los dos hombres cansados se ducharon y apenas tomaron una taza de café, antes de dirigirse al banco. Sofía siguió durmiendo hasta las diez, cuando despertó no había lugar que no le doliera, se estiró en la cama y refregando sus ojos sonrió al recordar la noche anterior con sus hombres. Ya duchada y cambiada entró en la cocina y encontró a su tía preparando unas salsas para el asado, y solo ahí recordó el cumpleaños de su nieta.

—¡Madre mía me dormí! Me hubieras llamado —le dijo a Marisa, que la miraba de reojo.

—¿Decime cómo lo haces? —averiguó seria, sabiendo el motivo por el que se levantaba tarde.

—¡Será genética! No sé, pero ellos dos siempre rinden —le contó Sofía. Marisa abrió su boca grande.

—¡Mentira! Frank no llega a completar el primer asalto —exclamó. Sofía se mataba de risa.

—Manu y Davy se cuidan en las comidas, y aún siguen practicando

boxeo —le explicó.

—Mi marido come como un cerdo y se toma todo, no hay nada que hacer, a mí me tocó el Falcao fallado —terminó diciendo, Marisa, mientras comenzaban a tomar mate. El celular de Sofía sonó.

—¡Manu! ¿Cómo estás? —averiguó feliz.

—Bien mi niña, ¿cómo amaneciste? —preguntó— Cambio de planes el asador no puede venir, me tocó comprar el asado hecho, ¡la madre que lo parió!

—No te hagas problema, es lo mismo —respondió ella.

—Hay que ir a buscar a los chicos al colegio, ¿podrás ir vos? No quiero mandar el chófer porque lo volverán loco.

—No hay problema estoy acá con Marisa, le digo que me acompañe —acotó. Luego de unos mimos cortaron la comunicación.

—Solo me falta agarrar al gallego y se terminan los problemas —decía Manu hablando con Davy. Lucio, Frank y los hijos entraron a su oficina muertos de risas.

—Buenos días, me gusta verlos alegres a todos —comentó Davy.

—Nos venimos riendo de unos chistes de Frank ya saben cómo es —respondió Joaquín.

—¿Y vos hijo, todo bien con tu mujer? —averiguó Davy dirigiéndose a Bruno.

—¡Sí, papá más que bien!

—¿Lucio cómo van tus cosas?

—¡Todo bien! Todo tranquilo. Solo falta agarrar a ese desgraciado y todos estaremos bien —declaró Lucio.

—Bueno ya lo agarremos, tranquilos. Sofía irá a buscar a los chicos al colegio y nosotros iremos todos a casa a preparar las cosas. Ustedes dos pasen a buscar la torta —le pidió a Joaquín y a Bruno—. Lucio ve a este

lugar y retira esto —le dijo.

Marisa y Marisa ya estaban camino al colegio a retirar a sus nietos. Iban hablando del gallego y de lo que estaba costando encontrarlo, cuando vieron a muchos chicos alrededor de las maestras. Estacionaron en doble fila y las dos se bajaron rápido, la vista de Sofía buscaba a sus nietos entre la multitud, mientras la tía se abría paso buscándolos también. Todos se encontraban nerviosos y algunos chicos lloraban.

—¿Que pasó? —indagó Marisa.

—Asaltaron el colegio —dijo una mamá, y Sofía que llegaba casi muere por la noticia—. Hay chicos que quedaron adentro aún —explicó. Marisa tragó saliva y Sofía como loca quiso entrar al colegio, pero una mujer policía la tomo de un brazo, deteniéndola.

—Déjame pasar tengo cuatro nietas en este colegio, y no están afuera deben estar adentro muertas miedo.

—Ya vienen las maestras debe esperar acá —ordenó la oficial.

Pero ella y la tía no se quedarían esperando y en un descuido se escabulleron adentro recorrieron los pasillos y llegaron a las aulas de las nenas, no había nadie, las dos se miraron y corrieron a dirección, con el corazón latiéndoles a mí por hora, al pararse en la puerta de vidrio observaron cómo la directora discutía con el personal de seguridad, Sofía no aguantó más y entró sin llamar. La cara de la directora al verla entrar y reconociéndola se quedó blanca como un papel.

—¿Dónde están mis nietas? —gritó frente a su cara, la tía presintió lo peor, pero calló.

—Están bien —susurró, y señaló la puerta que se abría por la que entraban tres de sus cuatro nietas, la mujer temiendo su reacción trato de calmarla—, solo que hubo un problemita.

A Sofía se le congeló sangre al descubrir que faltaba Kiara, pasó la

vista por las restantes y luego miró a la directora.

—¿Dónde está Kiara? ¡Mi nieta mayor! —bramó deshaciéndose del abrazo de sus nietas y acercándose furiosa.

—¡Se la llevaron! No sé cómo pasó entraron a robar, pero creo que fue una distracción porque no robaron nada. Por favor no sé qué pasó —le explicó la mujer consternada. Sofía no podía creer lo que escuchaba, se apoyó con una mano en el escritorio y comenzó a llorar—. ¡Ya está actuando la policía, la encontraremos, tranquila! —le informó,

—Marisa llama a Manuel, no puedo marcar —le pidió Sofía a su tía.

—¿Vamos? —les dijo Manu a los hermanos. Estaban mirando una revista y todos reían. Guardó unos documentos y todos se aprestaron para retirarse, Bruno y Joaquín salieron primero y los cuatro Falcao salieron sonrientes pensando en prepararle el cumpleaños a Kiara, esa niñita que los volvía locos a todos. Cuando estaban a mitad de la escalera, Manu se dio cuenta que había olvidado su celular, se tocó los bolsillos y Davy lo miró.

—¿Qué te olvidaste? —averiguó deteniéndose junto a él.

—Vayan saliendo me olvidé el celular, ya voy —ordenó. Todos obedecieron y lo esperaron al final de la escalera, conversando. Apenas poner un pie en su oficina sonó su celular.

—¿Hola? —respondió comprobando al mirar la pantalla que era un número desconocido. Lo que escuchó a continuación fue lo que siempre temió.

—¡Abu vení a buscarme! —pidió Kiara. No entendía nada, ¿su mujer no iba a buscar a las nenas? Quizás se había retrasado.

—Hija te fue a buscar la abu... —comenzó a responder, pero una voz que él conocía muy bien le saludó.

—¿Cómo estás Manu? ¿Me estás buscando? —dijo. Un frío le recorrió la espalda, sus manos comenzaron a sudar y por primera vez en su vida no le

salían las palabras.

—¿Vos tienes a mi nieta? —Entrecerró sus hermosos ojos y apretó su celular entre sus dedos.

—Está bien, quiere que la vengas a buscar, ¡vos por ella! Y te quiero solo —ordenó, mientras las neuronas de Manu trabajan a toda velocidad—. Si te veo llegar con alguien más nunca más la verás con vida —le amenazó.

—Si le tocas solo un pelo... —gruñó, pero su adversario no lo dejó terminar de hablar.

—¡No estás en condiciones de exigir nada! —le gritó— Te quiero dentro de cuarenta minutos en esta dirección —sentenció. Manu sentía que todo su mundo se derrumbaba en solo un minuto y por única vez en su vida se sentía completamente acorralado.

Debía pensar rápido en qué hacer, dio varias vueltas sobre su oficina sintiéndose un animal herido, no podía avisarles a sus hermanos. Su hijo Joaquín moriría de pena, se arrimó a su escritorio y de solo un manotazo tiró todo lo que había sobre el mismo, mientras pegaba un grito desgarrador. Se tomó la cabeza con las dos manos y miró el techo desesperado tratando de buscar una solución al grave problema. Meditó qué debía ir solo, aunque en ello le fuera la vida. Se dirigió a la puerta, apoyó su mano sobre el picaporte y de repente se detuvo, tomó su celular y marcó un número, luego de decir solo unas palabras, lo guardó en el bolsillo de su pantalón y salió lentamente con la cabeza baja, maldiciendo por lo bajo. Rápidamente se dirigió a la escalera de servicio para no ser visto por sus hermanos los cuales ya se impacientaban de su tardanza. Llegó al estacionamiento en segundos, subió a su auto, marchándose lo más rápido que pudo.

—Davy ve a ver al gallego que se apure —pidió Frank.

Y de dos en dos el brasileño subió la escalera, abrió la puerta de la oficina encontrando todo desparramado por el piso. Se pasó una mano por el

pelo y a los gritos salió corriendo.

—¡Suban! ¡Suban, algo pasó! ¡Vamos! —gritó de arriba de las escaleras, Frank y Lucio se miraron y subieron en un segundo.

—¿Qué mierda pasó acá? —exclamó Lucio observando el desastre— ¿Dónde está Manu? —preguntó. En ese momento sonó el celular de Davy. Era Marisa que le comentaba lo que había pasado en el colegio, escuchaba atento sin poder reaccionar y Frank le sacó el teléfono.

—¡Tranquila! Marisa despacio —le indicó el marido al sentir los gritos de su mujer.

—¡Se llevaron a Kiara del colegio! Sofía está descompuesta, ¿dónde está Manu? Lo llamamos y no responde —decía angustiada. A Frank le cayeron todas las fichas. Le entregó el celular a Davy y se apoyó en el escritorio, mientras los demás le observaban.

—Se llevaron a Kiara y seguramente llamaron a Manu. ¿Hasta cuándo sufriremos? —acotó Frank destruido.

—¿Pero por qué no nos dijo? ¿Va a ir solo? No puedo creerlo —preguntó Davy, que se paseaba por la estancia como animal enjaulado. Lucio pasó sus manos por su rostro, reaccionando.

—Vamos a mi oficina —les indicó—. Si recibí una llamada la puedo detectar.

Los tres hermanos corrieron y subiéndose en el auto en veinte minutos llegaron, Damián se asustó cuando entraron corriendo.

—No pasa nada tranquilo —lo calmó y se encerraron en el despacho. Conectó unos aparatos y en cuestión de minutos interceptó la llamada, haciéndosela escuchar a los demás. El más grande de los Falcao dio un puñetazo al escritorio y Davy comenzó a putear.

—No iremos a manos limpias, hijo de puta si les pasa algo a mi sobrina o mi hermano, lo mataré sin piedad, ¡vamos! —gritó Frank, y los tres salieron

como almas que se las lleva el viento Lucio, al pasar cerca de Damián le susurró:

—Ve a mi casa y cuida a mi familia, por favor. —Y Damián solo asintió con la cabeza, sabiendo que lo que estaba por pasar era peligroso.

Joaquín y Bruno que ya estaban al tanto de lo sucedido llamaron, a los tíos.

—Tío ¿dónde está mi papá? —preguntó Joaquín, con la voz a punto de quebrarse.

—Tranquilo hijo estamos yendo a la comisaria, tengo contactos la encontraremos —mintió—. Está manejando, quédense adentro.

—No mientas ¿dónde está? —gritó Sofía que le había sacado el celular de la mano a su hijo y presentía que algo más había.

—Sofía está acá a mi lado —le explicó. Davy se secaba las lágrimas sin poder detenerlas y Lucio miraba para arriba, maldiciendo—. Está nervioso no puede hablar, después las llamó —dijo y cortó la comunicación.

Nadie se creía que el gallego se encontraba con ellos. Las nenas seguían asustadas, así que Candy les contó un cuento, mientras Alma lloraba en los brazos de su marido, el cual se sentía impotente sin saber qué hacer.

Manu llegó a la dirección pactada, respiró profundamente y apretó el volante de su auto con sus dos grandes manos. «Solo quiero recuperar a mi nieta con vida. Si llegó mi hora estoy preparado para irme. Por favor Dios, mi nieta no, ella recién comienza a vivir» susurró. Y se preparó para verse cara a cara con el asesino de su amado padre, sabía que podría morir en el intento de salvar a su nieta. Bajó de su auto, observó a todos lados, delante de él se encontraba una fábrica abandonada, se mordió el labio inferior y se dirigió a una puerta de hierro, apoyó la mano en el picaporte y tras un ruido la misma se abrió. Todo se encontraba oscuro, la puerta se cerró y sintió en su sien el frío de un arma apuntándole.

—Pasá te están esperando —dijo un hombre.

El sudor recorría su gran espalda, la voz se anudó en su garganta cuando llegaron al final del pasillo y vio a su nietita atada a una vieja silla, a su lado yacía erguido y desafiante el que una vez fue su amigo. La nena cuando sus ojitos lo vieron, se largó a llorar y él quiso en ese mismo momento atraparla en sus brazos y protegerla como siempre había hecho con su familia, pero no podía y se le partió el corazón. Miro al gallego con fuego en su mirada y apretó la mandíbula.

—Déjala ir. Acá me tienes —rugió. La nena cada momento que pasaba lloraba más fuerte y su secuestrador la sacudió agarrándola del hombro, lo que provocó en el abuelo la ira—. ¡No la toques! —gritó.

—¡Cierra tu puta boca! ¡Acá mando yo! Llévenla adentro —ordenó mirando a dos hombres.

—Basta de juegos, ¿quieres matarme? ¡Pues hazlo! ¡Pero asegúrate de hacerlo porque si me dejas vivo, te arrancaré los ojos! —le gritó Manu— Mataste a mi padre, ¡un hombre que te quería! ¡Comiste en mi mesa, junto a mis hijos, te decía mi hermano! ¡Dios, como me equivoqué contigo! —exclamó Manu.

—¡Tuve que matarlo, él ya andaba atrás mío!

CAPÍTULO 28



—¿Cuándo cambiaste? ¿Cuándo te transformaste en el monstruo que sos hoy? No te importó nuestra amistad, tu mujer anda llorando por los rincones —le preguntó Manu—. Tu nieta está asustada, y encima estuviste robándome por años —gritó, señalándolo con el dedo.

—¡Debo matarte! ¡Si no lo hago, tú me mataras! Te quise Manuel, juro que te quise como a un hermano, ¡perdóname! —replicó el gallego a dos metros de distancia de su cuerpo, levantó su mano y apuntó directamente a su cabeza.

—¿Por qué no tiras esa arma y peleamos como lo hacen los hombres, mano a mano? —Su contrincante sonrió.

—¡Aún no estoy loco, en solo minutos me destrozarías! Debe ser a mi manera, amigo mío —afirmó. Cuando escuchó esa palabra, Manu se adelantó unos pasos, haciéndolo retroceder.

—Jamás vuelvas a decirme amigo, ¡tú eres un traidor, una escoria humana! —vociferó Manu. Tragó saliva y miró hacia el lugar por el que se habían llevado a su nieta. Tenía que ganar tiempo, debía intentarlo de

cualquier manera, salvar a su nieta era su prioridad— ¡Deja libre a mi nieta, es todo lo que me importa! Luego me matas, acá estoy no iré a ningún lado, ¡vamos ten piedad de ella! —exclamó casi destruido, sabiendo que estaba a merced del asesino de su padre, entrecerró los ojos y como si fuera una película, todas las imágenes de su vida en segundo se agolparon en su mente. Su padre, su madre, sus hermanos, sus hijos, sus nietos y sus amores. Los dos hombres que se mantenían atrás suyo apuntándole desaparecieron, y solo quedaba el gallego, observándolo fría e irónicamente.

—¡Apenas te mate dejare a la nena en su casa, prometo no lastimarla! —pronunció el gallego arma en mano, acercándose peligrosamente a Manu que mantenía sus ojos cerrados, la vena de su cuello palpitándole a mil, hasta podía sentir los latidos de su cansado corazón. Dejó caer sus largos brazos al costado de su cuerpo, completamente entregado a su destino. El gallego lo miró y los ojos se le llenaron de lágrimas— ¡Perdón hermano, debo hacerlo! —susurró. Con la mano temblorosa, calculó la distancia y levantó el arma.

Sofía maldiciendo por lo ocurrido y enojadísima con su marido que no respondía sus llamadas, llamó a Davy que ya se encontraba cerca del lugar donde lo citaron a Manu

—Hola —respondió de mal modo al recibir la llamada.

—Davy, ¿dónde está Manu? Háblame bien —preguntó Sofía.

—¡Está todo bien, quédate en casa! Es todo lo que digo —gruñó y cortó la comunicación, ella se quedó mirando la pantalla del celular y lo tiró arriba del sillón.

Bruno no aguantaba las ganas de ir a buscar a su tío y tomando del brazo a su hermano así se lo hizo saber. Joaquín disimuladamente salió con el hermano y en un descuido de las mujeres, subieron a su auto y se fueron, sin saber por dónde buscar. Bruno se acordó de su amigo Matías, que en varias

ocasiones trabajó para sus tíos y lo llamó.

—Amigo, ¿cómo estás? Te necesito por un tema... —lo saludó, pero este lo cortó.

—¡En este momento no puedo! Perdón estoy ocupado, estoy trabajando —afirmó. Los dos hermanos se miraron serios y sintieron lo mismo. Joaquín le instó a volver a llamar, presintiendo que estaba con su padre. Bruno volvió a marcar.

—Bruno, la puta madre, no puedo ahora estoy... —puteó. Bruno le gritó:

—Ya mismo decime dónde está mi tío o te juro que...

—No puedes venir amigo esto es un lío —respondió, viendo cómo Manuel estaba a punto de morir.

—¡Por Dios no me hagas esto, dime ya! —Y sin saber por qué le pasó la dirección.

Cuando los hermanos llegaron también lo hacían los demás Falcao, que al verlos se sorprendieron. Lentamente entraron bordeando el edificio y como estaba oscuro, ellos podían ver los movimientos de los atacantes mientras a ellos no podían verlos. Lo primero que vieron fue a Manu arrodillado, entregado y al gallego apuntando a su cabeza. Dos hombres más se encontraban a metros de ellos y uno de ellos sujetaba de los hombros a Kiara. Joaquín al divisar esa situación quiso salir corriendo, pero su tío Frank lo tomó del brazo.

—¡Quieto! Harás que los maten. Se quedan acá sin moverse, ¿escucharon? —ordenó mirándolos serio—. Davy y Lucio van por ese costado, yo iré por el otro, a una señal mía disparan a los de atrás, yo me ocupo del gallego —susurró.

Manu luego que lo obligaran a arrodillarse, miró a su nietita y al verla llorar sin poder hacer nada, solo le pidió a Dios morir para que ella pudiera

vivir. «Por favor papá ayúdame. salva a Kiara, yo ya viví» suplicó. Fue lo último que dijo, a continuación, una serie de disparos se produjeron provocando tal confusión que nadie entendía nada. Joaquín al ver a su hija desprotegida tirada en el piso llorando, corrió a levantarla en sus brazos acunándola. Lucio y Davy apuntaron con sus armas a los hombres, pero antes de disparar, dos disparos certeros de Matías que se encontraba en el techo, hirieron de muerte a los hombres que se desplomaron en un segundo al piso. En una fracción de segundo, Frank disparó a la cabeza del agresor que no dejaba de apuntar a la cabeza de su hermano, mientras un tercero quiso escapar y Bruno al verlo corrió y lanzándose sobre él, lo atrapó y luego de unos cuantos golpes logró reducirlo. Todos corrieron hacia el cuerpo de Manu, que se encontraba tirado en el piso en medio de un gran charco de sangre. Y los gritos del hijo y los hermanos no se hicieron esperar.

—¡No! ¡No! —gritaba Frank llorando. Tomó la cintura del gallego, mientras acariciaba su cara. Lo revisó comprobando que tenía un tiro en su cabeza, le tomó el pulso y sintió que aún tenía, Lucio lo ayudó y entre los dos corrieron hacia el auto, Davy a los gritos abrió la puerta y los Bruno y Joaquín los siguieron con su auto y todos a los gritos con Manuel en brazos casi sin vida entraron corriendo. A los diez minutos apareció Matías solo y todo sudado. Se arrimó a Bruno y le contó que el hombre que quedó con vida ya lo había llevado a la comisaria. Los Falcao aún no habían llamado a las mujeres, no se animaban.

Frank que era el mayor de todos se encontraba helado, tuvo una bajada de presión, tuvieron que sentarlo y una enfermera se acercó a ponerle una inyección. Davy apoyado en la pared, lloraba tapándose el rostro con las manos y Lucio con lágrimas en los ojos habló con sus sobrinos.

—Vayan y avisen en su casa, llevá a tu hija con la madre —ordenó.

—¡Mi mamá se va a morir! —sollozaba Joaquín, y Bruno no dejaba de

maldecir. Los dos callados llegaron a su casa, suspiraron antes de bajar y apenas sentir ruidos Alma salió corriendo. Al ver su hija, se perdió en un abrazo eterno, la miró y la llenó de besos. Sofía salió acompañada de Marisa con miedo, y solo ver las caras de sus hijos se largó a llorar y los dos corrieron a abrazarla.

—Se pondrá bien —susurró Bruno. Joaquín se abrazó a ellos—. Manu solo está herido, no llores por favor —le pidió. Candy salió corriendo de la casa y se abrazó a Marisa que al escuchar esas palabras lloraba a mares.

—Marisa, acompaña a cambiarse y la llevamos al hospital —ordenó Joaquín, mientras ellos se dirigieron a la cocina donde Candy enseguida les sirvió un vaso de agua. Bruno se percató que ella estaba temblando y la abrazó largándose a llorar.

—¡Decime que Manu se salvará, dilo por favor! —le pedía su mujer.

—¡Está grave, muy grave! Los médicos tratan de compensarlo, tuvo un paro cardiaco —le explicó Bruno. Joaquín dejó caer su cuerpo sobre el taburete de la cocina, y su mujer se arrodilló a su lado consolándolo. Miriam viendo la situación se llevó a todos los chicos a su casa. En eso entró Sofía en la cocina y al ver a sus hijos se quedó parada.

—¡Vamos, llévame con tu padre! —pidió limpiándose las lágrimas.

El trayecto se hizo en completo silencio, Bruno estacionó y Joaquín ayudó a bajar a las mujeres, sintiendo como su madre se tomaba de su brazo fuertemente, con lágrimas en los ojos. Todos los hermanos estaban reunidos en la sala de espera sentados en los sillones, apenas la vieron llegar, Davy se levantó yendo a su encuentro. La tomó de los hombros observando como ella hacía un puchero, largándose a llorar.

—No llores, mi vida, saldrá de esto. ¡Nuestro Manu es fuerte, ya lo verás! —le susurraba Davy, apretando su cuerpo contra el de él.

Y así los dos se sentaron sin despegarse, sintiendo rabia, frustración y

una inmensa tristeza, si Manu fallecía ya nada sería lo mismo, si el partía jamás podrían seguir con sus vidas, él era el motor que daba fuerza a ese gran amor que siempre unió a los tres. Todo terminaría. Sofía apoyo su cara en el torso del brasilero y con los sentimientos a flor de piel y la angustia del momento, se abrazó a su cintura muy fuerte. Él sintió el miedo en ella, y arrimó tanto su cuerpo al de ella que parecían uno. Los restantes miembros de la familia se quedaron observándolos, sin animarse a hablarles, sabiendo que ellos eran los que más sufrían.

Frank se sentía tan mal que casi debe quedarse internado, su mujer trataba de contenerlo, pero él no paraba de llorar, Bruno que era su consentido se acercó a su lado y pidió a su tía que lo dejara a solas con él.

—Vamos tío debemos estar fuertes, para que cuando Manu vuelva — pronunció con lágrimas en los ojos, aunque en realidad ni él creía eso, su tío lo miró y secándose las lágrimas con el dorso de las manos, le habló.

—¡Yo lo maté! ¡Yo soy el culpable! —Bruno abrió grandes sus ojos sin alcanzar a entender.

—¡No digas eso! ¡No es verdad, fue ese desgraciado!

—No, fue mi arma la que le disparó estoy seguro —confesó, volviendo a llorar. Bruno lo abrazó calmándolo, luego se paró y tomando su celular se retiró de todos.

—¡Matías! Necesito hablar contigo.

—¿Pasó algo? ¡Ya voy! —respondió.

—Escucha antes de venir, ¿habrá alguna posibilidad de saber quién le disparó a Manu? —indagó. Matías suspiró y pensó rápidamente.

—¡Sí, claro que sí! Yo me lleve las armas, deja que las examinemos y te digo, pero eso será mañana, ¿pasó algo?

Bruno le contó que Frank se sentía culpable pensando que el tiro de su arma había herido al hermano. Solo quería saber, para que él se tranquilizara.

Aún nadie había podido ver a Manu, seguía sin reaccionar. A las dos horas dos médicos salieron y todos corrieron a su encuentro, el médico amigo los miró con nostalgia y muy triste.

—No puedo mentirles —comenzó, y solo decir eso a Sofía se le aflojaron las piernas, y al brasileño se le inundaron los ojos de lágrimas—. No podemos operarlo, tuvimos que realizarle transfusión de sangre y se encuentra muy débil, trataremos que reaccione y si lo hace podremos extraer la bala. En este momento en el estado en el que se encuentra es correr riesgos, que no se deben —suspiró y los miró a todos—. Ustedes saben lo que yo quiero a ese desgraciado —finalizó. Frank asintió con la cabeza.

—¡Quiero verlo! —pidió Sofía.

—Dejaré que lo vean solo unos minutos y solo uno a la vez. Cuando esten frente a él no lloren, solo pido eso —ordenó. Davy llevó abrazada a su mujer hasta la puerta, y besó su cabeza antes de que entrara a verlo.

—Tranquila —dijo mirándola a los ojos y secándole unas lágrimas con la yema de sus largos dedos, ella asintió con el corazón en un puño. Antes de entrar se arregló el pelo y se puso derecha, tomó el picaporte con una mano y abrió la puerta. Tendido sobre una cama, se encontraba uno de los amores de su vida. Se acercó lentamente y lo miró, luego apoyó sus cachas en la cama y con cuidado, tomó una de sus manos llevándosela a los labios depositando en ella mil besos chiquititos.

—No sé si me escuchas, pero quiero decirte que te amo tanto... No me dejes Manu, sin vos no sabría cómo seguir, ¡Sin vos Davy y yo estamos perdidos! —afirmó sin poder detener las lágrimas— El médico dice que estarás bien, que te recuperarás, no te dejes vencer debes despertar, mira que tenemos que viajar, me lo prometiste, ¿recuerdas? —susurró inclinándose en su oído y no pudo seguir hablando porque una enfermera entró mirándola para que salga. Besó sus labios suavemente y salió peor de lo que había

entrado. Destruída, sin ganas de nada, ¡Sin ganas de seguir viviendo!

Y así fueron pasando todos, Davy quiso ser el último y cuando pasó, al verlo inmóvil en esa cama se descompuso, al sentir un ruido rápidamente las enfermeras lo auxiliaron sacándolo a la sala de estar. Nadie se quería mover del hospital, pero las obligaciones y el trabajo demandaba su presencia, así fue como se fueron turnando, menos Sofía que comía poco y nada en el hospital y Marisa le traía ropa para cambiarse. El amigo y médico de Manu había dado permiso para que ella se quedará a su lado día y noche, y pueda usar el baño de la habitación para higienizarse. Manuel llevaba una semana sin dar señales, su mujer pasaba horas hablándole y acariciándolo, pero su cuerpo y mente estaban descansando decía ella.

—Cuando despiertes nos iremos como lo planeamos los tres solos, nos internaremos en un lugar alejado del mundo reiremos y nos amaremos como siempre, ¿me escuchas amor? Yo sé que sí, estamos esperándote, te amamos Manu. Vuelve a nosotros, no nos dejes —susurró.

El brasileño al abrir la puerta de la habitación, percibió las palabras de su mujer, entró y cerrándola, apoyó su espalda sobre la pared totalmente consternado, se cubrió el rostro con las dos manos ahogando un llanto que urgía por salir. Verla a Sofía llorando y sufriendo, le partió el corazón, se mordió el labio inferior y lentamente se acercó, apoyó sus grandes manos sobre los hombros de ella.

—¡Se pondrá bien, tranquila! —Luego se agachó y mirándola a los ojos le habló— Quiero que vayas a comer algo, afuera está Marisa, por favor —añadió con ternura.

Apenas salir la tía la abrazó y la convenció de comer algo, desde el día anterior que Sofía no había probado bocado, solo café y té. Marisa pidió el almuerzo y la sobrina hacía fuerzas para comer, sabía que debía hacerlo, pero su estómago no aceptaba comida.

—¿Se sabe algo del arma? —preguntó y Marisa le sonrió.

—Sí, Frank está más tranquilo, fue el gallego. Ojalá se pudra en el infierno, mira que secuestrar a la nieta, ese no quería a nadie —adujo la tía.

En la casa de los Falcao la falta de Manu se hacía notar, sus nietas se encontraban muy triste y Kiara la más rebelde de todas se negaba a comer. Alma que aún no había superado lo mal que su padre se había comportado, ya no sabía qué hacer con ella. Kiara no quería jugar y cuando llegó Joaquín del hospital, se encontraba tirada en su cama, con la vista perdida en el techo. El padre se acercó a su lado y se arrodilló.

—Hola hija, ¿cómo estás? —Ella ni se inmutó, siguió perdida en sus pensamientos— Nena, mamá está preocupada, debes comer —le pidió, tomando su manita y besándola.

—No voy a comer hasta que no hable con el abuelo —replicó. Su padre achinó sus bellos ojos, tragando saliva.

—El abuelo ahora no puede escucharte —adujo acariciándole la cabeza —, pero pronto se va a poner bien, te lo prometo.

—¿Por qué mientes? —le interrogó Kiara girando su cabecita y el padre se quedó duro— ¡Él me va a escuchar, llévame con él! Quiero verlo —sollozó. Joaquín se reunió con su mujer en la cocina comentándole lo que su hija le pidió y acordaron que la llevaría al hospital.

—Hijo ¿por qué la trajiste? —averiguó Sofía abrazando a su nieta, ella y el brasileño estaban sentados a unos metros de la habitación de Manu conversando con el médico.

—Déjala que lo pase a ver, ¿quién te dice que él no la escuche? —indicó el médico, todos se miraron y Sofía tomando de la mano a la niña la hizo entrar en la habitación, no sin antes hablarle.

—Kiara el abuelo está durmiendo, háblale al oído despacio, sé que él te escuchará, solo que no podrá responderte ¿sí? —le explicó.

Manuel se encontraba boca arriba sedado y completamente quieto, la niña lo miró y sin temor se acercó. Sofía se quedó atrás de ella secándose las lágrimas, se tapó la boca con una mano y observaba cómo su nieta deslizaba su mano chiquita, por el rostro del hombre que tanto la amaba.

—Hola abuelo, soy Kiara, ¿cuándo vendrás a casa? —le preguntó. Sofía al escuchar la vocecita de su nieta, se sentó en el sillón, destrozada—. Abuelo, te amo, si no despiertas ¿quién me defenderá cuando haga lío? —le susurró. Luego tomó su mano y se la besó.

Ya en ese momento, Sofía se paseaba por la habitación reteniendo las ganas de gritar, de dolor y tristeza. Sintiendo como todo su ser se llenaba de nostalgia y amargura, sin embargo, en ese momento en el que ella deseaba morir junto a su amor, pasó el milagro tan esperado. Los dedos de Manu, presionaron muy despacio la manito de su nieta. Kiara se dio vuelta con los ojos grandes buscando la mirada de su abuela y Sofía pegó un grito, que alteró a Davy que se encontraba a metros de la habitación, este entró corriendo, justo cuando el gallego hacia fuerza por abrir sus bellos ojos. El brasileño salió corriendo buscando al médico, mientras su mujer presionaba el timbre llamando a la enfermera. Frank que recién llegaba con Lucio, casi se desmaya pensando en lo peor. Los cinco hijos también llegaban en ese momento y las mellizas se pusieron a gritar como locas, todo se volvió un caos, Davy volvió con el médico y las enfermeras entrando corriendo en la habitación.

—¡La puta madre! ¿Qué pasó? —preguntaba Frank. Estaban todos agolpados en la puerta de la habitación, luego de unos minutos, observaban como el brasileño salía llorando de la emoción, y Frank no aguanto más y se desmayó. Todos lo levantaron sentándolo en el sillón. El médico salió y lo miro desconcertado, se acercó hablándole cuando vio que volvía en sí.

—¿Se recupera tu hermano y me jodes tú? —averiguó sonriendo.

Todos lo miraron y sonrieron, sin animarse hablar. Davy se sentó al lado de Frank y lo abrazó contento.

Sofía no soltaba de la mano a su nieta que se encontraba feliz. El médico les pidió que lo dejaran descansar un rato, que poco a poco despertaría, y le dio permiso a Frank para pasar unos minutos. Davy se abrazó con su mujer, no paraban de llorar, pero esta vez eran lágrimas de alegría. Todos lo vieron solo minutos y se retiraron, satisfechos y alegres, y aunque él solo los miraba sintieron que esa mirada les decía ¡acá estoy!

Cuando todos se retiraron su mujer y el brasileño entraron, Sofía despacio se sentó en la cama y con mucho cuidado tomó una de sus manos mientras el brasileño solo lo observaba sentado en el sillón. Manu abrió lentamente sus ojos observándolos, y sonrió de costado.

—¿Pensaban que me perdería ese viaje? —susurró y los otros se rieron. Davy se acercó a su cama y pasó su mano por su frente.

—¡Nunca nos iríamos sin ti! ¡Desgraciado, qué susto nos diste! —Y Manu miró a su mujer.

—Mi nieta me despertó, no se vayan, ¡voy a dormir un ratito! —les pidió cerrando sus hermosos ojos. Esas palabras les llenaron el alma a los dos, y se quedaron toda la noche cuidándolo, ella se recostó en el sillón que se hacía cama y el brasileño sentado en otro. Cuando despertaron se encontraron con los ojos del gallego mirándolos, les sonrió y rápidamente se acercaron a su lado.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras hoy? —averiguó Davy.

—Mejor, ven mi niña dame un beso —demandó y Sofía se inclinó besando sus labios.

—Davy dile a Joaquín que venga, quiero saber algo del banco —manifestó. Los otros dos lo miraron serios.

—¡Ya estás bien! Deja de joder, tu hijo sabe qué hacer —replicó el

brasileño. Justo entró el médico.

—¡Muy bien! Mi amigo abrió sus ojos. Estoy feliz por ti amigo — declaró posando su mano sobre la de él—. Salgan por favor, que lo examinaré y veré si te saco el suero.

Aunque el enfermo había reaccionado, el suero no se lo sacaron, debían operarlo y extraerle la bala, que se encontraba en un lugar para nada peligroso. A los tres días, entró a la sala de operaciones y otra vez la familia entera llenó la sala de espera. La operación duró horas, pero al ver al médico salir con una sonrisa en los labios, todos supieron que fue un éxito.

Ya en la casa y en estado de recuperación, Manu no podía con su genio y ordenaba a todos lo que debían hacer.

—Le debo el asado a mi nieta, la semana que viene lo hacemos mi vida —le prometió acariciando su cabeza.

—¡Sí abuelo tranquilo, recupérate! —Manu la miró e inclinándose, besó su cabeza.

—Ve a casa hacer los deberes luego vuelves a cenar conmigo —le propuso. La nena hizo caso y besándolo en la mejilla se retiró, justo cuando su hermano Kim entraba y besaba a su abuelo en la mejilla.

—¿Cómo te sentís? —averiguó Davy sacándose el saco y sentándose a su lado, Sofía que entraba al living con unos canapés hizo lo mismo.

—Mejor, me dolieron los puntos un poco —comentó y los dos lo miraron—. El médico dice que es normal. Después que haga el asado para mi nieta nos vamos —declaró.

—Es muy pronto esperemos un poco más —pidió Sofía.

—¡Cuanto antes, mejor! ¿O quieres pasar tu cumpleaños acá? —le preguntó.

—No, como vos quieras —respondió.

—Quiero hablar con Zoe —dijo luego de comer un canapé.

—Hoy me dijo que venía, ¿por qué? ¿Pasó algo? —Él solo sonrió justo, en ese instante sonó el timbre y Davy se levantó para abrir. Era Zoe acompañada de Matías, Manu sabía a qué venían.

CAPÍTULO 29



—Hola hija, pasa siéntate —le pidió el padre, al muchacho lo miró y con la mano lo instó a que se sentara frente a él. Sofía les sirvió gaseosa, pero nadie hablaba.

—Estoy contenta que por fin te recuperaste tuvimos mucho miedo —comentó Zoe, Manu la abrazó, sin dejar de mirar al chico que vino con ella. Davy y Sofía no entendían su dura mirada hacia el chico, porque siempre le había caído bien a él.

—¿Y tú tienes que decirme algo? —le preguntó a Matías que tragó saliva.

—Manu yo quería decirte que amo a tu hija —largó casi atragantándose. Los hermanos de ella que entraron en ese momento se quedaron helados. Todas las miradas se posaron en los novios, Zoe miró a Sofía.

—No te lo dije porque justo papá se encontraba mal, perdón —le dijo y Sofía se levantó y la abrazó, sin embargo, Manu se puso serio.

—¿Mi hija está embarazada? —La pregunta dejó pasmados a todos, el

pobre Matías se puso todo colorado y Zoe comenzó a removerse en el sillón — Estoy esperando que me respondas —ordenó mirando al muchacho, que tenía ganas de salir corriendo.

—Sí, Manu vamos a tener un bebé —pronunció con miedo. Todos observaron al gallego que lo miraba queriéndolo asesinar, pero de pronto el gallego se paró y su metro noventa cohibió a todos. Matías se preparó esperando las maldiciones, Zoe se abrazó al cuerpo de Sofía y Davy se pasó la mano por el pelo, sin embargo, Manu los sorprendió, miró a su hija temblando y la abrazó, se inclinó a su altura y susurro en su oído—: Te deseo lo mejor, que mi nieto llegue con mucha salud —dijo y todos sonrieron. Matías también sonrió, aunque al sentir la mirada inquisitoria se tensó—. ¡Vení acá! Dale un abrazo a tu suegro —ordenó y el pobre muchacho se relajó. Luego se inclinó sobre él y sentenció—: Si la haces infeliz, ¿sabes lo que sucederá? —le preguntó recalcando cada letra y Matías tragó saliva. Todos largaron una sonora risotada.

El asado se hizo y la familia en pleno festejó el cumpleaños de esa niñita que con sus ruegos y dulces palabras trajeron de vuelta al hombre que siempre la defendía. Antes de irse de viaje, el gallego dio mil vueltas y nadie entendía porqué si su hijo y sus hermanos quedaban a cargo de los otros negocios.

—¡Vámonos! ¡Me tienes loco, con tantos encargues! —gritaba una noche el brasileño. Él solo sonreía, lo que los ponía más furiosos.

—Está noche hay reunión de familia —afirmó Manu. Su mujer y Davy lo miraron mal.

—Déjate de joder gallego los volverás locos a todos, ¿qué pasa ahora? —Quiso saber Sofía.

—Ya lo sabrán cuando estemos todos juntos —respondió

A las nueve de la noche todos estaban reunidos en el living de su casa,

y Manu habló. Todos expectantes lo miraban. Él sostenía su maletín bajo el brazo.

—Bueno, creo que les debo algo a todos —comenzó diciendo—. Por esa razón los invitaré a hacer un viaje —añadió. Todos abrieron grandes sus bocas sin poder creerlo, pero Frank fue el primero que habló.

—Todo muy lindo hermano, pero ¿quién se quedará a cargo de los negocios? —Manu sonrió.

—Ya está todo resuelto, mañana a la mañana viajamos a las Bahamas todos juntos.

—Hay Dios mío, sí —gritó Marisa abrazando a Miriam.

—¿Yo también? —preguntó ella con temor.

—¡Claro que sí, tú también eres familia! Ustedes se quedarán quince días. Así pasan el cumpleaños de su madre, con ella. Nosotros seguiremos viaje —comentó.

—¿Cuánto tiempo se quedarán ustedes? —inquirió Lucía.

—Hasta que el dinero se acabe —dijo riendo.

—¡Síííí! —gritó Davy, y todos rieron.

—¡Entonces no vendrán más! —adujo Frank. Manu miró a Pam y le dijo.

—Tu mamá y tu hermano también vienen —la informó. Ella corrió y lo abrazó.

Esa noche fue de jolgorio, nadie podía dormir. Entraban y salían de la casa de Sofía pidiendo cosas hasta que el gallego se enojó.

—¡Basta! ¡Me tienen harto! —les bufó a las mujeres, asomando su cabeza por la puerta del dormitorio— Quiero dormir unas horas, lo que falte lo compramos allá.

Mientras se iban durmiendo los tres abrazados, Davy susurró:

—Manu, ¿empaqué mi traje de baño? —El gallego abrió un ojo

queriéndolo matar.

—Sí, nene está todo —respondió. Sofí se movió entre sus brazos y dijo:

—Manu, ¿mi bikini blanco lo pusiste? —Este se sentó en la cama gritándoles.

—¡La madre que me parió! ¿Se confabularon para no dejarme dormir?

—Los otros dos sonrieron y se durmieron, mientras él solo pudo dormir dos horas.

Cuando los despertó ya tenía todas las maletas listas y el desayuno también.

—Desayunen rápido que no quiero llegar tarde —ordenó y Davy rezongó.

—¿Por qué no fuimos en nuestro avión? Iría más cómodo —dijo. Manu terminó su café y a la vez que comprobaba no olvidarse de nada, lo miró.

—Nene, somos muchos, estaremos bien. Vamos que es tarde.

En tres camionetas grandes toda la familia se dirigió al aeropuerto. Todos iban medio dormidos, pero al llegar ya todos se encontraban hablando, y las nenas pedían todo lo que veían al pasar por el quiosco.

Manu con Frank hicieron los trámites y luego volvieron donde todos esperaban para embarcar. Kiara jodía que quería una revista que había visto, Joaquín le decía que cuando llegaran se la compraba, sin embargo, ella insistía poniéndolo nervioso. De pronto una voz anunció que los pasajeros ya podían abordar. Todos se encaminaron tomando sus bolsos de manos.

—Joaquín, ¿dónde está Kiara? —preguntó Sofía.

—De la mano de Alma —pronunció. El gallego los contaba con la mirada y supo que estaban todos. Ya dentro del avión se fueron acomodando a las risas pues todos se encontraban felices por el viaje. Manu se sentó con Sofí y Davy se sentó solo, al costado de ellos.

Lucio miró a Pam que estaba emocionada por el viaje, con el pequeño

Thiago en brazos e inclinándose la besó en los labios, ya sentados en sus lugares. Bruno con Candy no paraban de mimarse, y sus hijas en las butacas de al lado los miraban felices. Kim y el hermano de Pam conversaban como dos grandes. Marisa con Frank abrazados pensaban cuanto hacía que no realizaban un viaje, tan largo como ese. Las mellizas a las risas se contaban sus secretos. Zoe con Matías solo hablaban del bebé que venía en camino. Alma llevaba a la más chica de sus hijas en su falda, y el padre se puso a leer el periódico.

Miriam, luego de acomodarse sacó una revista y vio la butaca de al lado vacía, se puso a pensar sabiendo que ella viajaría con la nena más grande de Joaquín, vio que la azafata pasó observando todos los asientos, y pensó que la nena estaría con los padres. Cuando escuchó que la azafata pidió ponerse los cinturones de seguridad, se preocupó y se paró. Buscó a Joaquín y le preguntó.

—¿Y Kiara? —dijo mirándolo. La mandíbula del padre cayó al piso y comenzó a los gritos.

—¡Kiara! ¡Kiara! —gritó, y Manu con Sofía se pararon. La azafata se acercó retándolos a todos.

—¡Siéntense! ¡Siéntense! —Pero nadie la oía, ya que todos buscaban a la nena, el resto del pasaje también ayudó a buscarla y descontrol fue total. Manu ya estaba furioso.

—¿No dijiste que tu mujer la tenía de la mano? —inquirió.

—Sí papá, pero no sé qué pasó —replicó. El gallego se acercó a la puerta del avión y la azafata se aproximó.

—¡Señor no podemos abrir la puerta! —Este la acribilló con la mirada.

—Dícales a los pilotos que deben parar el avión, ¡y que sea ya! —gritó
—¡Mi nieta está abajo!

—No se puede señor —repitió la azafata nerviosa.

—¡Abran la puerta! —Siguió gritando, golpeando la puerta de los pilotos. Todo el pasaje comenzó a gritar.

El piloto y su segundo dentro de la cabina se pusieron nerviosos, mientras la azafata y el comisario de abordaje no podían detener a esa familia. El piloto sin aguantar más salió de la cabina, encontrándose a un Manu desquiciado que quería matar a alguien.

—¿Que paso acá? —preguntó. Cuando vio a Manu y todos los demás enfrentarlo, temió lo peor.

—Te lo voy a decir solo una vez, ¡para el puto avión, ya! Mi nieta quedó abajo —ordenó.

El avión volvió al lugar de salida, Manu y Joaquín corrieron por la manga a buscar a Kiara. Al llegar al embarque vieron a Kiara sentada con una revista en la mano muy tranquila, comiendo un chocolate. Manu movió su cabeza en señal de reprobación y su hijo soltó un largo suspiro. Se acercaron a ella y cuando estuvieron, ella los miró.

—¿Dónde estaban? Los estaba esperando —dijo Joaquín abrió su boca.

—Vamos nena, dame la mano —pidió Manu riéndose y Joaquín puteando por lo bajo. Al llegar adentro del avión, Manu pidió disculpas al pasaje y a la azafata que lo ignoró durante todo el viaje.

—Pónganse los cinturones, ¿no falta nadie no? —indicó ella irónica por el micrófono, y todos los Falcao estallaron en risas.

—¡No hermosa estamos todos, vámonos! —gritó Bruno y Candy le pegó en el brazo.

Manu se sentó con su nieta y Sofia lo hizo con Miriam. La llegada fue un desastre una de las nenas llegó con fiebre, Zoe no paraba de vomitar, a Frank le dolía horrores su pierna y a Kim la comida del avión le había caído mal. Sofia y Davy se mataban de risa y el gallego tenía los nervios destruidos, además una de sus maletas se extravió. Llegar a la isla fue lo

mejor que les pasó...

—¿Feliz? —preguntó Manu tomando desde atrás a su mujer, que llevaba un bikini que le quedaba de maravilla. Apoyó su bello rostro en el cuello de ella, mientras sus dientes mordisqueaban el lóbulo de su oreja. Sofí respondió con el rostro radiante.

—¡Muy feliz! ¡Gracias por tanto amor! —Se dio vuelta mirándolo a los ojos, y colgándose a su cuello besó sus labios justo en el momento que Davy salía y sonreía al verlos—. Me encanta la zunda que llevan los dos —expresó ella y tomados los tres de las manos bajaron a la playa, observando como el clan Falcao se divertía.

—Catorce días faltan —pronuncio Davy sonriendo —. Para que todos se vayan.

—¡No seas malo! —manifestó Sofía, sonriendo y Manu asintió con su cabeza.

—Los días pasan volando ya nos bañaremos desnudos los tres por las noches, solo con la compañía de las estrellas y la luna —comentó Manu.

—¡Te amo! —dijeron sus hombres al unísono abrazándola, mientras la espuma del mar bañaba esos cuerpos, sedientos de pasión y lujuria.

Solo faltaban unos días para adorarse como siempre, sin pausa ni control, los años fueron pasando, pero en ellos no hicieron mella, seguirían amándose, deleitándose y saboreándose hasta el fin de sus días. Habían nacido para estar los tres juntos. Ellos siempre fueron solo tres locos enamorados, desafiando a una sociedad y a todos lo que se interpongan en su camino. Ella era una bella y atrevida argentina que los había enamorado, y ellos eran dos hombres increíblemente bellos y sexualmente muy activos, ese siempre fue el combo perfecto para ese grande y eterno amor.

Fin



Queridas ATREVIDAS

Haber terminado esta, la última historia del clan Falcao fue para mi triste y feliz a la vez. Triste porque ya no hablaré de estos queridos y entrañables personajes. Feliz, porque sé cuánto esperaban y deseaban saber de ellos todas las ATREVIDAS. Ellos fueron creados hace cuatro años por está humilde servidora, locos, divertidos, románticos, lujuriosos y atrevidos. Con idas y vueltas, con celos y enojos ellos siempre permanecieron unidos, a través de los años. Y ahora toca despedirlos y se me encoge el corazón y aunque no lo desee una lágrima sale sin pedir permiso, recordándome que la historia llega a su fin.

Mil gracias a todas las ATREVIDAS que me siguen hace cuatro años. Pongo en sus manos "LA SOMBRA DE UNA VENGANZA" esperando que la disfruten tanto como lo hice yo escribiéndola. Manu, Sofi y Davy las espera.

¡GRACIAS!

DELFINA FARIAS

Hasta las próximas lecturas.

Si deseas conocer más de mis obras te invito a que
visites

mi página en Amazon.

Todos mis libros están disponibles en papel y digital.

